UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SCHILLER

GUERRA
DE
treinta A

OMO

D258
S3
v.2

1020024972

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

Núm. Clas. 940.2 K
Núm. Autor 83345
Núm. Adg. 29417
Procedencia
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó SR

CAPILLA ALFONSINA
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HISTORIA DE LA GUERRA DE TREINTA AÑOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HISTORIA

DE LA

GUERRA DE TREINTA AÑOS

POR SCHILLER.

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

RAFAEL COSMES Y COSSIO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TOMO II.

100380

México.—Imprenta de I. Cumplido, calle de los Rebeldes núm. 2.—1874.

29417

833
S.
D258
S3
V.2
CAPILLA ALFONSINA
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LIBRO TERCERO.

La batalla de Leipzig, tan gloriosa para Gustavo-Adolfo, produjo grandes cambios en la conducta de este monarca y en la opinion que la Alemania se habia formado respecto de él. Acababa de combatir contra el capitan mas grande de la época; sus teorías militares y el valor de sus soldados habian luchado contra la táctica de un guerrero adiestrado por la experiencia y contra el valor reconocido de lo mas selecto de las tropas imperiales, y habia salido victorioso de aquella prueba. Así es que desde aquel momento se le vió tener mas confianza en sí mismo; sus operaciones militares tuvieron una marcha mas franca y mas atrevida, y en las situaciones mas críticas conservó la noble seguridad que inspiran siempre las grandes acciones. Altivo con sus enemigos, digno con sus aliados, su misma bondad, aunque siempre inagotable, imprimió gradualmente á su carácter el sello de la condescendencia del hombre superior que tiene el convencimiento de dominar á cuanto le rodea. Su piedad instintiva daba á su

valor un tinte de exaltacion religiosa, que mas de una vez le hizo confundir su causa con la del cielo, y lo impulsó á considerarse como el instrumento de la venganza divina. Dejando siempre tras sí y á una gran distancia su trono y su país natal, avanzó en las alas de la victoria hasta el corazon de la Alemania, donde hacia muchos siglos no habia podido penetrar ningun conquistador extranjero.

Esta gran parte de la Europa, que surcan rios numerosos, donde casi á cada paso se levantan ciudades fortificadas ó castillos rodeados de murallas formidables, habia sabido hacerse temer y respetar de todos sus vecinos por el valor de sus soldados, por el mérito y vigilancia de los soberanos que la gobernaban, y sobre todo, por las sábias combinaciones de su constitucion fundamental, que hacia que todos aquellos pequeños Estados no formasen mas que un solo cuerpo compacto. Diversas ocasiones la tempestad habia amenazado estallar en las fronteras del imperio; pero el centro habia conservado hasta entónces el privilegio equívoco de no tener mes enemigo que á sí mismo. Solo el fanatismo religioso habia tenido bastante poder para romper los lazos que, al unir á todos los miembros de la dieta, los hacia invulnerables; y sin esta circunstancia nunca hubiera podido Gustavo-Adolfo llevar sus armas victoriosas hasta el seno de la Alemania. Es verdad que supo mantenerse allí, porque era tan hábil en el gabinete, como intrépido en el campo de batalla; y que por medio de una política prudente, aunque leal, lograba desbaratar con tanta facilidad los lazos que le tendia la perfidia de sus enemigos, como el fuego de sus cañones arruinaba las murallas de las ciudades en que se creian seguros. Prosiguiendo el curso de sus victorias del uno al otro extremo de la Alemania, supo conservar en su mano el hilo que

únicamente podia guiarlo al traves de aquel dédalo, sin aislarlo de sus propios Estados.

Si la noticia de la derrota de Tilly esparció el terror en el partido católico, ella causó á los protestantes ménos alegría que sorpresa é inquietud. Las victorias del rey de Suecia sobrepujaban á sus previsiones y aun á todas sus esperanzas. Establecido en el corazon de la Alemania, sin rival y sin adversario capaz de detenerlo, era dueño en lo de adelante de abusar de su posicion. Las justas alarmas que el poder demasiado extenso del emperador les habia infundido, encontraban en el del rey de Suecia motivos mas grandes y mejor fundados. En efecto, ¿no se debia temerlo todo, no solamente para la religion católica, sino aun para la misma constitucion del imperio, de parte de un conquistador que á la vez era protestante y extranjero?

La intrepidez y la consumada prudencia de Gustavo-Adolfo vencieron los obstáculos que aquella disposicion de los ánimos le hacia encontrar á cada momento. Por otra parte, si el triunfo de sus armas inquietaba á sus poderosos aliados la Francia y la Sajonia, los mismos triunfos infundian á los pequeños soberanos el valor de abrazar francamente su partido; porque siendo bastante débiles para aspirar á representar el primer papel, no tenian nada que temer de la ambicion del héroe del Norte, miéntras que todo lo podian esperar de su generosidad y de su poderosa proteccion. No siendo nada por sí mismos, creian que al hacer causa comun con él adquiririan alguna importancia, y se apresuraban por lo mismo á abrirle la entrada al interior de la Alemania, alimentando á sus tropas y procurándoles en sus ciudades y fortalezas un refugio para el caso en que sufrieran algun descalabro. La prudente política de Gustavo-Adolfo, que sa-

bia manejar con exquisito tacto la susceptibilidad del orgullo aleman, sus maneras afables, su equidad, su respeto por las leyes del país en que se encontraba y la conducta humana y moderada á la cual obligaba á sus tropas, no tardaron en grangearle el afecto sincero de todos los protestantes.

Al trasportar la guerra al territorio de los soberanos de la Liga disponia á su voluntad de sus tesoros, atraia á su bandera á la juventud y los obligaba á proporcionarle ellos mismos los medios de vencerlos. Pero no obtuvo este resultado, sino porque estos príncipes, divididos entre sí por intereses opuestos, obraban cada uno separadamente, por lo cual los generales estaban sin poder sobre las tropas y el gefe del ejército veia en el gobernante un adversario ó un rival. Gustavo, por el contrario, reunia en sí propio todo principio del poder; él era el único objeto de las operaciones de sus generales, el alma de su partido y el creador del sistema de guerra, cuyo conjunto solo él conocia, á la vez que él mismo dirigia su ejecucion: finalmente, él solo daba á la causa que defendia, la unidad y buen órden que faltaba á sus adversarios.

Llevando en una mano la espada del guerrero y en la otra la palma del pacificador, Gustavo-Adolfo recorrió todos los puntos de la Alemania, como héroe, como legislador y como juez. Las capitales y las plazas fuertes le abrian sus puertas sin intimacion y lo recibian con tanto respeto y humildad como si fuese su legítimo soberano. La Alemania no tiene murallas bastante elevadas, ni rios bastante anchos para detener su marcha triunfal; el terror que inspira á sus enemigos le abre paso por todas partes. El estandarte sueco flota sobre las dos orillas del Mein, el Palatinado se encuentra ya libre y los españoles y loreneses son rechazados mas allá del

Rhin y de la Mosela. Semejantes á un torrente, los suecos y los soldados de la Hesse, invaden el territorio de los capítulos de Maguncia, de Wurtzburgo y de Bamberg, tres arzobispos fugitivos sufren lejos de sus sedes el castigo de su adhesion á la casa de Austria. Muy pronto el gefe de la «Liga» experimenta á su vez las calamidades con que por tanto tiempo ha abrumado á sus adversarios. Sin embargo, el vencedor le ha ofrecido la paz; pero ni la generosidad de su enemigo, ni la derrota de la mayor parte de sus aliados han podido triunfar de su tenacidad. En vano se coloca Tilly en la frontera de los Estados bávaros, amenazador y terrible como el sombrío serafin que con su flamígera espada impide á los mortales la entrada al paraiso: el implacable génio de la guerra pasa sobre los restos inanimados del anciano general, las tropas suecas se extienden sobre las dos orillas del Lech y del Danubio, y el elector de Baviera huyendo de fortaleza en fortaleza, abandona sus Estados y á sus desgraciados súbditos, los que con su ciego fanatismo aumentan el resentimiento de los vencedores. Munich abre sus puertas al invencible héroe del Norte, y Federico V, aquel elector del Palatinado que hacia tanto tiempo andaba proscrito y fugitivo, entra á la derecha del conquistador, á la capital de su enemigo, y este triunfo le hace olvidar por un instante sus prolongados padecimientos y la pérdida de su corona.

Miéntras que Gustavo-Adolfo extiende sus conquistas en los límites meridionales del imperio germánico, sus generales y sus aliados obtienen sobre los demas puntos victorias no ménos decisivas. Toda la Baja Sajonia sacude el yugo austriaco; los imperiales son arrojados del Mecklemburgo y de las dos orillas del Elba y del Wesser.

Guillermo, landgrave de Hesse Casel, liberta la Westfalia

y el alto Rhin; los duques de Weimar se apoderan de la Turingia; el electorado de Tréveris cae en poder de los franceses; los sajones se hacen dueños de la Bohemia; los turcos invaden la Hungría; una insurreccion que hacia mucho tiempo fermentaba en secreto estalla en el seno del Austria, y Fernando II, temblando y desesperado, pide socorros á todos los soberanos de Europa contra tantos peligros reunidos en su contra. Pero en vano llama á las tropas españolas: el valor de los flamencos las detiene mas allá del Rhin; inútilmente pide la ayuda de Roma y de toda la Iglesia católica, el papa se rie hipócritamente de la crítica situacion en que se encuentra un monarca, que, en la embriaguez del triunfo, no temió ofenderlo. Las demostraciones de su fingida piedad se limitan á pomposas procesiones, á vanos anatemas, y por única respuesta á los socorros de dinero que solicita el emperador, le muestra los campos de Mantua devastados por sus soldados.

La vasta monarquía austriaca está rodeada por todas partes de enemigos, que al penetrar en los Estados de la «Liga» han destruido la última muralla que constituia su fuerza y de la que dependia su duracion. Sus mas adictos partidarios están vencidos; su mas firme apoyo, el intrépido y orgulloso Maximiliano de Baviera, ha descendido tanto, que no puede defender ni sus propias provincias, y con él, el poder imperial ha caido tambien hasta el extremo de que solo un prodigio puede salvarlo de la ruina que le amenaza.

En tan crítica situacion todo el mundo pide que se nombre á un capitan hábil y temido, pero el único hombre que poseía este doble mérito habia sido separado del servicio por las intrigas y por la envidia. La desgracia habia domado tanto el orgullo de Fernando, que se decidió á ser el primero á entrar en negociaciones con un súbdito, con el servidor

á quien habia ofendido. El monarca que en otro tiempo era tan arrogante y tan terrible, se veia ahora obligado á suplicar humildemente al orgulloso duque de Friedland que se dignase tomar de nuevo el rango y las dignidades que tan injustamente le habia arrebatado. Despues de una larga y fingida resistencia, el duque aceptó al fin, é inmediatamente el cambio repentino que se verificó en la marcha de los acontecimientos anunció que una mano hábil y firme los dirigia ya. El poder del rey de Suecia se encuentra en lucha con el poder ilimitado del generalísimo imperial; un héroe siempre triunfante está frente á frente de otro héroe que tambien parece haber hecho un pacto con la victoria. Los dos principios opuestos comienzan de nuevo un combate dudoso, y las operaciones de la guerra, que Gustavo-Adolfo creia haber fijado, se hallan sometidas á nuevas y difíciles pruebas.

Semejantes á esas nubes destructoras cuyo choque, por ligero que sea, esparce sobre la tierra la muerte y la desolacion, los dos ejércitos establecen su campo frente á Nüremberg, se observan con respetuoso silencio y temen y desean al mismo tiempo que aparezca el primer soplo de la tempestad que debe ponerlos en contacto. La Europa entera tiene los ojos fijos en Nüremberg, y esta ciudad espera, con una ansiedad mezclada de orgullo, el momento en que dará su nombre á una batalla que será todavía mas decisiva que la de Leipzig. Repentinamente se aclara el horizonte, las sombrías nubes de la guerra se alejan de la Franconia para ir á deshacerse á las llanuras de la Sajonia; el rayo que amenazaba á Nüremberg cae en Lützen, y la victoria que permanece indecisa y flotante no responde sino al último llamamiento de un rey que espira sobre el campo de batalla.

La fortuna que este rey ha sabido encadenar á su carro le

permanece fiel hasta despues de su muerte, sonrie apacible al contemplar sus restos inanimados y les da por sudario una gloria sin mancha. Al arrebatar tan pronto á Gustavo-Adolfo de un mundo del cual era la esperanza y el orgullo, su buen génio ha querido sin duda sustraerlo al destino comun de los mortales, á quienes el exceso de la felicidad y del poder hace que olviden siempre la justicia y la moderacion. Sí, es permitido suponer, que si el héroe del Norte hubiera recorrido una carrera mas larga, no habria merecido las lágrimas que la Alemania derramó sobre su tumba ni la admiracion que la posteridad ha consagrado á su memoria.

Un partido cualquiera, cuando pierde á su gefe, puede considerarse próximo á su ruina, pero para la Omnipotencia divina que dirige al universo, no hay ningun hombre indispensable. Dos grandes hombres de Estado, Axel Oxenstiern en Alemania y Armando de Richelieu en Francia se apoderan de las riendas que la muerte ha hecho caer de las manos del rey de Suecia. El inflexible destino continúa su marcha pasando sobre la tumba del héroe, y durante diez y seis años el fuego destructor de la guerra se levanta todavía sobre sus cenizas olvidadas.

Que se nos permita ahora seguir paso á paso á Gustavo-Adolfo en la liza gloriosa donde él solo dirige y domina todo. No nos ocuparemos de Fernando II, sino cuando una larga serie de infortunios haya abatido el orgullo austriaco y reducido al gefe de esta casa á acudir á los arbitrios mas desesperados.

Tan pronto como se arregló en Halle el nuevo plan de campaña entre el elector de Sajonia y el rey de Suecia, se dispuso este último á penetrar al interior del imperio; pero en esta parte de la Alemania, exclusivamente católica, Fernando era todavía muy poderoso y temido: sus tropas ocupaban la Franconia, la Suabia y el Palatinado; los españoles establecidos en el Rhin, hacian el paso de este rio enteramente imposible, y un ejército lorenes estaba pronto á reunirse al que Tilly habia logrado reunir bajo sus banderas. Gustavo-Adolfo conocia todos estos obstáculos; pero su génio le proporcionó el medio de vencerlos.

Sus hábiles negociaciones le abrieron sin disparar un tiro las puertas de Erfürt, en la que una parte de la poblacion era protestante. Allí, como en todas las plazas fuertes de que se apoderaba, hizo que le prestaran el juramento de fidelidad y dejó una numerosa guarnicion para que cuidase de la observancia de este juramento. Despues de haber confiado á la reina María Eleonor á la lealtad de la ciudad, y encargado á su aliado el duque de Weinvar del mando del cuerpo de ejército que debia reclutarse en la Turingia, dividió las tropas suecas en dos columnas, que atravesaron la selva de esta provincia, quitaron á los imperiales, de paso, el condado de Henneberg y despues de tres dias de marcha se reunieron en Kœnigshof, en las fronteras de la Franconia.

El obispo de Wurtzburgo, acérrimo enemigo de los protestantes y uno de los miembros mas activos de la «Liga católica» fué el primero que resintió los efectos de la presencia de los defensores de la reforma. Algunas amenazas bastaron para hacer caer en manos de los suecos la fortaleza de Kœnigshof que era la llave de las posesiones del obispo. Al tener noticia de esta fácil conquista, un terror pánico se apoderó de todos los soberanos eclesiásticos de la comarca. Encerrados en sus castillos y temblando de miedo se veian ya despojados de sus dignidades, profanadas sus iglesias y hollado en el polvo el culto que profesaban; porque los enemigos de

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Gustavo-Adolfo habian esparcido acerca de este monarca y de sus soldados calumnias tan atroces, que á pesar de su clemencia y de su humanidad, le fué imposible borrar enteramente el efecto que habian producido en el ánimo de los católicos: tan cierto es que el hombre teme siempre de parte de su enemigo el trato que él le daria si se encontrara en su posicion.

Persuadidos de que los suecos no los perdonarian á ellos, ni sus creencias, ni sus bienes, los mas ricos de los habitantes de Wurtzburgo buscaron su salvacion por medio de la fuga. El mismo obispo les habia dado el ejemplo, abandonando á sus súbditos á los desastres á que los habia expuesto su ciego fanatismo, y se refugió en Paris donde trabajaba en indisponer á Richelieu contra el enemigo de la religion de que ambos eran ministros. Gustavo-Adolfo extendió sus conquistas por todo el arzobispado, las ciudades de Schweinfürt y de Wurtzburgo capitularon, y Marienburgo fué tomada por asalto. En esta última plaza, considerada como intomable, encontraron los vencedores una inmensa cantidad de víveres y municiones que los imperiales habian acumulado allí para ponerlos á cubierto de las eventualidades de la guerra. La biblioteca de los jesuitas fué para el rey una preciosa adquisicion que se apresuró á enviar á la universidad de Upsal: sus soldados quedaron tambien muy complacidos con los vinos deliciosos que encontraron en las bodegas del prelado.

Por lo que hace á sus tesoros y á las cajas públicas, habia tenido el tiempo de llevárselas consigo. La sumision de la capital fué seguida de la de todo el territorio; Gustavo-Adolfo recibió el juramento de fidelidad y por falta del soberano legítimo nombró un gobierno provisorio compuesto por mitad de católicos y protestantes. En todas las ciudades que cayeron en su poder abrió templos al culto reformado; pero no molestó en lo mas mínimo al de la Iglesia romana, ni vengó con represalias la larga y cruel opresion que habian hecho sufrir á sus correligionarios. Para él no existian otros enemigos que aquellos á quienes combatia con las armas, y con todo, se habia hecho una obligacion de economizar su sangre casi del mismo modo que la de sus propios soldados.

Inmediatamente despues de la invasion de su territorio por los suecos, el arzobispo de Wurteburgo habia entablado negociaciones con el rey, sin mas objeto que el de dar tiempo á Tilly de marchar en su socorro. Este generalísimo, que habia reforzado su ejército con las guarniciones de la baja Sajonia y con las tropas de los generales Altringer y Fugger que se le habian reunido, ardia en deseos de borrar la vergüenza de su derrota con una victoria brillante; así es que esperaba con una gran impaciencia el permiso de atacar al rey de Suecia; pero la «Liga» que con grandes esfuerzos habia logrado reorganizar un ejército, comprendia que, si era destruido le seria imposible reemplazarlo otra vez. Por lo mismo persistió Maximiliano en no exponer el porvenir de su partido á los azares de la guerra. Al recibir la órden que lo condenaba de nuevo á la inaccion, el anciano general derramó lágrimas de vergüenza y de desesperacion, y entre tanto, Gustavo-Adolfo se aprovechaba de la prudencia llena de temores de la Baviera para extender y asegurar sus conquistas. La llegada de doce mil loreneses al campo imperial, habia aumentado el ejército del generalísimo, al que le hubiera sido fácil por lo menos el salvar el arzobispado de Wurtzburgo; pero no recibió el permiso de socorrerlo, sino cuando ya habia caido en poder de los suecos. La necesidad de evitar una batalla paralizaba antes de emprenderlas todas sus operaciones, y solo

pudo, aunque rara vez, disputarles momentáneamente la posesion de algunas plazas fuertes. Despues de procurar, aunque en vano, el introducir un refuerzo á la ciudad de Hanau pasó el rio Mein cerca de Schlegenstadt y tomó el camino de Berg á fin de garantizar al Palatinado de la invacion sueca.

En aquella época fué cuando el duque Cárlos de Lorena se atrevió á atacar á Gustavo-Adolfo. Aquel príncipe, célebre por la instabilidad de su carácter, la temeridad de sus proyectos y los reveses que sufria sin cesar, ambicionaba hacia ya mucho tiempo el título de elector. Para obtenerlo, se hizo el campeon entusiasta de Fernando II, y habia llevado tan lejos su afecto por la causa de este monarca que se atrajo la enemistad de la Francia. Así, miéntras que buscaba con ardor la corona electoral en una tierra extranjera, fantasma brillante que desaparecia continuamente á su vista, las tropas francesas se apoderaban de sus Estados. Pero esta catástrofe en lugar de abrirle los ojos acerca de sus verdaderos intereses, no hizo mas que aumentar su actividad por defender la causa de Fernando, quien se dignó concederle como una gracia el permiso de imitar á los otros príncipes de la Liga y de consumar su ruina agotando sus últimos recursos en beneficio de la gloria y omnipotencia de la casa de Austria. Seducido por las promesas con que el emperador habia acompañado el permiso, logró levantar un ejército de diez y siete mil hombres que condujo en persona contra Gustavo-Adolfo.

La experiencia y la disciplina faltaban enteramente á estas tropas: pero el lujo de su uniforme atraia todas las miradas, y si el enemigo no llegó nunca á tener pruebas de su carácter bélico, en cambio dieron muestras poco amables de moderacion á los pacíficos habitantes á quienes debian defender. Un ejército tan bien visto y animado de semejantes ideas no

podia luchar mucho tiempo contra el valor intrépido de los suecos: una sola carga de caballería bastó para poner en fuga á varios regimientos, un terror pánico se apoderó de los demas, que buscaron mas allá del Rhin un refugio contra los indomables guerreros del Norte. Aborrecido por los alemanes y despreciado por todo el mundo, el duque Cárlos pasó por Strasburgo y huyó á la Lorena. Despues de haberlo arrojado del campo de batalla, Gustavo-Adolfo hizo que le preguntaran qué motivo lo habia impulsado á acometer una empresa tan extravagante, y el pobre duque se tuvo por dichoso con poder aplacar la cólera del vencedor por medio de una carta en la que le pedia humildemente perdon del error á que lo habia conducido la fogosidad de su carácter. Se asegura que durante su fuga fué encontrado y reconocido por un aldeano de las orillas del Rhin, quien dando un golpe al caballo que montaba el duque, le dijo: «Apresuraos, monseñor, porque es necesario correr mas pronto de lo que lo haceis cuando se huye del gran rey de Suecia.»

Aleccionado el obispo de Bamberg por el funesto ejemplo de su vecino de Wurtzburgo se propuso excederle en destreza y en perfidia. Lo mismo que éste, quiso ganar tiempo para que las tropas imperiales pudiesen auxiliarlo. A este efecto, aparentó una completa sumision é hizo proposiciones de paz, que Gustavo-Adolfo, demasiado leal para adivinar fácilmente las infamias de sus enemigos, acogió con benevolencia y se mostró tanto mas moderado en sus pretensiones, cuanto que creia que el tiempo indispensable para la conquista de Bamberg, podia ser empleado con mas fruto en las provincias de las orillas del Rhin, hácia las cuales se dirigió inmediatamente. Su confianza en la sinceridad del prelado, le hizo perder las contribuciones que hubiera obtenido sin

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

dificultad miéntras que ocupaba las ciudades y fortalezas del país; las que fueron entregadas á las tropas imperiales en cuanto se hubo alejado. El triunfo del obispo fué de corta duracion: uno de los generales suecos que habia permanecido en Franconia se encargó de castigarlo: y su territorio, convertido en el teatro de una lucha sangrienta, sufrió todos los horrores de la guerra, porque amigos y enemigos lo devastaron á porfia.

Libres de la contrariedad que les imponia la presencia de las tropas imperiales, y tranquilizados por la generosidad y justicia del rey de Suecia, la nobleza del país, la clase media y los representantes de los Estados se declararon en su favor y la ciudad de Nürenberg se puso solemnemente bajo su proteccion. Un manifiesto dirigido á la Orden de caballería, y en el cual Gustavo-Adolfo llevó la condescendencia hasta explicar los motivos por los cuales se habia creido autorizado á entrar á mano ármada en Franconia, acabó de grangearle el afecto sincero de esta Orden y la escrupulosa probidad de sus soldados en sus relaciones con los habitantes, le valió algunos dones voluntarios que hicieron reinar la abundancia en su campamento. Por último, fueron tan grandes la confianza y la estimacion que supo inspirar, que toda la juventud acudió en masa á alistarse bajo sus banderas en cuanto se oyó el primer redoble del tambor de uno de los reclutadores. Así fué que se hizo la conquista de la Franconia en ménos tiempo del que hubiera empleado un viajero en visitarla.

Confiando á Gustavo Horn, uno de sus mejores generales, el cuidado de vigilar con ocho mil hombres por la conservacion de sus conquistas, condujo él en persona el grueso de su ejército á las orillas del Rhin para poner á cubierto la

frontera del imperio contra los ataques de los españoles y sacar de aquellas ricas comarcas nuevos recursos para continuar la guerra. Siguiendo el curso de Mein, sometió á Seligenstad, Aschaffenburg, Steinheim y todas las provincias de las dos orillas de este rio. Las guarniciones austriacas rara vez lo esperaban y nunca les resistian sino unos cuantos dias. Un coronel sueco logró por un ardid bien combinado apoderarse de la ciudad y fortaleza de Hanau, cuya conservacion era tan importante para el general Tilly. El soberano de este condado, considerándose dichoso con verse libre de la frenética soldadesca que pretendia ser su aliada, se sometió en el acto á la dominacion mucho mas suave de los suecos. Despues de conseguir estos resultados, procuró Gustavo-Adolfo apoderarse de Francfort sobre el Mein. Desde su llegada á Sajonia, habia entablado negociaciones con esta ciudad que era una de las primeras del imperio: comprendiendo que tenia ya bastantes fuerzas para emplear un lenguaje mas enérgico, le intimó que diese paso á sus tropas y que se sometiese á recibir una guarnicion sueca. Esta intimacion puso á la ciudad en una cruel alternativa. Toda la prosperidad de que gozaba dépendia de sus franquicias comerciales y del esplendor de sus ferias, cuyas ventajas no tardaria en arrebatarle Fernando II, si un revés cualquiera ponia al rey de Suecia en la imposibilidad de protejerla: pero al mismo tiempo, su fidelidad á la causa imperial podria serle funesta, exponiéndola á la venganza del vencedor, ya próximo á acampar sus muros. En esta extremidad, bajo envió al encuentro de Gustavo-Adolfo una diputacion encargada de explicarle el verdadero motivo de sus vacilaciones. Este monarca la recibió con una sorpresa mezclada de desden.

«Me admira, dijo, el saber que la ciudad de Francfort «tenga mas empeño en conservar sus riquezas, que en cumplir «con los deberes que le impone la religion y la patria; y es «poco honroso para ella, hablar de sus almacenes y de sus «ferias, cuando se trata de la libertad de la Alemania y del «porvenir de la reforma. Ademas, desde la isla de Rügen «hasta las orillas del Rhin he encontrado la llave de todas «las fortalezas, y del mismo modo sabré procurarme las de «Francfort. Yo combato por la felicidad de la Alemania y por «la independencia de la religion protestante, y ningun obstá«culo me detendrá, porque tengo la conciencia de la justicia «y de la bondad de mi causa. Conozco que los habitantes «de Francfort, creen hacer mucho con tenderme un solo de«do, pero yo necesito la mano entera; con esta condicion úni«camente los protegeré.»

Y marchando en pos de la diputacion llegó casi al mismo tiempo que ella á las puertas de la ciudad, donde al frente de su ejército formado en batalla, esperó la última decision del consejo. Tranquilizados por esta actitud amenazadora, que en caso de necesidad podria servirles de excusa con el emperador, los magistrados de Francfort abrieron sus puertas y el rey hizo su entrada á la ciudad imperial con una pompa imponente y un órden admirable. En la tarde del mismo dia entró al territorio de Maguncia, donde ántes de oscurecer se apoderó de la ciudad de Hœchst.

Sus generales y sus aliados fueron igualmente felices en el Norte de la Alemania. Dirigido por el general Tott, Juan Alberto, duque de Mecklemburgo, reconquistó á Rostock, Wismar y Dœmitz que eran las únicas plazas fuertes del ducado que estaban todavía en poder de los imperiales. El obispado de Halberstadt, del que los suecos se habian apoderado

inmediatamente despues de la batalla de Leipzig, permaneció en manos de ellos á pesar de los esfuerzos continuados del enemigo para expulsarlos de allí. El mismo resultado les aguardaba en el territorio de Magdeburgo, á donde fueron á establecerse con ocho mil hombres. Despues de haber hecho pedazos á los regimientos imperiales mandados en auxilio de la ciudad, se acercó á ella y la estrechó tanto que ya pensaba en capitular el general Wolf que mandaba la plaza, cuando Pappenheim llegó á socorrerle y obligó á los sitiadores á dirigir sus armas á otros puntos. Sin embargo, los imperiales abandonaron muy pronto de su propia voluntad á Magdeburgo, ó por mejor decir, las miserables cabañas que se levantaban tristemente sobre las ruinas de aquella ciudad en otro tiempo tan rica y tan hermosa, y los suecos quedaron tranquilos poseedores de ella. La Baja Sajonia que Wallenstein y Tilly habian castigado tan cruelmente por la parte que habia tenido en la desgraciada expedicion del rey de Dinamarca, habia adquirido de nuevo la fuerza suficiente para tomar parte en la guerra.

Los representantes de los Estados de esta comarca se reunieron en Hamburgo y decidieron levantar tres regimientos destinados á expulsar á las guarniciones imperiales. No pareciéndole bastante vigorosa esta medida al obispo protestante de Bremen, pariente de Gustavo-Adolfo, reclutó por su propia cuenta algunas tropas, con las cuales atacó los conventos que estaban sin defensa y arrojó de ellos á los frailes que ningun mal hacian; pero no tardó mucho en ser desarmado por el general austriaco conde de Grousfeld. El duque de Lüneburgo, que en otro tiempo habia estado al servicio del emperador, tomó tambien partido por Gustavo-Adolfo, y levantó un pequeño ejército con el que contribuyó

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

activamente al buen éxito de los suecos en la baja Sajonia. El landgrave de Hesse Cassel les prestó servicios aun mas importantes; porque él solo sometió la abadía de Fuldes y una parte de la Westfalia: sus empresas difundieron el terror hasta el mismo palacio del elector, arzobispo de Colonia.

No se ha olvidado, sin duda, que inmediatamente despues de que el landgrave de Hesse Cassel contrajo alianza con Gustavo-Adolfo en Werben, Tilly encargó á dos de sus generales, Fugger y Altringer, que castigasen su infidelidad con el emperador, y que aquel príncipe rechazó al enemigo con tanta firmeza como valor, hasta el momento en que la batalla de Leipzig lo libró de la presencia de los imperiales. Aprovechándose del descanso que le proporcionaba este acontecimiento, conquistó con la mayor rapidez Bach, Münden, Hœchster, Fulde, Puderborn y todas las posesiones eclesiásticas limítrofes de la Hesse, las cuales se apresuraron á salvarse del pillage pagando fuertes contribuciones. Despues de aquellas ventajas, unió su ejército victorioso al de los suecos, y se dirijió á Francfort para combinar con Gustavo-Adolfo nuevos planes de campaña.

Durante su corta permanencia en aquella ciudad, el héroe del Norte recibió sin cesar las visitas de los príncipes y de los embajadores que iban á tributar un homenage á su gloria, á aplacar su cólera, ó á implorar su clemencia. El desgraciado palatino Federico V, aquel rey de Bohemia de un dia, no podia dejar de encontrarse entre el número de los solicitantes. Habia acudido desde el fondo de la Holanda para dar las gracias al vengador de sus derechos ultrajados, y tuvo la satisfaccion de verse tratado como soberano: pero no se realizó ninguna de las esperanzas que habia fundado en la generosidad y en la poderosa proteccion del rey de

Suecia. La inaccion, y mas que todo la falsa política de la Inglaterra resfriaron el celo de este monarca en favor de Federico V, y por la primera vez olvidó la noble tarea que tan generosamente se habia impuesto, desde su llegada á Alemania, de defender á los oprimidos.

El terror que inspiraban las armas suecas, habia decidido al landgrave Jorge de Hesse-Darmstadt á una pronta sumision; pero no por esto dejó de continuar en sus relaciones secretas con el emperador. Su intencion era lograr que los dos partidos hicieran la paz; porque se habia formado ideas tan falsas acerca de su importancia, como de la situacion de los negocios. Esta es la razon de que se le diese por burla, el nombre de «pacificador». Lo admitia el rey á su sociedad íntima y jugaba con él un juego de cartas, y cuando ganaba, que era lo que casi siempre sucedia, le decia riendo: «Vuestro «dinero me causa tanto mas placer, cuanto que es moneda «imperial». Esta extremada indulgencia, se explica por el parentesco del landgrave con el elector de Sajonia á quien Gustavo-Adolfo tenia que guardar consideraciones.

Los condes de Westervald y de Weterau se presentaron tambien en Francfort, con el objeto de ofrecer al rey de Suecia socorros, que mas tarde le fueron muy útiles contra los españoles.

Muy pronto tuvo ocasion la ciudad de Francfort de felicitarse por haber tomado el partido de ponerse bajo la proteccion del rey de Suecia. Sus relaciones comerciales, que la guerra habia interrumpido, se reanudaron, y sus ferias que estaban desiertas por los excesos de las tropas imperiales, se pusieron mas florecientes que nunca. Reforzado con los diez mil soldados que le habia llevado el landgrave de Hesse Cassel, Gustavo-Adolfo tomó las fortalezas de Kœnigstein,

Kostheim y Fliersheim. Dueño ya de toda la orilla del Mein se dispuso á pasar el Rhin con buques de trasporte que mandó construir á toda priesa en Hocchst. Estos preparativos alarmaron al elector Anselmo-Casimiro, arzobispo de Maguncia. Como celoso partidario del emperador y miembro activo de la «Liga» debia necesariamente temer el ser tratado con mas severidad que lo que lo habian sido los obispos de Wurtzburgo y de Bamberg. Haciéndose ilusion acerca de los recursos con que contaba para resistir, hizo reparar á toda prisa las murallas de la capital, introdujo en ella las suficientes provisiones para sostener un largo sitio y aumentó la guarnicion con dos mil españoles mandados por Don Felipe de Silva. Para impedir que se acercaran los buques de trasporte suecos, hizo cerrar el Mein en su confluencia con el Rhin por medio de postes enormes, entre los cuales se echaron á pique grandes barcas cargadas de piedras. Pero mas cuidadoso todavía de poner en seguridad su persona y sus tesoros, el prelado, acompañado del obispo de Worms huyó á toda prisa á Colonia llevando consigo todo lo que tenia de mas precioso y abandonó su ciudad, su país y á sus súbditos á la codicia y al despotismo de los soldados extranjeros encargados de defenderlos. A pesar de aquellos preparativos, los suecos avanzaron hácia Maguncia y se prepararon á sitiarla.

Miéntras que un cuerpo de ejército invadia el Reingau, exterminaba á todos los soldados españoles que encontraba á su paso y levantaba por todas partes contribuciones exhorbitantes, y otro cuerpo cobraba gruesas sumas á las ciudades y aldeas del Westerwal y de la Wetterau, el ejército principal establecia su campo cerca de Cassel, frente á Maguncia. El duque Bernardo de Weimar habia llevado sus excursiones

mas léjos todavía: porque se habia apoderado de la torre de los ratones (Maeusethurm) y del castillo de Ehrenfels situados ambos en la ribera opuesta del Rhin. Gustavo-Adolfo se preparaba á pasar este rio para estrechar á Maguncia por todos lados, cuando las ventajas que Tilly acababa de obtener en Franconia lo pusieron en la precision de suspender el sitio de esta ciudad para ir en socorro de Nürenberg; porque los imperiales, aprovechándose de su ausencia habian intimado rendicion á esta ciudad, declarándole que la mas ligera tentativa que hiciera de resistencia, le valdria un castigo igual al de Magdeburgo. Demasiado humano y demasido político al mismo tiempo, para exponerse una segunda vez al reproche de haber abandonado á una ciudad aliada á la furia de un vencedor implacable, iba á dirigir sus tropas á aquel punto á marchas forzadas; pero desde que salió de Francfort tuvo la satisfaccion de saber que los habitantes, con heróico valor habian obligado á Tilly á levantar el sitio y á alejarse del país. Esta feliz noticia le permitió emprender de nuevo las operaciones contra Maguncia. Despues de una inútil tentativa para pasar el Rhin en Cassel bajo el fuego de los cañones enemigos, se decidió á atacar la ciudad por otro punto. Con este objeto tomó el camino de Berg, se apoderó de todas las plazas fuertes situadas en el país y apareció por la segunda vez en las orillas del Rhin, cerca de Stockstadt, entre Grensheim y Hoppenheim. En el camino de Berg, los españoles habian huido siempre delante de él, pero queriendo por lo ménos defender el paso del Rhin, quemaron ó echaron á pique todos los buques de los alrededores y se atrincheraron en las dos orillas del rio, donde tomaron una actitud amenazadora, anunciando la resolucion de combatir á todo trance, si los suecos lograban efectuar el paso. Sin cuidarse mas

que de conocer de una manera exacta las posiciones del enemigo, el rey cometió una imprudencia que lo expuso á ser hecho prisionero. Sentado él solo en un pequeño bote tuvo la temeridad de atravesar el rio; pero en el momento de desembarcar fué asaltado por una tropa de ginetes españoles, que estupefactos al ver su audacia y la intrepidez con que se defendia, le dieron tiempo de subir á su bote y volver tranquilamente á la otra orilla. No bien hubo llegado, logró apoderarse con el socorro de algunos barqueros de dos buques de trasporte en los que hizo embarcar al conde de Brahe con trescientos hombres escogidos. Esta pequeña tropa desembarcó sin obstáculo en la orilla que el rey acababa de reconocer: pero ántes de haber terminado los atrincheramientos que á toda prisa construia para fortificarse, fué atacada por catorce compañías de dragones y coraceros españoles. A pesar de la gran superioridad numérica del enemigo, se defendió sin tener pérdidas considerables, hasta el momento en que el rey en persona fué á socorrerlo con un nuevo destacamento. El combate fué corto, pero terrible: mas de seiscientos españoles quedaron tendidos en el campo de batalla y el resto emprendió la fuga y se refugió en Maguncia.

Setenta años despues se veia aún en el mismo parage una elevada columna coronada por un leon de mármol, que tenia un casco en la cabeza y en la garra derecha una espada desnuda. Este monumento se habia construido para hacer conocer á los que lo mirasen, que en aquel punto el héroe del Norte se habia hecho dueño del principal rio de la Germania.

Inmediatamente despues de este suceso, Gustavo-Adolfo embarcó su artillería y el grueso de su ejército, á fin de sitiar la ciudad de Oppenheim, la que fué tomada por asalto el 8 de Diciembre de 1631; la guarnicion, compuesta de quinientos españoles, pagó con su vida el valor con que habia defendido la plaza.

Al saber que el rey de Suecia habia conseguido pasar el Rhin, los españoles y los loreneses, estacionados en las provincias de la orilla izquierda de este rio, no pensaron mas que en sustraerse por medio de la fuga á la venganza de los vencedores. Los primeros se encerraron en la fortaleza de Franckenthal; los segundos abandonaron la ciudad de Worms despues de dar á los pacíficos habitantes una nueva y última prueba de su crueldad y de su espíritu de rapiña.

El instante habia llegado por fin para Gustavo-Adolfo de realizar sus proyectos sobre Maguncia, que acababa de recibir dentro de sus murallas á los últimos restos de las tropas españolas. Se dispuso por lo mismo á atacarla por el lado de la orilla izquierda del Rhin, mientras que el landgrave de Hesse Casel avanzaba por la orilla derecha en la que sometió de paso todas las plazas fuertes que aun no habian reconocido la autoridad sueca. Aunque cercados por todos lados en la plaza, mostraron los españoles al principio mucho valor y resolucion y sostuvieron durante algunos dias un cañoneo que causó grandes estragos en el campo de los suecos. En medio de aquel fuego destructor, Gustavo-Adolfo continuaba ganando terreno y logró hacer avanzar á su ejército tan cerca de los atrincheramientos, que no le quedaba ya mas que tomarlos por asalto. Desde aquel momento desapareció la audacia de los sitiados; la toma de Marienburgo cerca de Wurtzburgo les habia demostrado de lo que era capaz el valor de los suecos, y todo los autorizaba á temer que si Maguncia se exponia á ser tomada por asalto, el rey quisiese hacer de aquella rica y magnífica capital de un arzobispado católico un holocausto expiatorio á los manes de las

víctimas de Magdeburgo. Despues de cuatro dias de resistencia, solicitaron una capitulacion, menos para salvar su propia vida, que para evitar que su ciudad sufriese la horrible suerte de que ellos se creian amenazados. Gustavo-Adolfo, siempre humano y generoso, permitió á la guarnicion retirarse al Luxemburgo, y le dió una escolta bastante numerosa para que la protegiese durante su marcha. Un número muy corto se aprovechó de este permiso y el resto se alistó bajo sus banderas. El 13 de Diciembre de 1631 hizo su entrada solemne á la ciudad conquistada y estableció su cuartel general en el palacio del arzobispo. Los habitantes se libraron del saqueo pagando una contribucion de ochenta mil florines; pero el clero católico y los judíos que no se hallaban incluidos en el rescate tuvieron que pagar sumas mayores. El rey dió al canciller Oxenstiern la biblioteca del arzobispo, quien á su vez hizo un regalo con ella al colegio de Westerachs; pero el buque que la trasportaba á Suecia naufragó y el Báltico sepultó en sus abismos este tesoro inapreciable.

Poco ántes de la toma de Maguncia, el landgrave de Hesse Cassel y el rhingrave Oton-Luis, uno de los generales de Gustavo-Adolfo, destrozaron nueve escuadrones españoles que querian reforzar la guarnicion de Franckenthal y las otras plazas fuertes de las orillas del Rhin. Los condes de Wetteran, sostenidos por las tropas suecas, habian logrado expulsar á los españoles, los que en breve no poseyeron en este país y en todo el Palatinado mas que á Frankenthal y otras ciudades poco considerables. Landau y Kronweissenburg se declararon terminantemente por los suecos; Spira les propuso mandarles tropas, armas y municiones; Manheim fué tomada, gracias á la presencia de ánimo del jóven duque

Bernardo de Weimar y á la falta de prevision del comandante de la plaza, el cual pagó muy cara su falta, porque fué llevado ante un consejo de guerra imperial en Heidelberg y condenado á ser decapitado.

Los suecos habian continuado la campaña á pesar de la estacion cuyo estremado rigor habia contribuido mucho para las repetidas derrotas de los españoles, poco acostumbrados á semejante clima. Las tropas suecas comenzaban tambien á sentir la necesidad del reposo. El rey les dió por cuarteles de invierno los alrededores de Maguncia, y él se estableció en la ciudad, de la que hizo el centro de las negociaciones que entabló con todos los soberanos de Europa para utilizar de este modo la suspension de armas que las nieves y los hielos habian hecho indispensable. Pero ni estas graves ocupaciones, ni los rigores del invierno le impidieron hacer reparar las fortificaciones de Maguncia, ni mandar construir frente á la ciudad en el recodo que forma el Mein ántes de unirse con el Rhin, una ciudadela que recibió el nombre de Gustavo-Burg, pero que es mas conocida hoy con el de Pfaffenraub que tomó en lo de adelante. Estas construcciones y las preferencias marcadas que tenia por la ciudad de Maguncia, dieron motivo á los soberanos del imperio para acusarlo de manifestar por esta ciudad imperial una inclinacion que estaba poco en armonía con el corto tiempo que debia permanecer en Alemania. Miéntras que Gustavo-Adolfo se hacia dueño del Rhin y de las provincias que este rio baña, sus enemigos hacian jugar en Paris y en San German todos los resortes de una política pérfida con la mira de sembrar la desunion entre la Francia y la Suecia, y desgraciadamente, la conducta que seguia justificaba una parte de las acusaciones que hacian pesar sobre él. Despues de haber sometido el ar-

zobispado de Wurtzburgo y casi toda la Franconia, estaba en su mano invadir la Baviera y el Austria.

Todo el mundo esperaba verlo tomar este partido que le imponia la humanidad, porque al atacar á Fernando y á Maximiliano en el centro mismo de sus Estados al apoderarse de sus capitales, podia dictar las condiciones de una paz que habria asegurado las libertades civiles y religiosas de la Alemania. Sus partidarios se lisonjeaban al principio de que si daba tiempo de aquella manera á los dos adversarios mas formidables de la reforma para reparar sus derrotas, era porque ante todo queria restablecer al palatino Federico en sus Estados, de los que habia sido despojado por la injusticia del emperador y el fanatismo de los católicos; pero perdieron en breve esta esperanza, cuando lo vieron continuar sus conquistas en las orillas del Rhin, y negarse á entregar el Palatinado á su soberano legítimo. En vano le recordó la Inglaterra las promesas formales que habia hecho con este motivo; no contestó á las representaciones, á las súplicas y aun á las amenazas de esta potencia, sino reprochándole amargamente, el haber permanecido siempre inactivo durante la guerra miéntras que habia algun peligro que correr, y solo levantar la voz cuando podia hacerlo con toda impunidad. Y como para probarle que le rehusaba el derecho de intervenir en cuestiones en las que ella no se habia atrevido á presentarse con las armas en la mano, se dispuso á emprender la conquista de la Lorena y de la Alsacia. Explotando hábilmente esta última circunstancia fué fácil á sus enemigos indisponer al cardenal Richelieu contra un monarca cuyas empresas en las fronteras de la Francia debian causarle alguna inquietud. En efecto, destrozado siempre este país por la guerra civil entre los protestantes y los católicos, ha-

bia motivo para temer que la proximidad de un héroe defensor de la reforma reanimase el fanatismo de los calvinistas. Sin embargo, si el rey de Suecia hubiera sido capaz de traicionar á su aliado el rey de Francia, no habria tenido necesidad para conseguir este resultado de establecerse en las orillas del Rhin. Por otra parte, su lealtad bien conocida, hubiera debido bastar para ponerlo á cubierto de semejante sospecha, y á pesar de su desconfianza y de su timidez jamas la habria concebido Luis XIII si no hubiera estado constantemente asediado por las pérfidas maquinaciones del arzobispo de Wurtzburgo, quien permaneccia siempre en San German, por los clamores de los jesuitas y por las seguridades políticas del embajador de Baviera.

En breve, todos los católicos, aun los mas moderados y de mas conciencia, creyeron firmemente que Gustavo-Adolfo estaba á punto de penetrar al interior de la Francia para destruir de acuerdo con los calvinistas el culto romano; los fanáticos lo veian ya pasar los Alpes, saquear la Italia y arrancar por la fuerza de su trono sagrado al representante de Cristo. Obligado á ceder ante el clamor general, Richelieu se decidió al fin á dar un paso que debia convencer al partido católico de su fidelidad al culto romano, y probarle al mismo tiempo que el interes personal era lo único que guiaba la conducta de los soberanos eclesiásticos del imperio germánico. Con este objeto prometió á los príncipes de la «Liga» tanto en nombre de la Francia como en el de la Suecia, que les concederian una neutralidad inviolable, si consentian en romper su alianza con el emperador. Esta promesa no podia dejar de tener resultados favorables, porque si los príncipes de la «Liga» la aceptaban, Fernando II se encontraba sin apoyo y por consiguiente la casa de Habsbur-

go estaba perdida sin remedio; y si la rehusaban, la Francia habria dado por lo menos á la Europa una prueba evidente de su celo apostólico, y los príncipes de la «Liga» quedarian cargados en lo de adelante con la responsabilidad de los males que la continuacion de la guerra haria sufrir á la Alemania. Por este medio, el cardenal de Richelieu se desembarazaba tambien de las importunidades de la Baviera que no cesaba de pedir la cooperacion del gabinete frances. Como ya lo hemos dicho en otra parte, existia desde el principio de la guerra un tratado secreto entre la Francia y la Baviera que garantizaba á esta última la posesion del Palatinado en el caso en que Fernando quisiese privarla de él.

A pesar de la claridad de este tratado que solo daba garantías contra el Austria, Maximiliano queria estenderlas tambien contra los suecos. La injusticia de esta pretension era notoria, pero la alianza de su soberano con dos monarcas enemigos habia colocado á Richelieu en una situacion tan extraña, que no le quedada otra alternativa que hacer que estos dos soberanos conservasen una completa neutralidad miéntras que la guerra no atacase mas que los intereses del Austria y no los de sus propios Estados.

Encargado de esta negociacion delicada, el marqués de Brezé se dirigió á Maguncia donde se encontraba Gustavo-Adolfo. La experiencia habia probado á este monarca que el ódio de los príncipes de la «Liga» contra él y contra el protestantismo era tan invencible, como grande era el afecto que profesaban á la causa del Austria y á la Iglesia romana: su enemistad declarada le parecia por lo mismo una neutralidad equívoca. Por otra parte, la posicion que guardaba lo colocaba en la necesidad de sostener la guerra á expensas de los príncipes que defendian al emperador y al

catolicismo; y si disminuia el número de estos sin obligarlos á aliarse con él, disminuian forzosamente sus recursos sin utilidad positiva. Era natural, por lo mismo, que no quisiese conceder á los soberanos de la «Liga» el derecho de neutralidad, sino con las mas duras condiciones. Al exigir ante todo una completa inaccion, les pedia que separasen sus tropas de las del ejército imperial, que evacuasen las plazas fuertes y las provincias que hubiesen conquistado á los protestantes, que licenciasen una parte de sus tropas, que impidiesen á los imperiales permanecer en su territorio ó pasar por él, y por último, que no le proporcionasen dinero, víveres ni municiones.

Para facilitar las negociaciones, que los franceses se lisonjeaban de llevar á buen término, no obstante las dificultades que presentaban, Gustavo-Adolfo concedió á los católicos una tregua de quince dias. Durante este tiempo, el marqués de Brezé no cesó de asegurarle que todo iba á terminar á medida de sus deseos: pero una carta de Maximiliano dirigida al general Pappenheim, que cayó en sus manos, le probó que el elector solo habia fingido escuchar las proposiciones de la Francia y de la Suecia con el único objeto de concluir sus preparativos de defensa. Así fué como Richelieu se vió obligado á abandonar su proyecto de neutralidad, que no habia servido sino para aumentar la irritacion y el ódio de los partidos enemigos. Las ventajas que diariamente adquiria Tilly, llamaban al rey de Suecia á Franconia; pero ántes de dirigirse á aquel punto quiso expulsar á los españoles de las orillas del Rhin, y ponerlos en la imposibilidad de trastornar las provincias que habia ido á pacificar. Para apresurar la realizacion de este plan, propuso á Felipe Zeltern, arzobispo elector de Treveris, tratarlo como potencia neutral si

consentia en recibir en Hermanstein una guarnicion sueca, y dejar pasar á su ejército por Coblentz. El elector hacia ya mucho tiempo que veia sus Estados en poder de los españoles, pero su proteccion equívoca le parecia preferible á la de un hereje. Sin embargo, como era demasiado débil para pensar en defenderse, buscó un refugio bajo las alas poderosas de la Francia, y Richelieu se aprovechó de este incidente para asegurarse de un aliado que le fuese adicto en las fronteras de Alemania. Un ejército frances debia, en consecuencia, ir á ocupar el territorio de Treveris. Pero esta ocupacion no realizó de ningun modo las esperanzas del arzobispo, porque hirió la susceptibilidad de Gustavo-Adolfo, quien le exigió y obtuvo ventajas iguales á las que habia concedido á la Francia.

Durante estos debates diplomáticos, los generales suecos expulsaron del arzobispado de Maguncia las pocas tropas españolas que aun permanecian allí, y el rey en persona terminó la conquista del electorado con la toma de Kreuznach. Mirando que no le quedaba mas que conservar las brillantes conquistas que habia hecho en el Rhin, confió este cuidado al canciller Oxenstiern, y él partió con su ejército para la Franconia.

El general Horn habia permanecido en este país con ocho mil hombres y se habia sostenido á pesar de los esfuerzos que habia hecho Tilly para hacerlo salir de él. El territorio del obispado de Bamberg fué sobre todo el objeto y el teatro de la lucha de estos dos generales. Las apremiantes quejas del obispo desposeido habian decidido al fin al elector de Baviera á permitir á Tilly el tomar la ofensiva, é inmediatamente avanzó éste hasta las murallas de Banberg con un cuerpo de veinte mil hombres.

Gustavo Horn se vió obligado á abandonar la ciudad á las avanzadas imperiales, á consecuencia de la inexplicable confusion que de repente se introdujo entre sus soldados, á los que no bastó á ordenar ni su presencia de ánimo ni el valor que desplegó. En medio de aquel frenético desórden abrieron las puertas de la ciudad y tuvo que hacer esfuerzos inauditos para salvar su artillería y sus trenes. Banberg quedó, pues, en poder de los imperiales, pero el general sueco se retiró mas allá del Mein, á donde Tilly no pudo seguirlo. Este era el estado de la Franconia cuando se presentó el rey, y con su sola presencia hizo al anciano generalísimo renunciar á sus planes de conquista para no ocuparse sino de la conservacion del ejército que tantos trabajos le habia costado reorganizar.

El ejército sueco, engrosado con las tropas de los generales Horn y Banner, y con las del duque Bernardo de Weimar ascendia á mas de cuarenta mil hombres. Gustavo-Adolfo lo pasó revista en Aschaffenburg y en seguida lo condujo al Danubio. La Bohemia y la Baviera eran los puntos que podia invadir, y Maximiliano, persuadido siempre de que no se atreveria á atacar sus Estados, no tomaba ninguna medida decisiva. Por otra parte, era igualmente peligroso para él dejar á su país sin defensa, como el llamar á Tilly, y por consiguiente á los suecos, que indudablemente lo seguirian. Los temores del soberano triunfaron al fin de la prudencia del hombre de Estado, y el generalísimo recibió la órden de ir á defender las fronteras de la Baviera. Entre tanto el rey de Suecia habia llegado á Nürenberg, donde fué recibido con el mas extraordinario entusiasmo. Toda la poblacion salió á recibirlo para darle una prueba de su gratitud y de su admiracion; él mismo no podia dominar la emo-

cion que experimentaba al verse acogido de aquel modo por una de las primeras ciudades del corazon de la Alemania, donde nunca habia creido que ondearian sus banderas. Las gracias de su persona y la afectuosa bondad con que recibia las demostraciones de júbilo de la multitud, acabaron de ganarle todos los corazones. Renovando de viva voz la alianza que habia formado con esta ciudad ántes de dejar las orillas del Belt, infundió á los magistrados y á los habitantes un valor heróico y les hizo comprender que era preciso evitar cualquiera mala inteligencia que pudiese turbar la union fraternal que reinaba entre ellos. Pocos dias despues de su partida de Nürenberg, apareció repentinamente delante de Donawerth, defendida por una numerosa guarnicion bávara. Maximiliano, duque de Sajonia Lauenburgo, que era el comandante de esta fortaleza, se lisongeaba de poder sostener el sitio hasta que el general Tilly llegase en su socorro. Pero los suecos atacaron con tanta impetuosidad, que á poco tiempo no le quedó otra esperanza de salvacion que emprender una retirada que tuvo la felicidad de efectuar en medio del fuego de las baterías enemigas. Despues de la toma de Donawerth, pasó el rey el Danubio y bien pronto no estuvo separado de la Baviera sino por el Lech, rio poco importante que no podia detenerlo mucho tiempo.

Lo inminente del peligro despertó la actividad de Maximiliano. Si hasta entónces parecia haber tenido empeño en expeditar á los suecos la entrada á sus Estados, repentinamente se mostró decidido á impedirles á cualquier precio el avanzar un paso mas. Tilly estableció su campo cerca de Rain, pequeña ciudad que era muy fuerte y estaba bañada por tres rios. Se rompieron todos los puentes y se pusieron numerosas guarniciones en todas las plazas fuertes situadas

en las orillas del Lech hasta Augsburgo; medida tanto mas importante, cuanto que ponia á esta ciudad en la imposibilidad de imitar el ejemplo de Francfort y de Nürenberg como habia manifestado el deseo de hacerlo; llevaron la desconfianza respecto de esta ciudad, hasta el punto de desarmar á los habitantes, porque no estaban seguros mas que de la guarnicion para defender una plaza de aquella magnitud. Por lo que respecta al elector Maximiliano, fué á encerrarse al campo de Tilly con las tropas que habia levantado á toda prisa, firmemente convencido de que este campo seria el escollo contra el cual se estrellaria la fortuna de Gustavo-Adolfo.

El rey de Suecia comenzó por apoderarse de una parte del territorio de Augsburgo, y solo despues de que hubo asegurado los víveres para su ejército fué cuando lo condujo frente al campo de los bávaros.

Era entónces el fin de Marzo, y la caida de las nieves acumuladas en las montañas del Tirol habia convertido al Lech en torrente furioso, que amenazaba con una muerte cierta al que audazmente se atreviese á desafiar las olas espumosas que se estrellaban con espantoso ruido contra sus orillas escarpadas, á la vez que por el lado opuesto los cañones enemigos mostraban sus mortíferas bocas. Si, á pesar de la doble resistencia que le oponian el agua y el fuego, el rey de Suecia lograba realizar un paso que parecia imposible, sus soldados debilitados por tantos esfuerzos hubieran sucumbido á los golpes del enemigo que los esperaba en la otra orilla. Por otra parte, en aquella crítica situacion, la mas insignificante derrota debia necesariamente causar la pérdida de todo el ejército, porque el mismo torrente que protegia á los bávaros, hacia imposible toda retirada. El consejo de guerra que habia reunido, hizo valer todos estos motivos para disuadirlo

de acometer una empresa tan peligrosa: y los mas ilustres generales envejecidos en el servicio de la Suecia no vacilaron en manifestar sus temores é inquietudes. El mismo Gustavo Horn, apoyó estos temores con toda la autoridad que le daban sus recientes victorias. La resolucion del rey fué inflexible. «Pues qué, exclamó, hemos atravesado el Báltico, «hemos pasado los rios mas grandes de la Alemania, ¿y nos «detendriamos ante un miserable riachuelo?»

Habiendo ido él en persona y con peligro de su vida á reconocer el terreno, se convenció de que la desigualdad de altura de las dos orillas del Lech, daba á la artillería sueca una gran ventaja sobre la del enemigo.

Inmediatamente despues de haber hecho este descubrimiento, mandó colocar trece baterías en el parage en que la orilla izquierda se inclina hácia la orilla derecha: y miéntras que el fuego cruzado é incesante de los setenta y dos cañones de estas baterías llevaban el hierro y la muerte al campo enemigo, sus soldados se ocupaban en construir un puente. La espesa humareda producida por los enormes montones de leña verde y de paja humedecida, reunidos é incendiados de intento, ocultaban á los trabajadores á la vista de los bávaros, miéntras que las fuertes detonaciones de la artillería no permitian oir el ruido de las sierras y de los martillos. Para estimular y sostener el ardor de sus tropas, el mismo rey tomaba parte en sus fatigas; se le veia sin cesar en los puntos mas peligrosos, y mas de setenta cañones fueron dirigidos y disparados por sus propias manos. El enemigo procuró en vano desmontar las baterías suecas; estas eran superiores á las suyas no solamente por el número de sus cañones sino por la posicion que guardaban: porque colocadas en la parte mas elevada del Lech, dominaban todos sus reductos y los

trabajadores se encontraban cubiertos por un parapeto natural. Durante aquel terrible dia, Tilly hizo prodigios de valor, él mandó las tropas en persona y ninguna consideracion fué bastante para alejarlo de la orilla del rio, desde donde pudo al fin ver el puente que acababan de terminar. A su vista cundió el desaliento y el terror en todo el campamento bávaro. El anciano Tilly redobló su actividad y logró al fin encontrar la gloriosa muerte que sin duda habia ido á buscar á aquella orilla. Una bala de falconete le rompió un muslo, y casi al mismo tiempo uno de sus mas valientes compañeros de armas que estaba á su lado, el general Altringer, fué herido peligrosamente en la cabeza.

Privados de sus dos principales gefes, los bávaros abandonaron sus puntos, y Maximiliano no intentó detenerlos porque el moribundo Tilly se habia esforzado en hacerle comprender la inutilidad de la resistencia. Por el lado opuesto, Gustavo-Adolfo acababa de descubrir un punto vadeable por el cual inmediatamente hizo pasar todo su caballería. Esta última circunstancia triunfó de las vacilaciones del elector, quien abandonó en el acto un campo que no podia ya defender. Apénas hubo tocado el primer ginete sueco la orilla del Lech ocupada por el ejército bávaro, cuando este ejército, aprovechándose de la oscuridad de la noche que ya se acercaba, se retiró con tanto secreto como precipitacion y desórden. A la mañana siguiente al rayar el dia, Gustavo-Adolfo hizo pasar á todo su ejército: pero, ¡cual fué su admiracion al no encontrar un solo enemigo que procurara detenerlo! el campamento estaba enteramente desierto. Los trabajos interiores y todas las fortificaciones de este campamento que visitó con el mayor cuidado, lo llenaron de admiracion, pareciéndole inexplicable la fuga del elector. «Si yo me hubiera encon-

«trado en la posicion de este hombre, dijo, jamas habria «abandonado este punto, aun cuando una bala roja me hubie«ra arrancado las barbas de la cara.»

Desde aquel momento la Baviera se encontraba á merced de los suecos. Gustavo-Adolfo sometió á Augsburgo, y solo despues de haberse asegurado de la fidelidad de esta ciudad imperial, condujo á su ejército bajo los muros de Ingolstadt, á donde se habia refugiado Maximiliano y que se encontraba defendido por lo mas escogido de sus tropas. A aquella fortaleza habian trasportado tambien al moribundo Tilly y allí terminó su larga y tempestuosa carrera. Vencido por el génio superior y el carácter mas noble de Gustavo-Adolfo, parecia no haber llegado á la vejez sino para sentir el dolor de ver marchitarse uno por uno los laureles ensangrentados con que en otro tiempo se habia cubierto. Acaso esta terrible expiacion haya tenido bastante peso para inclinar la balanza de la justicia sobre los crímenes que mancharon su vida, y haya logrado sobre todo aplacar los manes irritados de Magdeburgo!

Con la muerte de Tilly el ejército imperial y el de la «Liga» perdieron á un general experimentado: la religion católica un partidario activo y constante y Maximiliano al mas fiel de sus servidores.

Animado por una seguridad belicosa que tantos triunfos hacian excusable, atacó Gustavo-Adolfo á Ingolstadt con la íntima conviccion de que pocas horas bastarian para apoderarse de ella; pero la solidez de sus murallas y la bravura de la guarnicion le opusieron tantos obstáculos, que hicieron creer á la Europa que habia al fin llegado el término que el destino habia fijado á sus conquistas. En una de las excursiones que hizo para reconocer la fortaleza, una bala de ca-

ñon de á veinticuatro mató á su caballo, mientras que otra heria de muerte á su lado á su jóven amigo el conde palatino de Baden. Al ver caer á su rey, los soldados lo creyeron muerto y prorumpieron en gritos de desesperacion; pero el intrépido Gustavo-Adolfo se levantó con precipitacion, tranquilizó á sus tropas dándoles las gracias por aquella prueba de afecto que acababan de darle, se hizo llevar otro caballo y continuó la penosa tarea que se habia impuesto.

Superando las angustias de la agonía, para no ocuparse mas que de los intereses de su amo, habia logrado Tilly poco antes de su muerte, persuadir á Maximiliano de la necesidad de asegurarse de la posesion de Ratisbona para poder continuar siendo dueño del Danubio y mantener comunicaciones fáciles con la Bohemia. Penetrado de la exactitud é importancia de este consejo, el elector habia conseguido sorprender á esta ciudad, y á la numerosa y valiente guarnicion que introdujo en ella, la habia obligado á unirse á su causa, aunque contra su voluntad.

Por su parte el rey de Suecia se habia lisonjeado de poder hacer de esta ciudad imperial y á la vez protestante una aliada tan fiel como lo eran Nüremberg, Augsburgo y Francfort. La rapidez con que el elector de Baviera se habia apoderado de ella, lo obligó á dejar para mas tarde la realizacion de un proyecto que era tan importante para él. Con el objeto de forzar á los bávaros á retirar una parte de sus tropas de Ratisbona y de las orillas del Danubio, levantó bruscamente el sitio de Ingolstadt, donde perdia inútilmente su tiempo y sus soldados, y avanzó hasta Munich. Mosburgo, Landshut y todo el arzobispado de Freisingen se sometieron sin ninguna resistencia porque no encontró ni un solo solda-

do que lo detuviera en su marcha. Pero si el país estaba sin defensa, el fanatismo religioso de los habitantes estaba excitado por el clero á tal punto, que en cada bávaro encontraba el rey un enemigo personal encarnizado.

El ver en su territorio á unos soldados que no creian en la infalibilidad del papa, era para los habitantes de la Baviera una calamidad tan inaudita como terrible, y para acabar de irritarlos les repetian sin cesar desde lo alto de los púlpitos y en los confesonarios, que esos soldados eran mónstruos escapados del infierno: que su rey era el Ante-Cristo: y que era mostrarse impío el ejercer el mas ligero acto de humanidad con aquellos engendros de Satanas. Trastornados con estas insinuaciones, hicieron sufrir á cada sueco que caia en sus manos todos los tormentos que la crueldad mas refinada puede inventar. El aspecto que presentaban los cuerpos mutilados que sus compañeros de armas encontraban casi siempre, los hacia cometer represalias terribles, á pesar de las observaciones y prohibicion expresa de Gustavo-Adolfo, quien en medio de estas escenas de horror conservó pura y sin mancha su reputacion de héroe. En vez de creerse autorizado á maltratar á unos hombres que lo veian como el agente de Satanas, se esforzaba en probarles con su dulzura y moderacion que conocia y practicaba mejor que ellos los preceptos del Evangelio.

La aproximacion del rey de Suecia esparció la consternacion y el terror en la capital. Esperando desarmarlo por medio de una sumision voluntaria, envió á su encuentro una diputacion que lo halló en Freisingen, donde humildemente puso á sus piés las llaves de Munich. La conducta feroz de los bávaros con sus soldados y el ódio que á él personalmnete le profesaba el elector, hubieran podido autorizarlo á ejercer

el derecho de conquista en toda su extension: sus mismos aliados alemanes lo conjuraban á que vengase las víctimas de Magdeburgo con la destruccion de la capital del soberano, cuyo generalísimo habia ordenado el saqueo de aquella desgraciada ciudad. El noble corazon de Gustavo-Adolfo se negó á acceder á un acto de venganza inútil y su justo resentimiento desapareció á la vista de un enemigo indefenso. Como vencedor humano y clemente, fué como verificó su entrada triunfal á Munich, á donde introdujo al mismo tiempo al palatino Federico V, á quien para esta ceremonia rodeó de toda la pompa y aparato de un gran soberano, como si hubiera querido probar á las habitantes que solo habia tomado las armas para obligar al elector á devolver á aquel desgraciado príncipe los Estados de que tan injustamente lo habia despojado.

Maximiliano habia tenido cuidado de hacer trasportar la mayor parte de sus tesoros al convento y á la fortaleza de Werfen: por lo mismo no encontró el rey de Suecia en Munich mas que un palacio al que faltaban la mayor parte de los objetos que constituian su principal adorno. La magnificencia del edificio lo llenó de sorpresa y de admiracion, al extremo de informarse del nombre del arquitecto que lo habia construido. El intendente de los palacios que le enseñaba las habitaciones le aseguró que era el mismo elector. «Entónces, «dijo el rey, desearia tener á mi servicio á este hábil arqui«tecto, lo mandaria á Stockolmo donde no le faltaria en que «ocuparse.»

«El elector arquitecto sabrá cuidarse para no recibir ese «honor,» replicó el intendente, y Gustavo-Adolfo se sonrió al oir esta respuesta atrevida.

El arsenal en el que esperaba encontrar una artillería considerable, no contenia mas que cureñas sin cañones. El rey que habia ido en persona á visitarlo, se detuvo de repente, y fijando sus miradas en el pavimento, exclamó: «Vosotros, «los que reposais en el seno de la tierra, salid de entre los «muertos y compareced delante de vuestro juez.» Ordenó en seguida que levantasen las tablas que formaban el piso, y se descubrieron ciento cuarenta cañones de los que habian sido conquistados en Bohemia y en el Palatinado. Treinta mil ducados ocultos en la mayor de aquellas piezas acabaron de ponerlo de buen humor, porque si habia sido advertido de la existencia de aquellas por un agente subalterno, estaba múy lejos de esperar qae encontraria semejante tesoro.

Gustavo-Adolfo habia penetrado hasta el corazon de la Baviera con el objeto de atraer á ella al ejército bávaro y debilitar las guarniciones de las orillas del Danubio y de Ratisbona, pero ni un soldado se presentó. Ni las vivas reclamaciones, ni las quejas de sus súbditos suplicándole que fuese á auxiliarlos, fueron suficientes para decidir á Maximiliano á exponer los restos de su poderoso ejército á las eventualidades de una batalla. Encerrado en Ratisbona procuró detener las operaciones del rey de Suecia, reanudando las antiguas negociaciones de neutralidad, que la Francia habia protegido, esperando de esta manera ganar tiempo para ver llegar de la Bohemia los refuerzos que habia pedido al duque de Friedland á quien Fernando acababa de nombrar general en gefe de su ejército. Este doble proyecto fracasó completamente, porque la experiencia habia enseñado á Gustavo-Adolfo á desconfiar de los ofrecimientos del elector, y los retardos calculados de Wallenstein para socorrer á la Baviera, entregaron á este país á merced de los suecos.

Caminando de victoria en victoria, el héroe del Norte habia llegado á un punto en el que no podia encontrar ya enemigos capaces de resistirle. Habia dejado tras de sí, vencidas y subyugadas, una parte de la Baviera y de la Suavia, el Bajo Palatinado, todos los obispados de la Franconia y al arzobispado de Maguncia: la fortuna lo habia conducido hasta la entrada de la monarquía austriaca, y justificado así la buena combinacion del plan de operaciones que habia formado despues de la batalla de Leipzig. Si es verdad que no habia logrado reunir en una misma alianza á todos los príncipes protestantes, habia desarmado por lo ménos ó debilitado á los miembros de la «Liga católica,» habia sostenido la guerra á sus expensas, disminuyendo los recursos del emperador, é infundido á los miembros de la Dieta el valor de manifestar en alta voz sus quejas contra el gefe del imperio: y entre tanto que su prudente política preparaba y obtenia todos estos felices resultados, su valor le habia abierto las puertas de todas las ciudades imperiales cuya alianza le era tan útil cuando las circunstancias le impedian recurrir á la fuerza de las armas.

Sus conquistas en el Rhin habian puesto á los españoles en la imposibilidad de mezclarse en los asuntos de la Alemania, y reducido al duque de Lorena al estado de considerarse dichoso con haber obtenido el permiso de permanecer neutral. A pesar de los combates que habia dado y de las numerosas guarniciones que habia tenido necesidad de dejar para cuidar de la conservacion de las plazas sometidas, su ejército, que se reforzaba sin cesar por medio de los alistamientos voluntarios, se encontraba en el fondo de la Baviera y próximo á invadir los Estados austriacos, mas fuerte y decidido que al comenzar la campaña.

La fortuna que tan fiel habia sido al rey de Suecia, no se habia mostrado menos favorable para su aliado el elector de Sajonia encargado de la conquista de la Bohemia. La primera ventaja personal que este príncipe obtuvo despues de la victoria de Leipzig, fué la reconquista de la ciudad del mismo nombre. Poco despues consiguió someter las guarniciones imperiales que ocupaban aquel distrito y que casi todas pasaron á su servicio. Engrosado con esta desercion, el feld-mariscal de Arnheim condujo al ejército sajon á la Lusacia. Pero ya habia sido ocupada esta provincia por el general austriaco Rodolfo de Tiefenbach, quien bajo el pretexto de castigar á Juan Jorge por su alianza con Gustavo-Adolfo, habia entrado en ella á fuego y sangre, habia conquistado la mayor parte de las ciudades y esparcido el terror hasta las puertas de Dresden. Solo una órden expresa del emperador para que suspendiera toda hostilidad contra las provincias sajonas, pudo impedirle el sitiar á esta ciudad.

Fernando II se habia convencido al fin de que al despreciar las justas reclamaciones de tan útil aliado, él mismo lo habia obligado á arrojarse en los brazos del rey de Suecia. Su vanidad le hacia creer, que algunas ligeras concesiones bastarian para reparar el mal que su arrogancia é injusticia habia causado. Con el fin de reconciliarse con el elector, habia reclamado y obtenido la intervencion de la España, y como las negociaciones para conseguir este objeto no caminabau con la prisa que deseaba, se decidió á mandar al general Tiefenbach que abandonase el territorio sajon. Este paso solo sirvió para revelar á Juan Jorge la debilidad del emperador y afirmarlo en la resolucion de no ceder ninguna de las ventajas que la alianza de Gustavo-Adolfo le habia procurado. Sabia por otra parte, que no podia sin deshonrarse á los ojos

del mundo, traicionar á un monarca á quien debia la conservacion de sus Estados y de su corona.

Despues de la evacuacion de las tropas imperiales, nada impedia ya al ejército sajon el entrar en Bohemia, donde un concurso de circunstancias le proporcionaba fáciles triunfos. En este desgraciado reino, primer teatro de la guerra que habia terminado por extenderse en toda la Alemania, el fuego ardia siempre bajo las cenizas mal apagadas, y los vencedores con sus vejaciones é insoportable tiranía parecian tener empeño en que estallase de nuevo. Los mas grandes dominios territoriales de que se habia apoderado el fisco habian sido, unos dados por el emperador á sus partidarios católicos, y otros vendidos á vil precio á atrevidos aventureros que siempre saben explotar en su provecho las calamidades públicas.

Los vasallos hacian inútiles esfuerzos para sacudir el yugo de hierro de sus nuevos señores, porque los mas nobles defensores de las libertades de la Bohemia habian perecido en el cadalso ó arrastraban lejos de su país una vida llena de miseria, en tanto que los viles esclavos del despotismo imperial disipaban los bienes de que los habian despojado. Las persecuciones religiosas mas intolerables eran ejercidas contra la parte protestante, sin distincion de rango, sexo ó fortuna. Despreciando todos los peligros y sin hacer caso de las lecciones de la experiencia, el espíritu de proselitismo de los jesuitas no conocia freno alguno: en donde la persuasion quedaba sin efecto, se recurria á la fuerza de las armas para hacer volver las ovejas descarriadas al aprisco de la Iglesia romana. El valle de Joaquin, situado en las montañas que separan la Bohemia de la Misnia, se habia convertido particularmente en el teatro de los mas crueles excesos que

puede cometer el fanatismo religioso. Dos jesuitas acompañados por dos comisarios imperiales y quince mosqueteros, penetraron en aquel apacible valle y se pusieron á predicar la religion católica á los hereges que lo habitaban. Para dar mas peso á las palabras de los misioneros, los comisarios imponian una fuerte multa á todos los que se negaban á ir á escucharlos, y los mosqueteros alojados en sus pobres habitaciones tenian la órden de *hacerlos entrar en razon por todos los medios posibles*. Se decretaron sentencias de muerte y de destierro, las que hubieran tenido su ejecucion, si los habitantes, exasperados hasta lo sumo, no hubieran expulsado del valle á sus opresores y logrado hacer comprender á Fernando II el peligro que existia en el *mandato* que autorizaba las conversiones por medio de la violencia. El mandato fué revocado; pero no por esto quedó menos expuesto el partido protestante á las vejaciones de los católicos que se podian atrever á todo, porque veian que en la corte de Viena su conducta bajo este punto de vista no podia encontrarse digna de censura.

Tal era el estado de la Bohemia en el momento en que entraron á ella las tropas sajonas: por lo mismo fueron acogidas con entusiasmo, y desde que se presentaban ante una plaza fuerte, las guarniciones imperiales la evacuaban sin intentar la mas leve resistencia. De esta manera se apoderaron los sajones de Schloeckenau, Tetschen, Ausig, Leutmeritz, y en todas partes las posesiones de los católicos fueron entregadas al saqueo. Estas represalias produjeron en ellos un terror pánico, y persuadidos de que no tenian otro medio de salvacion que la fuga, se refugiaron en Praga. Solamente entónces se decidió la corte de Viena á enviar tropas en auxilio de la Bohemia, pero ya estaban los sajones frente á los

muros de Praga, antes de que el general Tiefenbach que estaba estacionado en Silesia hubiera recibido la órden de ir á defender aquella ciudad. Lo débil de la guarnicion y las disposiciones hostiles de los protestantes, que formaban la mayoría de la poblacion de esta capital, hacian presumir que no se defenderian mucho tiempo. En esta extremidad, los católicos fundaron todas sus esperanzas en Wallenstein, que residia en Praga; pero el antiguo generalísimo no vió en el peligro que amenazaba la ciudad mas que un principio del triunfo que debia vengarlo de su desgracia.

Si Praga no se encontraba en estado de sostener un largo sitio, la guarnicion por lo menos resistia al enemigo hasta la llegada del general Tiefenbach. El conde Muradas, coronel austriaco, estaba tan convencido de esta verdad, que ofreció encargarse de la defensa de la plaza, pero no teniendo mas poder que su fidelidad y su valor, no encontró quien le secundara. Se decidió al fin á reclamar el apoyo de Wallenstein, que si pronunciaba una sola palabra, esta palabra tendria en aquel momento la autoridad de una órden imperial, porque el cuerpo de generales recien llegado de Viena tenia órden de consultarle y ejecutar rigorosamente lo que dijese. Pero Wallenstein se negó á dar esos consejos al valiente Muradas y al cuerpo de generales, bajo el pretexto de que estando separado del servicio, no era mas que un simple particular, sin estar revestido con ningun grado que lo autorizara á presentarse otra vez en el teatro de la guerra. Para poner el colmo al desaliento del partido imperial, abandonó en el acto la ciudad con toda su corte, bien convencido de que nada tenia que temer de parte del enemigo. Tal vez lo han calumniado, acusándolo de haber llamado á los sajones á la Bohemia, pero en lo que no cabe duda es, que ellos no

entraron á Praga sino porque al dejar él esta ciudad tácitamente habia declarado que su pérdida era inevitable. La nobleza católica, los generales, el clero y los oficiales de la corona se apresuraron á imitar el ejêmplo del duque de Friedland. Despues de emplear la noche en empaquetar todo lo que tenian de mas precioso, emprendieron la fuga y no se tranquilizaron de sus terrores, sino hasta que pudieron distinguir los campanarios de Viena. El mismo coronel Muradas á pesar de su valor salió de Praga con su pequeña tropa, la cual condujo á Thabor, resuelto á esperar allí el curso de los acontecimientos.

Al dia siguiente de esta retirada de todo el mundo, la calma y el silencio reinaban en la capital. Los sajones que se habian adelantado para atacar las murallas, las encontraron desiertas; ni un solo tiro de cañon partió de los fuertes, los habitantes salieron extra-muros, se agruparon al rededor de los sitiadores con una curiosidad llena de confianza y los informaron de que las autoridades y la guarnicion se habian retirado durante la noche. El general de Arnheim, que sabia que las tropas imperiales marchaban en socorro de Praga á marchas forzadas, miró estas revelaciones como un lazo que le tendian, redobló su vigilancia y no se atrevió á entrar á la ciudad acabada de abandonar. El mayordomo del duque de Friedland salió entónces de entre la multitud donde habia permanecido oculto, y declaró que todo lo que habian dicho los habitantes era de la mas exacta verdad. «Su-«puesto que podemos apoderarnos de la ciudad sin tirar un «tiro, exclamó alegremente el general, aprovechémonos de «esta fortuna.» E inmediatamente dió la órden de tomar posesion de ella. La resolucion de los habitantes estaba fijada de antemano, y se limitó á pedir que se respetasen su fortuna y

su vida. De Arnheim firmó esta capitulacion en nombre de su soberano; las puertas se abrieron para darle paso, y el 11 de noviembre de 1631 hizo su entrada solemne á la cabeza de sus tropas.

A poco se presentó el elector á recibir los homenajes de sus nuevos *protegidos*, porque solo con este título se habian sometido los habitantes de Praga, creyendo que con este nombre no rompian el lazo que los unia á la monarquía austriaca.

Los católicos tenian grandes temores de ser tratados con mucho rigor por los sajones, así es que quedaron agradablemente sorprendidos al ver su moderacion y buena conducta. El general de Arnheim puso mucho empeño en dar pruebas nada equívocas de su profundo respeto por el duque de Friedland; durante su marcha, ni una sola vez se habia permitido atravesar por las posesiones que le pertenecian, evitando por todos los medios posibles los inconvenientes de la guerra que pudieran perjudicarlo. En Praga colocó centinelas en todas las puertas del palacio del antiguo generalísimo, y amenazó con la pena de muerte al que se atreviese á sustraer de él el objeto mas insignificante. El culto católico continuó gozando de la libertad mas completa, y de todas las iglesias que habian sido quitado á los protestantes, solo cuatro les fueron devueltas. Sin embargo, esta tolerancia no podia extenderse hasta los jesuitas, que se habian atraido el ódio de la nacion entera, y por lo mismo, fueron desterrados del reino.

Aunque victorioso, Juan Jorge no olvidó el respeto debido al emperador, y no se permitió ninguna de aquellas humillaciones que Tilly ó Wallenstein le hubieran hecho sufrir sin escrúpulo, si el uno á el otro se hubieran encontrado en Dresden en la posicion en que él se hallaba en Praga.

Haciendo una capciosa diferencia entre el rey de Bohemia á quien acaba de vencer, y el jefe del imperio al que Juan Jorge como miembro de la dieta miraba como sagrado, no se atrevió á tomar para su uso personal ninguno de los objetos que pertenecian al emperador, pero sí hizo conducir á Dresden los cañones que defendian las murallas de Praga. Despues de quitarle un reino á Fernando II, le pareció que seria una falta de respeto el ir á habitar en su palacio y escogió por residencia el hotel de Lichtenstein. Semejante conducta de parte de un héroe, de un grande hombre, habria sido justamente admirada como prueba de modestia; pero el carácter bien conocido de Juan Jorge autorizaba á creer que su reserva en aquella circunstancia no era el resultado de un sentimiento loable, sino la consecuencia natural de la timidez y falta de energía que en el seno mismo de la libertad no se atreve á romper las cadenas que la costumbre le ha enseñado á respetar. Despues de la toma de Praga y la sumision de las otras plazas fuertes que se apresuraron á imitar el ejemplo de la capital, la situacion de la Bohemia sufrió de nuevo algunos cambios intempestivos. Los nobles protestantes que habian tenido la felicidad de sobrevivir á los padecimientos de la proscripcion y del destierro, volvieron de nuevo á su patria; el célebre conde de Thurn, principal autor de la insurreccion bohemia, tuvo la satisfaccion de presentarse otra vez como vencedor en el teatro de sus hazañas y de sus infortunios. Cuando en la época de su derrota atravesó como fugitivo el puente de Praga, las cabezas de sus cómplices, colocadas en toda la longitud de este mismo puente en una doble hilera de picas, se habian presentado á sus miradas, como para advertirle de la suerte que le aguardaba si tenia la desgracia de ser reconocido. En el momento en

que lo pasaba triunfante en union de los sajones, aquellas cabezas que no eran ya mas que cráneos disecados, se presentaron nuevamente á su vista, pero en el acto se apresuró á mandar quitar aquellos horribles trofeos. Un gran número de proscritos volvieron con él, y todos obtuvieron una satisfaccion mas que completa, porque se les entregaron sus bienes, no solamente los que el emperador habia dado á sus partidarios, sino tambien los que legalmente se habian adquirido del fisco por medio de ventas públicas. Nadie pensó en indemnizar á los compradores de buena fé, á quienes se despojaba, aunque mas de uno de los desterrados habia recibido en el destierro el monto de la suma que importaban sus bienes, los que ademas estaban mejorados en su mayor parte por el cuidado que se habia tenido de ellos. Dudando de la duracion de aquella felicidad inesperada, se apresuraban á vender sus terrenos y castillos despues de quitarles los muebles y las inmensas provisiones que contenian, y las cantidades de dinero que sacaron de su venta, aunque inferiores á su verdadero valor, tenian por lo menos la ventaja de poderse trasportar en el acto de una desgracia.

El entusiasmo religioso de los protestantes, reanimado por la presencia de los sajones, rayaba en fanatismo. Los habitantes de las ciudades y de los campos acudian en masa á los templos que se acababan de abrir, y aquellos que habian sido obligados á reconocer á la Iglesia romana abjuraron públicamente este culto. En vano el nuevo gobierno dió el ejemplo de la tolerancia y prohibió toda clase de represalias; no tuvo bastante poder para impedir que aquel pueblo, al que tan cruelmente habian maltratado, hiciese sentir el peso de su cólera á todos aquellos que se habian complacido en privarlo de la mas querida de sus libertades, la de ado-

rar á Dios segun sus propias convicciones. Encontrándose mas fuerte abusó á su vez de la fuerza, y su ódio á la religion que violentamente le habian impuesto, lo hizo derramar la sangre de los sacerdotes y de los partidarios de esta misma religion.

Mientras que la Bohemia rompia de aquel modo sus cadenas, los generales Goetz y Tiefenbach llegaban con sus tropas que estaban en Silesia y con los regimientos que Tilly les habia enviado del alto Palatinado. Convencido de la necesidad de rechazar aquel ejército antes de recibir nuevos refuerzos, de Arnheim salió de Praga con una parte de sus tropas, marchó al encuentro del enemigo, lo atacó cerca de Limburgo sobre el Elba, lo obligó á abandonar sus atrincheramientos, lo rechazó mas allá del rio y destruyó el puente que para mantener la comunicacion entre las dos orillas habia construido con tanto trabajo. No obstante esta ventaja, el general sajon no pudo impedir el que los imperiales penetrasen al territorio de Bohemia y lo inquietasen con continuas escaramuzas. La audacia de los croatas, sobre todo, no tenia límites; llevaban algunas veces sus excursiones hasta las puertas de Praga, robaban y asolaban todo á su paso y desaparecian en seguida sin que fuera posible alcanzarlos ni prever su vuelta. Por otra parte, la expedicion de los sajones á Bohemia de ningun modo realizó las esperanzas que su feliz principio habia hecho concebir. En lugar de terminar la sumision del país y de irse á reunir con los suecos para atacar con ellos los Estados hereditarios del Austria, debilitaron su ejército y malgastaron un tiempo precioso en la continuacion de una guerra insignificante. Inútilmente se preguntará por qué Juan Jorge perdió las ventajas que acababa de alcanzar, y sobre todo, por qué se negaba á secundar los proyectos del rey de Suecia, si la conducta que observó en lo de adelante no explicara los motivos secretos que lo guiaban entónces. Amenazado por un lado por Gustavo-Adolfo, que se habia abierto un paso al través de la Franconia, de la Suavia y de la Baviera, y del otro por los sajones que acababan de arrebatarle la Bohemia, la situacion de Fernando II era tanto mas crítica, cuanto que las guerras precedentes habian agotado sus recursos, y que el recuerdo de sus antiguas victorias habia sido completamente eclipsado con los brillantes triunfos del rey de Suecia. La confianza que tenia en el valor y la excelente disciplina de sus tropas, se habia desvanecido; la mayor parte de sus aliados estaban vencidos, y por consiguiente imposibilitados de defenderlo, y los otros, espantados de los peligros á que los exponia la fidelidad á su causa, lo habian abandonado. El mismo Maximiliano de Baviera, aquel firme apoyo de la casa de Austria, justificaba las sospechas que habia hecho nacer su primer tratado con la Francia, porque no disimulaba el deseo de permanecer neutral en una guerra en la que su concurso era mas que nunca indispensable al emperador.

El arzobispo elector de Maguncia, los arzobispos de Wurtzburgo y de Bamberg y el duque de Lorena, se habian sometido ó estaban expulsados de sus Estados por Gustavo-Adolfo. Treveris solicitaba descaradamente el colocarse bajo la proteccion de la Francia; las tropas españolas rechazadas de las orillas del Rhin, estaban á punto de serlo igualmente de los Países Bajos por el valor holandés, y la tregua firmada con la Suecia, reducia á la Polonia á la inaccion. El príncipe Ragotzy, sucesor de Betlen-Gabor y heredero de su génio activo y de su ódio contra el Austria, amenazaba la Hungría, entre tanto que la Puerta Otomana se disponia séria-

mente á apoderarse de aquel reino que hacia tanto tiempo era el objeto de sus deseos y de su ambicion. La mayor parte de los príncipes protestantes del imperio, envalentonados con los triunfos de las armas suecas, habian abandonado públicamente el partido imperial. Para obligar al corto número de los que habian permanecido fieles y que se habian arruinado, á hacer nuevos sacrificios, se necesitaba tener la crueldad de un Tilly ó de un Wallenstein. Las fuentes de donde estos dos azotes de las naciones habian sacado tantos tesoros, estaban agotadas para sus sucesores, y la guerra no podia continuarse miéntras que los Estados hereditarios del Austria no consintiesen en sufragar los gastos. Para poner el colmo á las dificultades de que se hallaba rodeado Fernando, acababa de estallar una insurreccion en la alta Austria sobre las orillas del Ens. La intolerancia del gobierno habia abusado de la paciencia de la parte protestante de los habitantes de esta provincia. Excediéndose de los límites que la razon y la justicia les imponian, blandieron las antorchas del fanatismo en el mismo momento en que los enemigos del emperador amenazaban las fronteras de sus posesiones. Por último, despues de una série de victorias compradas á expensas de la miseria y de la sangre de tantos pueblos, este monarca se encontraba sobre el borde del mismo abismo que habia amenazado sepultarlo en la época de su elevacion al trono.

Si en aquel momento la Baviera hubiera realizado su proyecto de neutralidad; si el elector de Sajonia hubiera resistido á las seducciones con que procuraban separarlo de su nuevo aliado; si la Francia se hubiera decidido á atacar á los españoles al mismo tiempo en los Países Bajos, en Italia y en Cataluña, el orgulloso edificio de la grandeza austriaca se

habria desmoronado completamente. Nada habria impedido á las potencias el dividirse los despojos de la casa de Habsburgo y de reorganizar despues por un nuevo sistema las ruedas trastornadas de la máquina del imperio germánico. Hacia ya mucho tiempo que la monarquía austriaca ocultaba las numerosas llagas que la condenaban á una muerte lenta y segura bajo el brillo engañador de un gran nombre; pero la victoria de Gustavo-Adolfo en el campo de batalla de Leipzig y los brillantes triunfos que la siguieron despues, la habian despojado de aquel prestigio.

Si nos remontamos á las causas que aseguraron á los suecos una superioridad tan grande en los combates, la encontraremos principalmente en el poder ilimitado de su gefe. Siendo el centro único de todas las fuerzas de su partido, ninguna autoridad superior limitaba la suya, por lo mismo se podia aprovechar de todas las circunstancias favorables y tomar al instante todas las providencias necesarias para asegurar el éxito de sus vastos proyectos. Desde la destitucion de Wallenstein y la derrota de Tilly, el partido imperial se encontraba en una situacion completamente opuesta. Los generales, no teniendo mas que poderes limitados, se encontraban imposibilitados de obrar con actividad, y por consiguiente de adquirir por medio de providencias acertadas y prontas la confianza de sus tropas. Las operaciones de los diferentes cuerpos de ejército carecian de unidad, los soldados de disciplina y de obediencia: los miembros de la Dieta estaban faltos de buena voluntad, y los gefes de los diversos gobiernos no tenian actividad para tomar una resolucion pronta ni firmeza para ejecutarla. En resúmen, el partido imperial conservaba todavía bastantes recursos, pero para emplearlos de un modo conveniente se necesitaba á un hom-

bre de génio revestido de un poder discrecional. Fernando lo habia comprendido así hacia mucho tiempo; su consejo íntimo se ocupaba en secreto de buscar á aquel general, pero los miembros de este consejo no pudieron estar de acuerdo en un asunto de tanta gravedad. En un momento de entusiasmo el emperador habia tenido la idea de ponerse él mismo á la cabeza de sus tropas, para inflamar con su presencia el valor de sus soldados y oponer al rey de Suecia un monarca mas grande y mas ilustre de lo que él era.

No fué difícil hacerle abandonar este proyecto: la tarea de que él no podia encargarse parecia pertenecer de derecho á su hijo, jóven príncipe lleno de valor y actividad. Destinado por su nacimiento á defender una monarquía de la cual dos coronas, la de Bohemia y la de Hungría, adornaban su cabeza, reunia al respeto que inspiraba su cualidad de heredero del trono imperial, la estimacion de los soldados y el amor de los pueblos sin cuya adhesion era imposible la continuacion de la guerra. Si su extremada juventud hacia dudar de la madurez de su razon, se le podia rodear de generales experimentados que mandarian en su nombre. Otras consideraciones, y tal vez la envidia secreta del emperador, hicieron que se abandonase este nuevo plan. Hubiera sido imprudente, en efecto, confiar los destinos del imperio á un jóven príncipe que él mismo necesitaba de un guía y de un apoyo. ¡De qué peso hubiera sido preciso cargar al pueblo para sostener el lujo desenfrenado que en aquella época acompañaba siempre al general en gefe de un ejército cuando pertenecia á una casa régia y de cuyo aparato era imposible prescindir! Para el mismo príncipe hubiera sido muy desagradable comenzar su carrera política por un papel que lo obligaba á extorsionar á los pueblos que mas tarde debia gobernar. Por

otra parte, no bastaba dar un general al ejército: lo mas difícil era encontrar un ejército para este general. Desde que Wallenstein habia sido destituido, las tropas imperiales habian perdido toda su importancia y la desercion y los combates las habian debilitado á tal punto, que el emperador no podia oponer á sus enemigos mas que los soldados de la Liga y de la Baviera. La dependencia en la cual esta necesidad colocaba á Fernando, afectaba penosamente á su orgullo. Para libertarse de ella, le era indispensable un ejército que le perteneciera, ¿pero podia sacarlo de la nada? porque para crearlo los dos principales elementos le faltaban: el dinero, y un general célebre para inspirar confianza, bastante enérgico para hacerse obedecer, y dotado sobre todo de cualidades superiores é indispensables para combatir con éxito contra las tropas victoriosas y aguerridas del héroe del Norte. No habia en Europa mas que un hombre que llenase estas condiciones, y este hombre habia sido separado del mando de una manera humillante. El instante en que el emperador sintió la pérdida del duque de Friedland, fué tambien en el que comenzó para éste la solemne reparacion que esperaba. El destino parecia haberse encargado de su venganza, porque desde el dia de su destitucion una série de derrotas no habia cesado de humillar á la casa de Austria.

En cada revés, en cada plaza fuerte que se perdia, Fernando deploraba mas amargamente su ingratitud para con el gran general que tan alto lo habia elevado y que era el único capaz de conservarlo en esa altura. Por su parte, el orgulloso duque, reducido á las torturas de la inaccion, ocultaba los sombríos proyectos de su atrevido génio bajo las brillantes apariencias y la pompa afectada de un héroe de teatro. Devorado por una pasion ardiente, miéntras que se es-

forzaba en aparentar una indolente ociosidad, maduraba en la sombra y el misterio la mas negra creacion de la venganza y del deseo de mandar. Todo lo que le debia al emperador se habia borrado de su memoria, solo los servicios que le habia prestado estaban grabados en ella con caracteres de fuego. La ingratitud del monarca, al romper el único freno que podia sujetar á Wallenstein, que era el de la gratitud, justificaba á sus ojos los proyectos que habia formado y que le parecian justas represalias. Miéntras mas estrecho era el círculo en que estaba encerrada su actividad, mas se ensanchaba la esfera de sus esperanzas, y su imaginacion le hacia soñar en un porvenir que solo la demencia hubiera podido hacer germinar en otra cabeza que no fuese la suya. Si se habia elevado sin otro auxilio que su mérito y su fuerza moral, la fortuna le habia concedido en cambio todo lo que puede desear un gran ciudadano sin salir de los límites del deber. Ningun obstáculo se habia opuesto á sus esperanzas hasta el momento de su destitucion; pero este golpe, que habia venido á herirlo en la Dieta de Ratisbona, le habia al fin probado la diferencia que existe entre el poder *primordial* y el poder *concedido* entre el soberano y el súbdito.

Arrancado bruscamente por este cambio repentino, del pináculo de la grandeza y de los honores que lo envanecian, se habia puesto á comparar la autoridad de que tan dignamente habia gozado, con aquella que se le habia arrancado sin otro motivo que un capricho ó sospechas injuriosas; y desde aquel momento su génio temerario contó las gradas de la escala social que tenia aún que subir para no temer una nueva caida. Solo cuando pudo conocer por una cruel experiencia el valor del poder supremo, fué cuando se sintió con la sed de ese poder, y la injusticia de que habia sido víctima

lo convirtió en injusto. Si esta misma injusticia no hubiera venido á irritarlo, él hubiera seguido su órbita al rededor de los rayos de la magestad imperial, satisfecho con ser el mas brillante de sus satélites; pero cuando fueron á arrancarlo de su esfera, desconoció el sistema planetario al cual pertenecia, y se precipitó con toda la violencia de una fuerza destructora contra el sol á quien debia su brillo primitivo.

Lejos del teatro de la guerra, estudiaba la marcha de ella y sus resultados, y las derrotas que desesperaban al partido imperial y sembraban el terror entre los católicos, eran para él los presagios infalibles de su próxima vuelta al poder. Parecia en efecto que Gustavo-Adolfo no triunfaba sin cesar sino para hacer mas pronta y mas solemne la venganza del antiguo generalísimo de su enemigo.

Wallenstein habia procurado establecer relaciones íntimas con el afortunado adversario de la casa de Austria á fin de unirse á él y combatir por la misma causa. El conde de Thurn, que estaba hacia mucho tiempo al servicio de la Suecia, se habia encargado de esta negociacion, cuyo objeto era quitar al emperador la Bohemia y la Moravia, arrojarlo de Viena y relegarlo al fondo de la Italia. Para realizar este proyecto colosal, Wallenstein no pedia mas que quince mil suecos que debian servir de núcleo al ejército que él se comprometia á levantar á sus espensas. Este ofrecimiento tan inesperado y lo brillante de las promesas despertaron la desconfianza de Gustavo-Adolfo, que temió confiar su gloria á las temerarias empresas de una cabeza exaltada, y poner quince mil de sus soldados á la disposicion de un hombre que tan fácilmente podia traicionar á su soberano legítimo. Pero no queriendo sin embargo rehusar abiertamente, le hizo decir que su ejército era todavía demasiado débil para poder destacar de él

un cuerpo tan considerable. Esta prudencia, exagerada tal vez, lo privó del único medio posible de terminar con rapidez una guerra desastrosa. Mas tarde lo comprendió así, y procuró inútilmente reanudar las relaciones con Wallenstein: el orgulloso duque no le perdonó jamas el poco caso que habia hecho primero de sus ofrecimientos. Por otra parte, la conducta del rey de Suecia en esta circunstancia no hizo mas que acelerar un rompimiento que el carácter de estos dos hombres hubiera hecho inevitable mas tarde. Nacidos uno y otro para dictar leyes, era imposible que hubieran obrado de concierto en una empresa que exigia concesiones y sacrificios recíprocos. Para ser útil Wallenstein necesitaba tener un poder ilimitado, y se volvio *nulo* desde el momento en que no podia ser *todo*. La dependencia, cualquiera que fuese la causa, era tan antipática á Gustavo-Adolfo, que mas de una vez estuvo tentado de romper el tratado que le aseguraba la cooperacion de la Francia, únicamente porque este tratado ponia algunas trabas á su génio activo é independiente. El primero se hacia inútil al partido del que no era el alma; el segundo rechazaba de antemano toda direccion que no fuese la de su propio génio. El ambicioso duque de Friedland hubiera podido someterse por un instante á las exigencias de su augusto aliado, pero dispuesto anticipadamente á despreciarlas cuando se tratase de dividirse los despojos del vencido. El orgulloso monarca habria podido resolverse quizá á aceptar contra el emperador el auxilio de uno de sus súbditos rebeldes y recompensarlo de una manera régia, pero jamas habria consentido en ennoblecer la traicion pagándola con una corona. Y este era en verdad el premio á que aspiraba Wallenstein, pero al fin habia comprendido que jamas lo obtendria con la aquiescencia de Gustavo-Adolfo; y

á este convencimiento, y no á una pretendida alusion á los proyectos que se decia habia tenido este monarca de apropiarse el trono imperial, es al que se deben atribuir las palabras que se le escaparon al duque de Friedland cuando le dieron la noticia de la muerte del rey de Suecia. «Es una «felicidad para él y para mí, dijo, porque el imperio germá«nico no es bastante grande para poder contener dos cabezas «como la suya y la mia.»

Persuadido que el elector de Sajonia podia ofrecerle mas ventajas sin oponerle los mismos obstáculos, se sirvió de la influencia que ejercia siempre sobre su antiguo amigo, el feldmariscal de Arnheim, para decidir á Juan Jorge á formar una alianza con él, que debia hacerlo tan temible á Fernando como á Gustavo-Adolfo. Para realizar este designio, tenia ante todo necesidad de un ejército adicto cuyos servicios pudiese ofrecer en cambio del apoyo moral que debia darle el aliado ó mas bien el cómplice que buscaba. Organizar este ejército sin excitar las sospechas de la corte de Viena era tan imposible como el reclutarlo con el objeto manifiesto de conducirlo contra el emperador. La autorizacion le era por lo mismo indispensable y esta autorizacion no podia obtenerla sino volviendo á ejercer otra vez la dignidad de generalísimo. Su orgullo no le permitia solicitarla y la prudencia le prohibia el aceptarla á título de favor, porque entónces hubiera estado circunscrito á límites demasiado estrechos. Para conseguir la autoridad absoluta que necesitaba, debia esperar á que el emperador, estrechado por todos lados, lo obligase, por decirlo así, á salvarlo, tomando otra vez el mando de sus ejércitos. Bastante buen político, para ignorar que Fernando no se decidiria sino en la última extremidad á dar un paso al cual no cesaban de oponerse la España y la Baviera, favorecia

todas las empresas de los enemigos de la casa de Austria, y es casi cierto que por sus consejos se apoderaron los sajones de la Bohemia. Todo hace creer que en la conversacion que tuvo en Kaunitz con de Arnheim, bajo el pretexto de entablar negociaciones de paz, proporcionó á este general su plan de conquista. Al mismo tiempo, los triunfos de los suecos en las orillas del Rhin, autorizaban á los agentes que tenia en Viena á sostener en alta voz que todas aquellas calamidades no habrian tenido lugar, si él hubiera conservado el mando de los ejércitos, y en breve millares de voces repitieron estas expresiones que terminaron por encontrar eco hasta en el consejo privado del emperador. Solo entónces creyó Fernando que podia confesar que el hombre que seis años ántes habia sabido crear y mantener como por encanto un ejército formidable; el hombre que por su fortuna, su génio y elevada reputacion era superior á todos sus contemporáneos, era el único general capaz de salvar á la casa de Austria y á la religion católica de una ruina total. Despues de haber hecho esta humillante confesion, no le quedaba mas que solicitar al súbdito á quien se reconocia haber ofendido injustamente, y á pesar de las observaciones de la Baviera y de la España, encargó á los amigos de Wallenstein que lo preparasen á ser llamado de nuevo.

Informado de todo lo que pasaba en Viena, el duque de Friedland tuvo el tiempo de estudiar el papel que queria representar para aumentar su triunfo y completar su venganza. Fingiendo haberse entregado para siempre á las dulzuras de la vida privada, declaró con énfasis que nada podria decidirlo á sacrificar por el vano fantasma de la gloria y el inconstante favor de los reyes, la tranquilidad y el reposo de que gozaba en su retiro. Rehusó la invitacion que le hicieron

de pasar á Viena, pero fué á establecerse á Znaïm, pequeña ciudad de la Moravia, desde donde podia fácilmente estar en comunicacion con la corte imperial. Despues de haber procurado inútilmente impedir que el emperador llamase al duque de Friedland, el elector de Baviera exigió que por lo ménos se pusieran límites al poder que le querian confiar. A este efecto, Werdenberg y Questenberg, amigos de Wallenstein y por consiguiente aptos para tratar este delicado negocio, recibieron la órden de insinuarle que Fernando deseaba colocar á su hijo el rey de Hungría en el ejército, para que aprendiese el arte de la guerra bajo la direccion de tan gran capitan.

Esta confidencia, aunque hecha con mucha habilidad, fué tan mal acogida, que estuvo á punto de romper para siempre las negociaciones que apenas acababan de entablarse. El duque respondió con tono brusco: «Jamas dividiré el mando con «persona alguna, ni aun con el mismo Dios si viniera al «mundo.»

Obligado á ceder en este punto, encargó el emperador á su primer ministro y favorito el príncipe de Eggemberg, que allanase los otros obstáculos que Wallenstein oponia á su regreso al poder. Este nuevo agente se aprovechó de la amistad que lo unia con el duque para hacer un llamamiento á los sentimientos generosos de que lo creia susceptible.

«El emperador, le dijo, sabe que al alejaros del servicio, «él mismo ha arrancado la piedra mas preciosa de su corona. «Pero reflexionad, que ha sido obligado á dar ese paso del «cual se ha arrepentido, y que nada ha podido alterar nunca «la elevada opinion que ha concebido de vuestra persona. De «ello os da una prueba irrecusable, al recurrir á vuestra ad«hesion y á vuestro génio para reparar las faltas que se han «cometido desde vuestra separacion del ejército. Sacrificad

«vuestro justo resentimiento por la salvacion de la patria, y «contestad á las calumnias de vuestros adversarios esforzán«doos en trabajar con la mayor actividad por la gloria de «vuestro soberano. La victoria que obtendreis sobre vos mis«mo, coronará dignamente todas las que os ilustran ya, ha«ciéndoos el hombre mas grande de nuestra época.»

A pesar de estas vergonzosas confesiones y de las exageradas lisonjas que le prodigaban, Wallenstein continuaba quejándose amargamente de la ingratitud de Fernando. Demasiado hábil y profundo político para aceptar francamente unas proposiciones por cuya realizacion habia suspirado hacia tanto tiempo, hizo una pomposa enumeracion de sus antiguos servicios y de las desgracias del ejército imperial desde que él habia dejado de mandarlo; despues fingió ceder á un movimiento de generosidad y permitió al príncipe volver á Viena con un ligero rayo de esperanza. Habia aceptado el grado de general en gefe solamente por tres meses y ofrecido reclutar un ejército, pero no mandarlo. Con este proceder pensaba dar al emperador una prueba de su talento y de su poder, mostrándole de una manera palpable toda la extension de sus recursos, los que estaba en su mano concederle ó rehusarle. Convencido de que un ejército que sacase de la nada volveria á ella en cuanto dejase de animarlo con su presencia, se ocupó en formarlo, para obligar despues al emperador á admitir las exhorbitantes condiciones que estaba resuelto á imponerle.

El compromiso que habia contraido de levantar un ejército imponente en el espacio de tres meses, fué un objeto de burla para la Alemania entera; el mismo Gustavo-Adolfo no creyó posible su realizacion, y sin embargo, Wallenstein cumplió su promesa aun ántes del tiempo que habia señalado. Esto

consistia en que todas sus medidas estaban ya tomadas y que habia tenido que mover los resortes preparados de antemano. A la primera noticia que circuló de que el duque de Friedland estaba encargado de formar un ejército, acudieron de todos los puntos del imperio hordas de aventureros, atraidos por la certidumbre de que estando con semejante general la fortuna les seria constantemente favorable. Los oficiales y soldados que ya habian servido bajo sus órdenes y experimentado los efectos de su munificencia, dejaron los lugares á donde se habian retirado para ir á participar por segunda vez de la gloria de este ilustrado gefe y del rico botin que no dudaban conquistar siguiendo su bandera.

Los enormes gastos de esta gran empresa habian puesto al emperador en la necesidad de decretar contribuciones extraordinarias y de someter al mismo tiempo á todos los súbditos de los Estados hereditarios á pagar un impuesto personal. Los grandes y los ministros aumentaron el tesoro público con dones voluntarios. Wallenstein contribuyó con su parte, dió de su fortuna particular mas de doscientos mil thalers en dinero, sin contar los socorros y las gratificaciones que concedia á los oficiales que carecian de recursos: ademas, excitaba á los ricos con su ejemplo y por medio de brillantes promesas á que levantasen tropas á sus propias expensas. Todo individuo que reclutaba y armaba un regimiento era su gefe. La fortuna puesta á la disposicion de las necesidades del ejército daba derechos iguales á los del valor y del talento, pero las creencias religiosas no tenian ninguna importancia. Al comenzarse el armamento se declaró que no tenia relacion con el culto religioso, medida prudente que tranquilizó á los protestantes y los dispuso á sostener una empresa cuyo único objeto era sostener los derechos de todos

los miembros de la Dieta. Pero su política no se limitó á crear recursos en el interior. Lleno de confianza en el génio de Wallenstein, el duque de Lorena consintió en armarse otra vez en defensa del emperador: la Polonia le mandó algunos cosacos y la Italia proporcionó municiones de guerra. Su ejército, compuesto de cuarenta mil hombres, armado, equipado con lujo y aprovisionado profusamente, estaba mandado por oficiales de un gran mérito, y el entusiasmo que lo animaba era una prueba de que no esperaba mas que una órden de su gefe para hacerse digno de él por medio de brillantes victorias. Apénas hubo Wallenstein realizado su promesa, anunció al emperador la intencion de volver á su retiro. Sabia que le hubiera sido mas fácil á él levantar un segundo ejército tan numeroso y brillante, que á Fernando el hacer moverle bajo las órdenes de otro gefe que no fuese el mismo que lo habia formado.

Aquel ejército, última esperanza de la Alemania, no era, por decirlo así, mas que la obra fantástica de un encanto engañador predestinado á desaparecer en el momento en que el mágico que le habia dado la existencia dejase de animarlo.

La mayor parte de los generales y oficiales eran amigos, parientes ó acreedores de Wallenstein, á los que habia tenido la destreza de convertir por medio de grandes sumas para interesarles personalmente en sostenerlo. Solo él podia, en verdad, realizar las exhorbitantes promesas con las que habia logrado atraer á tantos guerreros bajo su bandera; su palabra era la única garantía, y la ciega confianza que tenian en su génio y en su fortuna constituia tambien el único lazo que podia dirigir tan diversos intereses á un solo objeto. Al hacer que Fernando diese un gefe al ejército que acababa de levantar, habia querido colocarlo en la necesidad de comprar sus servicios al precio que su ambicion le exigiese. No se engañó en su esperanza, porque el príncipe de Eggemberg, encargado otra vez de hablar á su caprichoso amigo, recibió la órden de no retroceder ante ningun sacrificio para conservarlo en el mando de las tropas imperiales. Wallenstein recibió al enviado de su soberano en Znaisn, donde habia establecido su cuartel general, y se presentó con el fausto militar de un gran conquistador. Despues de oir con frialdad las solicitaciones y las súplicas que le hacia el príncipe en nombre de Fernando, respondió con el desdeñoso orgullo de un soberano irritado:

«No, nunca creeré en la sinceridad de un ofrecimiento que «no debo á la justicia de Fernando, sino á la cruel extremi«dad á que se encuentra reducido. Me busca, porque espera «de mí socorros que nadie puede darle, y en el momento en «que haya pasado el peligro, se olvidará del brazo que lo ha «salvado. Porque tengo el convencimiento de que tan pronto «como esté sin inquietud y sea poderoso, volverá á ser injus«to é ingrato. ¿Cuál será mi recompensa si accedo á su de«seo? Si la fortuna traiciona mi valor y trastorna mis con«binaciones, pierdo para siempre la gloria que he adquirido «con mis antiguos é importantes servicios; si la victoria me «permanece fiel, expongo mi fortuna y mi tranquilidad, por«que mis enemigos no dejarán de asediar de nuevo con sus «quejas al trono imperial, y el débil monarca se creerá otra «vez obligado á sacrificar á un servidor que despues de ha«ber cumplido noblemente con su deber habrá dejado de ser«le indispensable. No, es mejor ciertamente para él y para «mí que yo deje ahora mismo y por mi propia voluntad un «puesto que mas tarde ó mas temprano la intriga y la envi«dia me arrebatarán de una manera ignominiosa. Yo no pue-

«do encontrar la felicidad mas que en la vida privada, y no «puedo solo por consideracion á la triste situacion de mi so- «berano, resolverme á salir momentáneamente de la tranquila «oscuridad que ha llegado á ser una necesidad para mí.»

Cansado de estas evasivas, cuyo objeto comenzaba á sospechar, el príncipe de Eggomberg empleó al fin un lenguage mas digno del enviado de un monarca.

«Si su magestad imperial, dijo, se ha dignado descender á «suplicaros, es porque se habia lisongeado de que esta con- «descendencia despertaria en vuestra alma algunos sentimien- «tos nobles y generosos; ahora me convenzo de que su con- «fianza solo ha servido para satisfacer vuestra vanidad y «aumentar vuestra obstinacion. Reflexionad que el emperador «tiene el derecho de hablaros como amo, y que puede casti- «garos por haberlo reducido á olvidar por un momento su «dignidad, suplicándole á un súbdito que es incapaz de «apreciar el valor de semejante sacrificio. Si Fernando ha «sido injusto con vos, no olvideis que no por esto deja el «soberano de ser el gefe supremo y que estais obligado á «tenerle respeto y sumision. Ademas, no hay herida hecha «por una mano imperial, que no pueda curar la misma mano. «Pedid garantías para vuestra persona, para vuestra fortuna «y para la duracion de vuestro mando; designad las recom- «pensas que creais merecer, y el emperador os concederá to- «do. El tiene necesidad de vuestros servicios y tiene tambien «derecho á exigirlos; y sin embargo, os promete el fijar el «precio de vuestra obediencia; pero obedeced, ó de lo contra- «rio os exponeis á incurrir en la cólera de un soberano que «humillado por un súbdito rebelde, se verá en la necesidad «de hacerlo perecer.»

Wallenstein comprendia que no era difícil realizar esta

amenaza, porque todas sus inmensas posesiones se encontraban en los Estados austriacos; pero al mismo tiempo tenia la conviccion de que no se atreveria á emplear medios violentos en su contra. El lenguage del príncipe no fué para él mas que una prueba de que al fin tocaba al objeto de sus deseos, supuesto que el emperador aceptaba de antemano todas las condiciones con las que consentiria en permanecer en el mando. Fingiendo ceder á las órdenes expresas de su soberano, se retiró para redactar las cláusulas de su tratado de paz. El príncipe no estaba sin inquietud acerca del contenido de un documento, en el cual el mas altivo de los súbditos iba á dictar leyes al mas orgulloso de los monarcas. Tenia una opinion muy elevada del génio militar de su amigo, pero le era imposible el no dudar de su modestia. Esperaba sin duda proposiciones exageradas, y sin embargo, las que le presentó excedieron á sus previsiones y temores.

Wallenstein pedia el mando absoluto de todos los ejércitos alemanes de la casa de Austria y de España, y el derecho de castigar y recompensar exclusivamente sin tener que dar cuenta de su conducta; prohibia á todos los príncipes de la sangre imperial, al rey de Hungría y al mismo emperador, no solamente el ejercer ningun acto de autoridad concerniente á los ejércitos, pero ni aun presentarse en ellos bajo ningun título, ni siquiera el de espectador. Los nombramientos, los ascensos, y en fin, todos los actos relativos á las recompensas y castigos, debian llevar la firma de Wallenstein, y sin esta firma el emperador no podia conceder graçia de ninguna clase. El solo queria disponer á su voluntad, y sin la intervencion de ningun tribunal, ya fuera que emanase del emperador ó de la Dieta, de todas las confiscaciones á las cuales diesen lugar los triunfos de sus armas en toda la ex-

tension del imperio. Para asegurar un refugio á sus tropas en el caso de algun revés, exigia que Fernando ordenase á todas sus provincias hereditarias que lo recibiesen, le proporcionasen todo lo que pudiera necesitar y le entregasen las ciudades y fortalezas en el instante en que lo creyese conveniente. Como recompensa debida pedia la concesion de uno de los Estados hereditarios del Austria, y de otro á su eleccion entre los que pudiese conquistar en Alemania, sin perjuicio del ducado de Mecklemburgo, cuya posesion se le aseguraria por el tratado que se firmase despues. Previendo siempre la posibilidad de una segunda y repentina destitucion, imponia al emperador la obligacion de avisárselo con anticipacion y de una manera auténtica, y en este caso concederle el plazo que él mismo fijara para deponer el mando en jefe, sin cuya formalidad se reservaria el derecho de consirar la órden como si no existiese.

El príncipe de Eggenberg procuró inútilmente que modificase unas condiciones que privaban al emperador de todos sus derechos de soberanía sobre el ejército, y lo hacian el esclavo coronado de su generalísimo. Pero habian hecho comprender á Wallenstein que sus servicios eran indispensables, y por consiguiente no era ya tiempo de pensar en regatear. Por otra parte, si un concurso de acontecimientos desgraciados obligaba á Fernando á someterse á tan duras condiciones, Wallenstein creia debérselas imponer únicamente por satisfacer su ambicion y su venganza. La experiencia le habia enseñado que solo podia contar con la duracion de su autoridad nulificando la del emperador. Aun cuando no hubiera tenido la intencion de hacer servir al ejército imperial para sus proyectos de elevacion personal, el interes de su gloria habria bastado por sí solo para inspirarle el deseo de ser el solo amo, el único jefe y el alma de este ejército; ¿y podia serlo si no tenia el derecho de disponer de su suerte, si no se podia presentar á él como el verdadero y exclusivo poseedor permanente de la soberanía, de la que gozaba por una delegacion temporal? ¿y esta consideracion no justifica bastante la tenacidad, con la cual se empeñaba en prohibir al emperador y á los príncipes de su casa el que se presentasen al ejército? Al arrogarse el privilegio exclusivo de disponer de todos los bienes confiscados ó conquistados en el imperio, se aseguraba de antemano de muchos partidarios numerosos y adictos, puesto que se convertia, por decirlo así, en el dictador de la Alemania, autoridad que ningun emperador se habia atrevido á ejercer abiertamente hasta entónces. La cláusula que le permitia buscar un refugio en todas las provincias austriacas lo ponia en aptitud de sitiar al emperador en sus propios Estados, y con su mismo ejército podia devastar sus posesiones, arruinar á sus súbditos y de este modo trastornar los cimientos de la monarquía. Por último, la nueva posicion que habia sabido crearse le proporcionaba en todas las eventualidades posibles las mas brillantes ventajas. Si la marcha de los acontecimientos hacia que se ocupara sériamente de sus atrevidos proyectos, tenia á su disposicion los medios necesarios para realizarlos: si por el contrario, estos mismos acontecimientos le permitian gozar tranquilamente del poder adquirido por sus convenios con el emperador, este poder era bastante grande para lisongear su ambicion. La única y verdadera falta que cometió en aquellas circunstancias, fué el considerar como estables y legítimos unos convenios arrancados á un soberano que estaba reducido á la desesperacion. ¿Como era posible que Fernando II se creyese ligado por un acto que hacia culpable del

crímen de lesa magestad al que se lo imponia, y que si aparentaba no conocerlo era porque el mismo hombre, aunque culpable, era indispensable en aquel momento para salvar le monarquía?

El ejército imperial tenia por fin un gefe digno de este nombre. Desde las riberas del Danubio hasta las orillas del Wesser y del Oder, todo se reanimó al aspecto del astro brillante que habia aparecido de nuevo en el horizonte. Un nuevo período comenzó para la guerra que hacia tanto tiempo desolaba la Alemania. El entusiasmo reinaba entre los soldados del emperador; renacieron las esperanzas de los católicos, y los protestantes esperaron con inquietud la realizacion de los temores y deseos que agitaban á todos los partidos. La corte de Viena se creyó autorizada á exigir al nuevo generalísimo unos servicios proporcionados al precio que él mismo les habia puesto. Wallenstein, sin embargo, no parecia darse mucha prisa en satisfacer aquellas exigencias. Acampado en las fronteras de la Bohemia, el mas ligero movimiento un poco serio, habria bastado para expulsar de aquel país á los sajones; pero se limitó á escaramuzas y combates de vanguardia, porque no queria vencerlos, sino hacer que se aliasen con él; y Fernando, que deseaba siempre reconciliarse con el elector de Sajonia, secundaba sin saberlo los proyectos del generalísimo, aprobando su contemporizacion. El recuerdo de los beneficios que el rey de Suecia habia hecho á la Sajonia era todavía muy reciente para que se pensase en traicionarlo descaradamente, y aun cuando se hubiera tenido aquella idea, habrian temido el confiarse á la política del gabinete austriaco, cuya perfidia no era un misterio para nadie. El carácter equívoco de Wallenstein no inspiraba mayor confianza. Se negaban á creer en la sinceridad de sus ofrecimientos, la única ocasion tal vez en que obraba de buena fé. La posicion que guardaba no le permitia dar la prueba revelando á Juan Jorge los motivos que lo impulsaban á solicitar su alianza. Obligado, aunque á su pesar, á abandonar las negociaciones para empuñar las armas, se presentó de repente frente á Praga, la que abrió sus puertas gracias á la traicion de un capuchino, y la guarnicion que se habia refugiado á la ciudadela tuvo que rendirse con las mas humillantes condiciones. Esta ventaja le proporcionó el continuar las negociaciones, en las que el feldmariscal de Arnheim figuraba siempre como intermediario. Entre tanto que este general negociaba, Wallenstein se apoderó de los desfiladeros situados entre Aussig y Perna para cortar la retirada al ejército sajon, el cual pudo volver á su país merced á la destreza y habilidad que mostró de Arnheim en estas circunstancias. Poco despues se sometieron á los imperiales las dos fortalezas de Eger y Leutmeritz que eran las únicas que ocupaban ya en Bohemia, volviendo de este modo el reino á su legítimo soberano con tanta rapidez como lo habia perdido.

El duque de Friedland, que se oupaba ménos de los intereses de su amo que de los suyos propios, quiso entónces trasportar el teatro de la guerra á la Sajonia y obligar así al elector á firmar un tratado con el Austria, ó mas bien con su general dictador, para evitar la destruccion de su país, pero la fuerza de las circunstancias lo obligó á suspender este proyecto.

Miéntras que Wallenstein limitaba sus proezas á enseñorearse de la Bohemia, los suecos, como ya dijimos antes, conseguian victorias importantes en las orillas del Rhin y del Danubio. Vencido en el paso de Lech y habiéndose quedado sin apoyo por la muerte de Tilly, Maximiliano no cesaba

crímen de lesa magestad al que se lo imponia, y que si aparentaba no conocerlo era porque el mismo hombre, aunque culpable, era indispensable en aquel momento para salvar le monarquía?

El ejército imperial tenia por fin un gefe digno de este nombre. Desde las riberas del Danubio hasta las orillas del Wesser y del Oder, todo se reanimó al aspecto del astro brillante que habia aparecido de nuevo en el horizonte. Un nuevo período comenzó para la guerra que hacia tanto tiempo desolaba la Alemania. El entusiasmo reinaba entre los soldados del emperador; renacieron las esperanzas de los católicos, y los protestantes esperaron con inquietud la realizacion de los temores y deseos que agitaban á todos los partidos. La corte de Viena se creyó autorizada á exigir al nuevo generalísimo unos servicios proporcionados al precio que él mismo les habia puesto. Wallenstein, sin embargo, no parecia darse mucha prisa en satisfacer aquellas exigencias. Acampado en las fronteras de la Bohemia, el mas ligero movimiento un poco serio, habria bastado para expulsar de aquel país á los sajones; pero se limitó á escaramuzas y combates de vanguardia, porque no queria vencerlos, sino hacer que se aliasen con él; y Fernando, que deseaba siempre reconciliarse con el elector de Sajonia, secundaba sin saberlo los proyectos del generalísimo, aprobando su contemporizacion. El recuerdo de los beneficios que el rey de Suecia habia hecho á la Sajonia era todavía muy reciente para que se pensase en traicionarlo descaradamente, y aun cuando se hubiera tenido aquella idea, habrian temido el confiarse á la política del gabinete austriaco, cuya perfidia no era un misterio para nadie. El carácter equívoco de Wallenstein no inspiraba mayor confianza. Se negaban á creer en la sinceridad de sus ofrecimientos, la única ocasion tal vez en que obraba de buena fé. La posicion que guardaba no le permitia dar la prueba revelando á Juan Jorge los motivos que lo impulsaban á solicitar su alianza. Obligado, aunque á su pesar, á abandonar las negociaciones para empuñar las armas, se presentó de repente frente á Praga, la que abrió sus puertas gracias á la traicion de un capuchino, y la guarnicion que se habia refugiado á la ciudadela tuvo que rendirse con las mas humillantes condiciones. Esta ventaja le proporcionó el continuar las negociaciones, en las que el feldmariscal de Arnheim figuraba siempre como intermediario. Entre tanto que este general negociaba, Wallenstein se apoderó de los desfiladeros situados entre Aussig y Perna para cortar la retirada al ejército sajon, el cual pudo volver á su país merced á la destreza y habilidad que mostró de Arnheim en estas circunstancias. Poco despues se sometieron á los imperiales las dos fortalezas de Eger y Leutmeritz que eran las únicas que ocupaban ya en Bohemia, volviendo de este modo el reino á su legítimo soberano con tanta rapidez como lo habia perdido.

El duque de Friedland, que se oupaba ménos de los intereses de su amo que de los suyos propios, quiso entónces trasportar el teatro de la guerra á la Sajonia y obligar así al elector á firmar un tratado con el Austria, ó mas bien con su general dictador, para evitar la destruccion de su país, pero la fuerza de las circunstancias lo obligó á suspender este proyecto.

Miéntras que Wallenstein limitaba sus proezas á enseñorearse de la Bohemia, los suecos, como ya dijimos antes, conseguian victorias importantes en las orillas del Rhin y del Danubio. Vencido en el paso de Lech y habiéndose quedado sin apoyo por la muerte de Tilly, Maximiliano no cesaba

de pedir al emperador con instancia que acudiese en socorro de la Baviera y salvase de esta manera á los Estados hereditarios del Austria de la tempestad que los amenazaba. Tambien se dirijió á Wallenstein; Fernando apoyó la solicitud con recomendaciones las mas apremiantes, así es que dia por dia partia un correo para Bohemia llevando despachos para el generalísimo, en que alternativamente le suplicaban y mandaban que se dirigiese al Danubio.

Llegó por fin el momento en que el emperador comprendió á cuán caro precio habia comprado los servicios de Wallenstein, porque despreciando este general las súplicas de Maximiliano y aun las órdenes terminantes de su amo, rehusó de una manera positiva el marchar al socorro de la Baviera. Su permanencia en Bohemia, decia, era mas necesaria, y el interes bien entendido del Austria que tenia encargo de defender, le prescribia el deber de dejar que Gustavo-Adolfo sacrificase sus mejores tropas y agotase sus recursos en la conquista de la Baviera y las fortalezas de este país. Este era el modo como se vengaba por medio de las armas suecas del desgraciado elector que en la dieta de Ratisbona habia sido el principal instrumento de su destitucion y hacia poco tiempo se habia opuesto con entereza á que volviese al mando.

Pero en breve la completa sumision de la Bohemia quitó al duque de Friedland el pretexto de permanecer en este reino, tanto mas cuanto que los triunfos contínuos de Gustavo-Adolfo amenazaban sériamente le seguridad del Austria. Por último, se vió precisado á consentir en la union de su ejército con el del elector, cuyo acontecimiento esperaban los católicos con impaciencia, porque segun ellos, debia decidir del resultado de la guerra. Gustavo-Adolfo, cuyo ejército era demasiado débil para medirse con el de Wallenstein, debia

temer que se uniese con las tropas de Baviera, y sin embargo nada hizo para impedir aquella union. El ódio bien conocido que existia entre el duque de Friedland y el elector, le hizo creer que jamas consentirian en trabajar de acuerdo para conseguir el mismo objeto; y cuando los acontecimiento probaron que habia cometido una falta, ya no era tiempo de repararle. En vano se dirigió á toda prisa al alto Palatinado; el elector habia llegado ántes que él y los dos ejércitos se habian unido ya en Eger, cuya ciudad habia elegido Wallenstein para servir de teatro á su triunfo y á su venganza. Sordo á todas las representaciones, á todas las súplicas, habia impuesto á su enemigo la ley de abandonar sus Estados y de venir con sus tropas en persona á solicitar la proteccion que la desgracia le hacia indispensable, y el orgulloso Maximiliano tuvo el valor de someterse á aquella humillacion. Solo despues de largos y penosos combates consigo mismo se decidió á deber su salvacion al hombre que si él hubiera sido el soberano jamas habria tenido mando alguno; pero una vez tomada su resolucion, logró dominarse para soportar con serenidad todas las consecuencias.

Si habia sido difícil el conseguir que el elector de Baviera y el duque de Friedland se reconciliasen, era aun mas difícil establecer las condiciones para que la reconciliacion fuese sincera y duradera. El mando supremo no podia pertenecer mas que á uno solo, y sin embargo, los dos lo pretendian á la vez: Maximiliano hizo valer lo ilustre de su nacimiento y el rango social que ocupaba, su cualidad como gefe de la «Liga,» y sobre todo, ser el mas poderoso de los soberanos del imperio germánico. Wallenstein se apoyó en su gloria militar y en el poder ilimitado con que habia sido investido por el gefe del mismo imperio. Si la idea de estar á las

órdenes de un servidor del emperador humillaba el orgullo del soberano, la ambicion de aquel mismo servidor se aferraba á los privilegios que le permitian dictar leyes á tan ilustre rival. Las contestaciones no tardaron en terminar en favor de Wallenstein. Obtuvo el mando de los dos ejércitos: el elector no conservó ni el derecho de arreglar en el dia de batalla la posicion y maniobras de sus propios soldados; todo lo que el duque de Friedland se dignó concederle fué el poder recompensarlos, castigarlos y disponer de ellos cuando no estuviesen incorporados al ejército imperial. Hechas estas estipulaciones, cada uno de los dos prometió solemnemente olvidar lo pasado y no quedó por arreglar mas que el ceremonial de la escena de reconciliacion. Allanada esta dificultad, los dos adversarios aparecieron al fin el uno en frente del otro y para conformarse con lo arreglado de antemano se abrazaron en presencia de sus tropas, y se prodigaron las mas enérgicas protestas de amistad, miéntras que sus corazones latian llenos de cólera y de ódio recíproco. Maximiliano, diestro en el arte de fingir, se dominó hasta el extremo de que era imposible leer en su rostro los verdaderos sentimientos que lo animaban; pero en los ojos de Wallenstein brillaba una alegría infernal, y la reserva que reinaba en todos sus movimientos traicionaba los penosos esfuerzos que hacia para no dejar estallar la violencia de las pasiones que agitaban su alma orgullosa.

Las tropas reunidas del Austria y la Baviera ascendian á mas de sesenta mil hombres, casi todos aguerridos y acostumbrados á vencer. El rey de Suecia no podia pensar en combatir á un ejército semejante en campo raso, por lo mismo se retiró prudentemente á Franconia, resuelto á esperar allí los primeros movimientos del enemigo para adivinar

el plan de operaciones que se proponia seguir, porque miéntras estuviese acampado en las fronteras de la Sajonia y de la Baviera era imposible decidir si comenzaria por invadir la Sajonia ó atacaria á los suecos para expulsarlos de la Baviera.

Los Estados de Juan Jorge habian quedado sin defensa desde que el general de Arnhein se habia dirigido á la Silesia con la intencion manifiesta de arrojar de allí á los imperiales; pero se le acusó, y con razon, de haber tomado este partido para facilitar al duque de Friedland la entrada á la Sajonia, como el único medio de decidir al elector á que volviese á unirse al partido imperial. El mismo Gustavo-Adolfo estaba tan convencido de que Wallenstein principiaria sus operaciones invadiendo las provincias sajonas, que se apresuró á mandar refuerzos considerables á aquel país, con la promesa de dirigirse allí personalmente si las circunstancias lo hacian necesario. Pero el duque de Friedland, que parecia haberse propuesto desbaratar todas sus combinaciones, avanzó bruscamente al Alto Palatinado, advirtiéndole con esta maniobra que era ya tiempo de ocuparse de su propia seguridad. En efecto, no se trataba de aumentar ó siquiera de conservar las conquistas que habia hecho, sino de poder sostenerse en Alemania. El enemigo se preparaba á atacarlo sin darle tiempo de llamar en su auxilio á sus aliados ni de reunir sus tropas diseminadas por todo el imperio. No le quedaba mas recurso que defender á Nurenberg, exponiéndose á ser sitiado por Wallenstein y vencido por el hambre, ó abandonar esta ciudad al furor de los imperiales, y esperar bajo la proteccion de los cañones de Donawerth la llegada de los refuerzos que esperaba.

Las leyes de la humanidad habian hablado siempre mas alto en el corazon de Gustavo-Adolfo que las consideracio-

nes personales; por lo mismo, tomó sin vacilar el partido de perecer con todo su ejército bajo las murallas de Nurenberg, ántes que deber su salvacion á la ruina de una ciudad que con tanta lealtad habia abrazado su causa. Millares de brazos se emplearon en el acto en rodear los arrabales de atrincheramientos, detras de los cuales los suecos establecieron su campamento. Se cavó al pié de aquellas trincheras un foso de ocho piés de profundidad y doce de anchura, y se construyeron reductos, bastiones y medias lunas para proteger las líneas y las entradas de estas obras de defensa. El Pegnitz, rio que atraviesa á Nurenberg, dividia el campo en dos partes iguales que se comunicaban entre sí por medio de un gran número de puentes: mas de trescientos cañones defendian las murallas y los arrabales de la ciudad. Animados por el ejemplo de la poblacion toda, que con una actividad admirable secundaba los trabajos de los soldados suecos, los habitantes de las aldeas vecinas vinieron á su vez á prestar la ayuda de sus brazos. El sétimo dia todo el ejército estuvo reunido en el campamento y el décimocuarto quedaron concluidas aquellas inmensas fortificaciones que parecian necesitar muchos años para su construccion.

Miéntras que fuera de las murallas de Nurenberg se ejecutaba esta gran empresa, los magistrados de la ciudad llenaban los almacenes con todos los objetos necesarios para sostener un largo sitio; tomaban con anticipacion todas las medidas de sanidad contra las epidemias que son casi inevitables cuando numerosas masas de gentes se encuentran encerradas en límites demasiado estrechos: aumentaban la milicia ciudadana, armaban un nuevo regimiento al que pusieron veinticuatro nombres, de los cuales cada uno comenzaba por una de las letras del antiguo alfabeto, y organizaron á toda la juventud en batallones de reserva que se ejercitaban en el manejo del arma miéntras que comenzaba para ella la hora del combate. Por su parte, Gustavo-Adolfo expedia á sus generales de las orillas del Rhin, de la Turingia y de la Baja Sajonia la órden de venir á marchas forzadas á reunírsele á Nurenberg; advirtió al mismo tiempo al landgrave de Hesse Cassel y al duque Guillermo de Weimar, que tenia necesidad de su auxilio porque su ejército no constaba mas que de diez y seis mil hombres, lo que no formaba mas que la tercera parte de la fuerza que tenia el del enemigo.

Entre tanto el duque de Friedland se habia adelantado lentamente hasta la nueva marca, en donde se detuvo para pasar revista á sus tropas. A la vista de aquel número tan imponente de hombres, de cuyo destino solo él tenia el derecho de disponer, se sintió tan lleno de satisfaccion, que dejó escapar de su boca una de esas exclamaciones jactanciosas que apenas se perdonan á la efervescencia irreflexiva de la primera juventud. «Antes de cuatro dias se verá cuál de los «dos, el rey de Suecia ó yo, será el señor del mundo.»

A pesar de esta bravata, no contestó á las provocaciones de los suecos, que salieron del campamento á presentarle batalla, y cuando todos sus amigos le suplicaban que aprovechase aquella ocasion para destruir de un solo golpe á un enemigo tan débil como temerario, él les respondió con aire desdeñoso: «Hasta ahora se han dado bastantes batallas, ya «es tiempo al fin de ensayar un método diferente.»

Su conducta en esta circunstancia demuestra cuán ventajoso es para un ejército estar mandado por un gefe célebre y de un mérito bastante reconocido por todo el mundo, para poder prescindir de las empresas atrevidas sin perjudicar á

su reputacion, mientras que otros se ven obligados á ejecutarlas con ansia como el único medio que tienen para hacerse conocer. Persuadido de que el valor de los suecos le haria pagar muy cara una victoria que acaso no seria decisiva y que una derrota seria para él una desgracia irreparable, Wallenstein tomó el partido de cansar la paciencia y agotar los recursos del enemigo por medio de un largo sitio.

Con esta intencion, se estableció mas allá del Rednitz, frente á Nürenberg, en un campamento que hizo fortificar con cuidado. Esta posicion era tan buena y estaba tan bien escogida que dominaba la ciudad toda y los arrabales, á la vez que le permitia impedir que los convoyes de la Sajonia, de la Franconia y de la Turingia llegasen al enemigo, al que se lisongeaba de poder reducir por el hambre y las calamidades que ella produce. Como ignoraba los recursos secretos de Gustavo-Adolfo, estaba muy lejos de prever que los males que queria atraer sobre el ejército sueco atacarian primero al suyo.

Casi todos los habitantes de los alrededores de Nürenberg habian huido con sus ganados y provisiones; y los pocos víveres que los forragistas imperiales podian encontrar en aquella comarca desierta les eran arrebatados casi siempre por los destacamentos suecos, porque el rey no queria tomar nada de los almacenes de la ciudad para alimentar á su ejército sino en la última extremidad. En cuanto llegó esta, los almacenes quedaron á su disposicion, mientras que Wallenstein tenia necesidad de buscar sus provisiones en las provincias lejanas.

Un inmenso convoy de víveres, escoltado por mil soldados escogidos, debia llegar de la Baviera al campamento imperial. Los suecos tuvieron noticia de ello; un regimiento de caballería salió en el acto de Nürenberg y protegido por la oscuridad de la noche se apoderó no solamente del convoy sino tambien de la ciudad en que se habia detenido.

Esta expedicion valió á Gustavo-Adolfo mas de mil quinientas cabezas de ganado mayor y una multitud de otras provisiones. Mil carros cargados de pan que no se pudieron trasportar fueron entregados á las llamas. Los siete regimientos que el duque de Friedland habia enviado al encuentro del convoy para ponerlo á cubierto de un golpe de mano, no llegaron sino para dar fé de que habia sido capturada y hecha pedazos la pequeña escolta que lo custodiaba. El rey de Suecia, por su parte, tomó todas las medidas necesarias para proteger la presa que se habia quitado al enemigo. Los dos destacamentos se encontraron y despues de un encarnizado combate huyeron los imperiales dejando mas de cuatrocientos muertos en el campo.

Tantos reveses hicieron lamentar á Wallenstein el haber rehusado la batalla que con tanta audacia le habia ofrecido Gustavo-Adolfo, porque el campamento á que éste se habia retirado estaba tan bien fortificado, que se le podia considerar como intomable, y la juventud de Nurenberg que se habia aguerrido proporcionaba al rey en el momento los soldados necesarios para llenar los huecos que los combates hacian en sus filas. Si la falla de víveres comenzaba á hacerse sentir en la ciudad y en el campamento sueco, el de los imperiales era ya presa del hambre, y era probable que Wallenstein seria el primero en verse obligado á abandonar su posicion.

Hacia ya quince dias que los dos ejércitos, retirados en sus campos fortificados, permanecian el uno frente al otro limitándose á escaramuzas temerarias é insignificantes. Las privaciones y las enfermedades habian hecho en ambos lados

mas estragos que el hierro y el fuego; y cada dia aumentaba el número de estos males, cuando los refuerzos tan impacientemente esperados por los suecos llegaron por fin. Al primer llamamiento de Gustavo-Adolfo, el duque Guillermo de Weimar se habia apresurado á formar un cuerpo de ejército con las guarniciones de la baja Sajonia y de la Turingia. En otra parte, el canciller Oxenstiern se habia encargado de conducir cuatro regimientos sajones y las tropas que el landgrave de Hesse Cassel y el conde palatino de Birkenfeld enviaban de las orillas del Rhin. Estos dos cuerpos de ejército se reunieron en Schrvinfurt, en Franconia, en Windsheim; el duque Bernardo de Weimar y el general sueco Banner se unieron á estas tropas y todos juntos marcharon hasta Pruck y Eltersdorf, donde pasaron el Rednitz. Despues de haber salvado este último obstáculo, este ejército, compuesto de cincuenta mil hombres, seguido de sesenta cañones y cuatro mil carros cargados de municiones y bagajes, entró en triunfo al campamento sueco.

Desde aquel momento el héroe del Norte se encontró á la cabeza de setenta mil hombres, sin contar la milicia y la juventud de Nürenberg, que en caso de necesidad podia proporcionar treinta mil combatientes aguerridos, fuerza imponente en verdad, pero que tenia al frente á un enemigo no menos formidable. Esta larga y cruel guerra parecia al fin quererse decidir en una sola batalla, y la Europa entera á pesar de las diversas opiniones que la dividian, fijaba sus miradas con impaciente inquietud en el punto en que se habian concentrado los dos ejércitos enemigos, como en el foco de un espejo ustorio.

El hambre, cuyos funestos efectos se habian hecho sentir antes de la llegada de los refuerzos, no tardó en causar espantosos estragos en los dos campos, porque tambien Wallenstein habia hecho que le llevasen tropas de Baviera. El corto espacio de algunas leguas estaba doblegado bajo el peso de mas de ciento veinte mil soldados y cerca de cincuenta mil caballos, sin contar la poblacion de Nürenberg, mas numerosa aún que el ejército sueco. Quince mil mugeres y un número igual de carreteros y criados llenaban el campo de Wallenstein; el de los suecos contaba una cantidad mas considerable todavía. En aquella época la costumbre permitia á cada soldado el hacerse acompañar por todas las personas que quisiesen participar de su suerte, y si el ejército imperial llevaba consigo una multitud de mugeres que pertenecian á todo el que lo deseaba, casi todos los soldados suecos estaban rodeados de una numerosa familia, porque la severidad con que Gustavo-Adolfo velaba por las buenas costumbres de su ejército le imponia el deber de proteger las uniones legítimas.

Los hijos que provenian de estas uniones y que no tenian, por decirlo así, otra patria que el campamento de su padre, en el que la solicitud del rey habia creado escuelas militares dirigidas por maestros célebres, fueron para el ejército un precioso recurso que le permitió reclutarse por sí mismo durante su larga permanencia en Alemania. Pero aquellas naciones ambulantes tenian el grave inconveniente de empobrecer las provincias donde se detenian, y el campamento sueco de Nürenberg era una prueba incontestable de esta verdad. Todos los molinos de los alrededores no bastaban para moler el grano suficiente para el consumo del ejército, y las cincuenta mil libras de pan que la ciudad entregaba cada dia, no hacian mas que excitar el hambre en lugar de satisfacerla. A pesar de la prevision y del cuidado infatigable de los magistrados, una parte de los caballos murió de inanicion y el furor

siempre creciente de la epidemia hizo millares de víctimas. Despues de soportar durante cincuenta y cinco dias el cuadro de tantas miserias, resolvió Gustavo-Adolfo ponerle un término. Salió de sus atrincheramientos, se formó en batalla frente al enemigo y lo hizo cañonear por tres baterías que habia mandado levantar en las orillas del Rednitz.

El duque de Friedland recibió esta provocacion con un vivo fuego de mosquetería y un débil cañoneo. Se habia propuesto destruir al ejército de Gustavo por la inaccion, el hambre y las enfermedades contagiosas, y ni las súplicas de Maximiliano, ni la impaciencia y la miseria de sus tropas, ni la burla de los suecos, fueron bastante para hacerlo renunciar á su proyecto. Engañado en su esperanza de hacer aceptar á los imperiales la batalla é incapaz de soportar por mas tiempo los sufrimientos de los suyos, el rey quiso intentar lo imposible y tomar por asalto una posicion que el arte y la naturaleza habian hecho inexpugnable. El dia de San Bartolomé, cincuenta y ocho dias despues de haber comenzado el sitio, confió el cuidado de su campo á la milicia de la ciudad y pasó el Rednitz cerca de Furth, ocupado por los puestos avanzados del enemigo, que despues de una ligera resistencia emprendieron la fuga. El centro del ejército imperial se habia retitado á las alturas situadas entre el Biber y el Rednitz. La artillería colocada en estas alturas, conocidas con los nombres de Veste y Atemberg, dominaba y protegia el campamento que se extendia hasta perderse de vista en la llanura. Profundos fosos rodeaban los atrincheramientos; montones de espinas y palizadas cubiertas de puntas de fierro cerraban todos los pasos que conducian á los montes escarpados donde Wallenstein, tranquilo y sereno como un dios amenazado por débiles mortales, lanzaba al través de una

espesa y sombría nube de humo los testimonios fulminantes de su poder. Detras de los parapetos el fuego pérfido de la mosquetería acechaba á sus víctimas, y las abiertas bocas de muchos centenares de cañones vomitaban el hierro y la muerte sobre los atrevidos asaltantes. Hácia aquel punto imponente y terrible dirigió su ataque el héroe del Norte. Quinientos mosqueteros á caballo sostenidos por un peloton de infantería, porque el terreno era demasiado estrecho para dar paso á un número mayor de combatientes, recibieron la órden honrosa y probablemente poco envidiada de arrojarse los primeros al abismo de la muerte. El ataque y la resistencia fueron furiosos. Nada cubria á los asaltantes contra el fuego de los imperiales, que estaban protegidos por sus atrincheramientos, y sin embargo, se precipitaron sobre las alturas que en el momento se trasformaron en volcanes lanzando por todos lados torrentes de hierro y de llamas. La caballería imperial se aprovecha de los claros que hace la muerte en las compactas filas de los asaltantes; penetra en medio de ellos y los obliga á abandonar el campo de batalla donde ya mas de la mitad han perdido la vida. Los soldados á quienes Gustavo-Adolfo habia concedido el honor del primer ataque eran alemanes. Indignado al ver su retirada, envia al asalto á sus queridos finlandeses, para reparar, les dijo, la cobardía alemana con el valor de los hombres del Norte; pero los finlandeses retroceden á su vez. Otro regimiento los reemplaza sin tener mas fortuna. En fin, todos los regimientos del ejército atacan sucesivamente y dejan el lugar del combate cubiertos de sangre y de heridas. Montones de cadáveres mutilados se levantan alrededor del rey, pero no está vencido y continúa el ataque. Wallenstein persiste en la defensa.

En otro punto la caballería imperial habia venido á las

manos con la ala izquierda de los suecos apoyada en las orillas escarpadas del Rednitz. Durante este combate, en el que el vencedor pierde casi en el acto los frutos de su victoria para conquistarlos otra vez y volverlos á perder de nuevo, los dos partidos rivalizan en valor hasta el punto de que la fortuna no se atrevió á decidirse por el uno ó por el otro. Wallenstein que mandaba en persona, perdió el caballo que montaba. Casi en el mismo momento el duque Bernardo de Weimar perdió el suyo de la misma manera y una bala de cañon arrancó la suela de una de las botas del rey. Pero la lucha duraba siempre y solo la noche pudo ponerle un término.

Sin embargo, los suecos habian avanzado tanto, que el regreso á su campamento ofrecia grandes peligros. Gustavo Adolfo lo sabia y sus ojos buscaban á su alrededor á un oficial bastante experimentado á quien pudiese confiar aquella comision importante, cuando distinguió al coronel Hebron, valiente escocés que participaba como voluntario de los peligros de la batalla, porque habia hecho el voto irreflexivo de no sacar la espada en servicio del rey que lo habia ofendido, encargando á un oficial jóven el mando de una expedicion peligrosa que él habia solicitado mandar. A pesar de esto, Gustavo-Adolfo lo llamó para confiarle la direccion de la retirada. «Señor, respondió el atrevido escocés, vuestra «magestad ha hecho bien en pedirme este servicio, porque es «el único que no puedo rehusar, supuesto que expongo mi «vida cien veces mas bien que una.» Y partió á desempeñar en el acto una comision que requeria tanto valor como prudencia.

El duque Bernardo de Weimar se habia apoderado de una altura que dominaba el antiguo Veste y desde donde podia flanquear la montaña y toda la extension del campo enemigo;

pero la cantidad de agua que habia caido durante la noche habia puesto tan resbaladiza la pendiente de la montaña, que fué imposible trasportar á su cima los cañones y se vió en la necesidad de abandonar aquel punto importante, cuya conquista le habia costado tantos sacrificios. Este último revés hizo al rey desconfiar de la fortuna que lo habia traicionado todo el dia, y en lugar de conducir de nuevo sus fatigadas tropas al combate, las hizo pasar el Rednitz al dia siguiente. Dos mil suecos habian quedado en el campo de batalla, mientras que el duque de Friedland tuvo una baja poco considerable y no perdió una sola pulgada de terreno.

Por el espacio de quince dias permanecieron los dos ejércitos en sus posiciones respectivas, sin que ninguno de ellos se decidiese á dar el ejemplo de la partida. Sufriendo privaciones intolerables, los soldados procuraban disminuirlas talando las comarcas vecinas, porque la desesperacion y el hambre habian roto los lazos de la disciplina aun en el mismo campamento sueco. Las tropas alemanas particularmente robaban y maltrataban con el mismo furor á amigos y enemigos. La autoridad del rey no era suficiente para reprimir aquellos desórdenes, que estaban autorizados por el silencio y á veces por el ejemplo de los jefes. Este olvido de las leyes de la humanidad y de la disciplina afligia tanto mas á Gustavo-Adolfo, cuanto que hasta entónces habia tenido el derecho de enorgullecerse de la conducta de su ejército, y expresó su desagrado á los generales y oficiales alemanes en términos muy duros.

«Vosotros sois, desgraciados alemanes, los que destruís á «vuestra propia patria é instigais á la desesperacion á vues«tros correligionarios. Yo os aborrezco, os detesto, y pongo «al cielo por testigo del horror que me inspirais! Solo vues-

«tra vista me llena de disgusto. Infringís mis órdenes, vio-
«lais mis leyes, vosotros sois la causa de que el mundo en-
«tero me maldiga, de que los desgraciados me persigan con
«sus lágrimas y gritos de miseria, y que me vea obligado á
«oirles decir: El rey que es nuestro amigo nos hace un daño
«mayor que el mas implacable de nuestros enemigos. Por
«vosotros he despoblado mi reino y agotado mis tesoros, yo
«os he dado mas de cuarenta toneladas de oro, [1] miéntras que
«vuestro imperio de Alemania no me ha dado á mí con qué
«comprar un miserable justillo. He dispuesto en vuestro fa-
«vor de todo lo que Dios me ha concedido, y continuaria ha-
«ciéndolo si fuérais sumisos y obedientes á mis órdenes; pero
«acabais de probarme que sois gente mal intencionada y per-
«niciosa, aunque mas de una vez me hayais proporcionado
«la ocasion de admirar vuestro valor.»

Los dos grandes ejércitos que hacia once semanas vivian sobre el territorio de Nuremberg, habian agotado de tal modo sus fuerzas físicas, que les era imposible el permanecer allí por mas tiempo. La ciudad habia perdido mas de diez mil de sus habitantes, las campiñas en otros tiempos tan fértiles parecian ahora áridos desiertos, las aldeas no eran mas que montones de cenizas, y los desgraciados habitantes se morian de hambre y de desesperacion en los caminos reales á donde habian ido á buscar asilo y un pedazo de pan. Las exhalaciones que se desprendian de los dos campamentos y la descomposicion de los cadáveres, acelerada por los calores de la canícula, llenaban el aire de miasmas pestilentes con los cuales los hombres y los animales respiraban una muerte tan horrorosa como cierta. Estos espantosos miasmas y la

1 Cada tonedada equivale á $ 60,000 de nuestra moneda.—*N. del T.*

tenacidad del duque de Friedland en permanecer en sus atrincheramientos, decidieron al fin al rey de Suecia á ser el primero en abandonar aquellos lugares. El 8 de Setiembre de 1682 levantó el campo y salió de Nurenberg, donde dejó una guarnicion suficiente para poner á la ciudad al abrigo de un golpe de mano. Formado en batalla pasó lentamente frente al campo de Wallenstein, quien no hizo ningun movimiento para inquietar su marcha, y se dirigió hácia Neustadt sobre el Aich y despues á Windsheim donde se detuvo cinco dias, no solamente para dar tiempo á sus tropas de descansar, sino para estar inmediato á Nurenberg en el caso en que el enemigo se atreviese á atacarla. Por su parte Wallenstein, que solo habia esperado la retirada de los suecos para operar la suya, dió la órden de levantar el campo y de incendiarlo todo, inclusas las aldeas que no habian sido destruidas. Por todos lados se levantaban hasta el cielo columnas de llamas y de humo, y aquel horrible adios lanzado á traves de la comarca, era para la ciudad de Nurenberg una prueba cierta de la suerte que le estaba reservada si hubiera caido en poder del implacable duque de Friedland, el que se complacia en seguir señalando cada uno de sus pasos con el incendio, el robo y el asesinato. El justo deseo de proteger á Nurenberg habia impedido al rey el inquietar la marcha de los imperiales, y ademas, el país en que se encontraba estaba tan agotado que no podia alimentar por mas tiempo á un ejército como el suyo. Se decidió por lo mismo á enviar una parte de él á Franconia para conservar su autoridad en aquel punto, y él mismo condujo la otra parte á Baviera para terminar la conquista de este país.

Wallenstein, que acababa de llegar al obispado de Bamberg, pasó allí revista á su ejército. De sesenta mil hombres de

que se componia al principio, los combates y las enfermedades contagiosas lo habian reducido á veinte y cuatro mil, de los que la cuarta parte era de bávaros. Las pérdidas de los suecos se elevaban á cerca de veinte mil hombres. El campo de Nurenberg habia destruido á aquellos dos ejércitos mas que lo que hubieran podido hacer muchas batallas, y lo mas sensible de todo era que la guerra no habia dado un solo paso á su desenlace. Las conquistas de los suecos en Baviera y la invasion que amenazaba á los Estados austriacos se habian suspendido; pero Gustavo-Adolfo habia recobrado su libertad de accion para acometer de nuevo aquella empresa.

Poco afectado por la suerte de la Baviera y cansado de la reserva que le imponia la presencia de Maximiliano en el ejército, se aprovechó Wallenstein con ansia del pretexto que le presentaba la situacion de los negocios, para desembarazarse de este príncipe y trabajar de nuevo en la realizacion de sus proyectos acerca de la Sajonia. Convencido de que su presencia y la de sus tropas seria el mejor argumento posible para decidir al elector á formar alianza con él, escogió los Estados de este príncipe para que le sirvieran de cuarteles de invierno. El instante era favorable para esta empresa.

El ejército sajon, secundado por los suecos y por las tropas del elector de Brandeburgo, habia obtenido grandes ventajas en Silesia. El medio mas seguro para salvar á esta provincia, era el inquietar á Juan Jorge en su propio país, lo que era tanto mas fácil, cuanto que este, para conquistar la Silesia, habia dejado la Sajonia sin defensa. El duque de Friedland no podia temer que se le censurase por sacrificar á la Baviera á la necesidad de conservar al Austria una de sus provincias hereditarias. Por lo mismo no le costó trabajo el ocultar sus verdaderas intenciones bajo la máscara de una adhesion á

toda prueba por la causa del emperador. Al abandonar, por decirlo así, al elector de Baviera en manos del rey de Suecia tenia derecho á esperar que este á su vez le entregase al de Sajonia por el cual Gustavo-Adolfo no tenia ya aquella viva amistad que en los primeros tiempos de su alianza lo habia hecho dejarlo todo para volar en su auxilio.

Abandonado por su pérfido protector, el desgraciado Maximiliano se separó de él en Bamberg, y volvió á su país con los débiles restos de sus tropas: el ejército imperial entró á la selva de Turingia, pasando por Bareith y por Coburgo. El general Holk habia sido enviado al Voigtland con seis mil hombres y la órden de destruirlo todo á su paso. Muy poco despues, Gallas, otro general de Wallenstein y uno de los mas activos ejecutores de sus bárbaras órdenes, recibió la misma comision, así como el general de Pappenheim que habia sido llamado de la Baja Sajonia para acabar de devastar los Estados de Juan Jorge. Los templos fueron destruidos, las aldeas incendiadas, las casas saqueadas, y familias enteras quedaron sin asilo y faltas de todos los medios de procurarse la subsistencia; los ancianos, las mugeres, los niños degollados en sus habitaciones destruidas, señalaban el camino que habian seguido aquellos bárbaros al traves de la Turingia, el Voigtland y la Misnia. Tantos desastres, sin embargo, no eran mas que el preludio de las calamidades mas terribles aún con que el grueso del ejército mandado por Wallenstein en persona amenazaba á la Sajonia. Despues de haberlo llevado todo á fuego y sangre durante una marcha cruelmente lenta y calculada, el implacable generalísimo se detuvo bajo las murallas de Leipzig, de la cual se apoderó. Su objeto era penetrar hasta Dresden y no renovar las negociaciones con el elector hasta haberse hecho dueño de su país. Ya se disponia

á pasar el Muld para atacar y dispersar al ejército sajon que habia avanzado á su encuentro hasta Forgan, cuando la noticia de la llegada del rey á Erfürt, lo puso en la necesidad de suspender sus proyectos de conquista y retroceder hasta Merseburgo, donde se reunió con el cuerpo de ejército de Pappenheim cuya cooperacion le era indispensable para resistir á la vez á los suecos y á los sajones entre los cuales se habia colocado, situacion tanto mas difícil cuanto que el duque Jorge de Lüneburgo les habia llevado un refuerzo considerable de la baja Sajonia.

Hacia ya mucho tiempo que Gustavo-Adolfo observaba las pérfidas maquinaciones de la España y del Austria para arrebatarle sus aliados; el elector de Sajonia era sin duda para él el mas importante de todos, pero mas de un motivo lo autorizaba á dudar de su fidelidad. Acostumbrado este príncipe á verse tratado como el gefe de su partido, no soportaba sino por fuerza la intervencion de un extranjero en los negocios del imperio, y su repugnancia en secundar las operaciones de este extranjero, habia estado adormecida mas bien que vencida por el peligro de que aquel lo habia salvado. La autoridad siempre creciente del rey de Suecia, su influencia predominante sobre los príncipes protestantes, y sus brillantes victorias, bastaban sin duda para inquietar á los miembros de la dieta; pero el elector de Sajonia se dejaba llevar por sospechas que los agentes del Austria no cesaban de explotar. A cada paso que su augusto aliado se permitia dar sin haberle consultado ántes, á cada solicitud ó reclamacion que dirigia á la Dieta, estallaba en amargas quejas que hacian presagiar una próxima ruptura, y sus generales, cuando tenian que obrar de concierto con los suecos, imitaban las sospechas y la malevolencia de su amo. Por

otra parte, Juan Jorge tenia una repugnancia innata por la guerra y nada habia sido bastante para libertarlo enteramente de su respetuosa sumision á la casa de Austria, que la costumbre habia convertido, por decirlo así, en un culto. Estas disposiciones autorizaban al general de Arnheim á esperar que, mas tarde ó mas temprano, lograria decidir á su amo á firmar una paz parcial y secreta con el emperador. Si sus esfuezos no obtuvieron, por mucho tiempo, resultado, los acontecimientos probaron que por lo ménos no fueron enteramante inútiles.

La Baviera estaba tan mal defendida, que Gustavo-Adolfo podia esperar el apoderarse de todo el electorado en muy poco tiempo, y la insurreccion que acababa de estallar en la alta Austria le abria el camino de Viena, de cuya ciudad le seria fácil apoderarse antes de que la socorriese el duque de Friedland. Estas brillantes esperanzas debian ser sacrificadas por un aliado que no le habia prestado ningun servicio de importancia y que ni siquiera se mostraria agradecido á semejante sacrificio. Todo el mundo sabia que este, en medio de las calamidades públicas, no cuidaba mas que de sus intereses personales, y si se solicitaba su alianza era menos por obtener los socorros que podia proporcionar que para evitar el mal que estaba siempre dispuesto á hacer. Urgido en aquel momento por el imponente ejército al frente del cual Wallenstein acababa de renovar sus pérfidas proposiciones, y que, mientras eran aceptadas, destruia el país, tenia al fin un pretexto suficiente para justificar su infidelidad. Esta circunstancia, unida al mal efecto que produciria en todos sus aliados de Alemania la ruina de la Sajonia, si dejaba que se consumase por acabar la conquista de la Baviera, decidió al rey de Suecia á renunciar unas victorias ciertas por ir á

salvar á un aliado dudoso. Su conducta en esta parte de su vida excita una admiracion mezclada de dolor, sobre todo cuando se reflexiona que el respeto religioso que tenia por sus compromisos, lo arrastraba al término de su heróica existencia.

Despues de haber reunido sus tropas en Franconia siguió al ejército de Wallenstein á traves de la Turingia. Cerca de Arnstadt se le reunió el duque Bernardo de Weimar á quien habia enviado al encuentro de Pappenheim. Despues de esta union, el ejército que conducia en auxilio de la Sajonia constaba de veinte mil hombres de tropas aguerridas. La reina Eleonora habia ido á esperarlo á la ciudad de Erfürt, y su despedida fué tan tierna y conmovedora que parecia presagiar una separacion eterna. En efecto, la desgraciada Eleonora no debia volver á ver al héroe á quien adoraba, sino en el sarcófago real que lo estaba aguardando en Weissenfels.

El 1º de Noviembre de 1632 Gustavo-Adolfo entró á Naumburgo, antes de la llegada de las tropas que Wallenstein habia enviado para apoderarse de esta plaza. Los habitantes de toda la comarca habian acudido en tropel para contemplar al héroe, al ángel tutelar que un año antes habia aparecido en aquellos mismos lugares para salvarlos. Los gritos de alegría anunciaron su llegada, y en cuanto lo distinguieron, se prosternaron á sus piés disputándose el honor de tocar la vaina de su espada ó la extremidad de sus vestidos. Este tributo público de admiracion y reconocimiento lastimó su modestia. «¿No se creeria, dijo á sus oficiales, que es-«te pueblo me toma por un Dios? Nuestros negocios caminan «bien, pero temo que el cielo me haga expiar estas cul-

»pables adulaciones y pruebe tal vez demasiado pronto á estos «insensatos que no soy mas que un hombre como ellos.»

Asi fué como Gustavo-Adolfo, próximo á abandonar este mundo para siempre, se mostró mas amable y mas afectuoso que nunca. Habia llegado al apogeo de la gloria; pero temiendo siempre á la justicia divina, rechaza unos homenajes que no corresponden á un simple mortal, y, de esta manera, multiplica los derechos que habia adquirido ya á las lágrimas y al doloroso recuerdo de la posteridad, en el mismo instante en que iba á excitar los sentimientos y hacer correr las lágrimas de sus contemporáneos.

El duque de Friedland habia avanzado hasta Weissenfels, resuelto á establecer sus cuarteles de invierno en Sajonia y aceptar una batalla si no podia sostenerse en el país sino á este precio. Su conducta cerca de Nurenberg lo habia expuesto á la sospecha de no atreverse á combatir en campo raso con el héroe del Norte, y se veia en la necesidad de probar lo contrario si queria conservar intacta su gloria.

La superioridad numérica de su ejército le permitia contar con una victoria segura, sobre todo, si lograba empeñar el combate ántes de la reunion de las tropas sajonas con las de Suecia. Esta seguridad en el triunfo, dependia ménos de sus cálculos racionales que de las predicciones de su astrólogo Seni, quien pretendia haber leido en los astros que la estrella que tan favorable habia sido al rey de Suecia se eclipsaria en el mes de Noviembre. La posicion del ejército imperial estaba protegida por la cadena de montañas situada entre Camburgo y Weissenfels, y por el rio Saale, que corre á traves de estas montañas cuyos pasos son tan estrechos que un corto número de hombres es bastante para defender la entrada. El duque de Friedland, se lisonjeaba por lo mismo

de que al elegir esta posicion habia puesto al rey de Suecia en la necesidad, ó de emprender el forzar estos desfiladeros con riesgo de sacrificar una parte de sus mejores tropas, ó de retroceder con su ejército á la Turingia donde seria diezmado por el hambre. El no haber podido apoderarse de Naumburgo le hizo perder una parte de sus ventajas, y no le quedó otro recurso que prepararse al combate. Sin embargo, el rey de Suecia no realizó la idea de Walleinstein, porque en lugar de avanzar en la direccion de Weissenfels, se atrincheró en los alrededores de Naumburgo resuelto á esperar el refuerzo que debia llevarle el duque de Lümburgo. En esta crítica situacion, reunió Wallenstein un consejo de guerra compuesto de sus generales mas experimentados para decidir si seria conveniente atravesar los desfiladeros y ofrecer la batalla á los suecos ó esperar á que ellos fuesen á atacarle á su campamento. El primer punto fué desechado por unanimidad. Sin embargo, el cuidado con que Gustavo-Adolfo fortificaba su campo parecia anunciar la intencion de fijarse en él, y la proximidad del invierno no permitia fatigar á los imperiales haciendo operaciones penosas é inútiles. La mayoría del consejo decidió por lo mismo que el partido mas prudente era terminar la campaña en el país en que se encontraban y mandar tropas á Westfalia y las orillas del Rhin para contener allí los progresos de los suecos y socorrer á Colonia que estaba amenazada por los holandeses. El duque de Friedland cedió ante estas poderosas consideraciones, y persuadido de que el rey de Suecia estaba igualmente decidido á no comenzar de nuevo la campaña en Sajonia sino en la próxima primavera, destacó de su ejército un cuerpo considerable, que á las órdenes de Pappenheim debia libertar á Colonia y de paso apoderarse de la fortaleza de Moritzburgo

en las inmediaciones de Halle. El resto de sus tropas estableció sus cuarteles de invierno en las aldeas vecinas: el conde Kolloredo ocupó la ciudadela de Weissenfels, y Wallenstein se fijó no léjos de Merseburgo, entre el canal y el Saale, preparado á aprovecharse de la primera ocasion favorable para avanzar mas allá de Leipzig y cortar toda comunicacion entre los sajones y los suecos.

En el acto que se informó á Gustavo-Adolfo de la partida de Pappenheim, levantó el campo y avanzó á marchas forzadas sobre Weissenfels. La noticia de este movimiento esparció la sorpresa y la consternacion en el ejército imperial que no se componia mas que de doce mil hombres, miéntras que el de los suecos constaba de mas de veinte mil. A pesar de esta inferioridad númerica Wallenstein se dispuso á aceptar la batalla, persuadido de que la sostendria con honor, hasta el regreso de Pappenheim que no podia estar mas que á unas diez leguas de distancia. Miéntras que los correos encargados de llamarlo partian de hora en hora, Wallenstein desembocó en la llanura y se formó en batalla entre el canal y la pequeña ciudad de Lützen, cuya posicion separaba completamente á los suecos de los sajones.

Tres cañonazos disparados desde el fuerte de Weissenfels de órden de Kolloredo anunciaron la proximidad del enemigo. A una señal convenida, los puestos avanzados de los imperiales mandados por el general croata Isolani se replegaron para tomar posicion en las aldeas situadas sobre el Rippach. La débil resistencia que opusi ron no pudo detener al enemigo, que pasó el rio cerca de la aldea del mismo nombre y se formó en batalla frente á los imperiales un poco mas abajo de Lützen. El canal que se extiende desde Zeitz hasta Merseburgo y reune el Elster con el Saale, atraviesa el ca-

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

mino real de Weissenfels á Leipzig entre Lützen y Markranstadt. Sobre este canal apoyó Wallenstein el ala izquierda de su ejército y Gustavo-Adolfo la derecha del suyo: la caballería de los imperiales y la de los suecos se extendia mucho mas allá de este canal. Hácia el Norte, detras de Lützen, estacionaba el ala derecha de Wallenstein y el ala izquierda de Gustavo-Adolfo; los dos ejércitos daban frente al camino real que los separaba al uno del otro.

El duque de Friedland se habia apoderado de este camino desde la víspera y mandado cavar á los dos lados profundos fosos, en los cuales hizo ocultar varios pelotones de mosqueteros. Se habia establecido una batería de siete cañones de grueso calibre para proteger el fuego de estos mosqueteros. Un poco mas cerca de Lützen, sobre una altura en la que habia algunos molinos de viento, otra batería de catorce piezas de campaña dominaba una parte de la llanura. La infantería, dividida en cinco brigadas demasiado pesadas para poderse mover con facilidad, estaba apostada á trescientos pasos del camino, las cajas de municiones formaban la última línea, y se habian enviado á Leipzig los carros y los bagajes para que no estorbasen las maniobras.

Para que apareciese el ejército mas numeroso, los carreteros y los criados recibieron la órden de montar á caballo y colocarse á la extremidad del ala izquierda hasta que llegase el cuerpo de Pappenheim.

Gustavo-Adolfo se habia aprovechado tambien de la noche para tomar sus posiciones segun el sistema que un año ántes le habia asegurado la célebre victoria de Leipzig. Pequeños escuadrones dividian la infantería, y entre la caballería estaban colocados algunos destacamentos de mosqueteros. El ejército entero estaba formado en dos líneas dando su

frente al camino real; por su espalda y flanco derecho corria el canal, y hácia el flanco izquierdo se levantaba la pequeña ciudad de Lützen. La infantería mandada por el general conde de Brahe ocupaba el centro, la caballería formaba las dos alas y la artillería el frente. En el ala izquierda un héroe aleman, el duque Bernardo de Weimar, mandaba la caballería alemana: y en la derecha, Gustavo-Adolfo se habia puesto á la cabeza de los ginetes suecos; esta disposicion no podia dejar de estimular á las dos naciones á rivalizar en valor y en heroismo. Detras de la segunda línea, formada en el mismo órden de batalla que la primera, estaba el cuerpo de reserva mandado por el general irlandés Henderson.

Colocados en estas posiciones respectivas, los dos ejércitos esperaron la aurora para comenzar un combate que debia dar al fin á la Europa la solucion del gran problema que inútilmente habia buscado en Nurenberg. Dos capitanes iguales en gloria y en capacidad iban por último á medirse en campo raso. Nunca desde el principio de la guerra, batalla alguna habia excitado tantos temores y esperanzas; jamas la victoria habia prometido resultados mas importantes. El dia, cuyos primeros albores se esperaban con tanta impaciencia, debia mostrar á la Alemania quién era el mas gran capitan y dar un vencedor al que hasta entónces habia sido invencible. Aquel dia iba á probar tambien si Gustavo-Adolfo debia las brillantes victorias que habia alcanzado en la llanura de Leipzig y en las orillas del Lech á la superioridad de su génio ó á las faltas de sus enemigos. Para el duque de Friedland, aquel dia era igualmente de una gran importancia, porque le proporcionaba el único medio de justificar el nombramiento del emperador, mostrándose mas grande todavía que el precio que se habia atrevido á fijar á sus servicios. Cada uno de los sol-

dados, orgulloso de su gefe, participaba tambien de sus emo ciones. Era imposible adivinar cuál de los dos ejércitos conseguiria la victoria, pero todo el mundo comprendia que costaria tan cara al vencedor como al vencido. Conocian bien al enemigo á quien tanto habiau deseado ver frente á frente, y la inquietud que aceleraba los latidos de los corazones mas valientes, era un testimonio involuntario, pero glorioso, que se tributaba al valor de los contrarios.

El dia apareció por fin. Una espesa niebla envuelve el campo de batalla y no permite todavía comenzar el ataque. Para prepararse dignamente á él, el rey de Suecia se arrodilla y hace su oracion al frente de su ejército: en el acto se prosternan todos los soldados y entonan en coro un acto religioso que la música de los regimientos acompaña y hace todavía mas imponente. Concluida la oracion, se levanta el rey y monta á caballo; una herida reciente y que aun no está cerrada no le permite ponerse armadura; vestido con un justillo de piel de búfalo y un sobretodo de paño, recorre todas las filas y dirije la palabra á cada soldado. Su elocuencia sencilla y enérgica infunde á los corazones mas tímidos una confianza que los sombríos presentimientos que oprimen su pecho no le permiten abrigue á su vez. A las once de la mañana se disipa la niebla. Se puede entónces ver al enemigo y con él á la ciudad de Lützen, presa de las llamas encendidas por órden de Wallenstein, quien, con esta medida bárbara hacia imposible que los suecos lo cercasen por este lado y atacasen su flanco.

Apenas se distinguen los dos ejércitos cuando atruenan el aire con sus gritos de guerra respectivos: «¡Jesus y María!» aullan los imperiales: «¡Dios con nosotros!» responden los suecos: y la caballería se precipita á la carga, y la infantería corre hácia los fosos que impiden el paso del camino. A pesar del fuego de mosquetería y del cañoneo que los recibe, los intrépidos batallones suecos salvan los fosos, rechazan á los mosqueteros que los defienden, se apoderan de la batería y la dirijen inmediatamente contra el enemigo. Nada puede contener su impetuosidad; la primera de las cinco brigadas de la infantería imperial es arrollada: la segunda tiene la misma suerte: la tercera comienza á vacilar, cuando el duque de Friedland acude con la velocidad del rayo y se opone á su huida. La serenidad y la palabra poderosa y terrible de este gran general restablecen el órden; la tercera brigada se detiene, las dos primeras, cuya derrota ha sido completa, se reunen sostenidas por tres regimientos de caballería, hacen frente de nuevo al enemigo y en breve penetran en sus filas diezmadas por la muerte. Una lucha encarnizada comienza entónces, pero falta espacio para servirse de las armas de fuego; este obstáculo irrita el furor de los combatientes; el arcabuz y el mosquete que son ya inútiles, son reemplazados por el sable y por la pica: el valor personal suple al arte, y el campo de batalla no es mas que circo de gladiadores. Oprimidos por el número y debilitados por la fatiga, los suecos retroceden mas allá de los fosos; la batería conquistada vuelve á caer en poder de los imperiales; millares de cadáveres mutilados cubren el suelo, pero ninguno de los dos ejércitos ha cedido al otro ni una sola pulgada de terreno.

Mientras que el centro luchaba de este modo, el ala derecha mandada por Gustavo-Adolfo combatia contra la izquierda del enemigo. Al primer choque de los coraceros finlandeses se dispersó la caballería croata y polaca que estaba armada mas á la ligera, y su huida introdujo el desórden en

esta parte del ejército imperial; pero al mismo instante avisan al rey que su infantería retrocede y que el ala izquierda, incapaz de sostener mas tiempo el fuego de las baterías colocadas en la altura en que se encuentran los molinos de viento, comienza á flaquear. Confiando en el acto al general Horn el cuidado de perseguir al enemigo que acababa de derrotar, vuela al socorro de los suyos á la cabeza del regimiento de Stenbock. Su noble corcel lo lleva mas allá de los fosos con la rapidez del relámpago; el paso del regimiento se efectúa con mas lentitud; algunos ginetes y el duque Francisco Alberto, el mas jóven de los hijos del duque de Lauenburgo, son los únicos que están bastante bien montados para poder seguirlo. En medio de su impetuosa carrera, el héroe del Norte ve á su infantería que retrocede siempre, y sin embargo, su mirada busca un punto vulnerable en las filas del enemigo, hácia el cual dirigir otra vez sus batallones. El ardor que lo anima y la debilidad de su vista que por naturaleza era corta, lo conducen tan cerca de los imperiales, que uno de los sargentos de éstos, al verlo atravesar al galope, dijo á uno de las mosqueteros que estaban á sus órdenes: "Apunta á ese hombre, debe ser un gran "señor, porque todos los suyos se hacen á un lado para de- "jarlo pasar." El mosquetero obedece, y su bala rompe el brazo izquierdo del rey. El regimiento que no habia podido seguirlo sino de lejos, se le une al fin. A la vista de su sangre, el grito terrible y mil veces repetido de "¡El rey está herido! el rey ha muerto!" lleva la consternacion y el terror á todas las filas. En vano el intrépido Gustavo-Adolfo reune sus fuerzas, asegura que su herida es ligera y excita á los suecos á seguirlo al combate; el dolor, y sobre todo, la pérdida de su sangre que corre en abundancia le impiden avanzar. Entónces pidió al duque de Lauenburgo, pero en frances para que él solo comprendiera, que lo sacase, sin ser notado, fuera del lugar del combate. El duque obedeció, y tal vez para evitar á los suecos el espectáculo de su rey herido, tomó el camino mas largo para conducirlo á la ala derecha y victoriosa de su ejército. Durante el trayecto una segunda bala le atraviesa la espalda; el resto de sus fuerzas lo abandona, se siente desfallecer y tendiendo la mano al duque de Lauenburgo le dice con voz moribunda: "Hermano, "todo ha concluido para mí; alejate, déjame y procura sal- "var tu vida." Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando cayó del caballo; una lluvia de balas lo cubre de nuevas heridas y espira, abandonado por el hombre á quien creia su amigo, ignorado de los suyos y rodeado por los sanguinarios bandidos croatas.

La vista de su caballo cubierto de sangre y que huia solo y al acaso, revela bien pronto á la caballería sueca el horrible golpe que acaba de herirla; clama por el cadáver de su rey, y para poseer sus restos inanimados, se entabla un combate mas furioso aún que todos los que le han precedido. En breve el ejército entero sabe que ya no tiene jefe, pero esta espantosa noticia lejos de abatir su intrepidez, lo exalta hasta el furor. ¿Quién se atreveria á poner un precio á su vida, cuando la mas gloriosa, la mas útil de todas, acaba de llegar á su término? ¿cómo era posible que un hombre sin importancia temiese los golpes de la muerte, cuando ella habia herido á una cabeza coronada, á una cabeza que pensaba por todos y que habia envejecido cuidando los intereses de los demas?

Los uplandeses, los smalandeses, los finlandeses, los ostrogodos y visigodos se arrojan con la rabia de leones sedientos

de sangre sobre el ala izquierda del enemigo y la ponen en completa derrota: pero en vano huye todo delante de ellos, no saben aprovecharse de su victoria. De repente el duque Bernardo de Weimar se pone á su cabeza y dirige el ódio de que están animados en provecho de todos. El génio de Gustavo-Adolfo parece mecerse sobre su ejército victorioso. El ala izquierda se apodera de las baterías que están junto á los molinos de viento, y los imperiales reciben el fuego de sus propios cañones. El centro pasa de nuevo los fosos y se apodera de la batería que los defendia y se precipita sobre las pesadas brigadas del enemigo, quien resiste cada vez mas débilmente. La casualidad se liga con el valor sueco, porque el fuego incendia los cajones de parque de los imperiales, quienes al aspecto de las bombas y granadas que estallaban en medio de una espesa nube de humo, se creen cercados por todas partes y que su artillería ha caido en poder de los suecos.

El combate toca á su fin: un solo instante mas y la derrota de los imperiales es completa; un nuevo capricho de la fortuna retarda esta decision. Pappenheim acababa de llegar al campo de batalla con ocho regimientos de dragones y coraceros. Este refuerzo considerable repara y nulificatodas las pérdidas que los imperiales han sufrido hasta aquel momento, y la lucha principia otra vez. La presencia de ánimo de Pappenheim detiene á los fugitivos y su valor los conduce de nuevo al combate. Arrastrado por su heroismo salvage y por el deseo de encontrar á Gustavo-Adolfo, á quien busca en el punto mas peligroso, carga sobre la caballería sueca que, cansada de vencer, retrocede delante de aquel nuevo torrente de enemigos que renace sin cesar como si saliese de las entrañas de la tierra. La inesperada llegada de

Pappenheim ha reanimado el valor de la infantería imperial, y el duque de Friedland se aprovecha en el acto de este instante favorable para reunirla y formar un nuevo órden de batalla.

En su primer ataque, los batallones suecos son rechazados mas allá de los fosos y por la segunda vez pierden la batería cuya doble conquista les ha costado tan caro. El regimiento amarillo, el mas valiente de todos los que en esta jornada han dado tantas pruebas de heroismo, se encuentra tendido todo entero en el suelo en el mismo órden admirable que lo ha distinguido durante el combate. El regimiento azul que se batia contra Piccolomini, experimenta la misma suerte despues de una resistencia que raya en prodigio, porque siete veces el célebre y valiente general austriaco vuelve á la carga, siete veces le han matado el caballo que montaba y ya ha recibido seis balas de mosquete, cuando al fin queda dueño del terreno en el momento en que el postrer soldado del regimiento sueco ha exhalado el último suspiro.

Durante estas luchas terribles y en medio de una lluvia de balas de fusil y de cañon, Wallenstein, tranquilo é impasible sobre su caballo de batalla, ha recorrido con mesurados pasos todas las filas como si se hubiera tratado de una simple revista. Con un solo gesto ha hecho distribuir socorros á los heridos; aquí, su mirada reprende al tímido y le vuelve el valor; allá la misma mirada aplaude un rasgo de arrojo é infunde ánimo á todos. Su capa está atravesada por una lluvia de balas, los regimientos enteros caen á su alrededor y él permanece en pié y sin heridas, el dios de la venganza vela por sus dias, porque ya aguza el hierro que debe darle una muerte ménos gloriosa: Wallenstein no era digno de

exhalar su alma culpable en el campo del honor santificado con la noble sangre de Gustavo-Adolfo.

En esta cruel jornada, Pappenheim, el Telamon del ejército imperial, el campeon mas terrible de la casa de Austria y de la Iglesia católica, fué ménos dichoso que su gefe. Sin escuchar mas que la necesidad de medirse personalmente con el rey de Suecia se habia precipitado en medio de las luchas mas encarnizadas. Por otra parte, Gustavo-Adolfo habia manifestado el mismo deseo; tambien él habia buscado en el campo de batalla al general enemigo cuyo valor admiraba. La muerte se habia reservado el privilegio de cumplir estos deseos. Ella ha reunido á los dos héroes y sin duda los ha reconciliado tambien porque ella extingue todos los odios, todas las rivalidades de la tierra. Con el pecho atravesado por dos balas, Pappenheim fué llevado á fuerza, lejos del campo de batalla.

Cuando vendaban sus heridas oyó murmurar á su alrededor, que el adversario á quien habia buscado con un empeño tan imprudente hacia mucho tiempo que habia dejado de existir, y cuando le confirmaron esta noticia, se animó su rostro, y una chispa de alegría brilló en sus ojos extinguidos. «Ahora, dijo, ya no os impido el ir á avisar al duque de Friedland «que he sido herido de muerte. Añadid que muero contento, «porque sé que el mas irreconciliable enemigo de mi religion, «ha muerto ántes que yo.»

La fortuna de Wallenstein parecia haber abandonado el campo de batalla con el general que se habia presentado en él de una manera tan inesperada. Apenas la caballería del ala izquierda, vencida ya dos veces, notó la ausencia de Pappenheim, cuando creyéndolo perdido todo, buscó su salvacion en la fuga. El mismo terror se apoderó del ala derecha

con excepcion de cuatro regimientos, á quienes el denuedo de los coroneles Gœtz, Terzky, Kolloredo y Picolomini obligó á conservar sus posiciones. Aprovechándose de la consternacion del enemigo, la infantería sueca llena los huecos que la muerte ha hecho en sus filas; formándose de nuevo en una sola línea, se precipita sobre los fosos, los vuelve á salvar y por la tercera vez se apodera de la batería.

Hacia ya mucho tiempo que el sol descendia hácia el horizonte, el dia, y con él aquella lucha terrible van á concluir; pero los últimos esfuerzos de los combatientes tienen todo el furor de un primer ataque, por ambas partes la desesperacion, el valor y la pericia se disputan los últimos minutos que deben decidir de una jornada perdida en combates tan sangrientos como inútiles. ¡Vana esperanza! ¡Ninguno sabe huir, pero tampoco hay quien sepa vencer! El valor crea prodigios que se sobrepujan sin cesar; y cuando la táctica parece agotada por tantas maravillas, produce de nuevo otras mas sorprendentes todavía. La niebla y la oscuridad de la noche traen por fin el resultado que la igualdad del valor de los combatientes no ha podido obtener. Cesa la carnicería porque no se puede distinguir ya al enemigo. Suenan las trompetas, los dos ejércitos se separan de comun acuerdo, y cada uno de ellos proclamándose no vencido desaparece del campo de batalla.

Cuando el general Pappenheim recibió el pliego que lo llamaba á Lützen, acababa de entrar á Halle, y sus tropas estaban tan ocupadas en el saqueo de esta ciudad que le fué imposible reunirlas con la prontitud que la gravedad de las circunstancias exigia. Dejándoles la órden de seguirlo lo mas pronto posible, partió con los ocho regimientos que habian acudido á su primer llamamiento. Llegó al campo de batalla

en el momento de la derrota del ala izquierda del ejército imperial y se encontró envuelto en ella por un momento; con su sangre fria y su valor consiguió detener á los fugitivos y conducirlos de nuevo al combate. Si su infantería se le hubiera reunido á tiempo, tal vez habria cambiado el éxito de la jornada y habria evitado á Wallenstein la vergüenza de confesarse vencido al abandonar al enemigo su artillería y el campo de batalla. Pero este refuerzo tan impacientemente esperado no llegó sino algunas horas despues de la retirada de los dos ejércitos y no encontró en la llanura de Lützen mas que caballos sin dueño y los cañones que Wallenstein en su huida precipitada habia dejado en el lugar del combate.

Las tropas de Pappenhein se limitaron á contemplar este espectáculo sin poder adivinar cuál habia sido el resultado de la lucha. Sin órdenes que normaran su conducta y sobre todo sin tener un gefe bastante atrevido para encargarse de la responsabilidad de cualquiera empresa, tomaron el camino de Leipzig, donde esperaban encontrar al generalísimo y al ejército. A esta ciudad, en efecto, habia ido á buscar un refugio el duque de Friedland. Al dia siguiente se le reunieron los restos diseminados de su ejército, sin armas, sin artillería y sin banderas.

Por su lado el duque Bernardo de Weimar hizo descansar al ejército entre Weissenfels y Lützen con el objeto de rechazar al enemigo si intentaba apoderarse del campo de batalla cubierto con mas de nueve mil cadáveres. El número de heridos era mucho mas considerable, y del ejército imperial particularmente ni un solo hombre habia salido sano y salvo de esta batalla encarnizada. De los dos lados una parte de la primera nobleza habia perecido.

Convencido de antemano de la victoria de Wallenstein, la

que debia necesariamente producir la ruina de la reforma, el abate de Fuldes quiso presenciar este combate que tenia tanta importancia para él y pagó con la vida su fanatismo curioso. La historia no hace mencion de los prisioneros, lo que es una nueva prueba del furor de los combatientes que no querian dar ni recibir cuartel.

Pappenheim, á quien habian trasportado moribundo á Leipzig, no sobrevivió mas que veinticuatro horas á sus heridas. Su muerte fué una pérdida irreparable para el ejército imperial al que tantas veces habia conducido á la victoria. La batalla de Praga en la que habia combatido al lado de Wallenstein habia sido el principio de su carrera militar. A pesar de una herida de gravedad que recibió en esta batalla y del corto número de soldados que habian permanecido en pié al rededor de él, puso en fuga á un regimiento entero. Habiendo caido á su vez, permaneció muchas horas entre los muertos y bajo el peso de su caballo. Algunos merodeadores imperiales que habian ido á despojar los cadáveres, lo reconocieron y le salvaron la vida. Mas tarde, con muy pocas tropas sometió á los rebeldes de la alta Austria: su valor retardó la derrota de Tilly en Leipzig y á él debió el emperador las importantes ventajas que se obtuvieron en el Elba y en el Wesser. Su valor salvage que no retrocedia ante ningun peligro, hacia que se le considerase como el instrumento mas terrible de un general en gefe, pero tambien lo hacia incapaz de desempeñar él mismo este puesto. Si se cree el testimonio de Tilly, la intrepidez de Pappenheim que tan útil le habia sido al comenzar la batalla de Leipzig, causó algunas horas despues la pérdida de esta misma batalla. Tuvo tambien una parte sangrienta en el saqueo de Magdeburgo, porque la vida del campamento le habia hecho perder por grados

todos los principios de la moral y todos los sentimientos de humanidad y de verdadero honor que debia á una educacion distinguida y á sus numerosos viages por los países mas civilizados de la Europa. Ademas, desde su nacimiento parecia haberlo destinado la naturaleza á la profesion de las armas, porque lo habia marcado con una mancha roja en la frente en forma de dos sables en cruz. La edad borró un poco el color de esta mancha; pero en cada emocion que aceleraba la circulacion de la sangre aparecia mas encendida que nunca.

¿Nos admiraremos, por lo mismo, si la supersticion tan poderosa en aquella época vió en este fenómeno la prueba de que el conde de Pappenheim estaba predestinado á exterminar por medio del hierro y del fuego á los enemigos de la Iglesia romana? Su vida entera estuvo consagrada á justificar esta creencia, y las dos ramas de la casa de Austria rivalizaron en darle testimonios de su satisfaccion; pero la única recompensa que hacia mucho tiempo ambicionaba llegó demasiado tarde; el correo que llevaba al conde de Pappenheim la condecoracion de la órden del Toison de oro partió de Madrid el mismo dia que este general espiraba en Leipzig. Wallestein habia, por decirlo así, proclamado él mismo su derrota, abandonando su artillería en el campo de batalla y evacuando inmediatamente la Sajonia, á pesar de la resolucion que habia tomado de establecer en ella sus cuarteles de invierno; pero no por eso dejaron de cantar el «Te-Deum» en todas las ciudades del Austria y de la España para celebrar su triunfo. La victoria, sin embargo, no podia ser dudosa; el duque Bernardo de Weimar habia permanecido en posesion de la llanura de Lützen, á pesar de los regimientos de croatas que Wallenstein envió al dia siguiente á apoderarse de ella; y poco despues este príncipe tomó todas las

otras plazas fuertes de la Sajonia. Pero esta victoria habia costado mas caro á los suecos; y los gritos de alegría y de triunfo fueron muy pronto reemplazados por una sombría desesperacion, porque no habia vuelto con ellos del combate el héroe que los habia acostumbrado á vencer; habia quedado entre los cadáveres mutilados, sobre el campo en que su nombre solo habia bastado para ganar la batalla. Se pusieron á buscarlo y lo encontraron finalmente cerca de una enorme piedra que hacia mas de un siglo estaba entre el canal y Lützen, y á la cual, por este funesto acontecimiento, se le puso el nombre de «piedra de los suecos.»

El cuerpo de Gustavo-Adolfo, oculto bajo un monton de cadáveres, estaba cubierto de sangre y de heridas: destrozado por los piés de los caballos y despojado de sus vestidos. En aquel deplorable estado se le trasportó á Wessenfels, donde fué recibido por los sollozos de sus soldados y los gritos de desesperacion de la reina. El ejército habia comprendido que para pagar el primer tributo que debia á la memoria de su rey era preciso vencer á sus enemigos, bañar con su sangre y cubrir con sus cadáveres la tierra donde habia exhalado su último suspiro; pero en cuanto la venganza debida al monarca quedó satisfecha, los sentimientos de ternura recobraron sus derechos y se pusieron á llorar al hombre. Sumergidos en un mudo dolor, los gefes rodearon su sarcófago, y no comprendian todavía la extension de su pérdida.

Cuenta Khevenhiller, que cuando presentaron á Fernando II el justillo de piel de búfalo que Gustavo-Adolfo llevaba durante la batalla, y todavía estaba cubierto de sangre, este monarca mostró de una manera delicada el sentimiento de tristeza y de pesar que le causaba su muerte. «Desgraciado, exclamó, gustoso le hubiera deseado una larga exis-

«tencia y el feliz regreso á su reino, si solamente hubiera «consentido en dejar la Alemania en paz.»

Este sentimiento equívoco de humanidad que exigia el bien parecer, que el amor propio arranca á los corazones mas insensibles, y que la misma ferocidad apénas se atreveria á rehusar á la memoria de un enemigo que ha muerto gloriosamente sobre un campo de batalla, ha sido elogiado con énfasis por un autor católico cuyo mérito está generalmente reconocido. En su exageracion, este escritor llega hasta comparar la conducta del emperador, en esta circunstancia, con la de Alejandro cuando le avisaron la muerte de Darío. Convertir de este modo en rasgo heróico una demostracion sencilla y natural, es probar que esta demostracion es el mas alto grado de generosidad á que puede llegar el hombre de que hablamos, ó dar una triste opinion de sus propias ideas respecto de la grandeza y la elevacion del alma humana.

Pero las alabanzas aun tan dudosas como esta, son siempre de una gran importancia cuando se dirigen á un monarca á quien es preciso justificar de un regicidio.

Los hombres tienen una inclinacion tan grande á lo extraordinario, que no se podia esperar que atribuyesen á la marcha natural de los acontecimientos la catástrofe que tan bruscamente habia terminado la gloriosa carrera de Gustavo-Adolfo. Su muerte era para Fernando una felicidad inmensa que ningun monarca podia esperar, y la idea de que él mismo la habia preparado debia presentarse necesariamente á la imaginacion de sus enemigos. Para realizar este crímen, necesitaba un cómplice, y muy pronto la opinion pública designó como tal al duque Francisco Alberto de Lauenburgo. Su rango, que debia ponerlo á cubierto de semejante sospecha, la hizo mas verosímil, porque le daba un libre acceso al lado del rey.

Examinemos ahora si el carácter de Francisco Alberto era bastante vil para hacerlo capaz de un crímen de esta especie, y si tenia motivos bastante poderosos para cometerlo.

Ya hemos dicho que este príncipe era el mas jóven de los cuatro hijos de Francisco II, duque de Lauenburgo. Emparentado por la madre con la casa de Wasa, habia sido acogido con distincion en su juventud en la corte de Suecia. Un dia que se encontraba con Gustavo-Adolfo en la habitacion de la reina madre, se permitió una inconveniencia que el príncipe, demasiado jóven para dominar su cólera, castigó en el acto con un bofeton. Pero en el mismo instante se arrepintió de su arrebato y ofreció dar á Francisco Alberto todas las satisfacciones que quisiese exigir. Se ha pretendido que el corazon vengativo del duque no olvidó nunca esta afrenta, y que juró vengarla tarde ó temprano.

Desde aquel acontecimiento se le pierde de vista, hasta el instante en que entró al servicio del Austria y se ligó íntimamente con el duque de Friedland, para quien desempeñó en la corte de Sajonia una comision secreta indigna no solamente de una persona de su rango sino de todo hombre de honor. De repente, y sin motivos conocidos, dejó la bandera del emperador y se presentó en el campo de Nurenberg, donde ofreció sus servicios á Gustavo-Adolfo en clase de voluntario. Su adhesion verdadera ó fingida por la causa protestante, sus maneras amables é insinuantes, sus hábiles lisonjas que se ocultaban bajo la máscara de un afecto respetuoso, le valieron el aprecio del rey.

En vano le suplicó el canciller Oxenstiern que no entrega-

se su amistad y su confianza á un hombre á quien sus antecedentes hacian sospechoso. En la batalla de Lützen no se separó de Gustavo-Adolfo, y semejante á su mal genio no lo abandonó sino en el momento en que lo vió herido de muerte por las balas enemigas, de las que ni una sola lo habia herido á él; inaudita felicidad, cuya causa se buscó en el cinturon verde (color imperial) que llevaba ese dia para distinguirse de los otros oficiales al servicio de la Suecia. El fué tambien, quien en medio del combate, instruyó á su amigo el duque de Friedland de la muerte de Gustavo-Adolfo: é inmediatamente despues de la batalla de Lützen dejó el servicio de la Suecia para entrar al de la Sajonia. Despues de la caida de Wallestein, se le acusó de complicidad con este general, y no escapó á la hacha del verdugo sino abjurando el protestantismo para abrazar la religion católica.

Algunos años despues fué nombrado comandante en gefe de un ejército imperial en Silesia, y murió en el sitio de Schwenidnitz á consecuencia de una herida. Para defender la inocencia de un hombre semejante, es necesario estar acostumbrado á vencer las impresiones que las probabilidades pueden hacer en nuestro ánimo; pero si todas las presunciones morales y físicas nos prueban que Francisco Alberto era capaz de un cobarde asesinato, seria injusto inferir de esto que lo haya cometido en efecto. Todo el mundo sabe que Gustavo-Adolfo se exponia á los mismos peligros que el último de sus soldados; y allí donde sucumbian millares de víctimas, pudo muy bien sucumbir él tambien á su vez. ¿Como y por quién fué herido? La respuesta á esta pregunta es dudosa, y nosotros sentimos mas que nunca la necesidad de recordar el axioma de moral universal que prohibe deshonrar la dignidad humana suponiendo la intervencion de un

crímen en una catástrofe que se puede explicar por el curso ordinario de los acontecimientos.

Cualquiera que sea, por otra parte, la mano pérfida que haya herido á Gustavo-Adolfo, su muerte debe ser considerada como una sentencia admirable de la justicia divina.

El historiador se encuentra muy frecuentemente reducido á describir las luchas mezquinas y monótonas de los intereses humanos, y por lo mismo encuentra una dulce compensacion cuando su pensamiento puede detenerse en un hecho inesperado, que semejante á una mano invisible que sale de repente de las nubes para trastornar las combinaciones humanas, nos recuerda que hay un poder superior al de todos los de la tierra.

La muerte de Gustavo-Adolfo es uno de estos hechos, porque trastornó el movimiento de todos los resortes políticos y sobrepujó á todos los temores y á todas las esperanzas. Ayer todavía su génio daba vida y accion al vasto círculo de actividad del que era el centro. Apenas ha trascurrido un dia y un poder irresistible detiene su vuelo de águila al traves de lo infinito de sus audaces proyectos. Cae en medio de la rica cosecha que la esperanza habia sembrado para él, que el tiempo ha madurado, pero que no debe recoger. Ha desaparecido de la tierra: su partido no es ya mas que un huérfano abandonado, y con su último suspiro se ha desvanecido el orgulloso edificio de su grandeza!

La pérdida de su invencible gefe fué para el mundo protestante una desgracia tanto mas grande cuanto que la consideraba irreparable, y sin embargo, no fué el benefactor de la Alemania el que sucumbió en las llanuras de Lützen: Gustavo-Adolfo habia terminado la mas hermosa mitad de su vida, y el mas grande, el último servicio que podia hacer

todavía á la libertad civil y religiosa del imperio germánico era el morir!

La propiedad del poder ilimitado de uno solo, es la de absorber todos los otros poderes; para que todos puedan ensayar sus fuerzas, es preciso que el principio de absorcion desaparezca. Bajo la proteccion equívoca de un gefe absoluto, los representantes de los pueblos no son mas que los instrumentos pasivos de sus proyectos de elevacion; abandonados á sus propios recursos, se ven obligados á encontrar en sí mismos los auxilios que siempre es peligroso recibir de una mano extranjera para el país cuyos intereses están encargados de defender.

Por lo mismo la muerte de Gustavo-Adolfo no tardó en volver á los soberanos de Alemania la energía que conviene á los Estados independientes, y reducir á la Suecia á representar el modesto papel de un simple aliado, papel que su rey habia estado próximo á cambiar abiertamente por el de opresor. El mismo no procuraba ocultar ya que ambicionaba una autoridad poco compatible con los privilegios de los miembros de la Dieta; los ménos perspicaces comprendian que queria subir al trono imperial. Revestido con esa dignidad necesariamente se hubiera permitido mas abusos que todos los que habian cometido los príncipes de la casa de Austria. Dotado de un génio superior y de un valor heróico, acostumbrado á las formas de un gobierno absoluto, protestante exaltado y por consiguiente enemigo ciego de los católicos; extranjero á la Alemania por su nacimiento, era ménos propio que otro cualquiera para conservar intacto el depósito sagrado de las constituciones del imperio. Los homenages mas que sospechosos que muchas ciudades imperiales se vieron obligadas á tributarle, no permitian dudar que procuraba establecerse en Alemania, no como protector, sino como conquistador. La ciudad de Augsburgo se vanagloriaba ya descaradamente de haber sido escogida por capital de una nueva monarquía, y se mostraba mas orgullosa con el título de residencia real que esperaba obtener, que afligida por la pérdida de los privilegios de que habia gozado por tanto tiempo. Los proyectos que Gustavo-Adolfo tenia sobre el arzobispado de Maguncia, con el cual queria formar un dote para su hija y que destinó mas tarde para su amigo el canciller Oxenstiern, eran un mal agüero de las violaciones que era capaz de permitirse contra las leyes fundamentales del imperio. Por otra parte, los príncipes protestantes sus aliados tenian pretensiones que no hubiera podido satisfacer sino á espensas de los soberanos eclesiásticos y de todo el partido católico en general. Es por lo mismo permitido suponer que siguiendo el ejemplo de las hordas bárbaras que en otro tiempo inundaron el imperio romano, se proponia dividir entre los gefes de su ejército las provincias conquistadas de la Alemania. Su conducta para con el desgraciado palatino Federico V es indigna de un héroe y de un protector: el Palatinado estaba en su poder, la justicia y el honor le prescribian el deber de entregarlo á su legítimo soberano: para eximirse recurrió á sutilezas que nos hacen avergonzarnos por él. Porque arrancado este electorado á los enemigos que habian despojado de él á Federico, fingió considerarlo como una conquista de la que podia disponer á su voluntad. Si por último se lo entregó, no fué como una restitucion, sino como una gracia especial y á título de feudo de la corona sueca, lo que convertia á un miembro independiente de la Dieta germánica en vasallo del rey de Suecia. El palatino y todos los príncipes alemanes sus aliados se habian visto

obligados á ofrecer que contribuirian al mantenimiento del ejército sueco, aun despues que se firmase la paz general. Solo esta condicion nos hace adivinar cuál hubiera sido la suerte de la Alemania si la fortuna hubiera continuado favoreciendo á Gustavo-Adolfo. Su muerte prematura salvó, por lo mismo, las libertades germánicas y la memoria de este héroe tal vez le evitó el dolor de ver á sus aliados armarse contra él para forzarlo á renunciar por una paz vergonzosa á todas las brillantes esperanzas que sus victorias le habian hecho concebir. Antes de su muerte, la Sajonia pensaba ya en abandonarlo; la Dinamarca veia sus conquistas con inquietud y envidia, y la Francia, espantada del contínuo engrandecimiento de su poder en Alemania y ofendida del tono altanero que empleaba con ella, buscaba aliados que la ayudasen á poner un término á los triunfos del «Godo» y restablecer el equilibrio de las potencias europeas.

LIBRO CUARTO.

Gustavo-Adolfo habia logrado establecer un lazo de union entre los soberanos protestantes de la Alemania; su muerte rompió este lazo, y los puso en la necesidad ó de volver otra vez á sus posiciones respectivas y aisladas, ó de formar una alianza. El primer partido debia indispensablemente hacerles perder las ventajas compradas con tantos sacrificios, porque estando solos, ni la Suecia ni ningun príncipe del imperio podia resistir á las fuerzas reunidas de la Liga y del emperador. Pedir la paz en semejante situacion hubiera sido someterse á las condiciones mas humillantes. Una nueva alianza era por lo mismo tan necesaria para obtener la paz como para continuar la guerra. El instante, por otra parte, era poco propicio para las negociaciones pacíficas: la muerte del rey de Suecia habia reanimado las esperanzas del partido imperial, á pesar de la derrota de Lützen, de la que se proponia conseguir una venganza solemne, puesto que el héroe

obligados á ofrecer que contribuirian al mantenimiento del ejército sueco, aun despues que se firmase la paz general. Solo esta condicion nos hace adivinar cuál hubiera sido la suerte de la Alemania si la fortuna hubiera continuado favoreciendo á Gustavo-Adolfo. Su muerte prematura salvó, por lo mismo, las libertades germánicas y la memoria de este héroe tal vez le evitó el dolor de ver á sus aliados armarse contra él para forzarlo á renunciar por una paz vergonzosa á todas las brillantes esperanzas que sus victorias le habian hecho concebir. Antes de su muerte, la Sajonia pensaba ya en abandonarlo; la Dinamarca veia sus conquistas con inquietud y envidia, y la Francia, espantada del contínuo engrandecimiento de su poder en Alemania y ofendida del tono altanero que empleaba con ella, buscaba aliados que la ayudasen á poner un término á los triunfos del «Godo» y restablecer el equilibrio de las potencias europeas.

LIBRO CUARTO.

Gustavo-Adolfo habia logrado establecer un lazo de union entre los soberanos protestantes de la Alemania; su muerte rompió este lazo, y los puso en la necesidad ó de volver otra vez á sus posiciones respectivas y aisladas, ó de formar una alianza. El primer partido debia indispensablemente hacerles perder las ventajas compradas con tantos sacrificios, porque estando solos, ni la Suecia ni ningun príncipe del imperio podia resistir á las fuerzas reunidas de la Liga y del emperador. Pedir la paz en semejante situacion hubiera sido someterse á las condiciones mas humillantes. Una nueva alianza era por lo mismo tan necesaria para obtener la paz como para continuar la guerra. El instante, por otra parte, era poco propicio para las negociaciones pacíficas: la muerte del rey de Suecia habia reanimado las esperanzas del partido imperial, á pesar de la derrota de Lützen, de la que se proponia conseguir una venganza solemne, puesto que el héroe

del Norte no existia ya y que los protestantes, cuando ménos por el momento, se encontraban sin gefe y sin principio de union. Orgullosos con estas ventajas, los católicos no estaban de ninguna manera dispuestos á sacrificarlas por el amor á la paz, á ménos que esta paz no les proporcionase la realizacion completa de todos sus deseos, y en este caso los protestantes no podian aceptarla sin firmar ellos mismos su ruina. Era, pues, muy natural que por ambas partes se preparasen á continuar la guerra. Pero estos preparativos, sobre todo para el partido de la reforma, eran difíciles, casi imposibles. Gustavo-Adolfo no debia mas que á su influencia personal los inmensos recursos que encontraba por todas partes, y lo que no era posible sino para él, habia desaparecido con su muerte.

La mayoría de los miembros de la Dieta, á quienes el temor que tenian á Fernando II habia obligado á someterse á la ley de un extranjero, se apresuraron á sacudir el yugo que no podia ofrecerles ya las mismas ventajas; otros procuraron apoderarse de la autoridad suprema que solo habian concedido á Gustavo-Adolfo, porque se sentian demasiado débiles para disputársela, y algunos, en fin, cedieron á las seductoras promesas del emperador y abrazaron la causa de este traicionando la suya. Los demas, oprimidos con el peso de una guerra que ya se habia prolongado durante catorce años, suspiraban por la paz cualquiera que esta fuese. Los generales del ejército protestante, que casi todos eran soberanos del imperio, no tenian un gefe reconocido, y ninguno de ellos queria someterse á recibir órdenes de un inferior, ni aun de un igual; la misma discordia reinaba en el consejo.

La Suecia no se encontraba en una situacion mas ventajosa: una niña de edad de seis años habia llegado á ser la

heredera del trono de Gustavo-Adolfo, y los obstáculos inseparables á una larga regencia no permitian confiar mucho en que el senado desplegase la energía que la gravedad de las circunstancias hacia necesaria. El génio activo del rey habia sacado á la Suecia de su esfera estrecha y oscura, para elevarla á una altura de la que no podia descender sin confesar que no habia sido nunca nada por sí misma, y que su posicion política no era mas que el reflejo de la gloria del grande hombre que por un momento la habia gobernado.

La guerra de Alemania habia agotado sus arcas y disminuido su poblacion, y la nacion sucumbia bajo un peso que no le proporcionaba en cambio ningunas ventajas, porque no tenia parte en el botin que enriquecia á la nobleza y á algunos soldados privilegiados. Durante la vida de Gustavo-Adolfo, podian considerarse las contribuciones que le imponian como un préstamo hecho á aquel monarca, y que su gratitud les pagaria con usura porque no podia dejar de prosperar en sus hábiles manos. Esta esperanza se desvaneció con su muerte, y el pueblo, cansado de sus sufrimientos, se negó á soportarlos por mas tiempo.

Sin embargo, el alma de Gustavo-Adolfo parecia animar á los hombres á quienes habia confiado la administracion de su patria. La gloria de la Suecia habia costado demasiado caro al pueblo, para que sus nobles representantes pudiesen consentir en renunciar á ella; no querian que fuese inútil la pérdida que habian tenido del mas grande y mejor de los reyes.

Forzado á escoger entre las calamidades de una guerra dudosa y las ventajas materiales de una paz que los mancillaba, el senado votó valerosamente por los peligros y por el honor, y el pueblo al admirar á esta asamblea de ancianos

que para defender la gloria nacional habian vuelto á encontrar toda la energía de la juventud, se sintió tambien valiente y grande como sus senadores.

Rodeado de enemigos íntimos y exteriores se armó el senado contra todos con tanta prudencia como heroismo, y trabajó por el engrandecimiento de un reino, cuya existencia estaba amenazada por todas partes.

La muerte de Gustavo-Adolfo y la menor edad de su hija habian despertado las pretensiones del rey de Polonia al trono de Wasa; y Ladislao, hijo de Segismundo, no descuidó medio para crearse un partido en el seno mismo de la Suecia. Este motivo decidió al senado á proclamar á la jóven Cristina y á encargarse de la regencia de la manera como la habia arreglado el rey ántes de su partida. Todos los funcionarios del país fueron convocados á Estockolmo para prestar juramento á la nueva reina.

Se tomaron medidas severas que hicieron imposible toda correspondencia con la Polonia; una ley especial puso en vigor las sentencias de proscripcion que los reyes anteriores habian pronunciado contra los herederos de Segimundo; y para asegurarse en todo evento una alianza poderosa contra la Polonia se estrecharon los lazos de amistad que unian á la Suecia con la Rusia. La envidia de Dinamarca habia desaparecido con el gran rey que la habia excitado; y la union entre estos dos Estados vecinos fué tanto mas íntima y sincera, cuanto que favorecia los secretos proyectos de Cristiano IV acerca de la jóven reina á quien queria casar con su hijo Ulrico. La Inglaterra y la Holanda renovaron al senado la seguridad de su afecto y lo instigaron á que continuase una guerra que habia comenzado tan gloriosamente. El gabinete frances, á quien su propio interes prescribia el deber de mantener la autoridad sueca en Alemania, se mostró mas dispuesto que nunca á sostenerla; porque Gustavo-Adolfo, que le causaba sospechas, no existia ya, y su política ilustrada le hacia comprender que al abandonar á la Suecia á sus propias fuerzas, no tardaria en celebrar la paz con el Austria, lo que nulificaria cuanto se habia hecho para debilitar el peligroso poder de esta casa Robustecido de esta suerte por medio de alianzas poderosas, el senado de Estockolmo persistió en la noble resolucion de continuar hasta donde le fuera posible los vastos designios del rey. Seria injusto, sin embargo, elogiar sin reserva una resolucion á la cual el interes personal no era enteramente extraño. Es sin duda grande y hermoso preferir los peligros de la guerra cuando lo exige el honor nacional, á los goces de una paz incompatible con este mismo honor; pero en definitiva no eran ni el senado, ni la nobleza sueca, sino el pueblo y el imperio germánico, los que debian soportar el peso de la guerra.

Alejada del teatro de la guerra y sometida á formas administrativas siempre lentas y minuciosas, la regencia era poco á propósito para vigilar y dirigir por sí misma la parte activa que deseaba seguir tomando en los negocios del imperio germánico. Los intereses del reino en Alemania no podian ser bien defendidos sino por un solo hombre, digno de reemplazar, por decirlo así, á Gustavo-Adolfo. El canciller Oxenstiern, primer ministro, amigo íntimo y confidente de los mas secretos pensamientos de este monarca, y que era el único que conocia la naturaleza y el grado de sus relaciones con todas las cortes de Europa, debia necesariamente fijar la eleccion del senado.

El canciller Oxenstiern se encontraba en Hanau en la alta Alemania, cuando supo la muerte del rey. Esta noticia fué

mas terrible para él que para cualquiera otra persona, porque perdia el único objeto de las mas tiernas afecciones de su corazon y al único hombre capaz de realizar los proyectos de gloria y de prosperidad que habia formado para su país; y sin embargo, el fué el primero que encontró la fuerza de dominar su dolor. Su conciencia le decia, que solo él podia alejar una parte de los males que esta desgracia iba á atraer sobre la Suecia. Su génio perspicaz adivinó los obstáculos que le opondrian el desaliento de la Dieta germánica, las intrigas de las cortes, las irresoluciones de los aliados de Gustavo-Adolfo, la envidia de los gefes del ejército sueco y la repugnancia de los soberanos alemanes á reconocer la autoridad de una potencia extranjera. Comprendió toda la extension del peligro y se sintió con la fuerza de arrostrarlo. La consternacion que la muerte de su protector habia causado á los protestantes podia impelerlos, ya sea á firmar una paz onerosa con el emperador, ó bien á estrechar su alianza con la Suecia.

Para decidirlos á tomar este último partido, era preciso desplegar una noble confianza en sí mismo é ilustrarlos sobre sus verdaderos intereses. Desgraciadamente las formalidades indispensables para investir á Oxenstiern de los poderes que el senado acababa de confiarle, habia hecho perder un tiempo precioso que el partido imperial supo explotar en su provecho. La autoridad sueca estaba perdida en Alemania, si Fernando II hubiera seguido los prudentes consejos que le dió Wallenstein en aquella circunstancia. En vano quiso el generalísimo decidirlo á proclamar una amnistía general á fin de unir á su causa á todos los príncipes protestantes, ofreciéndoles condiciones favorables. Esta medida hubiera producido ciertamente el efecto que el duque de Friedland esperaba; pero la muerte de Gustavo-Adolfo habia exaltado á tal punto las esperanzas del emperador, que rechazó toda negociacion pacífica, y la España lo afirmó en el funesto proyecto de engrandecerse por medio de las conquistas que la continuacion de la guerra parecia prometerle.

Enriquecido con el diezmo de los bienes eclesiásticos que el Papa acababa de concederle, el gabinete de Madrid adelantó á Fernando sumas considerables, trató en su nombre con el elector y levantó tropas en Italia destinadas á afirmar el partido católico en Alemania. El elector de Baviera tambien habia encontrado modo de reorganizar un ejército, y el duque de Lorena, demasiado afecto á las aventuras para no aprovecharse del cambio que se habia efectuado en los negocios, se preparó á entrar en campaña. Oxenstiern, que temia ménos las hostilidades declaradas del partido imperial, que las vacilaciones y la perfidia de sus aliados, se apresuró á dejar la alta Alemania de cuya fidelidad se habia asegurado por medio de algunos tratados y de las guarniciones que puso allí para dirigirse á la baja Alemania, con el objeto de desbaratar con su presencia las perfidias que se urdian en este punto contra la Suecia. El elector de Sajonia, sobre todo, le era sospechoso. En efecto, este príncipe se habia ofendido tanto de la autoridad que el senado habia concedido á Oxenstiern, y que daba á un simple caballero el derecho de dictarle órdenes, que no tenia necesidad ya de otros consejos sino los de su amor propio para considerar como nulo el tratado que habia celebrado con Gustavo-Adolfo; pero vacilaba todavía entre la eleccion de uno de los partidos que queria tomar, el de reconciliarse con el emperador ó el de ponerce á la cabeza de los protestantes contra el Austria y contra la Suecia.

El duque Ulrico de Bruswick alimentaba proyectos poco mas ó ménos semejantes, que ni siquiera se tomaba el trabajo de ocultar; porque negó á los suecos el derecho de reclutarse en su territorio, y convocó á los representantes de los Estados de la baja Sajonia en Lüneburgo para celebrar una alianza con ellos. Solo el elector de Brandeburgo mostró todavía alguna fidelidad por sostener el honor de la corona sueca, porque se lisonjeaba de verla algun dia sobre la cabeza de su hijo.

No obstante las disposiones mal intencionadas de la corte de Sajonia, el canciller fué recibido en ella con mucha distincion, pero no pudo obtener sino promesas ambiguas, respecto á la duracion de su alianza. Mas dichoso fué en Brunswick, donde empleó un lenguage mas enérgico. En esta época el arzobispado de Magdeburgo estaba todavía en poder de los suecos y solo el arzobispo tenia el derecho de convocar á los Estados de la Baja Sajonia. Gracias á esta circunstancia que supo explotar con tanta habilidad como firmeza, impidió que se reuniese la asamblea convocada por el príncipe Ulrico; pero le fué imposible conseguir el principal objeto de su viage, que era el de formar una alianza general con todos los príncipes protestantes del imperio. Obligado á limitarse á la cooperacion de los cuatro círculos de la alta Alemania, invitó á sus representantes á una conferencia que debia tener lugar en Ulm; pero sintiéndose bastante fuerte en esta parte de Baviera, cambió de opinion y designó la ciudad de Heilbronn para que se verificase esta reunion. Doce ciudades imperiales, la Francia, la Inglaterra y la Holanda enviaron á ella sus representantes, y un gran número de príncipes, de condes del imperio y los doctores de todas las universidades asistieron tambien como competidores.

Oxenstiern se presentó en esta asamblea con todo el esplendor de la corona cuya magestad queria hacer respetar. Se habia reservado el derecho exclusivo de hacer las mociones, y él solo tambien dirigia las deliberaciones. Despues de recibir el juramento de fidelidad de todos los diputados presentes, pidió que declarasen terminantemente y por un testimonio auténtico que eran enemigos del emperador y de la «Liga.» Todos rehusaron dar este paso, que al quitarles la esperanza de reconciliacion con el partido imperial ligaba para siempre su destino con el de la Suecia. Para dulcificar en cierto modo su negativa, dijeron que semejante paso seria una declaracion en forma y enteramente inútil, supuesto que los hechos hablaban bastante alto para probar que existia el estado de guerra. Una oposicion todavía mas fuerte suscitó contra los auxilios de hombres y de dinero que el canciller pedia á sus aliados. La máxima de este hombre consistia en obtener lo mas posible, y la de los diputados en dar lo ménos que pudieran. Por lo mismo Oxenstiern experimentó en esta ocasion, lo que treinta emperadores habian experimentado ántes que él, es decir, que nada hay en el mundo tan difícil como arrancar dinero á los representantes de los Estados de la Alemania. Por única respuesta le hicieron cuenta de las cantidades de dinero y del número de tropas que habian ya proporcionado: se quejaron amargamente de los excesos que cometian sus soldados, y en vez de aprobar los nuevos impuestos, pidieron por unanimidad que se disminuyesen los antiguos.

Oxenstiern no habia tenido nunca ocasion de familiarizarse con los obstáculos que las constituciones democráticas oponen á la voluntad de un solo individuo. Dispuesto siempre á obrar, é inflexible en sus resoluciones fundadas en la

justicia ó en las imperiosas leyes de la necesidad, no podia comprender la inconsecuencia de unos hombres que querian conseguir un resultado y rechazaban el único modo posible de llegar á él. Aunque por naturaleza era de un carácter impetuoso y violento, sabia contenerse, pero en esta ocasion hizo estallar su cólera. Convencido de que un lenguaje moderado haria creer que la Suecia se dentia débil, habló como señor.

Por otra parte, rodeado de los diputados y de los electores alemanes, se encontraba en una esfera desconocida, y las lentitudes y las dudas que caracterizaban todas las deliberaciones públicas del imperio, necesariamente debian desesperarlo. Desdeñando un uso consagrado por el tiempo, al cual habian tenido que someterse los mas grandes emperadores y que es tan adecuado á la flema alemana, se negó á conceder á los diputados los diez dias de plazo que exigian para concluir el exámen de sus proposiciones por medio de discusiones escritas. No podia comprender qué necesidad habia de emplear tanto tiempo para deliberar sobre una solicitud que se debia conceder en el mismo momento en que se hiciera. La aspereza de su conducta con los diputados, no les impidió el darle un testimonio solemne de confianza, cuando les representó la necesidad de elegir un gefe y un protector de la alianza protestante en Alemania. Este protectorado fué unánimemente concedido á la Suecia, y con mucha humildad le suplicaron que la representase entre ellos. Instigados por los consejos del agente del gabinete frances que queria limitar el poder del canciller, agregaron al ofrecimiento que acababan de hacer la proposicion de asociarle un cierto número de comisarios, que, bajo el pretexto de ayudarle á soportar el peso de los negocios, estarian encargados de la

caja, del reclutamiento y de los movimientos de las tropas. Oxenstiern protestó vivamente contra esta sobrevigilancia, y logró obtener una autoridad ilimitada en todo lo concerniente á las operaciones militares.

La cuestion de las indemnizaciones que al fin de la guerra podia esperar la Suecia de la gratitud de sus aliados, no se resolvió á la entera satisfaccion de Oxenstiern. Habia pedido la concesion formal de la Pomerania, pero los Estados se limitaron á prometer que las recompensas é indemnizaciones serian proporcionadas á los servicios que su gobierno les prestase. Esta circunspeccion tenia su orígen en el temor de hacer á la Suecia demasiado poderosa. Si hubiera sido inspirada por el respeto debido á las constituciones del imperio que prohibia su desmembracion, los diputados no se habrian mostrado tan pródigos con el canciller á quien colmaron de regalos magníficos: y si el agente frances no hubiera trabajado activamente para contener los arranques de su generosidad tan imprudente como poco patriota, hubieran ofrecido al ministro sueco como un presente el arzobispado de Maguncia que ya poseia por derecho de conquista. Por último, si las determinaciones de este congreso no realizaron todas las esperanzas de Oxenstiern, por lo ménos habia obtenido para sí y para su gobierno la direccion de la guerra, la alianza con los cuatro círculos de la alta Alemania y un subsidio anual de dos millones y medio de reichsthaler. El senado no tardó en recompensar á los diputados por las concesiones que habian hecho al canciller.

El elector Federico V, reducido hacia mucho tiempo á una vida errante, á caminar humildemente con la comitiva de Gustavo Adolfo, en lo que habia acabado de gastar el resto de su fortuna personal, lo habia seguido tambien á la tumba.

Este desgraciado príncipe habia visto la muerte del rey de Suecia, como el último golpe de la fortuna que de nuevo lo entregaba al odio de sus enemigos, y sin embargo, esta muerte fué la que dió á sus herederos una posicion superior á sus esperanzas. Solo el héroe del Norte habia podido permitirse el rehusar primero la restitucion del Palatinado y concederlo despues como un feudo de un soberano á su vasallo. Oxenstiern, que antes que todo debia dar una buena opinion á sus amigos y aun á sus enemigos, de su probidad política, no podia dejar de ser justo y equitativo. Devolvió por lo mismo á los herederos de Federico el Palatinado, con excepcion de Manheim que continuó ocupando hasta el completo reembolso de los gastos ocasionados por la conquista que hicieron de este país al enemigo que se habia apoderado de él. De esta suerte siguió dando á sus aliados pruebas de su justicia y agradecimiento, las que por otra parte nada le costaban á su gobierno.

La imparcialidad es el primer deber del historiador; por lo mismo, nos creemos obligados á hacer aquí una confesion poco honrosa para los soberanos protestantes de la Alemania. Hablaban contínuamente de la justicia de su causa, y de la rectitud y constancia con que la defendian; pero la mayor parte de sus acciones no estaban inspiradas mas que por el interes y los odios personales; y el temor de verse despojados de sus Estados y de sus privilegios, tenia mucha menos parte en sus operaciones guerreras, que el deseo de destruir los privilegios y apropiarse los Estados de sus vecinos. Gustavo Adolfo habia conocido estas disposiciones antipatrióticas y se habia aprovechado de ellas. Cada uno de sus aliados alemanes debia recibir una ó muchas de las provincias del imperio, conquistadas ya ó que estaban por conquistar. La

muerte le impidió realizar esta promesa. Lo que el rey habia hecho por política, el canciller lo hizo por necesidad; así fué como el landgrave de Hesse Casel obtuvo, á título de feudo de la corona de Suecia, las abadías de Paderborn, de Corvey, de Münster y de Fuldes; el duque Bernardo de Weimar debia recibir con las mismas condiciones los arzobispados y obispados de la Franconia, y el duque de Wurtemberg todos los bienes eclesiásticos y los condados austriacos que estaban enclavados en sus Estados. El mismo Oxenstiern se indignó de esta cobarde codicia.

«Que se depositen estos documentos en nuestros archivos, «les dijo á los suyos; quiero que ellos enseñen á la mas re«mota posteridad, que los príncipes del imperio no se han «avergonzado de pedir semejantes cosas á un caballero sueco, «y que este caballero ha sido bastante poderoso para conce«derlas en el territorio aleman, á soberanos alemanes.»

Inmediatamente despues de la victoria de Lutzen, las tropas de la Sajonia y del Lüneburg se habian unido á los suecos y el ejército reunido de este modo expulsó á los imperiales de toda la Sajonia. Segun las nuevas disposiciones del partido protestante, se hizo indispensable el dirijir sus fuerzas sobre diferentes puntos á la vez: los sajones marcharon por consiguiente á la Lusacia y Silesia, donde el conde de Thurn debia dirijir sus operaciones contra el Austria. Una parte de las tropas suecas, mandadas por el duque Bernardo de Weimar, volvió á Franconia, y el duque Jorge de Brunswick condujo la otra á la baja Sajonia y á la Westfalia.

Cuando Gustavo Adolfo se vió precisado á dejar las orillas del Danubio y del Lech para marchar en auxilio de la Sajonia, confió la defensa de estos puntos importantes al

conde palatino de Birkenfeld y al general sueco Banner; pero estos dos gefes fatigados por los continuos ataques de los bávaros y sobre todo del general imperial, se vieron muy pronto reducidos á la necesidad de pedir refuerzos, y el general Horn, aunque ocupado en Alsacia, se apresuró en el acto á ir á auxiliarlos.

Estas tropas reunidas ascendian á diez y seis mil hombres, y sin embargo, no pudieron impedir al enemigo el establecerse en las fronteras de la Suabia, apoderarse de la ciudad de Kempten, y recibir de Bohemia un refuerzo de siete regimientos. Para conservar despues de estos reveses, las conquistas hechas en Baviera, era preciso abandonar la Alsacia que el general Horn habia sometido y donde habia logrado poner guarniciones suecas en las ciudades de Benfeld, Schelestadt, Colmar y Hagenau. Despues de su partida, el rhingrave Oton Luis encargado de la defensa de este país, en el que se sostenia con trabajo, recibió la órden de marchar sobre el Danubio. A pesar de este nuevo refuerzo el general Banner se vió obligado á llamar en su ayuda al duque Bernardo de Weimar. Este general, que desde el principio de la campaña de 1633 ocupaba el territorio de Banberg, se puso en marcha en el acto, derrotó al paso á un cuerpo bávaro mandado por el general Juan de Werth y efectuó su union con Banner cerca de Donawerth. Este ejército, que era ya tan imponente por su número como por el talento y valor de los jefes que lo mandaban, amenazaba la Baviera de una completa invasion. Ya se habia apoderado del obispado de Eichstadt, é Ingolstadt estaba próximo á experimentar la misma suerte, sin que el general Altringer pudiera oponer mas que una resistencia débil é indecisa; porque las órdenes de Wallenstein le prohibian toda accion decisiva. Tantas

circunstancias favorables autorizaban al ejército sueco á contar con un triunfo próximo y brillante, cuando de repente se encontró paralizado por una insurreccion del cuerpo de los oficiales. La Suecia debia todo lo que era á la disciplina, á la perseverancia y al valor de su ejército, sus fatigas se aumentaban con la temeridad de las empresas de los generales y las combinaciones del gabinete, las cuales sin la buena voluntad que lo animaba, no hubieran sido mas que inútiles proyectos. Los soldados conociendo su importancia, se creyeron al fin con derecho á pedir su parte en las conquistas que habian comprado tan caro á espensas de su sangre. Pero las necesidades del Estado y mas que todo la codicia de los jefes, lo absorbió todo; y el ejército que ni siquiera recibia con regularidad su sueldo, no tenia otra recompensa que el saqueo ó un ascenso que en aquella época ya se obtenia frecuentemente por medio de la intriga con desprecio de los derechos adquiridos. El respeto mezclado de temor que inspiraba Gustavo Adolfo habia reducido al silencio su justo descontento; pero despues de su muerte las murmuraciones se hicieron oir en todas partes y finalmente estallaron como reclamaciones imperiosas en el mismo momento en que mas que nunca se tenia necesidad de la fidelidad y obediencia del ejército. Pfuhl y Mitscheful, dos oficiales que se habian hecho notar hacia mucho tiempo por su carácter inquieto y sedicioso, insurreccionaron el campamento sueco de las orillas del Danubio.

«Todos los dias, les decian á sus camaradas, se imponen «contribuciones á los príncipes alemanes, sin que jamas vea«mos la mas pequeña parte de esas sumas inmensas que nues«tros gefes se dividen entre sí. Miéntras de que nos obligan «á caminar al traves de las nieves y de los hielos, sin que

«una sola vez se levante para compadecer nuestras fatigas ó «celebrar nuestro valor, se declama en el congreso de Heil-«born contra los excesos del ejército, sin reflexionar que su-«puesto que no se avergüenzan de dejarlo morir de hambre «y de frio, es natural que él procure alimentarse y entrar en «calor. Los sabios, en sus escritos que se leerán en todo el «mundo, hacian grandes elogios del génio y del valor de nues-«tros generales: pero ni uno solo de entre ellos, dice que tan-«tos triunfos como han conseguido no son debidos sino á la «fuerza de nuestros brazos y al valor que nos anima.»

Estos discursos sedujeron á la mayor parte de los oficiales, los que hicieron el juramento solemne de no obedecer ninguna órden superior ántes de que se pagasen á las tropas los sueldos que se les debian y se diese á cada uno de ellos una gratificacion proporcionada á su clase, en dinero, ó bien repartiéndoles las tierras conquistadas. Las prudentes observaciones de Bernardo de Weimar no produjeron ningun efecto y la severidad de los generales suecos solo sirvió para aumentar la exaltacion de los amotinados. Exigieron que se designase para cada regimiento una ciudad alemana encargada de pagarle en un plazo fijo lo que se le debia, y declararon que si en el término de un mes el canciller no hacia plena y entera justicia á su peticion, ellos sabrian encontrar el modo de pagarse por sí mismos, y jamas desenvainarian la espada en defensa de la Suecia.

Esta imperiosa reclamacion, hecha en un momento en que las arcas estaban vacías, inquietó sériamente á Oxenstiern, quien comprendió que si se desdeñaba el espíritu de rebelion podia cundir al ejército entero y reducirlo á la triste situacion de encontrarse repentinamente sin soldados en medio de un país enemigo, y sin embargo, estaba en la imposibilidad

material de satisfacer aquellas reclamaciones. El duque Bernardo de Weimar, que se habia captado la confianza y el afecto de las tropas, por su valor, su talento y la afabilidad de su carácter, era el único que ejercia bastante influencia sobre ellas para apaciguar esta sedicion. El canciller sabia esto, y por lo mismo lo encargó de esta empresa, pero ántes de aceptar se aprovechó el duque de la importancia momentánea que le daba esta situacion para conseguir algunas ventajas que en cualquiera otra ocasion no se hubiera atrevido á pedir.

Gustavo-Adolfo le habia prometido un ducado, que se compondria de los arzobispados reunidos de Bamberg y de Wurtzburg; no solamente exigió la realizacion inmediata de esta promesa, sino tambien el título y la autoridad de generalísimo de todos los ejércitos suecos en Alemania. Este abuso de una posicion ventajosa que no debia sino á la casualidad, indignó de tal modo á Oxenstiern, que en el momento de su cólera mandó decirle que la Suecia no necesitaba de sus servicios. Pero arrepintiéndose casi en el acto de este paso impolítico, se limitó á negar al duque Bernardo bajo un pretexto decoroso, y solo por entónces, el mando en gefe, pero le cedió á título de feudo de Suecia los obispados prometidos, los cuales estaban ocupados ya por sus tropas. Al mismo tiempo se obligó en nombre de su gobierno, á sostenerlo en la posesion de sus Estados, á condicion, sin embargo, de que las fortalezas de Wurtzburg y de Koemgshof recibirian guarniciones suecas. Satisfecho de este arreglo el duque Bernardo, arengó á los amotinados, hizo brillantes promesas al ejército y terminó por calmar la insurreccion distribuyendo él mismo entre los soldados fuertes sumas de dinero y tierras cuyo valor ascendia á mas de cinco millones

de reichsthaler, y sobre las cuales la Suecia no tenia otros derechos que el de conquista.

Por medio de semejantes sacrificios se logró restablecer la disciplina y reanimar el valor del ejército. Pero habia pasado el momento de emplearlo con utilidad en Baviera; se separaron, por lo mismo, y cada general condujo sus tropas á las provincias donde esperaban alcanzar nuevos triunfos aunque á costa de grandes peligros. El general Horn sorprendió el Palatinado, conquistó la nueva Marca y avanzó hasta las fronteras de la Suabia, donde los imperiales habian reunido fuerzas considerables con la intencion de invadir el Wurtemberg. Al acercarse los suecos se retiraron inmediatamente hasta las orillas del lago de Constanza, enseñando de esta manera al enemigo un camino que hasta entónces le era desconocido. Gustavo Horn comprendió la necesidad de poseer una plaza fuerte á las puertas de la Suiza, para poder establecer relaciones con los diferentes cantones de esta república. La ciudad de Kostnitz le pareció propia para este objeto y se dispuso á sitiarla. No teniendo consigo artillería de sitio, tuvo que hacerla conducir de Wurtemberg, lo que dió tiempo á los imperiales de socorer la plaza, que ademas tenia la ventaja de recibir con facilidad los víveres que necesitaba por el lado del lago. Despues de algunas tentativas inútiles, el general Horn dejó esta comarca para dirigirse á las orillas del Danubio, á donde lo llamaba un peligro inesperado.

Cediendo á las incesantes súplicas del emperador, el cardenal infante, hermano de Felipe IV y gobernador de Milan, habia formado un ejército de catorce mil hombres enteramente independiente de Wallenstein, para defender los intereses del Austria en las orillas del Rhin y á la vez proteger

la Alsacia. Este ejército, mandado por el duque de Feria, general español, acababa de entrar en Baviera. Queriendo utilizarlo en el acto contra los suecos, Fernando violó por la primera vez abiertamente el compromiso que tenia con Wallenstein, de no ejercer ninguna autoridad concerniente al ejército; porque ordenó al general Altringer que se uniese á los italianos con todas las tropas que mandaba.

Informado de estas disposiciones, el general Horn llamó al conde palatino Birkenfeld donde estaba estacionado: los dos ejércitos se reunieron en Stockach y avanzaron atrevidamente al encuentro del enemigo. Este, que constaba de mas de treinta mil hombres, habia pasado ya el Danubio, y atravesando la Suabia se encontró tan cerca de los suecos que lo esperaban para presentarle batalla, que los dos ejércitos apenas estaban separados el uno del otro por la distancia de media legua. El duque de Feria sin embargo de esto continuó su marcha, pasó por el país de los grisones y entró al Brisgen y á la Alsacia, á donde llegó muy á tiempo para hacer levantar el sitio de Brissac y detener el curso de las victorias del ringrave Oton Luis, quien secundado por el conde palatino de Birckenfeld habia conquistado el país de los grisones, sometido el bajo Palatinado y derrotado al duque de Lorena.

Forzado á ceder ante la superioridad del enemigo que habia venido á sorprenderlo, el ringrave no tardó mucho en vengarse; porque con los refuerzos que en breve le llevaron los generales Horn y Birckenfeld volvió á conquistar la Alsacia y recobró todas sus ventajas. Durante su retirada, los italianos fueron sorprendidos por los primeros frios del invierno, los que causaron tantos estragos en ellos, que casi todos perecieron; y su general el duque de Feria se afligió tanto del mal éxito de la campaña que murió de pesar.

Por su lado el duque Bernardo de Weimar, al frente de diez y ocho regimientos de infantería y de cienta cuarenta porta-estandartes, habia tomado una posicion en las orillas del Danubio, desde donde podia proteger la Franconia, y observar los movimientos de los austriacos. Habia procurado aprovecharse de este modo de la falta que habia cometido el general Altringer abandonando su campamento para ir al encuentro de los italianos. Como no tenia ya nada que temer de este adversario pasó rápidamente el Danubio y se adelantó hasta los muros de Ratisbona. El general Tilly y Gustavo-Adolfo habian comprendido la importancia de esta ciudad, porque el primero en su lecho de muerte habia recomendado á su soberano el conservarla á cualquier precio, y el segundo habia sentido siempre el no haberse podido apoderar de ella. Al saber que el duque Bernardo si disponia á sitiarle, Maximiliano se sobrecogió de terror. Quince compañías nuevamente reclutadas componian toda la guarnicion de esta ciudad y apénas bastaban para contener á los habitantes que veian á los bávaros como los enemigos de su religion y de sus privilegios. La presencia del duque Bernardo al pié de sus murallas, les causó una alegría, que estaba dispuesta á convertirse en abierta rebelion y que no podia dejar de facilitar á este general la rendicion de la plaza. En esta extremidad, el elector pidió un refuerzo de quince mil hombres, que Fernando le concedió sin dificultad. Con este objeto, la corte de Viena expidió sucesivamente siete correos al duque de Friedland, quien prometió enviar sin demora las tropas que se le pedian y escribió al elector de Baviera para advertirle que el general Gallas se habia puesto ya en marcha con doce mil hombres. Este general recibió, en efecto, la órden oficial de marchar sobre el Danubio, pero Wallenstein le envió al

mismo tiempo otra órden secreta en la que le prohibia el alejarse del punto que ocupaba bajo pena de muerte.

Lleno de confianza en el socorro prometido, el comandante de Ratisbona hizo á toda prisa sus preparativos de defensa, desarmó á los protestantes para imposibilitarles de impedir los movimientos de la guarnicion, é hizo venir á todos los aldeanos católicos de los alrededores y los incorporó á sus tropas. Entre tanto el refuerzo no llegaba, y la artillería batia tan fuertemente las murallas de la ciudad, ya medio arruinadas en algunos parages, que la guarnicion se vió en la necesidad de pedir una capitulacion honrosa, la que en efecto obtuvo para sí, abandonando á los funcionarios bávaros y al clero católico á la discrecion de los vencedores.

La toma de Ratisbona dió un nuevo impulso al génio activo del duque Bernardo, y bien pronto la Baviera le pareció un círculo demasiado estrecho para contener sus audaces proyectos. Resuelto á penetrar hasta el corazon del Austria, donde podria sublevar contra el emperador á todas las poblaciones protestantes, confió á un general sueco el cuidado de someter las orillas setentrionales del Danubio y se adelantó á las fronteras del Austria. Desafiando con sus intrépidos suecos los rigores de la estacion, tomó la ciudad de Straubinger y atravesó el rio Isar casi á la vista del general bávaro de Werth. Aterrorizadas las ciudades de Passau y de Lintz, se disponian á abrir sus puertas á la primera intimacion del enemigo, y el emperador redoblaba sus súplicas y sus órdenes á Wallenstein para que fuese en socorro de la Baviera y del Austria. Felizmente para Fernando, el mismo duque Bernardo puso un término á sus conquistas.

El punto hasta donde habia avanzado era muy difícil de sostener, tenia al frente al rio Inn, defendido por una multi-

tud de castillos, y detras de él dos ejércitos enemigos, poblaciones hostiles y el rio Isar en el que no poseia ningun punto fortificado. El terreno, helado hasta una profundidad considerable, no le permitia levantar atrincheramientos y el ejército de Wallenstein que al fin se habia movido con direccion al Danubio, aumentaba lo peligroso de su posicion. Se decidió por lo mismo á emprender la retirada. Despues de pasar el Isar y el Danubio, se detuvo en el alto Palatinado resuelto á impedir á Wallenstein el penetrar á él aun cuando para esto tuviese necesidad de dar una batalla campal. Pero el generalísimo austriaco nunca habia tenido la intencion de defender la Baviera, por lo que dejó este país y regresó á Bohemia. Su partida permitió al duque Bernardo terminar una campaña que habia sido tan gloriosa para él y hacer descansar sus tropas en los cuarteles de invierno que les señaló en las provincias conquistadas.

Miéntras que el general Horn, el conde palatino de Birckenfeld, el general Baudissen, el ringrave Oton-Luis y el duque Bernardo de Weimar continuaban la guerra con tanta felicidad en las orillas del Rhin y del Danubio, la gloria de las armas suecas se habia sostenido con no menos éxito en la baja Sajonia y en Westphalia por el duque Jorge de Lüneburg y el landgrave de Hesse Cassel. El duque Jorge se habia apoderado de la fortaleza de Hameln, y el general imperial de Gronsfeld, que mandaba en las orillas del Wesser, habia sido completamente derrotado cerca de Oldenderf por las tropas reunidas de la Suecia y de la Hesse. El conde de Wassaburg, hijo natural de Gustavo-Adolfo se mostró digno de su orígen en esta batalla que costó á los imperiales mas de tres mil muertos, un número casi igual de prisioneros, diez y seis cañones, todos los furgones y los bagages y setenta

y cuatro banderas ó estandartes. Poco despues el coronel sueco Kniephausen se apoderó de Osnabruck y el landgrave de Hesse Cassel obligó á Paderborn á capitular. En medio de todos estos triunfos, los suecos no perdieron mas que á Puckebur, plaza bastante importante. Por último, en el primer año que siguió á la muerte de Gustavo-Adolfo, la gloria de la Suecia permaneció intacta.

Recapitulaudo los hechos mas notables de la campaña de 1633, causa admiracion el ver el papel insignificante que representa en ella voluntariamente el hombre cuya conducta seguia la Europa con atenta inquietud. Wallenstein era sin duda el mas grande capitan de su época y á él expresamente á quien se pierde de vista. La muerte de Gustavo-Adolfo lo habia hecho, por decirlo así, el único dueño del vasto dominio de la gloria, y se esperaba verlo borrar su derrota de Lützen por medio de brillantes victorias. Pero en vez de justificar estas esperanzas permaneció inactivo y tranquilo espectador de la derrota de las tropas imperiales en Baviera, en la baja Sajonia y en el Rhin. Esta conducta lo habia convertido en un enigma impenetrable para sus amigos y para sus enemigos, y Fernando veia siempre en él un objeto de terror, al mismo tiempo el mas poderoso, como tambien el último apoyo de su trono vacilante.

Inmediamente despues de la batalla de Lützen, se habia retirado á Bohemia, donde mandó hacer una averiguacion para examinar la conducta de los oficiales durante aquella batalla. El consejo de guerra habia castigado con la pena de muerte á todos aquellos que habian sido reconocidos como culpables de cobardía, y él se reservó la manera de recompensar régiamente á los oficiales y aun á los soldados que habian dado pruebas de talento, valor y fidelidad, haciendo

erigir suntuosos monumentos á la memoria de los que habian sucumbido con honor. En lugar de elegir los cuarteles de invierno para sus tropas en los países conquistados los estableció en las provincias austriacas que parecia tener empeño en destruir, no solamente imponiéndoles esta pesada carga, sino gravándolos por medio de contribuciones extraordinarias. Por último, en lugar de ser el primero en abrir la campaña de 1633 y de presentarse en ella con todo el brillo de su grandeza, fué el último en moverse, eligiendo por teatro de la guerra el territorio austriaco.

Entre todas las provincias hereditarias del emperador, la mas desgraciada era la Silesia. Invadida por las tropas reunidas de la Suecia, de la Sajonia y del Brandeburgo, mandadas por el feld-mariscal de Arnheim, por el duque de Lauenburg, el conde de Thurn y el general Borgsdorf, habia perdido casi todas sus plazas fuertes, y la misma capital habia tenido que abrazar la causa de los aliados. Este hermoso país habríase perdido completamente para el Austria, si los ódios nacionales y las rivalidades de los generales les hubieran permitido obrar de acuerdo. Pero de Arnheim y el conde de Thurn perdian el tiempo en disputarse el mando en gefe, miéntras que los sajones y los brandeburgueses no veian en las tropas suecas mas que á unos extranjeros importunos á quienes se complacian en humillar contrariándolos: los sajones especialmente se vanagloriaban con descaro de la preferencia que tenian por los imperiales. Los oficiales de estos dos campos enemigos se hacian visitar y se daban fiestas recíprocas: los partidarios del emperador eran advertidos siempre con tiempo del momento en que se iban á romper las hostilidades para que pudiesen evitar el peligro, y mas de un oficial confesaba sin escrúpulo que las noticias de esta clase

le habian sido pagadas generosamente por la corte de Viena. De Arnheim no podia reprimir estas traiciones porque habia dejado al ejército para ir á defender otros intereses al lado de su soberano, y no se volvió á presentar en Silesia, sino hasta el momento en que Wallenstein pasó la frontera á la cabeza de cuarenta mil hombres. Las fuerzas de los aliados no ascendian á mas de veinticuatro mil, pero esta inferioridad no les impidió el procurar sus conquistas por medio de una batalla, y con este objeto avanzaron hasta Münsterberg, donde los imperiales habian establecido su campamento. Wallenstein permaneció ocho dias inmóbil detras de sus atrincheramientos, de repente salió de ellos y desfiló con una arrogancia insultante al frente de los aliados, que lo siguieron durante algun tiempo sin fruto, porque él estaba decidido á no aceptar la batalla que ellos se obstinaban en presentarle.

La vanidad de los aliados atribuyó esta conducta al temor, pero esta acusacion estaba destruida por sí misma. Era fácil ver que en esta ocasion el duque de Friedland se burlaba del humor belicoso de los enemigos y queria concederles la gracia y salvarles de una derrota total porque le creia inútil para el proyecto que lo ocupaba exclusivamente.

Sin embargo, para darles una prueba de que si permanecia en la inaccion no era porque les temiese, mandó fusilar al comandante de una plaza de que se habia apoderado, únicamente porque no la habia rendido á la primera intimacion.

Hacia ya ocho dias que el ejército imperial y el de los aliados estaban acampados á un tiro de fusil de distancia, cuando el conde de Terzki salió del campo de Wallenstein precedido de un trompeta, y solicitó hablar al general de Arnheim y le propuso una tregua en nombre del duque de

Friedland, quien siendo el mas fuerte no tenia ninguna necesidad de ella. Terzky no vaciló en dar la explicacion de una conducta tan extraordinaria.

«El objeto de mi comision, dijo, no se limita á una sus-«pension de armas. He venido para celebrar una paz perpe-«tua con los suecos y con todos los príncipes del imperio, «para pagar los sueldos atrasados de vuestras tropas y para «hacer justicia á todo el mundo; porque el duque de Fried-«land puede realizar las promesas que os hago en su nombre. «Si en Viena rehusan ratificar el tratado que os propone, «abrazará entonces francamente vuestra causa y enviará al «infierno al emperador.»

Al pronunciar esta frase, bajó sin embargo la voz de manera que solo pudiera oirla de Arnheim. En una segunda conversacion que tuvo con el conde de Thurn se expresó todavía con mas franqueza.

«La Bohemia, le dijo, no tiene mas que quererlo, y reco-«brará todos sus privilegios antiguos; y sus nobles defensores, «proscritos hoy, volverán á su patria y á la posesion de sus «bienes: el duque será el primero que les entregará la parte «que le ha dado de esos bienes tan injustamente confiscados: «los jesuitas, que por sus criminales intrigas han encendido «esta larga guerra y que querrian que se prolongase eterna-«mente, serán expulsados del reino; los suecos recibirán en «épocas determinadas indemnizaciones que les compensarán «ámpliamente de todos sus sacrificios, y para ocupar á los «soldados de ambos partidos que la paz hará inútiles, se les «empleará contra los turcos; en una palabra, si Wallenstein «llega á ser rey de Bohemia, los condenados políticos recibi-«rán las pruebas de una generosidad sin límites. El país «disfrutará de todas las libertades civiles y religiosas posibles;

«la casa del Palatinado adquirirá de nuevo todos sus dere-«chos, y el Mecklemburgo quedará pacificado, porque el du-«que renunciará á este ducado si le dan en cambio la Mora-«via. Que los aliados firmen simplemente este tratado, y «Wallenstein se encarga de hacerlo ratificar por Fernando, «y si es preciso, lo obligará á ello con las armas en la mano.»

Estas últimas proposiciones descorrian al fin el velo misterioso con el que hacia tantos años Wallenstein cubria sus proyectos, y á tal punto habia llegado la situacion de los negocios que no podia tardar mucho en realizarlos.

Una confianza ciega en el genio del duque de Friedland habia podido dar al emperador la firmeza necesaria para confiar el mando de sus ejércitos á un general á quien rechazaban la España y la Baviera y cuyos servicios se habia visto obligado á comprar con detrimento de su propia autoridad. Su larga inaccion y sobre todo su derrota de Lützen debilitaron esta confianza, y sus enemigos se atrevieron á atacarlo de nuevo. Recordaron con destreza á Fernando, que tan celoso se mostraba de un poder del que tan mal uso hacia, que en las mas graves circunstancias Wallenstein se habia complacido como si fuera un juego en despreciar sus órdenes: y cubriéndose con las apariencias de un patriotismo desinteresado, apoyaron las quejas de los súbditos austriacos, á quienes el generalísimo forzaba á soportar sin necesidad una parte enorme de los gastos de la guerra. Estas insinuaciones produjeron tanto mas efecto en el ánimo del emperador, cuanto que cada uno de los pasos del duque de Friedland parecian justificarlas. Pero el poder sin límites con el cual habia cometido la imprudencia de investirlo, lo hacia tan poderoso, que nada se podia contra él ántes de disminuir este poder,

empresa que el tratado entre el emperador y su generalísimo hacia casi imposible.

Segun el texto de este tratado, la autoridad del duque de Friedland solo se extendia sobre los ejércitos extranjeros que quisiesen defender á la casa de Austria. Por medio de una sutileza semejante el emperador le habia quitado el mando de las tropas italianas que habia llevado á Alemania el duque de Feria, general español. Advertido por este paso imprudente, que habia dejado de ser indispensable, y que Fernando buscaba otro apoyo del que en caso necesario podria servirse contra él, Wallenstein se quejó aún inútilmente de esta infraccion del tratado, y terminó por trabajar él mismo en la destruccion del ejército italiano, negándose á socorrer á la Baviera. En la misma época despidió de su ejército á todos los oficiales que le eran sospechosos y recompensó generosamente á aquellos cuya fidelidad estaba al abrigo de toda sospecha. Tal es la inconsecuencia de la naturaleza humana, que Wallenstein fundaba el edificio de su grandeza sobre el agradecimiento de unos hombres que le debian su fortuna, en el mismo momento en que iba á dar al autor de la suya, una prueba de la mas negra ingratitud.

Los gefes del ejército aliado que ocupaba la Silesia no tenian poderes bastante extensos para aceptar ó rehusar unos ofrecimientos tan importantes como los que el duque de Friedland acababa de hacerle, y una tregua de quince dias fué todo lo que pudo obtener el conde Terzky. Para utilizar este plazo se envió á Dresden al conde Kinsky á fin de entenderse con el encargado de negocios de Francia, acerca de los auxilios que este gabinete habia prometido al generalísimo.

Feuquieres, que habia recibido en efecto de su gobierno la órden de prometer á Wallenstein un anticipo de dinero tan

fuerte como pudieran exigirlo sus necesidades, no se atrevió á ejecutar esta órden, porque acababa de saber la imprudencia que habia cometido revelando al ejército aliado un proyecto que reclamaba el mayor misterio. El afecto bien conocido del ministerio sajon á la causa del emperador, no permitia esperar que aprobase nunca semejante proyecto; y la parte que en él se concedia á los suecos no era bastante brillante para decidirles á contribuir á su éxito. Feuquieres confió sus inquietudes sobre la inconcebible conducta de Wallenstein, al canciller Oxenstiern. Este hombre de Estado, que nunca habia tenido confianza en la lealtad del generalísimo imperial, encontró las proposiciones que habia hecho á la Suecia muy inferiores á lo que este país tenia derecho de pretender. No ignoraba que en otro tiempo habia establecido negociaciones semejantes con Gustavo-Adolfo: pero la promesa de que haria á todo el ejército imperial que traicionase á su soberano, le pareció imposible de realizar y por lo mismo dudó que hubiera sido hecha de buena fé. Comparando el carácter circunspecto y misterioso de Wallenstein con el paso que se habia dado en su nombre en Silesia, terminó por creer que habia querido tender un lazo al ejército aliado. De Arnheim no tardó en participar de esta opinion, porque era mas natural dudar de la probidad que del buen juicio de este hombre extraordinario, que repentinamente parecia haber querido amontonar contradicciones sobre contradicciones. Al mismo tiempo que solicitaba la alianza de los suecos, decia á los sajones que era preciso arrojar de todos los puntos del imperio á estos audaces extranjeros, y casi en el mismo momento se aprovechaba de la seguridad que inspiraba la tregua á los oficiales sajones para detenerles como prisioneros en su palacio á donde habian ido á visitarlo. Así

fué como perdió por grados la confianza de sus mas celosos partidarios, los que no vieron al fin en su conducta mas que un tejido de perfidias para aumentar su ejército á espensas del de los aliados, cuyo resultado obtuvo en efecto. Todos los dias un gran número de soldados abandonaban la bandera de la reforma para ir á filiarse á la suya, pero no por esto se apresuraba á realizar las esperanzas de la corte de Viena. En el momento en que ella esperaba la noticia de un combate decisivo, sabia que Wallenstein acababa de renovar las negociaciones de paz, y cuando una tregua protegia al enemigo que habia vuelto á comenzar las hostilidades. Estas contradicciones aparentes, tenian, sin embargo, un objeto profundo, pero difícil de adivinar: pretendia arruinar al mismo tiempo al emperador y á los suecos y firmar en la Sajonia una alianza que asegurase su interes personal. Cansado de la marcha demasiado lenta de los acontecimientos y de las reiteradas quejas del gabinete imperial, tomó al fin la resolucion de realizar sus proyectos por medio de la fuerza.

Antes de que concluyese la última tregua habia ya enviado al general Holk á la Misnia con la órden expresa de reducirlo todo á sangre y fuego. Estos horrores se suspendieron por un momento á consecuencia de la muerte de este general, que pereció víctima de sus desórdenes; pero inmediatamente que espiró la tregua, Wallenstein hizo un movimiento con direccion á la Sajonia y esparció el rumor de que Piccolomini lo precedia para invadir y devastar el país. Engañado por este rumor, de Arnheim dejó en el acto la Silesia para ir en auxilio de la Sajonia, sin pensar que abandonaba á merced del enemigo el pequeño cuerpo de ejército sueco estacionado en el Oder, cerca de Steinau á las órdenes del conde de Thurn.

Wallenstein, que esperaba que cometiese esta falta, se aprovechó de ella. Dejando que los sajones se alejaran cerca de treinta leguas, envió de repente al general Schafgotsch con órden de sorprender á la caballería sueca. Esta, que no estaba preparada á un ataque, fué derrotada, y la infantería quedó rodeada por el grueso del ejército imperial. Despues de esta maniobra mandó decir al conde de Thurn que le concedia media hora para decidirse á defenderse con dos mil quinientos hombres contra un ejército de veinte mil, ó si preferia rendirse á discrecion. Entre semejante disyuntiva la decision no era dudosa y los suecos rindieron las armas. Los soldados fueron incorporados al ejército imperial y los oficiales declarados prisioneros de guerra. La artillería, las armas, los bagajes, las banderas y estandartes quedaron en poder del enemigo. Esta victoria, que no habia costado ni una sola gota de sangre, causó tanto mas placer al partido imperial, y sobre todo á los jesuitas, cuanto que habia hecho caer en poder del vencedor al célebre conde de Thurn, al gefe de la primera insurreccion de la Bohemia y la causa principal, aunque involuntaria, de esta guerra desastrosa.

La corte de Viena esperaba con una viva impaciencia á este gran criminal, á quien preparaba ya un suplicio que estaria rodeado de la pompa aterradora que el fanatismo religioso y los ódios políticos se complacen en dar á sus venganzas. Pero el duque de Friedland aborrecia demasiado á los jesuitas para proporcionarles este triunfo; y ademas el conde de Thurn sabia mucho mas acerca de sus proyectos secretos de lo que le convenia que se supiese en Viena. Estas consideraciones lo decidieron á devolverle la libertad. El partido católico habria perdonado al duque de Friedland que hubiera perdido una batalla; pero su venganza frustrada lo

irritó hasta el punto de acusarlo descaradamente de traicion. Oponiendo á estos reproches una burla desdeñosa, Wallenstein se contentó con responder al gabinete de Viena:

«¿Qué queríais que hiciera con semejante frenético? debe«riamos considerarnos por dichosos si el enemigo no tuviera «mas que generales de esta especie, y yo os aseguro que «prestará mas grandes servicios al frente de un ejército que «en el fondo de un calabozo.»

La toma de Liegnitz, de Gross-Glogun y de Francfort sobre el Oder, siguieron muy de cerca á la victoria de Sternau. El general Schafgotsch bloqueó á Breslau, aunque sin éxito, porque esta ciudad, libre y celosa de sus privilegios, era sinceramente adicta á los suecos. Los coroneles Ille y Goetz revindicaron el honor de las armas imperiales en el Báltico, y se apoderaron de la ciudad de Landsberg, que estaba considerada como la llave de la Pomerania. Por su parte, Wallenstein entró con su ejército á la Lusacia, tomó por asalto á Goerlitz y obligó á Bautzen á rendirse. Sin embargo, su intencion no era proseguir sus conquistas, sino obligar al elector á aceptar la alianza que sin cesar le ofrecia y que este príncipe rehusaba con mas energía que nunca desde las imprudentes revelaciones hechas en Silesia por el conde Terzky al ejército aliado. Al dirigir todas sus fuerzas contra la Sajonia, habria logrado sin duda arrancar á Juan Jorge un consentimiento que todas las intrigas de gabinete no habian podido obtener; pero se vió en la necesidad de marchar en socorro de los Estados austriacos que estaban sériamente amenazados por el duque Bernardo de Weimar. La retirada de este general le permitió volver rápidamente á Bohemia, bajo el pretexto de que los suecos meditaban un ataque contra este país por el lado de la Lusacia. En vano

lo llamó el emperador á las orillas del Danubio para impedir que el duque de Weimar se estableciese en ellas; Wallenstein permaneció inmóbil, assgurando que de todos los Estados hereditarios la Bohemia era el que le importaba mas garantizar de una invasion extranjera. Cuidó, en efecto, á este reino como si ya hubiera sido su soberano y estableció en él sus cuarteles de invierno. Así fué como terminó el primero, y de la manera mas inesperada y ménos favorable para el emperador, la campaña de 1633.

Hacia ya mucho que circulaban por toda la Alemania rumores poco honrosos acerca del duque de Friedland, quien por su inexplicable conducta acabó por darles consistencia. Para convencerse hasta qué punto eran fundados estos rumores, envió Fernando agentes secretos al campo del generalísimo, pero fracasó su destreza contra la prudencia de Wallenstein, y no llevaron á la corte de Viena mas que noticias vagas y confusas. Sin embargo, los ministros á quienes habia cometido la imprudencia de ofender imponiendo en sus posesiones contribuciones de guerra, se declararon abiertamente contra él; el elector de Baviera amenazó con aliarse con la Suecia, y la España declaró que no daria mas ni hombres ni dinero miéntras que Wallenstein permaneciese al frente de los ejércitos imperiales. Vencido por tan poderosas consideraciones, el emperador prometió revocar por segunda vez el nombramiento del generalísimo y preludió este acto atrevido tomando él mismo la direccion de las operaciones del ejército. Uno de los generales del duque de Friedland á quien este habia prohibido bajo pena de muerte obedecer á la corte de Viena, recibió del emperador en persona la órden de unirse al elector de Baviera, y otra órden imperial intimó á Wallenstein el enviar refuerzos á este príncipe. Suficientemente advertido

por estas medidas de que habian decidido su ruina, se creyó obligado, en virtud del mas sagrado de los derechos, el de la defensa personal, á realizar unos proyectos que la ambicion solo le habia sugerido al principio, y que sin esta circunstancia jamas habrian salido del dominio de los ensueños. Siempre habia retardado la ejecucion de ellos, y cuando sus amigos le preguntaban la causa de esta lentitud, respondia que la constelacion favorable á esta empresa aun no se habia elevado en el horizonte, *ó que el tiempo aun no habia llegado.* En efecto, aun no habia llegado, pero su posicion no le permitia aguardar mas. Sin embargo, quiso asegurarse ante todo del participio de los gefes del ejército y de la sumision de los soldados, dos puntos dudosos todavía á pesar de la confianza que aparentaba tener en esta materia.

Los coroneles Kinsky, Terzky é Illo eran los únicos depositarios hacia mucho tiempo de sus proyectos y podia contar con su fidelidad sin límites. Los dos primeros estaban unidos á él con los lazos del parentesco; para ganar al coronel Illo, no se habia avergonzado de recurrir á una baja intriga, porque despues de haberlo instigado á que pidiese el título de conde, escribió en secreto al gabinete imperial para aconsejarle que rehusase este favor, porque habia en el ejército muchos oficiales de un mérito igual al del conde que se creerian autorizados á pedir la misma recompensa. Al comunicar á Illo que habian desechado su solicitud, se desató en amargas quejas contra el emperador.

«Este es el modo con que Fernando reconoce nuestros lea-
«les servicios, exclamó; jamas hubiera creido que se atreviera
«á rehusar á mi recomendacion y á vuestro mérito tan mó-
«dica recompensa. Que en lo de adelante, sirva el que quiera

«á este amo ingrato; en cuanto á mí, desde este momento soy
«el irreconciliable enemigo de la casa de Austria.»

Animado por este discurso, exhaló á su vez Illo la cólera que lo dominaba, y desde entónces se convirtió en el cómplice y el instrumento de los secretos designios de su general.

Para trabajar descaradamente en su ejecucion, necesitaba tener en el ejército un apoyo mas numeroso y sobre todo mas influente. Con esta conviccion se dirijió primero al conde Piccolomini, que preferia á los demas generales porque habia nacido bajo la misma constelacion que él.

«La ingratitud de Fernando, le dijo, y la nueva afrenta
«que me prepara, me han decidido irrevocablemente á aban-
«donar á la casa de Austria; en union de sus enemigos y de
«acuerdo con ellos, le atacaré en todos los puntos hasta que
«caiga para no levantarse mas. Yo cuento para esto con
«vuestra cooperacion, y os destino tantas dignidades y re-
«compensas que sobrepujarán á todo lo que podeis esperar
«de mi reconocimiento y de mi generosidad.»

Aterrorizado al oir esta confidencia inesperada, Piccolomini balbutió algunas observaciones sobre las dificultades y los peligros de semejante empresa; pero Wallenstein se burló de su timidez.

«Vamos, le dijo, en las empresas temerarias los principios
«no mas son los difíciles. Tranquilizaos, los astros nos son
«favorables, y por otra parte, ¿no debemos dejar alguna cosa
«á la casualidad? Mi resolucion está tomada, y si fuera pre-
«ciso, expondria solo mi fortuna, con un millar de mis valien-
«tes ginetes.»

Temeroso de despertar las sospechas del duque con una resistencia mas prolongada, Piccolomini prometió secundarlo con todo su poder y supo inspirarle una confianza tan ciega,

que á pesar de las advertencias reiteradas del conde de Terzky nunca quiso dudar de la fidelidad de este general, el cual no bien fué su confidente, se apresuró á informar á la corte de Viena de todo lo que acababa de saber.

El emperador habia ordenado á Wallenstein que dejase sus cuarteles de invierno que tenia en los Estados hereditarios del Austria, que tomase á Ratisbona no obstante el rigor de la estacion, y que enviase un cuerpo de seis mil hombres de caballería en auxilio de la Baviera. Estas pretensiones eran bastante exageradas para merecer el ser sometidas al exámen de los gefes del ejército: así es que Wallenstein tomó este pretexto para reunirlos á todos en Pilsen en una asamblea general que fijó para el mes de Enero de 1634. Al mismo tiempo invitó á la Sajonia y á la Suecia á que enviasen agentes secretos á esta ciudad para arreglar las cláusulas de un tratado de alianza. Veinte generales se dirigieron á Pilsen, pero los mas influentes de todos, Gallas, Kolloredo y Altringer no se presentaron. Wallenstein reiteró su invitacion con un tono mas imperioso, y mientras aguardaba su llegada procuró disponer los ánimos á oir la revelacion mas temeraria y mas peligrosa que jamas hizo el gefe de un ejército á sus subordinados. Se trataba de proponer una vil traicion á una nobleza tan orgullosa de sus privilegios, como fiel á su soberano legítimo. El general que habia respetado hasta entónces como al representante de la magestad imperial, el guardian de las leyes, el juez de las acciones y de los altos hechos de esta nobleza, se iba á despojar de repente de su carácter inviolable para convertirse en un rebelde que abusaba de su autoridad, para arrastrar al crímen á unos hombres á quienes estaba encargado de conducir por el camino del honor. El poder que el duque de Friedland queria

destruir, estaba cimentado con el trascurso de los siglos y se apoyaba en la religion y en las leyes.

Atacar á estos custodios mágicos que la imaginacion y la costumbre colocan al pié de los tronos, y querer arrancar del corazon de los súbditos el respecto ciego que estos custodios han grabado en él, será siempre una de las empresas mas peligrosas que pueda intentar la ambicion humana: pero el brillo de una corona habia fascinado de tal modo á Wallenstein, que no vió el abismo que se abria bajo sus piés, y como acontece á todos los caracteres ardientes y atrevidos, la confianza en su fuerza le impidió ver los obstáculos que tendria que vencer. Tomando las groseras injurias que una soldadesca brutal se permitia proferir contra el emperador y que excusaba la licencia del campamento, por los verdaderos sentimientos del ejército, infirió que este ejército traicionaria sin escrúpulo al soberano cuya conducta censuraba al injuriar su carácter. Acostumbrado á ser obedecido ciegamente y adulado con bajeza, no podia suponer la posibilidad de un obstáculo en la fidelidad que tuvieran las tropas á otra persona que no fuera él mismo. Nadie se habia atrevido nunca á decirle que si lo obedecian de aquel modo, era porque su poder emanaba del trono, que el poder por sí solo puede inspirar admiracion y temor, pero que únicamente el poder legal tiene el derecho de imponer respeto y sumision.

El general Illo se habia encargado de sondear las intenciones de sus colegas y decidirlos al paso peligroso que Wallenstein esperaba de su afecto por él. Antes de abordar este punto delicado, les hizo conocer las exigencias de la corte de Viena, que bajo el punto de vista exagerado con que las presentó, inflamaron la cólera de todos los oficiales superiores.

Despues de haberles exaltado de este modo se extendió largamente y con una elocuencia apasionada acerca del mérito de las tropas y de sus gefes, así como sobre la ingratitud del emperador.

«¿Pero como podria ser de otra manera? continuó, cuando «la España es la que gobierna en Viena; el ministro le está «vendido y el mismo Fernando tiembla delante de esta na- «cion. Solo Wallenstein se ha atrevido á resistir á esta ver- «gonzosa tiranía y por lo mismo se ha atraido su ódio; y no «cesará de perseguirlo hasta que no le haya arrebatado por «segunda vez el mando de un ejército cuya gloria y valor «excitan la envidia y el terror de este gabinete. Para debi- «litarlo es por lo que quieren enviar seis mil hombres á la «Baviera; para destruirlo se exige que vaya á tomar á Ra- «tisbona en medio de las nieves y del hielo del invierno: pa- «ra deshonrarlo, pretenden poner á su frente al rey de Hun- «gría que no es mas que un juguete del extranjero, y quien lo «hará errar por toda la Alemania hasta que la España se «haya establecido en ella con todo su poder. Entre tanto se «le deja carecer de todo, y los ministros y los jesuitas se di- «viden entre sí las sumas destinadas á su sostenimiento. El «generalísimo nada puede hacer por nosotros, y se verá obli- «gado á abandonarnos como á él lo ha abandonado el empe- «rador. Como premio de veintidos años de gloriosos servi- «cios, de fatigas y de peligros y en cambio de las cantidades «inmensas que ha sacrificado al Estado, le preparan una ver- «gonzosa destitucion. Pero él no recibirá impasible esta «nueva afrenta; el poder del cual quieren despojarlo, lo re- «nuncia voluntariamente, y esto es lo que me ha encargado «que os diga. Que cada uno se pregunte á sí mismo ¿qué «será despues de la pérdida de semejante general? ¿quién

«nos devolverá el dinero adelantado en interes del servicio? «¿quién nos recompensará de las fatigas que hemos soportado «y de los peligros que hemos arrostrado, cuando no esté de- «lante el que fué testigo y único apreciador de nuestra con- «ducta?»

Un grito unánime de que era preciso impedir que partiese Wallenstein interrumpió al orador, y cuatro generales recibieron la mision de ir á verlo y suplicarle humildemente que no abandonase el ejército. El duque resistió á sus instancias y no cedió sino cuando le mandaron una segunda diputacion. Entusiasmados por la condescendencia que mostraba en satisfacer sus deseos, se creyeron dichosos con poder darle en el mismo momento una brillante prueba de su fidelidad. Al prometerles que no dejaria el servicio sin su consentimiento, habia exigido en cambio una declaracion escrita, por la cual se obligaban á permanecerle fieles, y á no abandonar su bandera, sino en el caso en que él mismo los despidiese, cualesquiera que fuesen las órdenes que otra persona les diese con este objeto. Segun esta declaracion, el que la violase se reconocia culpable de perfidia y de traicion y debia ser juzgado por los miembros leales. La frase «*Miéntras que el generalísimo haga servir al ejército por el honor y salud del emperador,*» con que terminaba esta declaracion, alejaba toda especie de sospecha, y ni uno solo de los generales creyó traicionar á su soberano legítimo al firmar una acta que le conservaba al mejor de sus generales. La lectura de este documento se hizo despues de una gran comida que el general Illo habia hecho preparar con este motivo, y durante la cual no perdonó medio algúno para turbar la razon de sus convidados con bebidas espirituosas. La mayor parte mal trazaron su firma sin saber lo que hacian: algunos sola-

mente mas curiosos ó mas desconfiados, la recorrieron con la vista y advirtieron que la frase que impedia á este pacto el ser una rebelion contra el emperador habia sido suprimida. Illo, en efecto, habia sustituido con la destreza de un trapacero, á la pieza que contenia esta frase, una copia en la que se habia omitido voluntariamente. Piccolomini, que asistia á esta reunion para informar mejor á la corte de lo que pasaba, trastornado por los humos del vino, olvidó la prudencia que era tan necesaria para desempeñar su papel y propuso un brindis por el emperador. En el mismo instante se levantó el conde Terzky indignado y declaró infame al que se atreviera á retroceder. Estas amenazas, y sobre todo la elocuencia de Illo, triunfaron de los escrúpulos y de las vacilaciones, y todos los convidados firmaron el acta que los ligaba con Wallenstein.

El duque de Friedland habia logrado su objeto: pero la oposicion inesperada de algunos generales, le hizo al fin comprender que se habia hecho ilusion respecto de la obediencia pasiva del ejército. Otra circunstancia aumentaba todavía mas sus inquietudes: la mayor parte de las firmas estaban tan ilegibles que se las podia negar sin peligro; pero este reves, en lugar de presagiarle todos los que le reservaba el porvenir, no sirvió mas que para irritar su orgullo. Hizo llamar á todos los generales, les repitió él mismo lo que Illo les habia dicho la víspera, los llenó de reproches y declaró que despues de la prueba de ingratitud que acababan de darle, consideraba como nulo el compromiso que habia contraido de conservar el mando del ejército, y que todo lo que habia pasado respecto de este asunto debia verse como si nunca hubiera existido. Los generales se retiraron mudos de terror: pero despues de una corta deliberacion, volvieron á la habitacion

del duque, se excusaron humildemente del acontecimiento de la víspera que atribuyeron á las frecuentes libaciones que habian trastornado su razon, y firmaron con conocimiento de causa y de una manera muy legible una nueva copia del acta que Wallenstein en un arrebato de cólera habia despedazado.

Durante este tiempo, los generales ausentes habian recibido la órden de llegar sin tardanza, y se tomaron todas las medidas para apoderarse de sus personas si rehusaban sancionar con su firma la conducta de sus colegas. Acostumbrados á obedecer sin observacion, se pusieron inmediatamente en camino; pero á corta distancia de Pilsen supieron una parte de lo que habia pasado en esta ciudad. Al recibir esta noticia que los llenó de inquietud y de temor, Altringer pretextó una enfermedad repentina y se encerró en la fortaleza de Frauenburg: Gallas, mas emprendedor y mas determinado, fué á unirse con Wallenstein para asegurarse de la verdad de las acusaciones que pesaban sobre él, para dar parte al gobierno. Las comunicaciones que no tardó en expedir á la corte de acuerdo con Piccolomini, ilustraron al emperador del peligro de que estaba amenazado y lo decidieron á aplicarle un pronto remedio. Para observar tanto como fuese posible las formas de la justicia, ordenó á los denunciadores que aprehendiesen á Wallenstein y sus dos principales cómplices, Illo y Terzky, y los enviasen á Viena para interrogarlos ántes de pronunciar su condenacion. Añadió, sin embargo, que por el interes del Estado era preciso apoderarse de ellos muertos ó vivos, en el caso en que un arresto legal fuese imposible. Gallas recibió al mismo tiempo una patente cuyo objeto era instruir al ejército y á sus gefes de las medidas que se acababan de tomar y libertarles de todo

deber para con el antiguo generalísimo. Esta misma patente lo investia de la autoridad ilimitada que se habia confiado á Wallenstein y concedia una amnistía completa y el olvido total de su falta á todos los militares, cualquiera que fuese su grado, que la comprasen por una pronta vuelta al deber y al honor.

La elevada dignidad, y sobre todo, el cargo peligroso que acababan de confiarle, pusieron al general Gallas en un cruel embarazo. Colocado bajo las miradas de un hombre á quien estaba encargado de perder y sobre el cual velaban amigos fieles á quienes los peligros de su situacion hacian sospechosos, la mas ligera indiscrecion podia descubrirlo y atraerle una venganza horrible. Por otra parte, ¿cómo y por qué medio podia dar cumplimiento á una comision tan peligrosa cuando todavía no era mas que un misterio? Los gefes del ejército se habian adelantado demasiado en el camino de la rebelion, para aceptar en cambio del porvenir brillante que les aseguraba el triunfo de Wallenstein, una promesa de amnistía hecha por un soberano conocido por violar su palabra sin escrúpulo, aun cuando para hacerlo podia poner por pretexto las exigencias políticas ó el interes de la religion. Y aun en el caso en que los oficiales generales aceptasen este perdon, ¿cuál de entre ellos se atreveria á poner la mano sobre el hombre á quien hasta entónces habian mirado como inviolable y que se encontraba rodeado del prestigio del poder y del esplendor del trono; sobre el hombre, en fin, cuyo solo aspecto inspiraba el terror y que hacia tanto tiempo disponia á su voluntad del destino de todos? Apoderarse de un hombre en medio de sus guardias y en una ciudad que parecia serle adicta; tratar repentinamente como un criminal ordinario al objeto de una veneracion tan justa como prolongada, era una de esas tentativas capaces de hacer retroceder al valor mas intrépido.

No atreviéndose á encargarse él solo de la tarea que le habian impuesto, quiso asegurarse de la cooperacion de Altringer cuyos verdaderos sentimientos conocia. Fingió censurar su poco empeño para dirigirse á Pilsen y ofreció á Wallenstein el ir á buscarlo á Frausenburg y llevarlo cualquiera que fuese el estado de su salud. Complacido al oir esta proposicion que tomó por un exceso de celo, el duque de Friedlland le dió uno de sus carruajes para que pudiera caminar con mas comodidad y mas aparato. Apenas partió de Pilsen, Gallas hizo conocer á los diferentes cuerpos de ejército que encontró, los poderes que habia recibido de Viena y que aceptaron con mas sumision de la que él habia esperado. Es inútil añadir, que lejos de obligar á Altringer á que fuese á Pilsen, él mismo se guardó bien de volver á esta ciudad. Condujo un refuerzo á la baja Austria que el duque Bernardo de Weimara amenazaba de una invasion, y Altringer se dirijió á la corte para darle nuevas noticias de Wallenstein. Despues de la partida de Gallas, Picolomini explotó á su vez la credulidad, y para ponerse á cubierto de una venganza le ofreció ir á buscar á Wallenstein y Altringer. El desmesurado orgullo de Wallenstein no le permitia rectificar una opinion que una vez habia enunciado y convenir por lo mismo en que podia engañarse. Así es que no dudó de la buena fé de Piccolomini, y lo hizo partir en uno de sus carruajes, el que lo condujo á Lintz de donde se dirigió á Viena.

Piccolomini le habia prometido volver, cumplió su palabra pero fué á la cabeza de un ejército destinado á combatirlo. Mientras que él se dirijia á Pilsen, otro cuerpo de ejército avanzaba hácia Praga para mantener á esta ciudad en la obe-

diencia y protejerle contra un ataque de los rebeldes. Por su parte Gallas instruyó al ejército de la patente imperial que le nombraba sucesor de Wallenstein é hizo fijar por todas partes la sentencia que ponia fuera de la ley al antiguo generalísimo y á sus cuatro principales cómplices. Estas medidas hicieron estallar los ódios que el duque de Friedland se habia concitado, y un concierto de maldiciones se levantó contra el. Precisado al fin á creer en la traicion de Piccolomini y los otros generales, hizo publicar la prohibicion de obedecer toda órden que no estuviese firmada por él, ó por Terzky é Illo. Creyendo haber prevenido con esto los peligros que el abandono de los jefes mas influentes de un ejército no podia dejar de atraerle, se dispuso á reunir todas sus fuerzas para conducirlas á la conquista del Austria, debiendo ser secundado en esta empresa por el duque Bernardo de Weimar, á quien habia logrado decidir á que abrazara su causa. Terzky se habia puesto ya en marcha para Praga, á donde lo habria seguido si la falta de caballos no lo hubiera obligado á detener su partida. En este momento supo que el partido del emperador se habia hecho dueño de la capital; que con excepcion de las tropas que los rodeaban, el ejército entero lo habia abandonado, y que Picolomini se adelantaba á su encuentro á la cabeza de fuerzas imponentes.

En las situaciones excepcionales es en las que los grandes caracteres aparecen con todo su brillo. Engañado en sus esperanzas, traicionado por aquellos á quienes habia colmado de beneficios, Wallenstein se empeñaba mas que nunca en la realizacion de sus audaces proyectos: creia que nada se habia perdido todavía, supuesto que él habia permanecido fiel á sí mismo. En efecto, si la sentencia que lo declaraba culpable de alta traicion y lo ponia fuera de la ley, le quitaba

un gran número de sus partidarios, le proporcionaba por lo menos la ventaja de no dejar á la Suecia y á la Sajonia ninguna duda acerca de la sinceridad de su ódio al emperador y de todo lo que podria hacer para destruir el poder de este monarca. De Arnheim y Oxenstiern comprendieron esta verdad y se prepararon á socorrer eficazmente al hombre que en lo de adelante tenia por lo menos tanto interés como ellos mismos en la destruccion de la casa de Austria. El duque Francisco Alberto debia llevarle cuatro mil sajones, y seis mil suecos se habian puesto ya en camino para el mismo destino á las órdenes del duque Bernardo y del conde palatino de Birkenfeld. Para apresurar la reunion de este doble refuerzo con las pocas tropas que le habian permanecido fieles, y sobre todo para poner á su persona á cubierto de los ataques de sus enemigos, dejó á Pilsen y se dirijió á Eger, fortaleza situada en las fronteras de la Bohemia y de la Sajonia. El proyecto colosal de destronar al emperador lo ocupaba sin cesar, y aun durante su fuga á Eger hablaba de él á los suyos y les comunicaba las disposiciones que pensaba tomar y las esperanzas que aun conservaba. No obstante estar puesto fuera de la ley por el emperador, creia no tener nada que temer de esta sentencia, supuesto que contaba con el apoyo de la Sajonia y de la Suecia: porque abrigaba el convencimiento que en el momento en que este apoyo fuese conocido oficialmente, el general Schafgotsch, que estaba estacionado en Silesia y que aun no se habia declarado, iria á reunírsele y que los demas generales y oficiales superiores que lo habian abandonado se apresurarian á implorar su perdon.

Animado por la franqueza con que Wallenstein hablaba de su rebelion y de los resultados que esperaba obtener, un

hombre de su séquito solicitó el permiso de darle algunos consejos. Este permiso le fué concedido, y le habló con una firmeza que raras veces se tenia en presencia del duque de Friedland.

«Permaneciendo fiel al emperador, le dijo este hombre, «vuestra alteza está seguro de ser siempre un alto y podero- «so señor; pasándose al enemigo no será mas que un rey de «cuya legalidad se dudará constantemente, y no es cuerdo «dejar lo cierto por lo incierto. El enemigo os servirá de «pronto, porque está en sus intereses hacerlo así, pero ten- «drá siempre desconfianza de vuestra lealtad, porque temerá «que le hagais algun dia lo que ahora haceis á Fernando. «Volved sobre vuestros pasos ahora que todavía es tiempo.» «—¿Y cómo podré hacer esto? replicó con viveza el duque.» «—Vuestra alteza tiene en sus cofres cuarenta mil armirte.[1] «Id con ellos á la corte imperial, y decid que el negocio de «Pilsen no era mas que una prueba que quisísteis hacer su- «frir á los generales y oficiales superiores del ejército, para «poder distinguir á los súbditos de los que pudieran estar «dispuestos á traicionar á su soberano. Añadid, que habien- «do reconocido que la mayor parte se inclinaban del lado de «la traicion, habeis ido á decirlo á su magestad, para que se «desembarace de los sospechosos y castigue á los culpables. «De esta manera designais como traidores á todos los que «han querido haceros pasar por un rebelde, y vuestros ami- «gos pasarán por ser súbditos leales y fieles. Vuestros cua- «renta mil armirte harán lo demas, y muy pronto volvereis á «ser el inmortal, el omnipotente Friedländer.[2]

1 Moneda de oro oquivalente al ducado y que representaba á un caballero armado de punta en blanco.

2 Friedlander, nombre que los soldados daban al duque de Friedland.

—«El consejo es bueno, respondió Wallenstein despues de «un momento de reflexion, pero que el diablo se fie en él.»

Miéntras que el duque de Friedland, refugiado en Eger, consultaba los astros y apresuraba la conclusion de sus tratados con el enemigo, se aguzaba casi á su vista el puñal que debia herirlo. La sentencia imperial que lo ponia fuera de la ley, habia producido su efecto, y la justicia divina permitió que el mas ingrato de los súbditos cayese bajo los golpes del mas ingrato de los hombres.

Un irlandés llamado Leslie, á quien particularmente habia colmado de favores, y á quien consideraba como uno de sus partidarios mas adictos, se decidió á ser el asesino de su bienhechor por ganar las brillantes recompensas que se habian ofrecido al que libertase al emperador de aquel enemigo formidable. Apénas hubo llegado á Eger, el pérfido irlandés comunicó todos los secretos que Wallenstein le habia confiado durante el camino á Buttler y á Gordon, los dos coroneles comandantes de la plaza, irlandeses como él y muy pronto sus cómplices.

Estos hombres, valientes hasta la ferocidad, retrocedieron sin embargo ante la idea de mojar sus manos con la sangre de su general y resolvieron entregarlo vivo, proyecto que facilitaba la confianza de su víctima. En efecto, Wallenstein no suponia ni aun la posibilidad de que hubiese nada que temer de la guarnicion de Eger, y por el contrario, creia tener en ella defensores fieles para todas las eventualidades que pudieran ocurrir. Leslie, sobre todo, redobló sus cuidados y ateneiones por él á tal punto, afectó temores tan vivos respecto á su seguridad, que el duque llevó la condescendencia y la bondad hasta procurar tranquilizarlo, confiándole

que acababa de recibir la noticia de la próxima llegada de los sajones y de los suecos.

Esta confesion imprudente probó á los tres conjurados que no tenian un instante que perder, porque desde el dia siguiente Eger podia ser ocupado por los suecos, á quienes el generalísimo queria confiar el cuidado de la defensa de la plaza que era la llave de la Bohemia. Su muerte y la de sus fieles amigos quedó decretada en la misma noche y fijada para la del dia siguiente. Para facilitar la ejecucion de este crímen, el general Buttler hizo preparar á toda prisa un gran festin bajo el pretexto de celebrar las plausibles noticias que el generalísimo acaba de recibir. Demasiado preocupado para consentir en presentarse en un regocijo público, Wallenstein se excusó y solo sus amigos prometieron asistir al banquete. Esta circunstancia obligó á los asesinos á cambiar sus planes respecto de él, pero no para las otras víctimas que permanecieron las mismas que habian fijado. Antes de que entraran, introdujeron secretamente en la ciudadela á todos los soldados que habian logrado que tomaran parte en el complot, y cincuenta dragones del regimiento de Buttler, ocultos en una pieza que comunicaba con la sala del festin, debian entrar violentamente á ella y matar á los oficiales que les habian designado con anterioridad.

Todo pasó como se lo habian esperado. Los amigos de Wallenstein sin ningun presentimiento del lazo infernal que les habian tendido, se entregaron á los placeres de la mesa y brindaron repetidas veces con entusiasmo por el grande hombre que habia dejado de ser el juguete de la perfidia del emperador para convertirse en soberano independiente. El vino desató de tal modo su lengua, que Illo exclamó con énfasis:

«Antes de tres dias, Wallenstein se encontrará al frente de «un ejército mas formidable que todos los que hasta hoy ha «conducido á la victoria.»

«Y entónces, añadió imprudentemente el capitan Neumann, «lavaremos en sangre austriaca la mancha de traicion con «que esos viles esclavos se han atrevido á ensuciarnos.»

Si algunas dudas hubieran quedado todavía á los conjurados respecto de la sinceridad de las confidencias que Wallenstein les habia hecho, estos discursos las habrian destruido. Finalmente, se sirvieron los postres. Leslie hizo la señal convenida, los soldados colocados en la ciudadela levantaron el puente levadizo y cerraron todas las salidas; los dragones de Buttler penetraron á la sala profiriendo los gritos inesperados de: ¡Viva Fernando III y se colocaron detras de los convidados con el sable en la mano. Sospechando, por último, una parte de la horrible verdad, los amigos de Wallenstein se levantaron precipitadamente: Kinsky y Terzky cayeron bañados en su sangre: Neumann, que en medio del tumulto habia logrado escaparse de la sala, fué asesinado en el patio por los soldados. Illo solo habia conservado bastante serenidad para coger sus armas: refugiado en el hueco de una ventana, reprochó á Gordon con energía su cobarde traicion.

«Ven, ven, exclamó, salva á lo ménos el honor de tu fami«lia y de tu grado: combatamos como conviene á leales caba«lleros y que la suerte de las armas decida entre nosotros»

En lugar de responder á este desafio, Gordon excitó el furor de sus agentes contra el infortunado general, quien tendió á sus piés á dos de sus asesinos y despues de una lucha desesperada cayó al fin atravesado de diez puñaladas. Animado con esta primera ventaja Leslie se apresuró á salir de la ciudadela temeroso de un movimiento en la ciudad. En el

instante en que pasaba corriendo con todas sus fuerzas por una de las puertas, un centinela tomándolo por uno de los amigos de Wallenstein hizo fuego sobre él, pero sin herirlo. El ruido de una arma de fuego puso en alarma á los demas centinelas y Leslie se aprovechó del terror de la guarnicion para manifestarle que una justicia misteriosa acababa de herir á los cuatro principales cómplices de Wallenstein y que á este le estaba reservada la misma suerte. Ni una sola voz se atrevió á levantarse contra esta terrible ejecucion, y Leslie logró que los soldados jurasen que lo sostendrian en todo lo que le faltaba que hacer para castigar á los rebeldes, y de vivir y morir en defensa del emperador. Asegurado de la cooperacion de las tropas era indispensable reducir al silencio y á la inaccion á los habitantes de la ciudad, entre los cuales Wallenstein contaba un gran número de partidarios. Con este objeto hizo salir de la ciudadela á cien dragones del regimiento de Buttler con órden de recorrer todas las calles al galope é impedir que los habitantes saliesen de sus casas. Fuertes destacamentos de infantería guardaban las puertas de la ciudad y todas las calles que conducian al palacio de Wallenstein, para que nadie pudiese informarle de lo que pasaba ni proporcionarle el medio de escaparse.

A pesar de estas medidas de procaucion los conjurados vacilaban todavía sobre la suerte que destinaban al duque de Friedland, y se reunieron en la ciudadela para decidir si debian respetar ó sacrificar su vida: el traidor habia desaparecido á su vista para ser reemplazado por el gran capitan, por el gefe terrible de un formidable ejército que su génio solo habia creado, que su poder hacia vivir y que su heroismo habia conducido tantas veces á la victoria; pero este fantasma evocado por las últimas chispas de un respeto

instintivo, se desvaneció ante la idea del peligro al cual se exponian. El recuerdo de los imprudentes discursos de Illo y de Neumann durante el banquete, les mostraba á los sajones y á los suecos dueños ya de la ciudad de Eger y vengando con terribles represalias el asesinato de los mejores amigos de su aliado. La muerte inmediata de Wallenstein podia solo salvarlos, y el capitan Deveroux, otro irlandés que habia vendido su brazo para este asesinato, recibió la órden de ganar la recompensa prometida.

Miéntras que en la ciudadela de Eger se decidia de su suerte, el duque de Friedland estaba ocupado en su gabinete en leer los astros, bajo la direccion de Seni. Este célebre astrólogo no cesaba de decirle que inminentes peligros lo rodeaban por todas partes, y no respondia á las apremiantes preguntas de su amo, mas que con estas lúgubres palabras que pronunciaba con el tono de un profeta:

«La estrella que os amenaza no ha desaparecido todavía «del horizonte.» «Ha desaparecido ya,» replicaba el duque no queriendo conceder al cielo el derecho de contrariar sus destinos. Y tomando á su vez un tono profético añadió: «Dentro de poco te arrojaré á una prision; esto es, amigo Seni, lo que acabo de leer en tu constelacion.»

El astrólogo se retiró en silencio, y Wallenstein entró á su recámara. Casi en el mismo instante Deveroux, acompañado de seis alabarderos se presentaba en la puerta del castillo. Los centinelas acostumbrados á ver entrar y salir á toda hora á los oficiales de la guarnicion, los dejaron pasar sin dificultad. Un page que los encontró en la escalera concibió sospechas é iba á dar la alarma, pero un golpe de pica lo tendió sin vida inmediatamente. En una de las primeras piezas los asesinos se encontraron en frente de un ayuda de cámara que salia

de la habitacion de su amo. Al verlos, se puso un dedo en la boca para invitarlos á guardar silencio, porque el duque se habia dormido ya. «Tú no sabes nada de lo que pasa, «amigo, exclamó Deveroux, la hora del combate ha sonado ya.» Y al pronunciar estas palabras se precipitó sobre la puerta, la que rompió de una patada, porque estaba cerrada por la parte de dentro. Wallenstein, que habia despertado al ruido de una arma de fuego que habian disparado en el patio por imprudencia, saltó de la cama y se aproximó á la ventana para llamar á sus guardias: en el mismo instante oyó en las habitaciones que estaban frente á la suya los gritos de las condesas de Terzky y Kinsky que acababan de saber el asesinato de sus maridos; pero ántes de que hubiera tenido tiempo para compender la causa de aquellos gritos, se le presentaron Deveroux y sus cómplices. Sin mas vestido que su camisa, estaba todavía cerca de la ventana con los codos apoyados sobre una mesa. El feroz capitan le dijo estas terribles palabras:

«¿Eres tú el bandido que quiere entregar al enemigo el «ejército imperial y arrancar la corona de la cabeza sagrada «de su magestad? Si es así, tu hora ha llegado, y vas á «morir.» Despues se calló como si esperase una respuesta, pero la cólera y la indignacion encadenaban la lengua de Wallenstein; extendió los brazos por un movimiento involuntario é inexplicable sin duda, recibió en el pecho un golpe de partesana y cayó bañado en su sangre sin proferir un solo gemido.

En la mañana siguiente á este dia sangriento, llegó á Eger un correo del duque Francisco Alberto de Lauenburg para anunciar á Wallenstein la próxima llegada de este príncipe. En el acto se apoderaron de él; un agente de los conjurados

se puso la librea de uno de los criados del duque de Friedland y partió al encuentro de Francisco Alberto para invitarlo á venir sin demora á tomar posesion de la ciudad. El ardid tuvo buen resultado, porque el príncipe fué él mismo á entregarse. La misma suerte le estaba reservada al duque Bernardo de Weimar, pero tuvo la fortuna de escapar por haber sabido bastante á tiempo la muerte de Wallenstein, é inmediatamente condujo á sus tropas mas allá de las fronteras de la Bohemia.

Fernando lloró la muerte trágica de su generalísimo, é hizo decir tres mil misas por el reposo de su alma; pero al mismo tiempo distribuyó á sus asesinos cadenas de honor, llaves de chambelan, títulos, altas dignidades y posesiones considerables.

Así fué como á la edad de cincuenta años terminó Wallenstein su activa y brillante carrera. La ambicion lo habia elevado al apogeo de las grandezas, y la ambicion tambien causó su ruina. A pesar de las manchas que empañan el brillo de su gloria, excita la admiracion, y nunca un grande habria sido mas digno de respeto y veneracion si hubiera sabido moderar su orgullo. Entre los principales rasgos de su carácter, la justicia, la firmeza y el valor se dibujan en dimensiones colosales, pero en vano se buscaria en él las apacibles virtudes que embellecen al héroe y hacen amar al gefe. El temor que inspiraba era el talisman de su poder, sus castigos y sus recompensas estimulaban el celo de sus subordinados por servirlo y se hacia obedecer como nunca general alguno fué obedecido. A sus ojos, la sumision á su voluntad era preferible aun al mismo valor, porque la primera de estas cualidades constituia su propia fuerza y la segunda la del soldado que la poseia. Por lo mismo, ejercitaba la sumi-

sion de sus tropas por medio de órdenes extravagantes y recompensaba con una generosidad régia el anhelo que se tenia en servirlo aun en las circunstancias mas insignificantes: la importancia de la causa era nada para él, porque no veia mas que el efecto.

Un dia habia mandado á todos los oficiales del ejército el no usar mas que cinturones rojos. Apénas supo esta órden uno de los capitanes, se quitó su cinturon bordado de oro y lo pisoteó. Wallenstein, á quien contaron el hecho, lo elevó inmediatamente al grado de coronel. Su pensamiento abrazaba siempre el conjunto de las cosas y de los acontecimientos, y sus providencias, aun las caprichosas en apariencia, no se separaban nunca de esta línea. Para poner un freno al espíritu de rapiña de las tropas, habia amenazado con la horca á todos los que se hicieran culpables de un robo. En una excursion por el campo, encontró á un soldado que sospechó habia robado, lo hizo aprehender pronunciando estas terribles palabras que no tenian apelacion: *Que ahorquen á este canalla.* El soldado protestó que era inocente, é hizo mas, lo justificó. «Pues bien, dijo Wallenstein con la mayor «sangre fria, que lo ahorquen aunque sea inocente, su muer«te por lo menos hará temblar á los culpables.»

Mirándose perdido, el soldado tomó la resolucion desesperada de no morir sin vengarse y se arrojó sobre su inhumano juez, lo detuvieron bastante á tiempo para impedir que realizara su proyecto, y lo arrastraron al lugar del suplicio. «Dejadlo escaparse, dijo el duque, ahora su vista producirá «mas terror que el que causaria su muerte.»

Su inmensa fortuna, que se elevaba á mas de tres millones de reichstaler y que las contribuciones que imponia á todas las provincias aumentaba sin cesar, le permitian ostentar una

magnificencia mayor á la de todos los soberanos de su época. Su buen juicio y su espíritu ilustrado lo hacian superior á las preocupaciones religiosas, y los jesuitas no le perdonaron nunca el haber adivinado el principio en el cual fundaban la duracion de su poder.

Desde el profeta Samuel, la experiencia nos ha probado que todos aquellos que no viven en paz con la Iglesia terminan siempre con catástrofes trágicas. ¿Cómo era posible que Wallenstein escapase á este destino comun? Las intrigas de los monges prepararon la sentencia de Ratisbona, que le quitó el mando del ejército, y á consecuencia de las intrigas de los monges fué asesinado en Eger. Es tambien muy probable que ellos le hicieron perder la confianza de sus contemporáneos y la estimacion de la posteridad. Nuestro respeto por la justicia nos obliga á confesar que de todos los historiadores de su época que nos han dejado noticias de él, ninguno ha sido enteramente independiente; por lo mismo se puede dudar de la exactitud rigorosa de sus narraciones, como de la precision de sus juicios. Nada prueba de una manera positiva su traicion y sus proyectos sobre la corona de Bohemia. Todas las acusaciones á este respeto no se apoyan sino sobre fuertes presunciones, apariencias y probalidades.

Nadie hasta hoy ha podido encontrar documentos que expliquen el motivo secreto de su conducta, con la claridad y carácter auténtico que requieren las verdades históricas.

Entre todos los actos de su vida privada no hay uno solo que no sea susceptible de una interpretacion favorable. Sus operaciones mas sospechosas pueden explicarse por el deseo de terminar una guerra desastrosa, por una justa desconfianza de las disposiciones del emperador á quien se veia precisado á temer, y por el deseo muy natural de conservar sus

altas funciones y la inmensa influencia política que ellas le daban. Su conducta respecto al elector de Baviera prueba que era implacable en su ódio é insaciable en su venganza; pero nada nos autoriza á considerarlo como si legalmente hubiera sido reconocido culpable de alta traicion. Si exaltado por una condenacion inmerecida concluyó por ser realmente culpable, no por eso dejó de ser injusta esta condenacion en el momento en que se pronunció, y se puede decir que Wallenstein cayó porque fué rebelde, pero que fué rebelde porque no queria caer. Por último, fué una desgracia para él haberse atraido durante su vida la enemistad de un partido victorioso, pero esta desgracia fué mayor despues de su muerte, porque este partido le sobrevivió y escribió su historia.

LIBRO QUINTO.

Despues de la muerte de Wallenstein, era indispensable nombrar un nuevo generalísimo, y el emperador confió esta dignidad á su hijo Fernando, rey de Hungría; pero el conde Gallas, encargado del mando como segundo en gefe, ejercia realmente las altas funciones de aquella dignidad sin que el príncipe tuviese mas que el título. Fuerzas imponentes no tardaron en reunirse bajo las banderas del Austria; el duque de Lorena llevó un ejército que mandaba en persona, y el cardenal infante llegó de Italia con un cuerpo de diez y seis mil hombres. Con estas tropas reunidas el generalísimo se lisonjeó de poder expulsar á los suecos de las orillas del Rhin y del Danubio y comenzó sus operaciones por el sitio de Ratisbona que inútilmente se habia pedido á Wallenstein que emprendiese. Para obligar al enemigo á levantar el sitio, el duque Bernardo se adelantó hasta el centro de la Baviera: el rey de Hungría persistió en su empresa, y despues de una

altas funciones y la inmensa influencia política que ellas le daban. Su conducta respecto al elector de Baviera prueba que era implacable en su ódio é insaciable en su venganza; pero nada nos autoriza á considerarlo como si legalmente hubiera sido reconocido culpable de alta traicion. Si exaltado por una condenacion inmerecida concluyó por ser realmente culpable, no por eso dejó de ser injusta esta condenacion en el momento en que se pronunció, y se puede decir que Wallenstein cayó porque fué rebelde, pero que fué rebelde porque no queria caer. Por último, fué una desgracia para él haberse atraido durante su vida la enemistad de un partido victorioso, pero esta desgracia fué mayor despues de su muerte, porque este partido le sobrevivió y escribió su historia.

LIBRO QUINTO.

Despues de la muerte de Wallenstein, era indispensable nombrar un nuevo generalísimo, y el emperador confió esta dignidad á su hijo Fernando, rey de Hungría; pero el conde Gallas, encargado del mando como segundo en gefe, ejercia realmente las altas funciones de aquella dignidad sin que el príncipe tuviese mas que el título. Fuerzas imponentes no tardaron en reunirse bajo las banderas del Austria; el duque de Lorena llevó un ejército que mandaba en persona, y el cardenal infante llegó de Italia con un cuerpo de diez y seis mil hombres. Con estas tropas reunidas el generalísimo se lisonjeó de poder expulsar á los suecos de las orillas del Rhin y del Danubio y comenzó sus operaciones por el sitio de Ratisbona que inútilmente se habia pedido á Wallenstein que emprendiese. Para obligar al enemigo á levantar el sitio, el duque Bernardo se adelantó hasta el centro de la Baviera: el rey de Hungría persistió en su empresa, y despues de una

valiente y prolongada resistencia, la ciudad imperial le abrió al fin sus puertas. En breve Donawerth sufrió la misma suerte, y Nordlingen, una de las principales fortalezas de la Suabia, se vió condenada á su vez á las calamidades de un sitio. La cooperacion de las ciudades libres del imperio, que tan poderosamente habian contribuido á los triunfos de los suecos en Alemania, les era mas que nunca indispensable, y su propio interes les prescribia el deber de socorrerlas aun cuando no hubieran temido exponerse á los vergonzosos reproches de abandonar á sus aliados en el momento del peligro y entregarles, por decirlo así, á la venganza de un vencedor irreconciliable.

Estas consideraciones decidieron al duque Bernardo á llamar al general Horn en su ayuda y marchar con él para salvar á Nordlingen, resuelto para conseguirlo á dar una batalla si era preciso. Nada, sin embargo, justificaba esta resolucion, las fuerzas imperiales eran muy superiores á las de la Suecia, pero estaban próximas al momento de dividirse en diferentes puntos; y la prudencia aconsejaba á los suecos esperar, para comenzar el ataque, á que se verificase esta division y entre tanto tomar posiciones propias para poner á Nordlingen á cubierto de toda tentativa séria de parte de los sitiadores. El general Horn hizo valer todas estas razones en el consejo de guerra convocado por el duque Bernardo de Weimar para deliberar acerca de las medidas que convendria tomar en aquellas circunstancias. Desgraciadamente los brillantes y continuados triunfos habian acostumbrado á los generales suecos á confundir los consejos de la prudencia con las inspiraciones del miedo: el duque Bernardo especialmente se encontraba bajo el imperio de esta ilusion peligrosa, y el general Horn se vió obligado á consentir en dar una

batalla cuyo funesto resultado presentia. El éxito del combate dependia de la ocupacion de una altura que dominaba al campo imperial; los suecos procuraron apoderarse de ella durante la noche, pero las dificultades que experimentaron para hacer pasar la artillería al traves de caminos cortados y de bosques sin veredas, retardó la marcha del ejército.

Cuando cerca de media noche llegaron á aquel punto importante, estaba ya en poder del enemigo, quien se habia atrincherado perfectamente en él, por lo que fué preciso decidirse á tomarlo por asalto. Al rayar el dia se dió la señal del ataque; los suecos se abrieron valientemente un camino al traves de los peligros y de los obstáculos, pero al salvar por los dos lados al mismo tiempo las medias lunas y los reductos imperiales, se encontraron las brigadas suecas y se confundieron. La explosion inesperada de un barril de pólvora, aumentó el desórden; y la caballería enemiga se aprovechó de este momento para penetrar en las filas abiertas de los suecos, á quienes esta maniobra puso en derrota. El asalto se renovó con nuevos batallones, pero su valor se estrelló contra el heroismo de los regimientos españoles que habian acudido en auxilio de los imperiales. Un regimiento del duque Bernardo volvió siete veces á la carga y siete veces fué rechazado sin haber podido ganar una sola pulgada de terreno. Los suecos no tardaron en comprender cuán desgraciados habian sido en no haberse podido apoderar de aquel puesto; el fuego de los cañones que el enemigo habia establecido allí, forzó el ala izquierda, mandada por el general Horn, á replegarse, y el duque Bernardo que hubiera podido proteger esta retirada conteniendo al enemigo, se vió á su vez rechazado en la llanura, donde la caballería envolvió en su fuga á las tropas del general Horn é hizo la der-

rota general. Casi toda la infantería pereció en este desastre, que costó á los suecos doce mil muertos, ochenta cañones, cuatro mil carros y trescientas banderas ó estandartes. Horn y otros tres generales fueron hechos prisioneros y el duque Bernardo salvó con dificultad algunos restos de su ejército, que no logró reunir sino en Francfort.

La derrota de Nordlingen fué tanto mas funesta á los suecos, cuanto que les hizo perder la confianza que tenian en ellos sus aliados y que no debian mas que al constante éxito que habian tenido en los combates. Un terror pánico se apoderó del partido protestante, y el partido católico se levantó de su caida profunda mas cruel y mas atrevido que nunca. La Suabia y el Wurtemberg fueron los primeros que resintieron los funestos efectos de la batalla de Nordlingen: el ejército victorioso invadió y saqueó estos dos Estados y se extendió lo mas léjos que pudo. Todo temblaba, todo huia delante de él, pidiendo asilo y proteccion á la ciudad de Estrasburgo; pero esta ciudad libre del imperio esperaba ella misma con terror la suerte que le preparaban los vencedores.

Con una poca de moderacion y de clemencia, hubiera sido fácil al emperador el volver á unir todos los príncipes protestantes á su causa; pero la dureza que desplegó, aun con aquellos que se sometian sin resistencia, redujo á todo el partido protestante á la desesperacion, y le probó que no le quedaba otra vía de salvacion mas que la de un combate á muerte. En esta cruel extremidad, los príncipes protestantes solicitaron los consejos y el apoyo del canciller Oxenstiern, y el canciller Oxenstiern les pidió socorros y nuevos sacrificios. El ejército estaba destruido ó disperso, y faltaban fondos no solamente para organizar uno nuevo, sino para pagar al antiguo los sueldos que se le debian. El canciller se dirigió

al elector de Sajonia y supo que este príncipe se disponia á firmar un tratado de paz con el emperador, pidió subsidios á los diputados de la baja Sajonia, y estos diputados cansados de la carga que soportaban hacia tanto tiempo, rehusaron todo socorro, declarando que en lo de adelante no se ocuparian mas que de los intereses de sus provincias; y el duque Jorge de Luneburg, á quien habian mandado que marchase en auxilio de la alta Alemania, puso sitio á Minden, con el proyecto notorio de conquistarla en su provecho particular. Abandonado de esta suerte por todos sus aliados en Alemania, Oxenstiern pidió subsidios á la Inglaterra, á la Holanda y á Viena, y estrechado por la urgencia de sus necesidades, se decidió al fin á arrojarse en brazos de la Francia, partido extremo, ante el cual siempre habia retrocedido. Hacia ya mucho tiempo que Richelieu preveia y esperaba este acontecimiento. Solo una necesidad imperiosa podia decidir á los miembros protestantes de la Dieta germánica á secundar las miras del gabinete frances respecto de la Alsacia; esta necesidad acababa de presentarse; la Francia iba á tomar desde entónces una parte activa en la guerra de Alemania, y Richelieu apareció con pompa y grandeza sobre este nuevo teatro político.

Ya Oxenstiern, que nunca se habia mostrado avaro de las posesiones alemanas, le habia cedido á Philipsburg y otras varias fortalezas importantes, y los príncipes protestantes, aumentando estas concesiones, enviaron á aquel ministro una embajada con órden de poner la Alsacia y todas las plazas fuertes del alto rio bajo la proteccion francesa. Y seguramente que ninguno de estos príncipes ha podido equivocarse acerca del verdadero sentido de estas palabras: «proteccion francesa,» porque está suficientemente explicado con el ejemplo de los obispados de Metz, Tulle y Verdun, á los que

hacia mas de un siglo «protegia» la Francia aun contra sus soberanos legítimos. El territorio de Treveris estaba ya ocupado por las tropas francesas; se podia considerar la conquista de la Lorena como un hecho consumado puesto que no se trataba mas que de entrar y tomar posesion de ella, y segun la nueva marcha de los acontecimientos, la Francia seria muy pronto dueña de la Alsacia y avanzaria sus fronteras del lado de la Alemania hasta las orillas del Rhin; y este desmembramiento vergonzoso del imperio germánico fué la obra de los soberanos de este mismo imperio, á quienes el miedo hizo traficar cobardemente con una potencia que, bajo la máscara de la amistad y con el título de protectora, no pensaba mas que en aprovecharse de las calamidades generales para ensanchar sus Estados de por sí ya bastante ricos y extensos. En cambio de los sacrificios que acababan de hacerle, Richelieu se obligó á situar en las orillas del Rhin un ejército de doce mil hombres que en el caso de un rompimiento con el emperador, se uniria á los suecos y á los alemanes para marchar contra el Austria. De pronto prometió facilitar el triunfo de las armas protestantes, ocupando al ejército español bajo un pretexto que haria nacer y que la casualidad no tardó en proporcionarle.

Los españoles acababan de sorprender á Treveris, donde habian pasardo á cuchillo á la guarnicion francesa, y contra el derecho de gentes habian hecho prisionero al elector y lo detenian en Flandes, á pesar de las reclamaciones de este príncipe que estaba bajo la salvaguardia de la Francia. Despues de haber pedido inútilmente una satisfaccion al cardenal infante, gobernador del Brabante español, Richelieu, segun el uso de aquel tiempo, le declaró solemnemente la guerra por medio de un heraldo de armas que á este efecto se

dirigió á Bruselas. Poco despues, tres ejércitos franceses sostuvieron esta declaracion, el uno en el Milanesado, el otro en la Valtelina y el tercero en Flandes. La guerra contra el emperador, que ofrecia mas peligros que provecho, no era muy del agrado del gabinete frances, así es que solo despues de muchas manifestaciones se decidió al fin á enviar á las orillas del Rhin al cardenal de la Valette con un ejército que se unió al del duque Bernardo para atacar á los imperiales, pero sin prévia declaracion de guerra.

El elector de Sajonia, que hacia ya mucho tiempo estaba celoso de la influencia sueca en Alemania, y cansado de los pedidos de dinero y hombres que Oxenstiern se veia sin cesar precisado á hacerle, cedió al fin á las intrigas de la España y á las brillantes promesas del Austria.

El tratado de paz particular con el emperador, que firmó en Pirna en 1634, dió á la causa protestante un golpe mas terrible aún que el que habia sufrido con la derrota de Nordlingen; porque en este tratado sacrificaba la causa de la reforma á sus intereses personales y á la tranquilidad de sus Estados. Por otra parte, la situacion de la Alemania era tan cruel, que cada dia se elevaban al cielo millares de voces para pedir la paz, la cual aun bajo las condiciones mas duras, les habria parecido un beneficio. Las comarcas donde en otro tiempo se agitaban poblaciones numerosas, no eran ya mas que un árido desierto, y si algunas veces, en medio de aquel triste cuadro, aparecia una verde pradera ó una dorada cosecha, el paso repentino de una tropa amiga ó enemiga destruia en pocos instantes el fruto de un año de trabajo y la última esperanza de un pueblo hambriento. Por todas partes descubria la mirada, como otros tantos testimonios de las calamidades públicas, castillos arruinados, aldeas reducidas á

cenizas, cuyos habitantes privados de toda clase de recursos, iban á engrosar las filas de los autores de sus males y á su turno hacian sufrir á sus conciudadanos, bastante dichosos todavía por haber conservado un asilo, todos los malos tratamientos de que ellos mismos habian sido víctimas. Porque en efecto, no habia entónces otro medio posible para escapar á la opresion que el de convertirse en opresor. Las ciudades gemian bajo el yugo de hierro de las guarniciones, las que se creian con el derecho de disponer de la libertad, del honor y de la vida de los ciudadanos. Si el tránsito de los ejércitos, los cuarteles de invierno y las contribuciones de guerra devastaban y empobrecian los campos, el trabajo y la fertilidad del terreno podian reparar estos desastres: pero no quedaba ninguna esperanza á los habitantes de las ciudades, cuyos muros servian de refugio á guarniciones permanentes. Para ellos una victoria era funesta como una derrota, porque el vencedor venia á ocupar la plaza del vencido y frecuentemente los amigos eran tan feroces y siempre tan exigentes como los enemigos. El abandono del cultivo de los campos y la destruccion de las cosechas habian hecho subir los productos de la tierra á precios exhorbitantes, y la falta de víveres engendró enfermedades contagiosas que arrebataban mas víctimas que el hierro y el fuego de los combatientes. En medio de los infortunios públicos y de los sufrimientos individuales, todos los lazos de la vida social se habian relajado. La obediencia á las leyes, la moral, la buena fé, la humanidad y la confianza en la palabra dada ó recibida, habian sido reemplazadas por el derecho del mas fuerte; los vicios y los crímenes se desarrollaban á la sombra de la desgracia y crecian bajo la egide de la anarquía, en una palabra, los pueblos se habian vuelto incultos y salvages como su país.

Para pintar con un solo trazo todas las miserias de aquella época, basta decir que el soldado reinaba como señor, el soldado cuyo despotismo sobrepuja en brutalidad y en exigencias á todos los despotismos posibles.

El comandante de un pequeño cuerpo de ejército se creia superior al soberano cuyo país ocupaba, y lo era en efecto por el poder y por la fuerza: y la Alemania entera se encontraba á merced de estos pequeños tiranos que esparcian el terror lo mismo en las provincias que defendian como en las que atacaban. Pero lo que necesariamente debia poner el colmo á tantos males, era el estar obligado á reconocer que no se soportaban sino para satisfacer la codicia de las cortes extranjeras. La Suecia protegia la Alemania solo para consolidar su gloria particular y aumentar su poder, y para engrandecer á la Francia era por lo que Richelieu atizaba el fuego de la discordia en el imperio germánico. El interes personal impulsaba á estos dos gabinetes y á muchos príncipes alemanes á desechar la paz; pero podian, á lo ménos en apariencia, justificar esta conducta atribuyéndola á una política sábia y prudente.

Despues de la derrota de Nordlingen, era imposible esperar una paz equitativa, y despues de diez y siete años de luchas y de sacrificios, ¿habian de renunciar no solamente á todas las ventajas compradas á tan caro precio, sino tambien á aquellas de que gozaban ántes de comenzar la guerra? ¿No era mas racional sufrir todavía algun tiempo para no haber sufrido durante tantos años inútilmente? En efecto, se podia conseguir sin duda alguna una paz ventajosa en el momento en que los príncipes protestantes y los suecos obrasen lealmente en el gabinete, como sobre el campo de batalla; la division que reinaba entre ellos era lo que constituia la fuer-

za del enemigo, esta division era para ellos la mayor de las desgracias y el elector de Sajonia la habia hecho mas solemne y mas auténtica tratando separadamente con Fernando. Presintiendo los reproches que su partido no dejaria de hacerle, este príncipe creyó prevenirlos convocando á todos los soberanos del imperio y á la misma Suecia á un congreso que se reuniria en Praga para arreglar en comun las cláusulas de la paz entre el Austria y la Sajonia, y á la que se invitaba á la Alemania entera á tomar parte. Este congreso tuvo lugar en el mes de Mayo de 1635. Los derechos y las peticiones de los Estados protestantes se sujetaron á deliberacion; pero Fernando y Juan Jorge que se habian arrogado el derecho de juzgar de ellas en última apelacion, decidieron estos graves intereses segun sus miras personales, y aun la misma cuestion religiosa quedó resuelta sin la participacion de los representantes de la reforma. Queriendo hacer de esta paz una ley del imperio, fué proclamada como si en efecto lo fuese, y un ejército imperial se dispuso á hacerlo ejecutar, privilegio que las constituciones del imperio no concedian mas que á las decisiones de una dieta regular. Y como si lo arbitrario de esta medida no fuese todavía bastante escandaloso, se le puso el colmo declarando que todo príncipe aleman que rehusase someterse á ella seria declarado enemigo de la patria. Esta cláusula destruia con un solo rasgo el mas sagrado de los derechos de los miembros de la Dieta, puesto que los obligaba á obedecer á una ley á cuya redaccion no habian contribuido. La paz de Praga fué por lo mismo en la forma y en el fondo una obra del capricho del emperador, y no un tratado legal. El «Edicto de restitucion» habia sido la causa del rompimiento entre la Sajonia y el emperador; para que hubiera una reconciliacion, era preciso anularlo ó por lo ménos modificarlo. El tratado de paz arregló este punto delicado decidiendo que todos los bienes inmediatos de la Iglesia católica y entre los bienes mediatos aquellos de que se habian apoderado los protestantes ántes del tratado de Passau, permanecerian todavía cuarenta años en el estado en que se encontraban cuando la promulgacion de este edicto, pero sin que por esto pudieran sus poseedores votar en la Dieta, derecho que era inherente á estos bienes. Al espirar el término fijado, una comision compuesta de un número igual de representantes de las dos Iglesias, debia juzgar segun su conciencia acerca de los intereses comunes, y en el caso en que esta comision no pudiese pronunciar una sentencia definitiva, cada partido volveria á entrar en los derechos de que gozaba ántes del «Edicto de restitucion.»

En vez de ahogar el gérmen de las discordias civiles y religiosas, esta cláusula no parecia quererlas reprimir durante un cierto número de años, sino para darles mas fuerza y energía; así es que el tratado de Praga que debia pacificar la Alemania, no hizo mas que preparar los elementos de una nueva guerra.

Este mismo tratado conservó al príncipe Augusto de Sajonia el arzobispado de Magdeburgo, del que se separó una parte en provecho del elector. A Cristiano Guillermo de Brandeburgo, administrador de este arzobispado, se le indemnizó de otro modo por la pérdida de su dignidad; el obispado de Halberstad permaneció en poder del archiduque Leopoldo Guillermo; los duques de Mecklenburgo, si consentian en esta paz, debian volver á sus Estados, aunque hacia ya mucho tiempo estaban en posesion de ellos por habérseles devuelto Gustavo-Adolfo, y por último, Donawert volvia á ser ciudad imperial con todas las franquicias anexas á este título. El

elector de Sajonia ni siquiera tocó la importante cuestion concerniente á los herederos del palatino Federico V, por la muy cristiana razon de que un príncipe luterano no tenia la obligacion de ser justo con un príncipe calvinista. Los soberanos protestantes, la «Liga» y el emperador se obligaron á devolverse mútuamente las provincias de que se habian apoderado durante la guerra, y á obrar de un comun acuerdo para obtener una restitucion semejante de parte de la Suecia y de la Francia. Las tropas de las partes contratantes no debian formar mas que un solo ejército, sostenido á espensas del imperio y el que quedaria encargado de velar por el mantenimiento de la paz y por la exacta observancia de todas estas cláusulas. El tratado de Praga debia ser considerádo como una ley del imperio; los puntos que no concernian inmediatamente á los intereses de este imperio, se arreglaron por un tratado especial, en virtud del cual se cedió á la Sajonia la Lusacia á título de feudo de la Bohemia. La paz de Praga, concedia al mismo tiempo una amnistía que se llamó general y que sin embargo exceptuó á los súbditos directos del Austria que habian tomado las armas contra su soberano, á los miembros del consejo de la alta Alemania, presidido por Oxenstiern, y á los duques de Wurtemberg y de Baden, cuyos Estados se ocuparon, no porque se quisiese continuar la guerra, sino para obligarlos á comprar la paz con condiciones mas duras que las que se les habian impuesto á los otros soberanos de Alemania.

Si esta paz, dictada por la codicia, el fanatismo y el espíritu de venganza, se hubiera basado en sentimientos de justicia y equidad, habria podido restablecer la confianza y la buena armonía entre el gefe y los miembros del imperio, entre los católicos y los protestantes, los luteranos y los calvinistas, y los suecos, abandonados por sus aliados, se habrian visto forzados á dejar sus conquistas de Alemania y á volver á su país. Si lograron mantener su crédito y comenzar de nuevo las hostilidades, fué porque esta paz en vez de reconciliar los partidos, no sirvió mas que para aumentar su ódio y su descontento. Los protestantes se quejaban de haber sido sacrificados por los católicos, y estos sostenian que los hereges habian sido favorecidos en su detrimento y que se habian traicionado los intereses de la verdadera Iglesia concediendo todavía por cuarenta años el goce de los bienes eclesiásticos á los que los habian usurpado. La Iglesia se creia igualmente traicionada porque no se habia permitido la libertad de cultos en los Estados hereditarios del Austria.

En cuanto al elector, habia llegado á ser el objeto de un ódio especial; en los escritos, así como en los discursos públicos, se le llamaba en alta voz tránsfuga, traidor, y se le acusaba de haber vendido cobardemente al emperador, su religion y las libertades del imperio. Este príncipe, sin embargo, se creyó con derecho á despreciar orgullosamente estas acusaciones apasionadas, porque casi todos los que se las habian permitido se vieron obligados sucesivamente á aceptar la paz de que él era el principal autor. El landgrave de Hesse Cassel se resistia á aceptarla porque no queria devolver sin una compensacion las hermosas provincias que habia conquistado, y procuraba ganar tiempo á fin de tomar consejo de los acontecimientos.

El duque Bernardo de Weimar, cuyos Estados no existian mas que sobre el papel, y que por consiguiente no podia ser colocado entre los soberanos interesados en el mantenimiento de la guerra ó de la paz, no por esto era un personage ménos importante como gefe de los ejércitos del partido

protestante. Sin otra fortuna mas que su valor y sus talentos militares, su espada era la única llave de las provincias que le habia dado Oxenstiern, dejándole sin embargo el cuidado de conquistarlas. Solo la guerra podia conservarle su crédito y realizar sus esperanzas, así que desechó desdeñosamente todas las cláusulas de la paz de Praga. Pero de todas las reclamaciones que se levantaron contra esta paz, las de los suecos eran las mas violentas y preciso es convenir tambien en que eran las mas justas. Atraidos al territorio aleman por las súplicas de los príncipes protestantes, habian defendido la religion y los derechos de estos príncipes, á costa de su sangre y de los dias sagrados de su rey. ¿Podian ver sin indignacion que repentinamente se les quisiese entregar á la venganza, y lo que era todavía peor, al escarnio del enemigo á quien tantas veces habian vencido? Ninguna indemnizacion, ninguna recompensa se habia estipulado para ellos en el tratado de Praga, limitándose á despedirlos sin consideracion alguna por los buenos y leales servicios que habian prestado: y si rehusaban someterse á aquella sentencia inicua, los príncipes que en otro tiempo habian tendido hácia ellos sus manos suplicantes para pedirles socorro y proteccion, debian armarse para expulsarlos vergonzosamente de los países á donde los habian llamado. El mismo elector de Sajonia pareció comprender esta injusticia, porque se habia obligado á conseguir que se les diera una indemnizacion de dos millones y medio de florines. Las sumas que habia prestado la Suecia para sostener esta guerra, eran superiores á esta cifra, y el canciller Oxenstiern rechazó con indignacion un ofrecimiento que heria á los intereses materiales y al honor de su nacion.

«La Baviera y la Sajonia, respondió, se han hecho pagar

«con ricas provincias unos servicios que, el emperador como «su soberano feudal, tenia derecho á exigirles, y á nosotros «los suecos, que nada debemos á estos príncipes del imperio, «y que hemos pagado con la vida de nuestro rey la protec«cion que humildemente nos han pedido, se nos quiere des«pedir con una miserable indemnizacion de dos millones de «florines.»

Su cólera fué tanto mas grande, cuanto que la Pomerania, con cuya posesion habia siempre contado para su gobierno, se habia cedido al elector de Brandeburgo por el tratado de Praga. Por otra parte, la situacion de los suecos en Alemania nunca habia sido tan crítica como despues de este tratado. La mayor parte de sus aliados los habian abandonado, dominados por la necesidad de reposo y por el miedo que les infundian las amenazas del emperador. Augsburgo, vencida por el hambre, acababa de aceptar una capitulacion humillante; Wurtsburgo, Coburgo y casi toda la alta Alemania habian vuelto al dominio del emperador; Sajonia reclamaba la evacuacion de la Turingia, de Halberstadt y de Magdeburgo; Philipsburgo, en donde los franceses habian puesto su plaza de armas, habia caido en poder de los austriacos con todas las municiones que estaban acopiadas en ella, y esta pérdida considerable habia resfriado el celo de Richelieu por la guerra de Alemania. Ademas, la tregua con la Polonia estaba á punto de terminar, y la Suecia no podia lisonjearse de luchar al mismo tiempo contra la Polonia y la Alemania; era preciso elegir entre estos dos enemigos, y el orgullo nacional votó por la continuacion de la guerra con la última, abrigando la esperanza de que le seria fácil obligar á la primera á continuar la tregua.

La constancia, la inflexible firmeza y el génio fecundo en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

recursos del célebre Oxenstiern hicieron frente á tantos peligros, á tantas calamidades que á la vez se habian conjurado contra la Suecia. Este grande hombre de Estado comprendió que si el abandono de sus aliados hacia que disminuyesen sus tropas, tambien le permitia por esta misma conducta el tratarles sin consideracion alguna, y que con el número de sus enemigos aumentaban las provincias con cuyos recursos podia alimentar y pagar á su ejército. El deplorable tratado de Praga podia, por otra parte, servirle de excusa en todas las eventualidades posibles, porque habia reducido á los suecos á una posicion peor que aquella en la que los hubiera puesto la pérdida de veinte batallas, y si por último era absolutamente necesario salir de la Alemania, valia mas que los obligaran por la fuerza, que el resignarse cobardemente á esta humillacion. En esta cruel extremidad volvió sus miradas hácia la Francia, la que se le anticipó por medio de ofrecimientos ventajosos. El interes de los dos gabinetes estaba tan estrechamente ligado, que Richelieu no podia dejar que se destruyese la autoridad de la Suecia en Alemania, sin perjudicar á los proyectos de engrandecimiento de su gobierno.

Desde el tratado de Beerwaltle, firmado en 1632, el gabinete frances se habia servido de las armas de Gustavo-Adolfo para humillar á la casa de Austria, su antigua irreconciliable enemiga. Espantada al ver la rápida fortuna del héroe del Norte, habia olvidado por un momento el objeto constante de su política para velar por el mantenimiento del equilibrio turbado por el poder demasiado grande de los suecos. Pero la muerte del rey, y sobre todo el abandono de una parte de sus aliados, habia disipado la envidia y los temores de Richelieu. Así es que de repente, y en el momento en que cansada la Alemania pidió la paz, se le vió entrar á la liza y lanzar

un desafio cuya audacia llenó á la Europa entera de sorpresa y de entupor. Seis ejércitos franceses aparecieron en diferentes puntos, dos flotas surcaron los mares y con el dinero de la Francia pudieron los suecos y los príncipes protestantes pagar á sus tropas. Un agente frances, el conde de Avaux, negoció una nueva tregua entre la Suecia y la Polonia y logró hacer firmar á estas dos naciones una suspension de armas por veinte y seis años. Este tratado, que se celebró en Stummsdorf, en Prusia, quitó á los suecos de una plumada toda la Polonia prusiana, cuya conquista habia costado tan caro á Gustavo-Adolfo; pero en cambio les valió la ventaja superior para ellos á todas las demas, de poder continuar la campaña en Alemania. La declaracion de guerra que Richelieu acababa de hacer á la España, impedia á esta potencia el sostener al Austria, y por último, para poner al partido sueco y protestante en estado de aumentar sus conquistas en las márgenes del Danubio y del Elba, é impedir al emperador el defender las orillas del Rhin, se enviaron tropas francesas en socorro del landgrave de Hesse Cassel, y del duque Bernardo de Weimar.

Si el primer resultado de la paz de Praga fué intimidar y encadenar á la mayor parte de los adversarios del emperador en el interior, reanimó los ódios y la actividad de sus enemigos exteriores. Convertido otra vez en señor del imperio, aunque por medios ilegales, Fernando II se aprovechó de su vuelta al poder supremo para asegurar á su hijo la sucesion á la corona imperial; pero la alegría que le causó este triunfo se desvaneció bien pronto á la vista de los peligros de que estaba amenazado por la Suecia y por la Francia, tan estrechamente unidas con los pocos aliados que les habian permanecido fieles, que no parecian formar mas que una sola

potencia. Los suecos, sobre todo, se sentian mas libres y mas fuertes que nunca; la ingratitud de los alemanes los dispensaba de combatir por los intereses de la Alemania, para no ocuparse mas que de los de su propio país. Libertados de la penosa necesidad de consultar sin cesar á sus aliados, podian al fin obrar con atrevimiento y prontitud, por lo mismo los veremos muy pronto dar batallas sangrientas, pero ménos decisivas, y excitar nuestra admiracion con rasgos de heroismo y pruebas de génio; y sin embargo, todas estas grandes y bellas acciones quedarán reducidas á las mezquinas proporciones de las virtudes individuales; formarán la gloria de algunos hombres, sin apresurar la conclusion de la guerra, porque les faltará á estas grandes y bellas acciones un gefe para dirigirlas á un objeto de utilidad general.

La Sajonia se habia obligado en el tratado de Praga á expulsar á los suecos de la Alemania. Para cumplir este compromiso se vió obligado á dar á la Europa el espectáculo poco edificante de un aliado infiel que, sin otro motivo que el de su interes personal, toma las armas contra una potencia amiga que la habia salvado dos veces de una ruina cierta.

El arzobispado de Magdeburgo concedido á un príncipe sajon por el tratado de Praga y que se encontraba todavía ocupado por los suecos, fué el pretexto para comenzar las hostilidades. Juan Jorge principió llamando á todos los soldados y oficiales que se encontraban todavía al servicio de la Suecia, en el cuerpo del general Banner que estaba estacionado en el Elba.

La prontitud con que fué obedecido, y sobre todo la marcha de varios regimientos hacia Mecklemburgo, donde pusieron sitio á Doemnitz, cuya pérdida debia privar á los suecos de toda comunicacion con la Pomerania y el Báltico, los hizo

dejar su posicion en el Elba para ir á socorrer á esta ciudad. Banner no solamente salvó á la ciudad, sino que obtuvo una victoria completa sobre el general sajon Bandissen, cuyo cuerpo de ejército ascendia á siete mil hombres; cerca de mil quedaron sobre el campo de batalla y un número mucho mayor fué hecho prisionero. Al año siguiente, 1636, la artillería y las tropas suecas que estaban ocupadas en la Polonia prusiana, y que el tratado de Stummsdorf hacia inútiles en aquel punto, fueron á unirse al cuerpo de ejército de Banner. Este valiente general se aprovechó en el acto de este refuerzo para invadir la Sajonia, y sin oir mas que la necesidad de la venganza hizo expiar á los desgraciados sajones la traicion de su amo. Ocupados en las orillas del Rhin y en Westfalia por el duque Bernardo y el landgrave de Hesse Cassel, los imperiales no pudieron auxiliar á su aliado, y la Sajonia fué devastada por un ejército furioso, en el que cada soldado se hacia una gloria de vengar el insulto hecho á su bandera por la cobarde perfidia del elector. Los suecos no habian tenido todavía el tiempo suficiente para olvidar que habian combatido en defensa de los sajones, y la experiencia probó de nuevo que de todos los ódios el que reemplaza á una antigua amistad es el mas irreconciliable.

El general austriaco de Hatzfeld vino al fin á incorporarse al elector, y los dos ejércitos reunidos se adelantaron hasta situarse bajo los muros de Magdeburgo, cuyo sitio el general Banner que los seguia, procuró en vano hacerles levantar. Despues de esta ventaja, los sajones y los imperiales invadieron la marca de Brandeburgo, quitaron á los suecos algunas ciudades importantes, y se disponian á rechazarlos hasta las orillas del Báltico, cuando repentinamente el general Banner, á quien creian perdido sin remedio, los

sorprendió cerca de Wittstock, el 24 de Setiembre de 1636. El enemigo opuso una resistencia terrible, y dirigió todas sus fuerzas contra el ala derecha de los suecos, que Banner mandaba en persona. La lucha en este punto fué larga y encarnizada, mas de diez veces cada escuadron sueco volvió á la carga y Banner al fin se vió precisado á continuar la batalla con el ala izquierda de su ejército, hasta que oscureció. El cuerpo de reserva, que no habia combatido todavía, debia renovar el ataque al dia siguiente, pero el elector no quiso esperarlo. El primer dia habia agotado las fuerzas de sus tropas, y los soldados de los trenes habian huido con los caballos imposibilitando el servicio de la artillería. Esta circunstancia lo decidió, así como al general Hatzfeld, á aprovecharse de las tinieblas de la noche para operar su retirada.

Mas de cinco mil sajones y austriacos habian quedado en el campo de batalla, sin contar los que fueron muertos durante la fuga, tanto por los suecos, como por los aldeanos, que se habian convertido en enemigos encarnizados á causa de los excesos que aquellos habian cometido. Dos mil prisioneros, ciento cincuenta banderas y estandartes, veintitres cañones, todas las municiones y los bagajes del ejército, sin exceptuar los efectos personales y la vajilla del elector, cayeron en poder de los suecos. Esta brillante victoria, conseguida sobre un enemigo muy superior en número, restableció de un golpe la reputacion de los héroes del Norte; sus enemigos temblaron, sus amigos recobraron el valor, y Banner, aprovechándose de este repentino cambio de la fortuna, persiguió á los imperiales á traves de la Turingia y del país de Hesse hasta la Westfalia, despues volvió sobre sus pasos y estableció sus cuarteles de invierno en el territorio sajon.

Al hacer justicia al mérito y al valor de Banner, nos ve-

mos precisados á convenir que debia una parte de sus brillantes triunfos á las acertadas disposiciones de los franceses, y sobre todo á las del duque Bernardo de Weimar en las orillas del Rhin. Inmediatamente despues de la derrota de Nordlinguen, el intrépido Bernardo habia logrado reunir los restos de su ejército en la Weteran; pero abandonado por los alemanes y por los mismos suecos le fué imposible acometer empresa alguna de importancia. La paz de Praga le habia arrebatado no solamente el ducado de Franconia, del que todavía no habia disfrutado mas que en esperanzas, sino tambien el medio de conquistar este ducado ú otra parte cualquiera de Alemania sin la proteccion sueca, proteccion que el tono imperioso de Oxenstiern le habia hecho odiosa. Solo la Francia podia auxiliarlo, reclamó su ayuda, y la obtuyo sin dificultad.

Hacia ya mucho tiempo que Richelieu procuraba disminuir la influencia sueca en la guerra de Alemania que él queria dirigir, pero bajo otro nombre que no fuese el suyo, y el duque Bernardo le pareció mas á propósito que cualquier otro para conseguir este objeto: pero reducido á la necesidad de arrojarse en sus brazos sin ninguna condicion, no podia nunca elevarse tanto que llegase á ser independiente. Demasiado prudente para ligarse por medio de negociaciones escritas, lo invitó á ir á verlo y el duque en efecto se dirigió á San German en Laye, donde en el mes de Octubre de 1635 firmó, no como general sueco, sino en su propio nombre, un tratado por el cual la Francia se obligaba á pagarle una pension de un millon quinientas mil libras para sus necesidades personales, y cuatro millones de libras para el sostenimiento del ejército que debia mandar bajo la direccion del gabinete frances. Para instigarlo á apresurar la conquista de la Alsa-

cia, se le prometió esta provincia á título de recompensa, al fin de la guerra. El duque Bernardo fingió dejarse engañar por esta generosidad, que estaba muy léjos del pensamiento de Richelieu, porque sabia que si lograba arrancar este país al enemigo que lo poseia, tambien sabria defenderlo contra los amigos que se lo disputasen. Por otra parte, nunca habia tenido la intencion de romper con los suecos, por lo mismo comenzó sus operaciones conduciendo al ejército que habia levantado con el dinero de la Francia, á las orillas del Rhin, donde puso á los imperiales en la imposibilidad de enviar refuerzos contra el general Banner. Al secundar de este modo á la Suecia, no habia sido ménos útil al cardenal de la Valette, que desde el año precedente habia sido rechazado hasta Metz por el general Gallas. Este valiente general habia quitado igualmente á los suecos las ciudades de Maguncia y Francheuthal y habia realizado su atrevido proyecto de establecer sus cuarteles de invierno en el territorio frances, si el duque Bernardo, acudiendo en socorro del cardenal de la Valette, no lo hubiera obligado á replegarse hasta la Suabia.

En la campaña siguiente, Gallas pasó el Rhin cerca de Brisaac y procuró de nuevo trasladar el teatro de la guerra á Francia, hasta llegó á apoderarse del condado de Borgoña miéntras que los españoles invadian la Picardía por el lado de los Países Bajos, y que Juan de Werth, uno de los mas célebres generales de la «Liga» penetraba en Champagne y amenazaba á Paris con una próxima invasion; pero el valor frances contuvo la audacia de los austriacos, y una derrota sufrida frente á una fortaleza insignificante del Franco Condado, los forzó á renunciar por segunda vez á sus proyectos de conquista.

Una necesidad imperiosa habia podido solo obligar al duque Bernardo á someterse á obedecer las órdenes de un gefe como la Valette, mas propio para lucir orgullosamente el capelo de cardenal que á empuñar con honor el baston de mariscal de Francia. Si á pesar de de este yugo, tan contrario á sus vastos designios, habia conquistado á Saverne en Alsacia, el mal éxito de las armas francesas en los Países Bajos lo habia puesto tambien en la imposibilidad de sostenerse en el Rhin durante las campañas de 1636 y 1637. Pero cuando en 1638 logró desembarazarse del lazo que lo habia sujetado hasta entónces, y fué el único dueño de su ejército, imprimió de repente á la guerra unos movimientos diferentes. Dejando desde los primeros dias del mes de Febrero sus cuarteles de invierno que habia establecido en el obispado de Bale, fué á acampar á las orillas del Rhin, á pesar de las nieves y los hielos que parecian impedir el comenzar las hostilidades. Despues de apoderarse por sorpresa de Waldstetlen, Laufenburg, Waldshul y Seckingen, puso sitio á Reinfeld. Pero el general austriaco Savelli vino en socorro de esta ciudad con fuerzas tan superiores en número, que el duque Bernardo tuvo que retirarse despues de haber sufrido pérdidas considerables. Complaciéndose en desbaratar todas las previsiones del enemigo, y aprovechándose de la seguridad que le habia infundido su retirada, lo atacó tres dias despues, el 21 de Febrero de 1638, y lo derrotó completamente.

Esta brillante victoria costó á los imperiales no solamente una parte de su ejército, artillería, bagajes y municiones, sino los cuatro generales que lo mandaban: Savelli, Juan de Werth, Enkeford y Sperrenter, que fueron hechos prisioneros con dos mil oficiales y soldados. Richelieu hizo llevar á los dos últimos á Francia, para lisonjear la vanidad nacional con la vista de estos ilustres cautivos: y para acabar de

aturdir al pueblo y que no pensase en los sacrificios que le imponian para sostener la guerra de Alemania, una procesion solemne llevó á la catedral las banderas y estandartes conquistados á los imperiales, y dió tres veces la vuelta al altar mayor, inclinando delante de él estos trofeos que terminaron por confiar al cuidado del santuario.

Inmediatamente despues de esta victoria, el duque Bernardo se apoderó de Rheinfeld, Racteln y Freiburg; y los alistamientos voluntarios que venian á reforzar á su ejército, no tardaron en hacerlo formidable.

La fortaleza de Brissac pasaba justamente por ser la llave de la Alsacia, por lo mismo los austriacos la guardaban con gran cuidado, y para garantirla de una sorpresa era por lo que en los años anteriores se habia expuesto á una pérdida cierta al ejército italiano del duque de Feria. La solidez de sus murallas y las ventajas naturales de su posicion le permitian desafiar los ataques reiterados de un enemigo intrépido, y sin embargo, todos los generales del emperador estacionados en la comarca, tenian por mision principal proteger esta plaza y abandonarlo todo para salvarla si alguna vez se veia amenazada. La fortaleza habia protegido tan visiblemente al duque Bernardo, que se creyó autorizado á no encontrar nada imposible para él, y por lo mismo tomó la resolucion de apoderarse de Brissac, no por la fuerza, sido por el hambre. Este proyecto temerario le habia sido sugerido por la imprudencia del comandante de la plaza, quien persuadido de que no se atreverian á atacarla, acababa de convertir en dinero las inmensas provisiones de víveres acumuladas hacia tanto tiempo en los almacenes.

Informado de esta circunstancia y de los preparativos del duque Bernardo para sitiar á Brissac, el general austriaco

haciéndoles ofrecimientos y promesas brillantes; porque en aquella época, los hombres que ejercian la profesion de las armas no se ocupaban de la justicia de la causa que defendian, sino del precio que ponian á sus servicios: y el valor era una mercancía que no se diferenciaba de todas las otras sino por la carestía y la facilidad con la cual se encontraba quien la vendiera.

La Francia, mas rica y menos lenta en sus negociaciones, triunfó de sus rivales, porque compró á precios exhorbitantes al general Erlach, gobernador de Brissac, y á todos los otros gefes, quienes le entregaron esta fortaleza y en breve á todo el ejército.

El jóven palatino Cárlos-Luis, que desde el año precedente se habia empeñado en una guerra desgraciada contra el emperador, dió en esta ocasion una nueva prueba de su imprudencia. Esperando apoderarse por la fuerza del ejército del duque Bernardo, el cual creia tener derechos hereditarios, y del cual queria servirse para reconquistar sus Estados, se arrojó locamente sobre el territorio frances, donde el cardenal de Richelieu se apoderó de su persona y lo tuvo como prisionero en Moulins, contra el derecho de gentes, hasta la conclusion de los negocios relativos á la sucesion del duque Bernardo de Weimar.

Dueña ya de un ejército aguerrido y establecido en Alemania, la Francia se decidió á atacar al emperador abiertamente y en su propio nombre. Pero no era ya contra Fernando II contra quien iba á entrar en campaña. Desde el mes de Febrero de 1637 este monarca, de edad entónces de cincuenta y nueve años, habia dejado de existir, dejando tras sí la terrible guerra que habia encendido. Durante todo el curso de su reinado no dejó un solo momento la espada, y

en diez y ocho años de luchas y combates no tuvo un dia de paz. Poseia, sin embargo, una parte de las cualidades necesarias á un gran monarca y casi todas las virtudes que hacen la felicidad de los pueblos; pero las falsas ideas que se habia formado respecto de sus deberes lo convirtieron en instrumento y víctima de las pasiones que se agitaban á su alrededor, y aunque naturalmente humano y bueno, se convirtió en el opresor de la Alemania, en el enemigo de la paz y en el azote de su época. Amable en las relaciones de la vida privada, justo y clemente en todo lo concerniente á la administracion de sus Estados; débil, parcial y apasionado como hombre político, reunió en su cabeza las bendiciones de sus súbditos católicos y las maldiciones del mundo protestante.

La historia nos pinta déspotas mas odiosos que Fernando II, pero ninguno de ellos encendió una guerra de treinta años. Para llegar á este resultado, era preciso que la ceguedad y la ambicion de un solo hombre se encontrasen en contacto con los antecedentes funestos y los gérmenes de discordia que el pasado le habia legado. En una época de paz, los defectos de este emperador hubieran desaparecido por falta de pábulo; la tranquilidad de los pueblos y la uniformidad de las creencias no habrian proporcionado trabajo á su ambicion ni á su fanatismo; pero las chispas de estas dos crueles pasiones al caer sobre un inmenso conjunto de materias inflamables, no podian dejar de poner fuego al incendio que abrasó á la Europa entera.

Su hijo, el rey de Hungría, bajo el nombre de Fernando III, heredó sus tronos, sus principios políticos y religiosos y tambien la guerra. Este príncipe habia visto de cerca las miserias que sufrian los pueblos: pero dependiendo menos

que su padre de los jesuitas y de la España, y acostumbrado ya á la idea de que los protestantes tenian tambien el derecho de participar de los beneficios de la constitucion germánica, podia escuchar los consejos de la justicia y de la moderacion, y sin embargo no los escuchó sino despues de una resistencia de doce años, y no consintió en dar la paz á la Europa, hasta que la ley imperiosa de la necesidad lo obligó á ello. Su elevacion al trono imperial se habia señalado por varias ventajas contra los suecos, que bajo la direccion enérgica de Banner habian establecido sus cuarteles de invierno en Sajonia, despues de la victoria de Witlstock para abrir la campaña de 1637 con el sitio de Leipzig. La valerosa defensa de la guarnicion y la aproximacion de las tropas imperiales y bávaras habian obligado á Banner á retirarse á Torgau, de donde fué arrojado de nuevo y reducido á emprender al traves de la Pomerania una retirada, cuyo atrevimiento y felices resultados rayan en prodigio.

Colocado entre los imperiales y el Oder, con un ejército muy poco numeroso para procurar abrirse un paso con las armas en la mano, y desprovisto de todos los objetos necesarios para construir un puente ó poner algunas barcas sobre el rio, buscó y logró encontrar cerca de Furstenberg un punto vadeable, lo atravesó el primero y todos los soldados imitaron su ejemplo. Caminando con el agua hasta el cuello, y arrastrando tras sí los cañones, que los caballos teniendo que nadar no podian hacer que avanzasen, llegaron á la otra orilla, donde Banner esperaba encontrar el cuerpo de ejército del general Wrangel, á quien habia enviado la órden de dejar la Pomerania para venir en su ayuda. Pero en lugar de este refuerzo se presentó un nuevo ejército imperial para impedirle el paso, y probarle que habia caido en un lazo del

que no podia salvarlo ningun poder humano. En efecto, tenia á su espalda al general austriaco de Bucheim y un país empobrecido: á la izquierda el Oder defendido por los imperiales, á la derecha la Polonia, en la que no se podia confiar á pesar de la tregua, y á su frente un ejército enemigo y las fortalezas de Landsberg, de Custrin y de Lawarta. Banner no pudo ménos que reprochar amargamente esta cruel posicion al comisario que la Francia le habia puesto para que lo vigilase.

«Vuestro gabinete, le dijo, puede regocijarse de todo lo «que sufrimos aquí, porque es su obra: en lugar de operar «como hubiamos convenido una diversion al emperador, en «las orillas del Rhin, deja inactivos á sus ejércitos, y de esta «manera permite al enemigo reunir todas sus fuerzas contra «la Suecia. ¡Ah! si un dia los alemanes se uniesen franca- «mente á nosotros para invadir la Francia, conoceríais muy «pronto que no se necesitan ni tanto tiempo ni tantos prepa- «tivos para pasar el Rhin que vos mirais como una barrera «que no se puede salvar.»

Banner, sin embargo, no era un hombre que perdiese su tiempo en estériles reproches: la fuerza y la destreza eran inútiles, solo podia salvarlo la astucia, y á ella apeló. Fingiendo querer penetrar en Polonia, envió en esta direccion una parte de los carros de su ejército y todas las mugeres de los oficiales sin exceptuar la suya. Engañados por esta providencia, los imperiales no pensaron mas que en cortarle el camino que ellos creian que estaba decidido á tomar; desguarnecieron el Oder, y Banner se aprovechó de la noche para pasar este rio sin puentes ni barcas como lo habia hecho algunos dias ántes cerca de Fürstenberg. Despues de haber realizado este difícil paso, en el que no perdió ni un solo hombre, le

do Goetz vino á toda prisa á la cabeza de doce mil hombres y tres mil carros cargados de víveres para aprovisionar la plaza; pero el duque atacó á este convoy cerca de Wittewyer, derrotó á la escolta y se apoderó de los carros. El duque de Lorena, que á su vez vino con seis mil hombres para hacer levantar el sitio, experimentó la misma suerte en el *Campo de los bueyes* (Ochsenfeld,) cerca de Thaun, y el general Goetz, apénas repuesto de su derrota, ensayó de nuevo, pero en vano, socorrer á la ciudad. Se rindió al fin el 7 de Diciembre de 1638, despues de un sitio de cuatro meses, que la habia hecho sufrir todos los horrores del hambre.

Al tomar posesion de Brissac, el duque Bernardo fué tan humano y generoso como valiente y enérgico habia sido durante el sitio. El primer resultado de este brillante triunfo fué el de reanimar sus antiguas esperanzas; porque desde este momento comenzaron á salir del dominio de las ilusiones para entrar en el de la realidad. Por otra parte, en una época en que todo se conseguia por medio del valor, en que las cualidades personales elevaban al que las poseia, en la que los grandes capitanes eran mas poderosos que los soberanos y en la que los valientes ejércitos tenian mas importancia que los mas grandes países, era permitido á un héroe como lo era el duque Bernardo de Weimar, el creerse capaz de triunfar de las empresas mas difíciles y digno de llegar á la mas alta fortuna. La embriaguez de la gloria lo hizo tal vez traicionar demasiado pronto sus verdaderas intenciones, porque no fué en nombre de la Francia sino en el suyo propio, en el que recibió los homenages y el juramento de fidelidad de los habitantes de Brissac. Presintiendo, sin embargo, el peligro que acababa de atraerse, buscó á su alrededor una alianza que pudiese secundar sus proyectos sin lastimar su

orgullo, y su mirada se detuvo en la princesa Amelia de Hesse Casel, ya viuda por el fallecimiento reciente del landgrave Guillermo. Esta princesa, tan notable por los encantos de su talento como por la firmeza de su carácter, podia acompañar al don de su mano un valiente ejército, el landgraviato de Hesse Casel y todas las bellas provincias que su marido habia quitado al partido católico. Al unir este ejército al suyo y á los Estados de la princesa, la Alsacia que acababa de conquistar el duque Bernardo se convertia en una potencia en Alemania, que interponiéndose entre los dos partidos decidiria á su voluntad de la paz ó de la guerra. Desgraciadamente la muerte vino á detenerlo en medio de este vasto y noble proyecto.

La noticia de la toma de Brissac causó tal alegría á Richelieu, que en el instante corrió á la casa de su antiguo confidente, y sin apercibirse de que el pobre capuchino estaba en la agonía le gritó al oido: «Animo, padre José, Brissac es «nuestro.» Esta ciudad aseguraba, en efecto, á la Francia, la posesion de la Alsacia, porque el ministro consideraba como nula la promesa que habia hecho al duque Bernardo. Cuando la conducta de este último le probó que él por su parte lo habia tomado á lo serio, lo puso todo en juego para unirlo inmediatamente á los intereses de la la Francia. Se le hizo una invitacion para ir á la corte á honrar con su presencia las fiestas con que se celebraban sus victorias, pero él adivinó el lazo y supo evitarlo. Sin darse por vencido, el cardenal le ofreció la mano de una de sus sobrinas. El orgulloso príncipe del imperio la rechazó, declarando que no queria manchar con una alianza desigual la noble sangre sajona.

Despues de este insulto, Richelieu no vió en él mas que á un enemigo personal y lo trató como á tal. Primero le retiró

su pension y los subsidios, y despues entabló negociaciones secretas con el gobernador de Brissac y los principales oficiales, quienes ofrecieron vender la plaza á la Francia, pero solo en el caso en que muriese el duque Bernardo. Este príncipe no tardó en adivinar las intrigas que se urdian contra él, pero no le fueron ménos funestas porque lo pusieron en la necesidad de dividir sus fuerzas, y la falta de subsidios retardó sus operaciones militares. Su intencion era de pasar el Rhin para facilitar al general Banner, con quien se habia puesto de acuerdo á este efecto, los ataques que proyectaba contra la Baviera y sobre todo contra el Austria. Para esta última expedicion debian reunir sus ejércitos. Este vasto proyecto fracasó por la muerte que vino á sorprender al duque en el mes de Junio de 1638 en Neuburgo sobre el Rhin, ántes de que hubiese llegado á la edad de treinta y seis años. La peste que en el espacio de dos dias arrebató mas de cuatrocientas víctimas del campamento de Neuburgo, basta sin duda para justificar la muerte prematura de este príncipe; pero ella fué tan favorable á la Francia que se atribuyó al veneno enviado de este país. El mismo duque estaba persuadido de ello, si hemos de dar crédito á las últimas palabras que se dice que pronunció. Estas palabras, y las manchas negras que cubrian su cadáver, convirtieron en certidumbre unas sospechas contra las cuales protestará siempre la epidemia que reinaba en el ejército. Pero cualesquiera que sean las causas de la muerte del duque Bernardo, lo cierto es que fué una desgracia irreparable para el partido protestante. Formado en la escuela de Gustavo-Adolfo, habia escogido á este héroe por modelo, y lo habia imitado tan perfectamente que tal vez se habria elevado á la misma altura si el destino le hubiera concedido una carrera mas larga. Su carácter pre-

sentaba á la vez la feliz reunion del valor del soldado intrépido, y de la profunda penetracion y tranquila serenidad del gefe experimentado; de la prevision de la edad madura y de la vivacidad de la juventud; del ardor un poco salvage del guerrero y de la dignidad del soberano; de la dulce moderacion del juez y de la escrupulosa justicia del hombre de honor. Dotado de una firmeza á toda prueba, la desgracia se deslizaba sobre él, ó mas bien, aumentaba sus fuerzas. Su alma, llena de nobleza y altivez, aspiraba á un objeto inaccesible tal vez, pero no olvidemos que los hombres de este temple están gobernados por otras leyes que las que dirigen las acciones y los juicios de las masas: y que las cualidades superiores que los impulsan á empresas que nadie se atreveria á intentar, los autorizan á esperar conseguir lo que otros no se atreverian ni aun á desear. En una palabra, el duque Bernardo de Weimar se presenta en la historia moderna como para recordarnos á una de las mas hermosas figuras de aquellos tiempos de accion, en que el mérito personal era de algun peso en la balanza política, en que el valor conquistaba reinos y en que las virtudes heróicas elevaban á un simple caballero aleman al trono imperial. [1]

El duque Bernardo habia legado á su hermano Guillermo, duque reinante en Weimar, sus pretensiones sobre la Alsacia y su ejército que componia la parte mas importante de la sucesion: pero la Francia, la Suecia, varios soberanos de la Alemania, y el mismo emperador, le disputaron esta herencia bajo diferentes pretextos. Todos los pretendientes comenzaron por procurar ganar á los oficiales y á los soldados,

1 Schiller hace alusion aquí á Rodolfo de Habsburgo, electo emperador en 1273.

fué fácil penetrar á Pomerania, donde estaba el general Wrangel, porque otro ejército imperial mandado por Gallas habia invadido tambien este ducado. Este motivo era mas que suficiente para excusarlo á los ojos de Banner de no haber acudido en su auxilio. Los dos reunieron en el acto todos sus esfuerzos contra el enemigo comun, que se habia apoderado de Usedom, de Wolgast y de Demmin, y rechazado á los suecos hasta el fondo de la Pomerania. Sin embargo, les importaba mas que nunca mantenerse en el país y hacer valer sus derechos á su posesion, porque el duque Bogislao XIV acababa de morir.

Penetrada de esta necesidad, la regencia hizo mayores esfuerzos enviando socorros de hombres y de dinero á los generales Wrangel y Banner, estimulando el celo de la Francia y procurando reanudar sus antiguas relaciones con los príncipes protestantes. Su crédito en Alemania habia bajado mas que nunca porque la inaccion de la Francia habia hecho perder á los suecos las plazas mas importantes de la baja Sajonia. El duque Jorge de Luneburgo, desesperando de que pudieran triunfar, comenzaba á tratarles como á enemigos. Ehrenbreitstein, vencido por el hambre, habia abierto sus puertas al general bávaro de Werth; los imperiales se habian apoderado de todas las fortificaciones construidas en el Rhin por sus enemigos; los duques de Mecklemburgo se disponian á abrazar la causa del emperador, y la Francia, á pesar de la ostentacion que habia desplegado al declarar la guerra á la España no habia sufrido mas que derrotas. En una palabra, la Suecia habia perdido todo lo que poseia en en el interior de Alemania, en la misma Pomerania no le quedaban mas que las plazas principales, cuando salió de esta postracion por medio de una sola campaña, y sobre todo, por la diversion que las

victorias del duque Bernardo en las orillas del Rhin habian causado á las fuerzas imperiales. Durante este tiempo la Francia y la Suecia habian renovado en Hamburgo sus antiguos tratados con nuevas ventajas para esta última potencia. Por otra parte, la princesa Amelia, viuda del landgrave Hesse Casel habia tomado con el consentimiento de los Estados las riendas del gobierno, en el que se mantuvo con firmeza á pesar de las intrigas y de las hositilidades declaradas del emperador y de los príncipes de la línea de Hesse-Darmstadt que le disputaban sus derechos á la herencia de su marido. Con negociaciones secretas supo resistir hasta el momento en que una alianza secreta con la Francia la puso á cubierto de todo peligro, y en breve las victorias del duque Bernardo tan favorables á la causa protestante que tambien era la suya, le permitieron desechar todo temor y declararse abiertamente en favor de la Suecia.

El jóven príncipe palatino habia levantado un ejército contra el enemigo comun con el dinero de la Inglaterra. Es verdad que el general austriaco Hatzfel habia derrotado á este ejército en Flotha; pero aunque fracasó esta expedicion, tuvo por lo menos la ventaja de haber ocupado á los imperiales facilitando así las operaciones de los suecos en otros puntos. Muchos de sus antiguos amigos comenzaron á serles favorables y los Estados de la baja Sajonia habian consentido en permanecer neutrales.

Así fué como bajo tan plausibles auspicios, y reforzado con catorce mil hombres que le habian enviado de Suecia y de Livonia, abrió Banner la campaña de 1638. Su ejército habia aumentado cada dia mas con la desercion de los imperiales, quienes apremiados por el hambre, que era su mas cruel enemigo, se alistaban bajo la bandera sueca, donde la falta

de víveres se hacia sentir menos cruelmente, porque la Pomerania, aunque agotada, podia aún pasar por rica en comparacion de las provincias alemanas.

Todos los países entre el Elba y el Oder estaban devastados á tal grado, que Banner no hubiera podido atravesarlos con su ejército sin exponerlo á morir de hambre. Por lo mismo en cuanto estuvo bastante fuerte para dejar la Pomerania y emprender una expedicion contra la Sajonia y la Bohemia, dió un largo rodeo para llegar á estas provincias. Al acercarse al terreno de Halberstadt, todo el electorado se sobrecogió de un tal espanto, que se apresuraron á enviar á su encuentro provisiones de víveres para decidirlo á permanecer en los alrededores de Magdeburgo. El envio de estos víveres era un sacrificio tanto mas cruel, cuanto que ya habian sido reducidos por el hambre á vencer el horror que inspira la idea de alimentarse con carne humana. Pero Banner de ninguna manera pensaba en permanecer en aquellas agotadas provincias, su intencion era apoderarse de los Estados hereditarios del emperador.

Despues de haber batido al general austriaco de Salis delante de Elsterburg, derrotado al ejército sajon, cercado Schemnitz y tomado posesion de Pirna, penetró en Bohemia, pasó el Elba, amenazó á Praga, semetió Braudels y Leutmentz, puso al general Hotkirchen en derrota y esparció el terror y la consternacion por toda la Bohemia. En este desgraciado reino, que habian dejado sin defensa, todo lo que se podia trasportar fué presa de los vencedores: para hacerse de provisiones de granos cortaban las espigas de los campos donde los caballos iban á comer y á destrozar el resto. Mas de mil castillos fueron reducidos á cenizas, y algunas veces se vieron en una sola noche centenares de ellos devorados

por las llamas. De la Bohemia, estos vencedores furiosos se extendieron por la Silesia, desde donde amenazaron con una suerte igual á la Moravia y al Austria, cuando fueron detenidos en sus sangrientos triunfos por los generales Hatzfeld y Piccolomini á las órdenes del archiduque Leopoldo, á quien el emperador habia encargado de reparar la derrota de Gallas. Arrojados de sus cuarteles de invierno en Bohemia desde el principio de 1640, los suecos no pensaron mas que en salvar su botin, y se retiraron con tanta precipitacion al traves de las montañas de la Misnie que fueron sorprendidos y batidos por los sajones. Este reves los obligó á buscar un refugio en Turingia. Si una sola campaña habia bastado para restablecer la gloria de sus armas, una sola habia bastado tambien para hacérselas perder, pero la siguiente volvió á levantarlos y de este modo los veremos sin cesar pasar de un extremo á otro.

Cansados, por último, de las cadenas que les imponia la paz de Praga, los duques de Luneburgo condujeron en auxilio de Banner las tropas que algunos años ántes lo habian combatido. La Hesse le envió algunos auxiliares, y el duque de Longueville, general en gefe del antiguo ejército del duque Bernardo, que era ya propiedad de la Francia, vino con sus valientes tropas á unírsele delante de Erfurt, donde estaba acampado y amenazado de una ruina total.

Bastante fuerte ya para desafiar nuevamente á los imperiales, Banner les presentó batalla cerca de Saalfeld; pero su gefe Piccolomini la evitó y la posicion que habia tomado no permitia obligarlo á que la aceptase. En la necesidad de procurarse conquistas por otra parte, quiso atacar á los bávaros que se habian separado de los imperiales y dirigian su marcha á la Franconia. Pero la prudencia del general

bávaro Merey, y la inmediacion de un cuerpo austriaco hicieron fracasar este proyecto. Los dos ejércitos de Baviera y de Austria entraron en el país de Hesse, en donde se encerraron en campos fortificados poco distantes uno de otro, y de los cuales el frio y el hambre no tardaron en arrojarlos. Piccolomini escogió para cuarteles de invierno las orillas del Wesser, pero Banner se adelantó y tuvo que cederlas marchando á los obispados de Franconia, donde con su desastrosa presencia redujo á la desesperacion á aquellos desgraciados países.

En medio de estos acontecimientos se habia reunido una Dieta en Ratisbona para decidir en último resorte de la paz ó de la guerra. El emperador Fernando III la presidia en persona; pero la mayor parte de los miembros protestantes estaban ausentes, y los católicos, especialmente los obispos, dirijian solos las deliberaciones; por lo mismo el partido de la reforma sostuvo con razon que el imperio no estaba representado en esta Dieta, que ellos miraban como una conspiracion del emperador y de sus partidarios contra sus intereses y derechos. Persuadido Banner de que trastornando esta asamblea y dispersándola ántes de que pudiese tomar una decision, adquiriria derechos á la gratitud de todos los enemigos del emperador y repararia su gloria militar comprometida por el mal éxito de su expedicion á Bohemia, se propuso sorprender la ciudad de Ratisbona.

Sin confiar á nadie su atrevido proyecto, dejó repentinamente, y en medio del invierno de 1641, sus cuarteles de Luneburg. La espesa capa de nieve le facilitó el medio de trasportar sus tropas con una velocidad extremada, y los hielos profundos que encadenaban el curso de los rios le permitieron pasarlos sin puentes y sin barcas.

Llevando tras sí al mariscal de Guébriant, uno de los jefes del ejército de Francia y de Weimar, (nombre con que se designaba al antiguo ejército del duque Bernardo), Banner atravesó con la rapidez del rayo la Turingia y la Voigtland, y se presentó frente á Ratisbona antes de que hubiesen tenido tiempo de notar su partida de Luneburg. Sería imposible describir la consternacion de la Dieta; los representantes de las potencias extranjeras emprendieron la fuga; todos los soberanos alemanes se dispusieron á imitar este ejemplo; solo el emperador tuvo el valor de declarar que no saldria de la ciudad, cualquiera que fuese la suerte que le estuviera reservada, y su firmeza inspiró el valor aun á los mas tímidos. Desgraciadamente para los suecos, un deshielo inesperado rompió los hielos del Danubio, y este rio, que la víspera estaba inmóbil y que se podia pasar á pié enjuto, se puso en un momento tan furioso, que solo un acto de locura hubiera podido pensar en colocar en él un puente ó algunas barcas. Banner quiso hacer aunque fuera una demostracion para humillar al emperador, y no se retiró sino despues de haber disparado quinientos cañonazos en las calles de la ciudad, los que produjeron mucho ruido, pero no hicieron gran mal. Para indemnizarse de esta empresa desgraciada, y asegurar á sus tropas buenos cuarteles de invierno y un rico botin, tomó la resolucion de penetrar á Moravia por la Baviera; pero el general frances se negó á seguirlo mas tiempo, por temor de que quisiese de este modo alejar al ejército de Francia y de Weimar, para disponer de él á su capricho. Encon secuencia, se movió hácia el Mein, dejando á Banner expuesto á todos los ataques del ejército imperial, que á toda prisa se habia reunido entre Ratisbona é Ingolstadt. Arriesgar una batalla contra un enemigo tan superior en número, hubiera

sido perderse: la retirada al través de una comarca enemiga, surcada de rios y cubierto de bosques, parecia imposible; pero nada lo era para un carácter tan fecundo en expedientes y un valor tan indomable como el de Banner. El camino por en medio de la Sajonia y de la Bohemia, era el único que podia tomar; pero para penetrar en él, era preciso detener al enemigo algunos dias, cuando menos, y confió esta importante tarea á tres regimientos suecos, que sin otras fortificaciones que las murallas medio arruinadas de Neuburg entretuvieron con un valor espartano, durante cuatro dias, á todo el ejército imperial, de cuya oportunidad se aprovechó Banner para escaparse por Eger y Annaberg. Pero Piccolomini lo persiguió por un camino mas corto, y si Banner no hubiera tenido la fortuna de adelantar una media hora de camino, cerca del Paso de Prisnitz hubiera quedado destruida para siempre la autoridad sueca en Alemania. En Zwickan, Banner se reunió otra vez con Guébriant, y los dos se dirijieron á Halberstadt, despues de procurar impedir inútilmente el paso del Saale á los austriacos.

En Halberstadt fué donde el mes de Mayo de 1641, terminó el general Banner su gloriosa carrera: y esta vez, por lo menos, no se pudo atribuir la muerte de un grande hombre á otro veneno mas que á sus desórdenes.

Si la fortuna no habia permitido al general Banner sostener la gloria de las armas suecas con un brillo constante, nunca cesó de mostrarse digno del héroe en cuya escuela habia aprendido la profesion de las armas. Tan prudente como intrépido, sus secretos á él solo le pertenecian, y ejecutaba con la mayor rapidez las vastas y temerarias concepciones de su genio inagotable en recursos. Inaccesible al

temor, amaba el peligro; mas grande en la advesidad que en la fortuna, sus enemigos nunca le temian mas, sino cuando estaba próximo á su ruina. Pero á estas cualidades elevadas, reunia todos los defectos, todos los vicios que á menudo engendra la vida de los campamentos, y cuya escusa está siempre en sí misma. De un carácter tan absoluto en el consejo, como al frente de un ejército, rudo como su profesion, y orgulloso como un conquistador, hacia desesperar á los príncipes alemanes, sus aliados, mas aún por la arrogancia de sus maneras, que por las contribuciones con que gravaba sin consideracion á sus Estados. Afecto á los placeres de la mesa y á todos los goces de los sentidos, se entregaba á ellos sin medida, como el único medio de indemnizacion de las fatigas y privaciones de la guerra; y usó de ellos con tan poca moderacion, que su muerte prematura se atribuyó á los desórdenes de su vida desarreglada. Pero si fué sensual, absoluto y suntuoso como Alejandro y Mahomet II, como ellos, sabia pasar tambien repentinamente de la embriaguez, de la voluptuosidad y del lujo, á las fatigas y á los peligros de la guerra; así es que casi siempre en el momento en que sus soldados lo acusaban de ahogar sus virtudes guerreras en una vergonzosa y afeminada molicie, era cuando se le veia aparecer á la cabeza de su ejército, con toda la severa austeridad, el valor infatigable y la calma imponente de un gran capitan. Las diversas batallas que dió en el territorio aleman costaron la vida á mas de ochenta mil hombres, y las seiscientas banderas y estandartes que envió á Estockolmo, inmortalizaron su nombre, dando un testimonio de sus numerosas victorias. La pérdida de este grande hombre fué tanto mas cruel para la Sueca, cuanto que todo lo autorizaba á considerarla como irreparable. Solo la energía de Banner

habia podido contener la licencia desenfrenada y el espíritu de insurreccion, que hacia mucho tiempo se habia introducido en el ejército. Así es, que no bien estuvieron informados los oficiales de su muerte, pidieron sus sueldos atrasados con un tono tal de amenaza y de autoridad, que ninguno de los cuatro generales que se habian dividido el mando, logró hacerles entrar al deber. Todos los lazos de la disciplina se relajaron; la falta de víveres y los manifiestos del emperador, que llamaban á sus banderas á los soldados de todas las naciones, causaron una desercion considerable. El ejército de Francia y de Weimar mostraba poca actividad; el de Lüneburg se separó de los suecos; la casa de Brunswik se reconcilió con el emperador, despues de la muerte del duque Jorge, y las tropas de la Hesse se dirijieron á Westfalia para descansar de sus fatigas. El enemigo, á pesar de dos grandes batallas que habia perdido en el curso de la campaña, se aprovechó del desórden ocasionado por la muerte del general Banner, para establecerse en la Baja Sajonia. Pero de repente llegó de Suecia un generalísimo, Bernardo Forstensohn, con nuevas tropas y todos los recursos necesarios para comenzar de nuevo la guerra.

Forstensohn era discípulo de Gustavo-Adolfo, á quien habia servido de page, y á cuyas órdenes habia hecho la primera campaña de Polonia. Por desgracia la gota, al paralizar sus miembros, lo habia arrebatado á una carrera á la cual parecia predestinado: pero no obstante su enfermedad, logró en poco tiempo cambiar los negocios de Suecia en Alemania. Precisado á mandar el ejército en una litera, superó á todos sus adversarios por la rapidez de sus maniobras y los derrotó, no tanto por la maestría, cuanto por la audacia de sus operaciones. Si los crueles dolores encadenaban los movimien-

tos de su cuerpo, en cambio las creaciones de su génio parecian tener alas. Hasta entónces los Estados austriacos habian permanecido exentos de los destrozos que hacia mucho tiempo desolaban á la Alemania. Forstensohn se propuso hacerles sufrir igual suerte. Todos los generales suecos habian tenido este proyecto, solo él supo realizarlo. Condujo á su ejército agotadas sus fuerzas por las privaciones de toda especie, á aquella Austria privilegiada, en que todavía reinaban el lujo y la abundancia, y su mano *paralizada*, mas fuerte que la mano de fierro de sus predecesores, arrojó la tea de la guerra hasta las gradas del trono imperial. Todos los generales, y particularmente Stahlhantsch, que despues de haber sido batido por los imperiales en Silesia se habia refugiado á la nueva marca, recibieron la órden de dirigirse con sus tropas al país de Luneburg, en donde el generalísimo acababa de establecer su cuartel general: y los preparativos se hicieron con tanta prontitud y misterio, que el ejército sueco pudo atravesar los Estados del Brandeburgo á pesar de la neutralidad armada que su nuevo elector, que despues fué tan célebre, acababa de adoptar, y se presentó en Silesia antes de que el enemigo pudiese adivinar hácia qué lado pensaba dirigir sus ataques. La ciudad de Glogau fué tomada sin el auxilio de la artillería: en lugar de batir las murallas en brecha, los asaltantes las escalaron con la espada en la mano y se apoderaron de la plaza sin haber recibido ni disparado un solo cañonazo. El duque Francisco Alberto de Lauenburgo, el mismo que habia visto á Gustavo-Adolfo recibir á su lado una bala austriaca, fué muerto por una bala sueca cerca de Schweidnitz, despues de haber sido testigo de la completa derrota de las tropas que mandaba. La ciudad de Schweidnitz y todas las provincias mas allá del Oder

fueron conquistadas con una rapidez que tenia algo de prodigioso.

Despues de estos triunfos, Forstensohn invadió la Moravia, donde hasta entónces no habia penetrado ningun enemigo del Austria, y se apoderó de Olmütz. La noticia de la pérdida de esta fortaleza que se creia inexpugnable, esparció el terror hasta la ciudad imperial. El archiduque Leopoldo y el general Piccolomini reunieron en el acto sus fuerzas y obligaron al conquistador á dejar la Moravia y poco despues la Silesia. Pero llamando inmediatamente al general Wrangel con su cuerpo de ejército, Forstensohn tomó de nuevo la ofensiva y se apoderó otra vez de la mayor parte de las ciudades perdidas. A pesar de sus esfuerzos no pudo obligar á los imperiales á aceptar la batalla, y buscó en vano la manera de penetrar á Bohemia.

Para indemnizarse, invadió la Lusacia, se apoderó de Zittan, continuó su marcha al traves de la Misnia, pasó el Elba cerca de Torgan, y no se detuvo sino para sitiar á Leipzig, donde se lisonjeaba que encontraria víveres en abundancia y grandes riquezas, porque hacia diez años que esta ciudad habia logrado salvarse de las calamidades de la guerra. El archiduque Leopoldo y Piccolomini acudieron violentamente á socorrerla. En lugar de evitarlos, Forstensohn marchó á su encuentro en órden de batalla, y por un singular concurso de circunstancias, se encontró frente á ellos en el mismo terreno en que, once años ántes, Gustavo-Adolfo habia fundado el poder de los suecos en Alemania consiguiendo una brillante victoria.

Este glorioso recuerdo inflamó el ardor del ejército y de sus gefes y todos juraron que se mostrarian dignos del terreno santificado en el cual iban á tener la felicidad de com-

batir. Los generales Stahlhautsch y Willenberg se arrojaron con tanta impetuosidad sobre el ala izquierda de los imperiales, que toda la caballería que la protegia fué puesta fuera de combate por este primer ataque. El ala izquierda, sin embargo, comenzaba á vacilar, pero el ala derecha vino en el acto en su auxilio: estos dos cuerpos reunidos atacaron al enemigo por retaguardia, lo asaltaron al mismo tiempo por sus flancos é introdujeron el desórden en sus filas. La infantería de los dos partidos habia permanecido indomable, y cuando se concluyó la pólvora continuó batiéndose á culatazos hasta el momento en que el ejército imperial, cercado por todas partes, cedió al fin el campo de batalla despues de tres horas de una lucha encarnizada. Por ambas partes, los gefes habian dado numerosas pruebas de talento y de valor; el archiduque Leopoldo especialmente se mostró siempre el primero en el ataque y el último en la retirada.

Esta victoria costó á los suecos mas de tres mil soldados y dos de sus mejores generales, Schlaagen y Lilienhoeck; la pérdida de los imperiales fué mas considerable, porque dejaron en el campo de batalla cinco mil muertos, otros tantos prisioneros, cuarenta y seis cañones, casi todos los bagajes del ejército, la chancillería y toda la vajilla de plata del archiduque. Demasiado debilitados por esta victoria para perseguir al enemigo, Forstensohn avanzó sobre Leipzig: el ejército imperial huyó á Bohemia en donde reunió sus restos diseminados. El archiduque Leopoldo se puso tan furioso por la pérdida de esta batalla, que pretendia haber sido causada por la huida de un regimiento de caballería, que le hizo experimentar los terribles efectos de su cólera: lo reunió en Nackonitz, en Bohemia, lo degradó en presencia del ejército, le quitó sus caballos, sus armas y sus insignias,

hizo destrozar sus estandartes, y mandó fusilar á varios oficiales y diezmar á los soldados.

La rendicion de Leipzig, que se verificó tres semanas despues de la batalla, fué para los suecos una de las mas hermosas consecuencias de este triunfo. Esta desgraciada ciudad se vió obligada para salvarse del saqueo á pagar una contribucion de mil toneladas de oro (cerca de doscientos mil pesos) y una gran cantidad de paño, lienzos y todos los objetos necesarios para equipar de nuevo al ejército sueco. A los comerciantes extranjeros que tenian depósito en la ciudad se les impuso una contribucion por separado.

Durante el mismo invierno, Forstensohn puso sitio á Freiberg, el que á pesar del rigor de la estacion se llevó adelante con un ardor infatigable. La constancia de los sitiados y la aproximacion de Piccolomini lo hicieron renunciar á esta empresa, pero habia tenido por lo ménos la ventaja de hacer á los imperiales el abandonar sus cuarteles de invierno y complicarles en expediciones que les costaron mas de tres mil caballos. Para acabar de molestarlos, se dirijió hácia el Oder, donde se reforzó con las guarniciones de la Silesia y de la Pomerania; y por un movimiento tan brusco como inesperado, volvió á presentarse de nuevo en las fronteras de la Bohemia, atravesó este reino con la rapidez del rayo, entró por segunda vez en Moravia, libertó á Olmütz, que estaba á punto de rendirse á los imperiales, estableció su campamento á dos leguas de la fortaleza, impuso contribuciones de guerra exhorbitantes, é hizo recorrer el campo por medio de tropas ligeras que extendieron sus excursiones hasta los puestos avanzados encargados de defender los puentes de Viena.

Reducido á temer por su capital, el emperador llamó en

su auxilio á la nobleza húngara; pero se negó á este llamamiento bajo el pretexto de que sus privilegios la dispensaban de combatir por el emperador en otro territorio que no fuera el de Hungría. Durante estas negociaciones estériles, los suecos habian tenido tiempo de hacerse dueños de toda la Moravia. La actividad infatigable y el valor intrépido de Forstensohn admiraron no solamente á sus amigos y enemigos, sino que sus rápidos triunfos despertaron la envidia de los aliados de la Suecia. Las tropas de la Hesse y las de Francia y Weimar, mandadas por el general de Eberstein y por el mariscal de Guebriant, acababan de entrar en el arzobispado de Colonia donde establecieron sus cuarteles de invierno. Poco satisfecho de la presencia de estos huéspedes importunos, el arzobispo elector habia llamado al general austriaco de Hatzfeld para que lo libertara de ellos y al mismo tiempo confió el mando de sus tropas al general Lamboy; pero los aliados atacaron á este ejército cerca de Kempen, en el mes de Enero de 1642, y su derrota fué tan completa que perdió cerca de dos mil hombres y mas del doble fueron hechos prisioneros.

Eberstein y Guebriant, dueños por esta victoria de todo el electorado de Colonia, establecieron sus cuarteles de invierno en esta rica comarca, donde remontaron su caballería y levantaron nuevas tropas. Muy pronto, sin embargo, confió Guebriant á las tropas de Hesse el cuidado de defender las conquistas del Rhin contra el conde de Hatzfeld, y avanzó hácia la Turingia donde Forstensohn se disponia á emprender un ataque sério contra la Sajonia. Pero en vez de unirse al ejército sueco notó que se habia alejado del Mein, mas de lo que se lo permitian las instrucciones de su gobierno, y en consecuencia volvió á toda prisa hácia este rio. Los bávaros

que á las órdenes de Mercy y de Juan de Werth estacionaban en el territorio de Badeu, le impidieron el paso, obligándolo á marchar al acaso y á acampar sobre la nieve y sobre el hielo con un ejército desprovisto de todo, y solo despues de algunas semanas de esta miserable existencia logró procurarse en el Brisgan un asilo un poco mas tolerable. En el verano siguiente se presentó de nuevo en Suabia, é impidió al ejército bávaro ir á socorrer á Thionwult que estaba sitiada por el célebre príncipe de Condé, conocido todavía con el nombre de duque de Enghien. La superioridad del enemigo lo obligó, sin embargo, á volver á Alsacia para esperar allí refuerzos. Pero estos refuerzos no llegaron, porque la atencion de la Francia se habia separado del teatro de la guerra á causa de la muerte del cardenal de Richelieu.

En el mes de Noviembre de 1642 fué arrebatado este grande hombre de Estado á los negocios que dirigia con tanta gloria, y el 13 de Mayo del año siguiente su soberano Luis XIII, lo siguió á la tumba.

Heredero del poder, de los principios y de los proyectos de Richelieu, el cardenal Mazarino trabajó con empeño en la realizacion de los planes que le habia legado su ilustre antecesor; pero en lugar de concentrar como aquel lo habia hecho todas sus fuerzas contra la España, las empleó contra el emperador, y de este modo justificó la opinion que habia enunciado sosteniendo que el ejército frances en Alemania era el brazo derecho del rey de Francia y el baluarte de sus Estados. Consecuente con este principio, se apresuró á enviar refuerzos considerables á Alsacia, y para inflamar el entusiasmo de estas nuevas tropas, las colocó bajo las órdenes del duque de Enghien, que ya habia conquistado la estimacion y la confianza de los soldados con la victoria de Rocroi. Estos

refuerzos permitieron á Guebriant abrir otra vez la campaña con mucho aparato.

A pesar del rigor de la estacion, pasó el Rhin, entró á Suabia y se apoderó de Rottweil, donde los bávaros habian formado un depósito de armas, municiones y víveres. Esta conquista importante costó caro á los franceses, porque durante el sitio, el mariscal Guebriant recibió una herida en un brazo, que la torpeza del cirujiano volvió mortal, y muy pronto la plaza cayó de nuevo en poder de los bávaros. El ejército frances, abrumado por las fatigas y considerablemente disminuido por todas estas expediciones en medio del invierno, se retiró poco despues de la toma de Rottweil á los alrededores de Tuttlingen, donde se entregó á los goces del descanso sin pensar en la posibilidad de un ataque. Entre tanto el general de Hatzfeld unió su cuerpo de ejército al de Baviera mandado por Mercy, y en breve el duque de Lorena, á quien durante esta guerra se vé en todas partes excepto en su ducado, se incorporó con sus tropas á estos dos generales, quienes de comun acuerdo se propusieron sorprender á los franceses en su campamento.

Esta clase de expediciones eran muy comunes en aquella época, y á menudo costaban mas sangre que la que se derramaba en muchas batallas campales, pero tambien casi siempre producian resultados decisivos. Una empresa semejante no podia fracasar contra los franceses que no tenian experiencia de ellas, y quienes en todo caso se creian bastante bien protegidos por el rigor de la estacion, á la cual suponian que los soldados alemanes eran tan sensibles como ellos mismos. Juan de Werth, que pasaba con justa razon por un gran maestro en este sistema de guerra, quedó encargado del mando en gefe en el golpe de mano proyectado contra

los franceses. Resuelto á atacarlos por el lado en que los estrechos desfiladeros y los espesos bosques parecian hacer inaccesible, su campo se puso en camino hácia este punto, el 24 de Noviembre de 1643.

Protegida por la nieve que ese dia caia en abundancia y oscurecia el aire, la vanguardia pudo avanzar sin ser notada hasta la entrada de la aldea de Tuttlingen, donde se detuvo, y se apoderó sin miedo de toda la artillería, que en un parque estaba situada en medio del campo; sin otra defensa que el hielo que parecia haberla clavado en el suelo. Durante este tiempo, el resto del ejército enemigo habia tomado posicion al rededor del campamento de manera que quedase cercado por todas partes Ya se habian apoderado del castillo de Honberg sin tirar un tiro, cuando los franceses encerrados en la aldea de Tuttlingen que está á poca distancia del castillo, advirtieron que venian á atacarlos, pero reconocieron al mismo tiempo que la resistencia era imposible. Rodeados por el enemigo, separados de las aldeas vecinas donde acampaba el resto del ejército, sin artillería y á punto de sufrir el fuego del castillo que acababan de arrebatarles, no les quedaba en efecto otra esperanza de salvacion que la fuga. Una parte de la caballería secundada por la buena clase de sus caballos logró escapar, pero la infantería fué pasada á cuchillo ó tuvo que rendir las armas. Esta derrota les costó dos mil muertos y siete mil prisioneros, entre los que se contaban veinticinco oficiales superiores y noventa capitanes.

Esta larga guerra presentó el ejemplo de diversas batallas mucho mas sangrientas que la del 24 de Noviembre; pero esta fué la única que causó una alegría igual á los dos partidos que dividian la Alemania; porque uno y otro se componian de alemanes, y la humillacion de la derrota no caia en este caso

mas que sobre franceses. Las heróicas empresas de Turena y de Condé no tardaron en lavar la afrenta de esta cruel jornada. Pero no debemos por esto escusar ménos á los alemanes si se aprovecharon de esta desgracia para vengarse de la política pérfida del gobierno de San German, componiendo cantos burlescos acerca del rudo golpe que el valor frances habia sufrido en el campo de Tuttlingen.

Respecto á los suecos, cuya vanidad nacional no estaba interesada en la derrota de los franceses, esta derrota fué una desgracia tanto mas sensible, cuanto que los heria en el momento en que un nuevo peligro los obligaba á trasportar la guerra á otro punto de la Europa.

La parcialidad de Cristiano IV en el papel de mediador de que se habia encargado entre la Suecia y la Alemania, su envidia secreta y constante contra la primera, que le impelia sin cesar á molestar su navegacion y poner trabas á su comercio, cansaba hacia ya mucho tiempo la paciencia del gobierno sueco. El temor de lanzarse á una nueva guerra, cuando la nacion se doblegaba bajo el peso de la antigua, habia contenido al principio el deseo de la venganza; pero como las vejaciones de los dinamarqueses eran cada dia mas intolerables, comprendió que seria vergonzoso el no oponerse á ellas abiertamente, y la regencia autorizó al general Fortensohn á castigarlos de sus insultos. Por otra parte, en Alemania casi no se guerreaba mas que por ocupar y proporcionar alimentos á los soldados, y frecuentemente no se arriesgaba una batalla sino para procurarles buenos cuarteles de invierno; pero las provincias alemanas carecian aun de lo necesario, miéntras que la abundancia reinaba todavía en el Holstein. La esperanza de levantar allí nuevas tropas, recojer caballos y hacer provisiones de víveres y municiones, era ademas un motivo poderoso para inspirar á Fortensohn el deseo de invadir esta provincia. La mala administracion del gobierno dinamarques lo autorizaba á emprender proyectos mas vastos si lograban atacarla antes de que hubiese pensado el ponerla en estado de defensa. Por lo mismo se trató este negocio en Estockolmo con tanta prudencia, que fué un misterio para el embajador de Dinamarca y hasta para los de Francia y Holanda.

En Alemania tambien estaban muy lejos de adivinar el verdadero objeto de la marcha caprichosa é irregular de Forstensohn. Tres meses antes de la batalla de Tuttlingen este general habia dejado bruscamente la Moravia. Avanzando tan pronto á Silesia, como volviendo sobre el Elba, se habia burlado, por decirlo así, de los imperiales que inútilmente habian procurado alcanzarlo. Al llegar á Torgau, arrojó un puente sobre el Elba, é hizo esparcir el rumor de que pensaba penetrar á Baviera por la Moravia y el alto Palatinado. Despues desapareció de repente para mostrarse de nuevo en Barbi y hacer todos los preparativos necesarios para pasar el Elba. Pero fingiendo por segunda vez renunciar á este proyecto, descendió el rio, dando vueltas incomprensibles hasta Harelberg, donde declaró á su ejército, para quien su conducta era un enigma, que iba á conducirlo contra los dinamarqueses y que se comenzarian las hostilidades por la invasion del Holstein. Sus tropas se esparcieron en el acto por todo este país y se apoderaron de todas las plazas fuertes de él. Otro ejército sueco entró al mismo tiempo á la Seania, en la que no encontró casi ninguna resistencia; solo el extremado rigor del frio pudo impedirles el pasar el pequeño Belt, estender sus conquistas y apoderarse de las islas de Secland y de Firnia. Los elementos

parecian haberse conjurado contra la Dinamarca, porque su flota naufragó cerca de Femern, y Cristiano IV que la mandaba perdió el ojo derecho que le reventó un pedazo de madera.

Privado de su flota, separado por una gran distancia del emperador que era su único aliado, el desgraciado rey de Dinamarca estuvo á punto de ver realizarse la profecía del célebre Tycho-Brahe, segun la cual seria arrojado del trono y andaria errante como fugitivo con un tosco baston en la mano.

El gabinete imperial era demasiado político para permanecer espectador inactivo de la ruina de Dinamarca en provecho de la Suecia, y por lo mismo se decidió á enviarle socorros. A pesar de las dificultades que se oponian á la marcha de un ejército al traves de una larga série de países arruinados por la guerra, el hambre y las epidemias, el general Gallas, á quien el emperador acababa de nombrar comandante en gefe, penetró en el Holstein. Despues de apoderarse de la ciudad de Kiel, se unió con el ejército dinamarques, lisonjeándose de encerrar á los suecos en la Jutlandia. A la vez el general austriaco Watzfeld y el arzobispo de Bremen, hijo de Cristiano IV, ocupaban á las tropas de Hesse y de Suecia, mandadas por Königsmark, y por medio de un falso ataque sobre la Misnia, habian logrado atraer á este general á Sajonia, donde parecia segura su pérdida. Pero el intrépido Forstensohn, que se habia abierto un paso entre el Schleswig y Stapelholm, marchó al encuentro de Gallas y lo obligó á remontar el Elba hasta Bernburg. Cerca de esta ciudad los imperiales establecieron un campo fortificado, y el generalísimo sueco, no juzgando á propósito molestarlos en él, pasó el Saale y no se detuvo hasta no

haber tomado unas posiciones que lo separaban enteramente de la Sajonia y de la Bohemia.

Esta maniobra produjo el hambre en el campo de Gallas; para sustraerse á ella, se replegó á Magdeburgo; pero su retirada en nada cambió lo horrible de su posicion. La caballería imperial que habia procurado huir por la Silesia fué destrozada. Juterbock y el resto del ejército pereció cerca de Magdeburgo, procurando inútilmente abrirse un paso con las armas en la mano. Gallas no recogió de esta expedicion emprendida con fuerzas considerables, sino la gloria de ser considerado como *un general incomparable en el arte de perder á un ejército.*

Obligado, por último, á pedir la paz, el rey de Dinamarca la obtuvo pero bajo condiciones tan duras como humillantes. Esta paz se firmó en Bremseboor en 1645.

Prosiguiendo su victoria, Forstensohn invadió de nuevo la Bohemia, miéntras que sus generales Axel-Lilienstern y Königsmark inquietaban el uno el electorado de Sajonia y el otro los Estados de Bremen.

Reducido á temblar otra vez por sus Estados hereditarios, el emperador se dirijió á Praga para animar á sus súbditos con su presencia y restablecer la armonía entre sus generales, que siendo iguales en poder, no lo eran en sus pretensiones y frecuentemente sacrificaban el interes general á sus envidias particulares. El mismo se encargó del mando en gefe, ordenó al general Hatzfeld que reuniese todas las tropas que quedaban en el Austria y la Baviera, y á pesar de la opinion contraria de este general, arriesgar en una batalla campal el último recurso, la postrera esperanza de estas dos potencias. Fernando III contaba con la superioridad numérica de su

caballería, y mas aún, con la proteccion de la Vírgen que se le habia aparecido en sueños y prometido la victoria.

El 24 de Febrero de 1645 el ejército imperial tomó posesion cerca de Jancowitz de manera á hacer muy visible á los suecos su superioridad numérica. Pero Forstensohn, que no contaba nunca á sus enemigos sino despues de haberlos vencido, comenzó él mismo el ataque con tanta impetuosidad que el ala izquierda de los imperiales mandada por el general Goetz, imprudentemente colocada entre los bosques y los estanques tuvo que replegarse y perdió en su retirada á su gefe y una parte de sus soldados y todas sus municiones. Este principio decidió del éxito de la jornada; continuando su marcha y rechazando los ataques de los imperiales, los suecos quedaron dueños del campo de batalla despues de un encarnizado combate que duró ocho horas. Mas de dos mil austriacos quedaron en el campo de batalla y el general Hatzfeld fué hecho prisionero con tres mil soldados.

Así fué como el emperador perdió en un solo encuentro su último ejército y el último tambien de sus buenos generales. Despues de esta derrota que abria á los suecos la entrada á los Estados hereditarios, huyó á Viena, tanto para ocuparse de la defensa de esta ciudad cuanto para hacer trasportar á su familia y sus tesoros á lugar seguro. Por su parte los suecos, semejantes á un torrente impetuoso, atravesaron la Moravia, cercaron la ciudad de Bruner, se apoderaron de todos los castillos y plazas fuertes de las orillas del Danubio, y no se detuvieron sino frente á la ciudad imperial. Las guarniciones que dejaron en los puntos conquistados y los trabajos imponentes con los cuales rodearon su campamento, probaron que no tenian la intencion de hacer al Austria una visita pasajera. Despues de una larga

vuelta al traves de todos los Estados del imperio, la guerra habia vuelto al fin al punto de donde habia partido y las bombas suecas recordaron á los habitantes de Viena las balas que veinticuatro años ántes habian arrojado los insurrectos de Bohemia contra sus murallas.

Las mismas causas produjeron idénticos resultados: los bohemios habian llamado en su auxilio á Betlem Gabor: los suecos se dirigieron á su sucesor Ragotzky que en el acto se puso en marcha, y atravesó la Hungría con tanta rapidez, que se esperaba á cada momento verlo incorporarse á Forstensohn. Otras calamidades parecian tambien querer acelerar la ruina de la casa de Austria. Reducido á la última extremidad por las invasiones de los suecos, y abandonado por el emperador que despues de la derrota de Jankowitz no podia ocuparse mas que de la defensa de su capital, el elector de Sajonia se aprovechó de la única oportunidad de salud que le quedaba todavía y pidió y obtuvo de los suecos una tregua que se debia renovar de año en año hasta la paz general.

Por su parte el ejército frances se habia vengado con una campaña brillante de la derrota de Tuttlingen, y el general Turena habia llevado al duque de Enghien un refuerzo considerable que lo puso en estado de sitiar á Freiburg, defendida por el general Mercy. La tenaz resistencia bávara habia vencido al impetuoso valor de los franceses: la batalla del 3 de Agosto de 1644 les habia costado mas de seis mil hombres de sus mejores soldados; pérdida que fué tan sensible al cardenal Mazarino que le arrancó lágrimas, miéntras que el duque de Enghien, inaccesible ya á todo otro sentimiento que no fuera el amor á la gloria, escribió friamente que una sola noche de Paris daba existencia á mas hombres

de los que habian muerto en la batalla de Freiburg. Por otra parte, si esta batalla forzó á los franceses á una retirada momentánea, debilitó de tal modo á los bávaros, que no podian ni socorrer al Austria, ni detener los progresos del enemigo en las orillas del Rhin, donde se apoderó sucesivamente de Spire, Worms, Manheim, Philipsburg y Maguncia.

Los mismos acontecimientos que al principio de la guerra habian impedido al Austria ser presa de los insurrectos de la Bohemia, la salvaron tambien de la muerte que le preparaba Forstensohn. Ragotzky acababa de llegar al campo de los suecos con veinticinco hombres: pero esta horda de bárbaros, acostumbrada á vivir de rapiñas y del pillaje, no sirvió mas que para devastar el país y agotar en poco tiempo los recursos del ejército, miéntras que fué imposible obligarlos á someterse á las combinaciones de la táctica y á las reglas de la disciplina que aseguran á las naciones civilizadas ventajas duraderas. Betlem Gabor no habia venido en otro tiempo al socorro de los bohemios sino con el objeto de arrancar al emperador un rescate vergonzoso y saquear impunemente sus Estados. Ragotzky tampoco tenia otra mira, así es que se apresuró á volver á su país en cuanto no tuvo que robar, y que Fernando III consintió en pagarle la suma que le pedia para desembarazarse de su desastrosa presencia.

Hacia ya cuatro meses que el grueso del ejército sueco sitiaba la ciudad de Brunn; pero el comandante de esta fortaleza, desertor sueco, y que por consiguiente no podia esperar clemencia del vencedor, se defendia con el valor de la desesperacion. Esta resistencia inesperada, la repentina retirada de sus aliados transilvanos, y las enfermedades contagiosas cuyos estragos diezmaban al ejército, obligaron al fin á Forstensohn á levantar el sitio de Brünn. Poco despues le-

vantó tambien el campamenso establecido bajo los muros de Viena, y dejó el Austria y la Moravia despues de haber puesto guarniciones dobles en las plazas fuertes que habia conquistado en estas provincias. Con esta precaucion queria asegurarse el medio de volver cuando las circunstancias lo permitieran; pero al año siguiente todas estas plazas cayeron de nuevo en poder de los imperiales, y en poco tiempo las ciudades y distritos de la Bohemia y de la Silesia, cuya conquista habia costado tan caro á los suecos, no fueron para ellos mas que lugares de tránsito que se les veia sin cesar tomar, perder, conquistar y volver á perder de nuevo.

Si las brillantes campañas de Forstensohn no tuvieron para su país todas las ventajas que él podia esperar de ellas, produjeron por lo menos varios resultados importantes. La reputacion de las armas suecas habia vuelto á ser tan brillante como en el tiempo de Gustavo-Adolfo; la Dinamarca se habia visto obligada á pedir la paz y la Sajonia á solicitar una tregua. El emperador habia moderado su orgullo y sus pretensiones; la Francia era favorable á la Suecia, que habia llegado á ser bastante fuerte para emplear en las negociaciones de paz el lenguage firme y seguro de un vencedor. Satisfecho con la posicion que habia sabido formar á la causa sueca en Alemania, Forstensohn se retiró á la vida privada, y volvió á su país cubierto de gloria y con nuevas enfermedades.

Su separacion salvó al Austria de la invasion con que estaba amenazada sin cesar del lado de la Bohemia; pero casi al mismo tiempo se vió amagada de un nuevo peligro por el de la Suabia y la Baviera.

Durante la campaña de 1645, Turena habia sido batido cerca de Mergentheim por el general Mercy, quien á conse-

cuencia de esta victoria entró al país de Hesse, pero el duque de Enghien dejó en el acto la Alsacia, el general Hönigsmark la Moravia y las tropas de Hesse las orillas del Rhin, para incorporarse al ejército de Turena. Con estas fuerzas reunidas, este gran general rechazó á los bávaros hasta la extremidad de la Suabia. Cerca de la aldea de Allersheim, poco distante de Nordlingen, lograron al fin rehacerse porque se trataba de defender la entrada de la Baviera. Se fortificaron en una posicion casi inespugnable, pero semejantes obstáculos no podian detener al intrépido duque de Enghien. Condujo á sus tropas contra los atrincheramientos del campamento de los enemigos, y estos, con su resistencia tenaz y heróica, hicieron de esta batalla una de las mas sangrientas de esta larga guerra. La muerte de Mercy, el génio superior y la indomable firmeza de Turenna, y la intrepidez de las tropas de Hesse decidieron al fin la victoria en favor de los franceses: pero este nuevo y bárbaro sacrificio ofrecido al dios de las batallas, y que costó tantas víctimas humanas, no ejerció sino una pequeña influencia en la continuacion de la guerra y sobre todo en las negociaciones de la paz.

El ejército frances, fatigado por un triunfo que tan caro le habia costado, debilitado por la partida de las tropas de Hesse y espantado por el refuerzo que el archiduque Leopoldo llevaba á marchas forzadas á la Baviera, se replegó hasta el Rhin y permitió á los austriacos reunir todas sus fuerzas contra los suecos que se encontraban estacionados en Bohemia y en Silesia. En 1646, inmediatamente despues de la partida de Forstensohn, se nombró á Gustavo Wrangel comandante en gefe del ejército sueco en Alemania, el que sin contar al cuerpo móvil del general Königsmark y las guarniciones de las ciudades conquistadas en toda la extension del imperio, se componia de ocho mil ginetes y quince mil hombres de infantería. El ejército que el archiduque Leopoldo acababa de hacer entrar á la Baviera montaba á mas de veinticuatro mil hombres. Despues de haberlo aumentado con doce regimientos de caballería y diez y ocho de infantería, este príncipe se dispuso á atacar á los suecos ántes que Königsmark ó los franceses pudiesen acudir en su auxilio. El intrépido Wrangel en lugar de evitar ó cuando ménos esperar á este enemigo tan superior en número, marchó á su encuentro al traves de la alta Sajonia, donde se apoderó de Hoexter y de Paderborn: despues entró al país de Hesse con la esperanza de unirse á Turenna, y estableció su campo en Wetzlard, á donde fué á incorporarse Königsmark con su cuerpo de ejército. Pero el valiente Turena, encadenado por las órdenes de Mazarino que queria detener la fortuna de los suecos que volvia á renacer, tuvo que permanecer inactivo bajo el pretexto de que la seguridad de las fronteras francesas por el lado de los Países Bajos no le pemitia abandonar su puesto. Las reiteradas instancias del gobierno sueco y el temor de estrecharlo con sus largas vacilaciones á firmar una paz particular con el Austria, decidieron por fin al cardenal Mazarino á conceder á Turena el permiso de obrar.

La reunion de Wrangel y del ejército frances se efectuó cerca de Giessen, á pesar de los esfuerzos de los imperiales, quienes persiguieron á los suecos hasta la Hesse, esperando así cortarles los víveres y separarlos de los franceses; pero ellos mismos no tardaron en experimentar los efectos de la calamidad que habian querido atraer sobre sus adversarios, y la pérdida de sus almacenes los redujo á soportar todos los horrores del hambre, que fué el enemigo mas terrible

de los ejércitos de aquella época. Esta cruel situacion decidió á Wrangel á intentar una empresa que debia cambiar repentinamente la faz de los negocios. Todos sus predecesores habian procurado llevar la guerra al seno mismo de los Estados hereditarios del Austria; él tambien concibió este proyecto; pero como ninguno de los medios empleados hasta entónces habia tenido un éxito completo, se propuso seguir un nuevo plan de operaciones. Este plan, ademas, habia sido el de Gustavo, quien dejó de realizarlo por los peligros que amenazaban á la Sajonia, esta aliada ingrata que tan mal pagó siempre los grandes y numerosos sacrificios que la Suecia habia hecho para salvarla. Tambien el duque Bernardo de Weimar, mas dichoso bajo este punto de vista que el gran rey, habia querido penetrar al Austria, siguiendo el curso del Danubio; pero aun cuando logró extender sus conquistas hasta las márgenes del Inn, habia tenido que volver sobre sus pasos. Lo que dos grandes capitanes habian intentado inútilmente, Wrangel creyó poder realizarlo. La situacion del enemigo, que no podia acudir en socorro de la Baviera, sino despues de atravesar la Franconia, parecia justificar esta orgullosa pretension. Los principios de esta grande empresa fueron mas felices que nunca.

Despues de derrotar á un cuerpo bávaro cerca de Donawerth, Wrangel pasó el Danubio y el Lech sin ninguna dificultad, pero en lugar de continuar avanzando, puso sitio á Augsburgo, y con esto dió tiempo al emperador no solamente de socorrer á esta ciudad, sino tambien de reunir fuerzas considerables que lo rechazaron hasta mas allá de Lauangen. Para acabar de alejar la guerra de Baviera, los imperiales se dirijieron hácia la Suabia, y Wrangel se aprovechó de esta falta para pasar de nuevo el Lech, del cual quedó dueño por

un momento. Desde entónces estaba la Baviera abierta para el enemigo que quisiera invadirla, y se encontró de repente inundada de franceses y suecos, que se indemnizaron de las privaciones por medio del pillage y todos los excesos que puede permitirse una soldadesca desenfrenada. Los imperiales, que al fin pasaron el Lech á su vez, cerca de Thierhanpten, pusieron el colmo á las desgracias de este país, que desde este instante fué devastado á porfia por amigos y enemigos.

El momento habia llegado, finalmente, en que por la primera vez durante esta larga guerra se debia ver la constancia de Maximiliano que habia resistido veintiocho años de luchas y de pruebas. Fernando II, su compañero de colegio en Ingolstad, el amigo de su juventud, ya no existia: su muerte habia roto el mas sagrado de todos los lazos que unian la Baviera con el Austria. Ligado con el padre por la amistad, no veia en el hijo mas que al monarca extraño para su corazon, y de cuyos peligros consiguientes no debia participar sino en cuanto lo exigiesen los intereses de sus propios Estados.

Estos intereses fueron los que la política francesa hizo valer para decidir al elector á deponer las armas y renunciar á la alianza austriaca. Para obtener este resultado Mazarino hizo callar la envidia secreta que tenia á los suecos y permitió á Turena que los secundase en su empresa á Baviera, porque sabia que convirtiendo á este país en el teatro de la guerra, reduciria al elector á la desesperacion y privaria á Fernando III de su mas poderoso y último aliado. En efecto, el Brandeburgo, gobernado por un grande hombre, habia adoptado ya el sistema de neutralidad, y la Sajonia habia sido forzada á aceptarla. La España, atacada por todos lados,

no podia hacer mas sacrificios para alimentar la guerra de Alemania; la Dinamarca se habia retirado por su tratado de paz con la Suecia, y una larga tregua condenaba á la Polonia á la inaccion. Para dejar al emperador en un aislamiento completo en medio de su vasto imperio y ponerlo á merced de la Francia, no quedaba mas por hacer que separar á Maximiliano de su causa, y no se descuidó medio alguno para conseguirlo. Fernando III, que conocia el peligro de que estaba amenazado, procuró conjurarlo. Pero ya habian logrado convencer á Maximiliano que la España era la única que se oponia á la conclusion de la paz general, impidiendo al emperador el aceptar una tregua para facilitar las negociaciones; y Maximiliano, que era enemigo natural de la España, y que se habia opuesto á sus pretensiones sobre el Palatinado, de ninguna manera se sentia dispuesto á sacrificar á este gabinete la felicidad de su pueblo, el porvenir de sus Estados y su propia fortuna. Persuadiéndose á sí mismo que no cedia sino á las leyes imperiosas de la necesidad, creyó satisfacer sus deberes para con el emperador, ofreciéndole los medios de participar de los beneficios de la tregua que estaba á punto de firmar. Los plenipotenciarios encargados de arreglar las cláusulas se habian reunido en Ulm, y la conducta de los agentes del Austria, probó muy pronto que Fernando III solo buscaba el modo de embarazar las deliberaciones.

El punto mas difícil era el de decidir á los suecos á que consintiesen en una suspension de armas, porque ellos tenian mucho que ganar en la continuacion de una guerra en la que sin cesar conseguian ventajas. El emperador, sin embargo de esto, queria dictarles leyes, pretension que indignó de tal modo á sus representantes que se dispusieron á abandonar bruscamente el congreso y para detenerles fué preciso que

los que representaban á la Francia recurriesen á la amenaza. No habiendo podido lograr que Fernando III tomase parte en la conclusion de la tregua, Maximiliano lo abandonó completamente y firmó el 14 de Marzo de 1647 un tratado por el cual cedia á los suecos todas las conquistas que habia hecho en la Suabia y estos se obligaron á retirar sus tropas de la Baviera. Los suecos le devolvieron todas las conquistas hechas en el electorado, en cambio de la cesion que á ellos se les hacia de las que él habia hecho en Suabia.

Despues de firmar este tratado, los ejércitos sueco y frances fueron á tomar sus cuarteles de invierno al ducado de Wurtemberg, á la alta Suabia y á los alrededores del lago de Constanza. En la extremidad septentrional de este lago, que forma el límite al Sur de la Suabia, la ciudad austriaca de Bregenz, protegida por altas montañas y estrechos desfiladeros parecia desafiar á todos los enemigos. Los habitantes de la comarca, por este motivo, se habian refugiado en ella con todo lo que tenian de mas precioso. El rico botin acumulado en esta fortaleza natural y el deseo de apoderarse de los desfiladeros que conducen á la Suiza, á la Italia y al Tirol, decidieron al general sueco á intentar hacerse dueño de ella, y lo consiguió á pesar de la resistencia que opusieron seis mil aldeanos que defendian la ciudad y los desfiladeros. Entre tanto, Turena, que se encontraba en el ducado de Wurtemberg, obligó al elector de Maguncia y al landgrave de Darmstadt á imitar el ejemplo de la Baviera firmando las condiciones de la tregua.

La Francia parecia haber alcanzado el objeto que se proponia hacia tanto tiempo, porque al fin podia dictar una paz vergonzosa al emperador, que de repente se encontró privado del apoyo que le habian dado la «Liga» y varios príncipes

protestantes. De todos sus formidables ejércitos no le quedaban mas que doce mil hombras cuyo mando se vió precisado á confiar al general Melander, calvinista, y desertor Hesses, porque todos sus generales habian perecido: pero los mismos caprichos de la fortuna que durante esta guerra tantas veces habia desbaratado las combinaciones mas acertadas y las mas fundada sesperanzas, elevaron de nuevo tras de una corta crísis á la casa de Austria de la humillacion en que habia caido.

La Francia, envidiosa siempre de la influencia sueca en Alemania, temia al mismo tiempo, y de un modo igual, la ruina y el poder demasiado extenso del emperador. Así es que en lugar de aprovecharse de las dificultades de Fernando III para humillar á una casa en la cual el gabinete frances veia sin cesar á su mas irreconciliable enemiga, Mazarino fué, por decirlo así, en su ayuda, ordenando á Turena que se separase de los suecos y fuese á ocupar los Países Bajos. Aunque abandonado á sus propias fuerzas, Wrangel se atrevió á intentar una expedicion á Bohemia y puso sitio á Eger, que era la llave de este reino. Fernando III en persona fué á socorrer á esta ciudad, pero hizo dar un rodeo á su ejército para no pasar por los terrenos del presidente del consejo áulico de guerra, Schlick, y cuando llegó cerca de Eger, esta fortaleza habia caido en poder del enemigo. Los dos ejércitos, sin embargo, se establecieron el uno frente del otro, y á tan corta distancia, que casi se tocaban los puestos que protegian los trabajos avanzados de los campos. Se esperaba de un momento á otro una batalla, pero los imperiales, aunque superiores en número, se limitaron á inquietar á los suecos con escaramuzas y falsas maniobras, porque el emperador no queria emprender nada decisivo ántes de haber terminado las negociaciones que acababa de entablar con la Baviera. La neutralidad de esta potencia lo habia ofendido de tal modo, que despues de haber procurado, aunque en vano, el disuadirla, se creyó autorizado á castigarla por todos los medios posibles. El tratado que Maximiliano habia firmado é inutilizaba á su ejército, no podia dejar de desagradar á los oficiales, y en efecto, mostraron en alta voz su descontento. El valiente Juan de Werth no solamente aprobó su conducta sino que formó una conspiracion, cuyo objeto era hacer pasar á todo el ejército bávaro al servicio del Austria. Fernando III no se avergonzó de proteger abiertamente esta traicion al mejor amigo, al mas fiel aliado de su padre; y llevó la impudencia hasta publicar un edicto en el cual él mismo llamaba al ejército bávaro, sosteniendo que pertenecia al imperio, y que Maximiliano no habia sido el gefe de él sino en nombre del emperador y sometido á sus órdenes.

El elector descubrió bastante á tiempo estas maquinaciones para hacerlas fracasar. El juez mas severo no habria podido censurarlo si hubiera intentado vengarse; pero este príncipe era demasiado buen político, para dejerse guiar por una pasion cualquiera que esta fuese. La tregua no le habia proporcionado las ventajas con que se habia lisonjeado, y lejos de facilitar las negociaciones de las que se ocupaban siempre Munster y Osnabrück, las hacia mas difíciles aumentando las exigencias de las partes contratantes, á quienes la tregua por lo ménos en aquel instante desembarazaba del peso de la guerra. El elector de Baviera habia libertado á sus Estados de los suecos y de los franceses, pero al renunciar al derecho de hacer acampar sus tropas en Suabia, se habia puesto en la necesidad de alimentarlos en su propio país ó despedirlos. El primer partido era superior á sus fuerzas; el segundo lo

hubiera dejado solo sin medios de defensa, cuando el derecho del mas fuerte era la norma de los intereses de todos. En esta alternativa tomó la resolucion de romper la tregua y de acudir de nuevo á las armas; el pronto socorro que á consecuencia de esta determinacion envió á Bohemia, obligó al general Wrangel á evacuar este reino y replegarse para verificar su union con el ejército de Turena. Con este objeto atravesó la Turingia, la Westfalia y el Luneburgo; los imperiales mandados por Melander y Grönsfeld lo siguieron muy de cerca y si hubieran podido alcanzarlo ántes de reunirse con Turena, la pérdida de los suecos era segura. Pero fueron salvados por las mismas causas que algunos meses ántes habian impedido la ruina del emperador.

En medio del furor de los combates, la fria política de los gabinetes dirigia los negocios y su vigilancia parecia aumentar á medida que se acercaba la conclusion de la paz. No estaba en los proyectos de Maximiliano dejar de repente que la balanza de la fortuna se inclinase en favor de Fernando III, autorizándolo de este modo á aumentar sus pretensiones; la Francia se habia encargado de moderar las de la Suecia, proporcionándole pérfidamente el apoyo de sus armas, segun las ventajas que obtenia, es decir, abandonándola cuando se encontraba fuerte y sosteniéndola cuando estaba próxima á caer. El elector de Baviera desempeñaba en secreto la misma tarea con el emperador, por lo mismo ordenó á su general que cesase de perseguir á Wrangel mas allá del Wesser. Melander, demasisdo débil para continuar solo esta persecucion, se dirigió á Jena y Erfurt, donde invadió el país de Hesse, del que ántes habia sido el defensor. Si es cierto que fué instigado á esta expedicion por el deseo de castigar á la princesa Amalia, su soberana legítima, de faltas que

la acusaba haber cometido contra él, tuvo muy pronto que arrepentirse de haber seguido las inspiraciones de la venganza á despecho de los consejos de la razon y de la humanidad. Los excesos y las crueldades de sus tropas, que él mismo autorizaba con su ejemplo, agotaron de tal modo los recursos del desgraciado país de Hesse, que muy pronto se vió asaltado por el hambre y enfermedades epidémicas, miéntras que los suecos que estacionaban en el Luneburg tenian víveres en abundancia y podian completar sus regimientos y remontar su caballería.

En medio del invierno de 1648 Wrangel se encontró en estado de abrir de nuevo la campaña. Su primer cuidado fué libertar el país de Hesse, atacó á Melander, quien en el primer encuentro sufrió una derrota tan completa, que tuvo que huir hasta las orillas del Danubio.

Entre tanto la Francia habia burlado de nuevo la esperanza de los suecos, deteniendo en las márgenes del Rhin al ejército de Turenna. Wrangel se vengó haciendo que toda la caballería del antiguo ejército del duque Bernardo se pasase á sus banderas. Este paso atrevido lastimó la susceptibilidad del gabinete frances, é hizo que se manifestase poco dispuesto á permitir que sus tropas se uniesen con las de Suecia. Esta reunion se operó, sin embargo, y los dos ejércitos mandados por Wrangel y Turena tuvieron la gloria de abrir la última campaña de esta larga guerra. Despues de algunas expediciones poco importantes, introdujeron provisiones en Eger que estaba sitiada por los imperiales, pasaron el Danubio y derrotaron cerca de Zusmarshausen á las tropas imperiales y bávaras que se oponian á su paso. Melander recibió en esta batalla una herida mortal y el general bávaro Grösfeld pasó el Lech con el resto del ejército para

impedir al enemigo el penetrar á Baviera; pero no fué mas dichoso que lo que habia sido en otro tiempo el anciano general Tilly, quien perdió la vida en aquel mismo lugar sin haber podido salvar á su país del peligro que lo amenazaba. Wrangel y Turena escogieron la posicion inmortalizada por el triunfo de Gustavo-Adolfo; su victoria fué casi tan completa como aquella é hicieron pagar muy caro á Maximiliano la traicion de que se habia hecho culpable para con ellos, rompiendo bruscamente la tregua. Mientras que ellos pasaban el Iser y se adelantaban hasta las orillas del Inn, el elector huia hasta el fondo del Tirol donde se mantuvo oculto cuidadosamente.

Una lluvia incesante que de repente convirtió al Inn en un torrente impetuoso, garantizó de nuevo á los Estados austriacos de una invasion de los franceses y de los suecos. Diez veces arrojaron un puente de barcas sobre este rio, y dies veces fué arrastrado por las furiosas olas.

Nunca el partido católico habia experimentado como entónces un terror pánico tan grande, porque no le quedaba un solo general capaz de luchar con probabilidades de buen éxito, contra capitanes como Königsmark, Wrangel y el gran Turena. En esta cruel extremidad el valiente Picolomini dejó los Países Bajos para venir á colocarse á la cabeza de los últimos restos del ejército imperial; pero ya la falta de víveres habia obligado á los franceses y suecos á evacuar la Baviera y á retirarse al alto Palatinado, donde no tardaron en recibir la noticia de la paz. Königsmark, entre tanto, habia conducido su cuerpo móvil á Bohemia y el capitan Ernesto Odowalkisky, que despues de haber sido mutilado al servicio del Austria, habia sido despedido sin ninguna recompensa, le

proporcionó el modo de tomar á Praga, por el lado conocido con el nombre de Ciudad Nueva.

Esta expedicion, que no costó á los suecos mas que un solo hombre, valió á Königsmark el honor de haber terminado la guerra de treinta años por una última accion verdaderamente brillante, que contribuyó á poner un término á las irresoluciones de Fernando III.

La parte de Praga llamada la ciudad vieja y que está separada de la ciudad nueva por el rio Moldan, cansó con su prolongada resistencia al conde palatino Cárlos Gustavo que acababa de llegar de Suecia con nuevas tropas. En vano este jóven príncipe reunió bajo los muros de Praga todas las fuerzas de que podia disponer; el rigor de la estacion lo obligó á levantar el sitio y tomar cuarteles de invierno. En ellos recibió la noticia de que la paz habia sido firmada en Münster y Osnabrück el 24 de Octubre de 1648, paz que puso un término á las batallas que hacia treinta años desolaban á la Alemania.

A otra pluma le está reservado el dar una justa idea de los esfuerzos gigantescos con los cuales se logró que se firmase esta paz duradera, sagrada y célebre que es conocida con el nombre de *Paz de Westfalia*. Para comenzar las negociaciones, fué preciso vencer obstáculos casi insuperables, porque solo apoderándose de los acontecimientos mas fútiles, de las casualidades mas insignificantes, se consiguió encaminar á un solo objeto tantos intereses opuestos. La superioridad del génio, unida á una paciencia á toda prueba, pudo solo continuar aquellas negociaciones al traves del cambio perpetuo de las eventualidades de la guerra é imprimirles el sello solemne que las convirtió en un tratado definitivo. A otra pluma tambien, y no á la nuestra, le está reservado el decir

cuál es el contenido de ese tratado, lo que los combatientes han perdido ó ganado durante treinta años de esfuerzos y de padecimientos, y cuáles son los bienes ó los males que de él han resultado para la sociedad europea en general.

La historia de la guerra de treinta años es un hecho tan grande, tan inmenso, que solo puede apreciarse en su conjunto: la historia de la paz que terminó aquella guerra presenta el mismo carácter.

Un análisis de esta obra imponente de las pasiones y de la sabiduría humana no formaria mas que un esqueleto disecado, y lo despojaria de todo lo que lo hace digno de la atencion y del exámen concienzudo de la posteridad.

FIN.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS